EL PIRATA

JAVIER BROCO

LAS MEJORES ANÉCDOTAS DEL

ROCK & ROLL

Índice

Dedicatoria
Agradecimientos
Prólogo

1. Un poquito de cada, para empezar
2. «Vale, muy bien, pero búscate un trabajo»
3. «Calla, calla, que parece que aquí hay algo…»
4. «¿Qué nombre nos ponemos?»
5. «Apaga eso, que dice cosas malas»
6. ¿En qué estaría pensando cuando escribió eso?
7. ¡Todos tenemos un pasado! (Aunque nos dé vergüenza)
8. Menos mal que cambiaron el título del disco
9. Menos mal que le dio por repasar la canción (y otras que empezaron de coña)
10. «Tú di que no tenías ni idea, a ver si cuela»
11. «Cariño, me han despedido (aunque no sé muy bien por qué)»
12. ¡A joder a los jefes! (Aunque nos paguen bien)
13. «Nos hace falta una mascota (pero que no sea un perro)»
14. «¡Tráeme esto… cuando puedas!»
15. «¿Me das un recuerdo tuyo? Es que soy muy fan»
16. *Spain is different*
17. Stadium Arcadium
18. «Si lo sé, no vengo»
19. «Si la canto otra vez, me pego un tiro»
20. Bulos, pero muy chulos
21. «Déjate, que si la cosa se pone mala…»
22. «No te puedo ver delante»
23. «Seamos follamigos»
24. «¡Cómo nos ponemos, oye!»
25. «¿Qué me pasa, doctor?»

26. Lo mejor de cada casa
27. Asaltacunas
28. Rock en El Vaticano
29. Rock en el palacio
30. La pela es la pela

Notas
Créditos

Este libro está dedicado
a la memoria de Florentino Ordóñez,
Carmen de la Fuente y Azucena Broco.

Agradecimientos

DE EL PIRATA:

A mi hermana Carmela, porque como soy el bicho más raro del planeta, escribo a mano y por la parte de atras de los folios ya utilizados, con lo cual tuvo que transcribir un montón de páginas y bregar con mi letra ilegible.

A mi novia Carmen, que me dejó su balcón lleno de luz del Mediterráneo para escribir una buena parte de este libro.

A Juanjo Melero, porque estando en gira por Europa buscó un tiempo y tiró de sus recuerdos para contarnos lo del partido con Iron Maiden en el Vallehermoso.

A Nano «Rowland», por la historia real que me contó.

A Faustino Catalina, por la información privilegiada que me dio sobre el rock en el Vaticano.

A Eugenio Muñoz, por contarme a las tantas de la noche qué son esos pinganillos que llevan ahora los músicos en los oídos.

A Julio Román Clemente, por la caja de rotuladores que me regaló para escribir este libro.

A Mariano Muniesa, por la información sobre Txus en La Zarzuela y por la foto de aquel momento.

A Mónica Liberman, por su paciencia conmigo y no enfadarse por no entregar el libro a tiempo.

A Virginia Roca, porque esta vez no pudo ser pero otras sí.

Ha sido fácil escribir la parte que me tocó de este libro; la cultura, la historia del rock es ¡TAN GRANDE! que solo había que ponerse a ello.

Por eso seguimos trabajando cada día, para contarte en libros, en la radio o donde sea cómo evoluciona una de las aventuras culturales más fascinantes de la historia de la humanidad: EL ROCK.

Por eso también te doy las gracias a ti, porque teniendo este libro entre las manos estás aportando tu grano de arena para que el rock tenga larga vida.

¡¡¡SIEMPRE ROCK!!!

Gracias muy especiales a mi viejo amigo Domingo J. Casas por ilustrar este libro con algunas de las mejores fotos de su inmenso archivo.

Y a mi banda de cada mañana en la radio. A esos héroes del madrugón que consiguen que a muchas personas les duela menos enfrentarse al día cuando las calles no están puestas ni tienen nombre todavía: a Lucía, a Raquel, a Javi, a Sayago, a Kike y Jorge y por supuesto a Broco.

DE BROCO:

A mi gente, todos mis compañeros de Rock FM con los que aprendo cosas nuevas cada día. A mi hermano, por descubrirme el rock indirectamente; a mi hermana, por no dejar que me pasara al lado oscuro, y a toda la movida de Seattle, por no dejar que lo abandonara. Gracias a mi churri, por ser la mejor; a mi padre, por su «orgullo de hijo», y a mi madre, porque está y estará siempre conmigo. ¡Y a ti por comprar y disfrutar este libro!

Prólogo

Lo que te vas encontrar en este libro es lo que llevo haciendo más de cuarenta años y lo que seguimos haciendo Broco y yo cada mañana en Rock FM: divulgar. Porque la historia del rock es tan grande, tiene tantas ramas, tantos personajes, tal infinidad de discos, han pasado y siguen pasando tantas miles de cosas cada día, que no bastaría con una sola vida para poder abarcarla. Y como esto siempre lo tuve muy claro, lo que más me interesó en mi trabajo fue el descubrir, el divulgar.

Por eso aquí no hemos pretendido condensar más de medio siglo de historia y evolución del rock, ni crear cátedra, ni ponernos el traje de eruditos. ¡Qué va! Lo único que hemos pretendido es contarte historias de gentes y hechos que ocurrieron a partir del momento en el que unos cuantos se pusieron a bailar alrededor de un reloj.

Te vas a encontrar, te lo adelanto, con héroes y villanos, con princesas y bichos raros, con miserias y con glorias de personas que, como tú y como yo, hemos formado parte de la historia del rock.

Hemos recopilado pasajes de la vida de músicos de rock que conoces, historias que posiblemente te suenen y otras que descubrirás leyendo las siguientes páginas.

Teníamos dos intenciones muy claras cuando nos pusimos con este libro: la primera, entretenerte, divertirte con las batallitas del rock; y la otra, conseguir llamar tu atención y que a partir de estas páginas sigas el camino de descubrir más hechos, más batallas,

más personajes, más grandes obras maestras de la cultura del rock. Nada más que eso: divulgar, difundir, descubrir.

Así hicimos este libro, espero que lo hayamos conseguido.

Sin contar la disciplina que conlleva el hecho de escribir, te aseguro que lo hemos pasado muy bien mientras dábamos vida al manuscrito. Es fantástico tener la oportunidad de coger de aquí y de allá algo que contar a la gente interesada en el rock, y ese buen rollo es lo que nos gustaría transmitirte durante tu travesía por este libro.

EL PIRATA

Observaciones

La cultura del rock da para dedicarse a ella toda una vida y más. No pretendemos tanto, solo que pases unos buenos ratos con este libro entre las manos.

Y te damos una sugerencia: remueve tus discos y ponte música de quien protagoniza cada capítulo. Así lo hemos hecho nosotros al escribirlo. Te aseguramos que todo se enriquece.

1
Un poquito de cada, para empezar

«El rock and roll está aquí para quedarse».
NEIL YOUNG

Te dispones a disfrutar de un selecto menú con lo mejorcito de las más locas y curiosas historias sobre la gente que ha convertido el rock and roll en lo que es hoy en día. Las figuras más destacadas de esa música que nunca pasa de moda. Porque cada dos por tres sale una nueva Madonna, treinta y cinco Justin Biebers y la Rihanna de la semana. Pero ¿cada cuánto ha dicho alguien: «Este es el nuevo Hendrix»? Lo intentaron con Lenny Kravitz, y durante años se ha encargado de llevarles la contraria. Los nuevos Who, Led Zeppelin o AC/DC. Nadie tiene el valor de afirmarlo, porque no pueden hacerlo. Las leyendas del rock son únicas e irrepetibles.

Antes no había teléfonos móviles que te grabaran hasta mientras pedías unos churros con chocolate, pero por suerte siempre tenían alguien cerca. Las locuras se disfrutan mejor en compañía, y gracias a esos testigos hemos conseguido saber cosas sobre ellos que de otro modo se habrían quedado en la cabeza del protagonista. Los culpables unas veces se desdicen, y otras tantas lo niegan porque ahora tienen mujer e hijos y quieren ser un buen ejemplo. Necesitaríamos un par de botellas de Jack Daniel's, un detector de mentiras y en algunos casos una ouija para poder saberlo todo. Pero aun así conocemos muchas cosas. Las suficientes para dejarnos boquiabiertos.

Vamos a disfrutar de cada historia. Todas tienes su porqué y su importancia. Unas te servirán para fardar delante de los amigos, otras para que mires al músico de otro modo y, quién sabe, puede que con alguna de estas anécdotas consigas acostarte con alguien. ¡Haz la prueba!

Jimi Hendrix llegó a Londres a buscar fama y fortuna con lo puesto. Una muda limpia, una guitarra vieja y unos cuantos tripis. Recién aterrizado para su primer concierto en Londres, una noche de noviembre del 66 en el Bag O'Nails, todo el mundo se moría por verlo tocar. El revuelo que se había montado ante la llegada del guitarrista loco solo se recordaba con los Beatles. Y cuando terminó el *show*, muchos de los asistentes cruzaban los dedos para que se volviera a su casa. Los profesionales. Y no porque tocara mal, sino por todo lo contrario. El mítico Jeff Beck se fue un poco antes de que finalizara el recital y en la puerta se cruzó con Eric Clapton y Pete Townshend. En un metro cuadrado, tres de los mejores guitarristas de la historia. Con los ojos como si le hubieran puesto garrafón, agarró a Clapton por la solapa y le dijo: «*I think we're in trouble here*», que directamente se puede traducir como un «estamos bien jodidos». Algo de cierto había en su miedo. Por ilustrar un poco, Hendrix tardó ciento cuarenta y cinco segundos en componer «Little Wing», que viene siendo más o menos lo que dura la canción. A ver quién supera eso. Beck no fue el primero en ver el potencial de Hendrix, aunque sí fue el más elegante al demostrarlo. Little Richard lo echó de su banda, en el que era uno de sus primeros trabajos como músico, porque vio claramente que cada vez que tocaba la guitarra le robaba el *show*. Y ya es difícil mirar para otro lado mientras Richard toca «Tutti-Frutti» al piano.

Las giras son muy duras. Y las de **Muse** todavía más. Solo hay que ver uno de sus conciertos para ver el estrés al que se somete Matt Bellamy, cantante y líder del grupo. Sube por aquí, baja por allá, solos de diez minutos y dos horas sin parar de gritar.

Mientras presentaban *Black Hole and Revelations* por Estados Unidos, estaban reventados, y como se llevan muy bien, todos se

pusieron de acuerdo en que necesitaban un descanso. La gente normal (y con pasta) se habría ido una semana con pulserita a Punta Cana, pero su concepto del descanso es un poco peculiar. Aquí van los ingredientes de la receta. Vestuario basado en soft-porno (lencería bonita y calzoncillos de lycra), 150 dólares de setas y un castillo hinchable para saltar en el desierto de Mojave. Se fueron todos a gozarla y volvieron como una rosa. El batería declaró al volver que «aquello era como estar en el espacio. Sin sensación de gravedad ni nada». De las setas no quedó ni el plástico.

Todo el mundo sabe que a **Keith Moon,** batería de **The Who**, le encantaba tirar televisores por la ventana como el que tira una colilla. Era un estilo de vida, agradecido por la gente de Telefunken y Sanyo, que vendían más que nunca (la garantía no cubre la reparación si una estrella del rock lanza el aparato por la ventana de un octavo piso). Una vez, cuando se dirigía al aeropuerto, le insistió al chófer para que volviera al hotel. Se le había olvidado algo muy importante. El conductor se olía algo raro, porque él mismo había sacado todo de la habitación horas antes de hacer el *checkout*. Pero como el que paga manda, dio media vuelta y volvieron al hotel. Moon subió a su habitación, cogió el televisor y lo lanzó por la ventana para ver cómo caía al fondo de la piscina. Cuando volvió a subirse al coche, dijo aliviado: «Casi se me olvida. Gracias».

Cuando uno es una estrella del rock, parece que a las chicas les da lo mismo que sea guapo, feo, limpio o un guarro de cuidado. Esto último es lo que quiso comprobar **Nikki Sixx**, bajista de Mötley Crüe. En las giras se entretenía apostando contra Tommy Lee a ver cuánto tiempo podía pasar sin lavarse y aun así seguir siendo atractivo para las *groupies*. Os podéis imaginar que ya se le podían caer las costras de roña al caminar, que seguía mojando todas las noches. La apuesta llegó a su fin cuando una de las chicas no pudo soportar más el olor de los rockeros y vomitó primero, segundo y postre sobre la alfombra. Nikki siempre lo recuerda como el «Spaghetti Incident». Creo que el nombre lo dice todo.

Este es el tío que aceptó otra apuesta de Ozzy Osbourne para comprobar si era capaz de probar su propio pis del suelo. Ganó el reto.

Ozzy siempre cuenta esa historia, y la que le ocurrió a él en una de sus *pool-parties*. Las fiestas piscineras del muerde-murciélagos no eran de tumbonas y manguitos. Se ponía a esnifar coca en el borde de la piscina hasta que caía inconsciente. Una noche, en un hotel de Los Ángeles, se acercó con la nariz como el cordero de Norit a un tipo que estaba tomando el sol tranquilamente, y le ofreció un poco de polvo de ángel (bastante generoso por su parte). El tipo lo rechazó amablemente y le dijo que no podía aceptar porque era agente antidroga. Ozzy se lo quedó mirando y le respondió: «Tú estás de coña». Por suerte, tenía razón. El bacilón, al verse descubierto, le dijo la verdad. Era el mismo camello que le había llevado la mandanga. Muy divertido de contar, pero un camello que rechaza lo que te vende no es que sea muy de fiar.

Una de las imágenes más reconocibles del rock es la vestimenta de **Angus Young**. Ese uniforme de colegial dos tallas más pequeño del Ashfield Boys High School de Sídney. La leyenda cuenta que empezó a usarlo porque no le daba tiempo a cambiarse entre las clases y los ensayos con el grupo, y se metía al local de esta guisa. Es una trola, porque ya había dejado la escuela años atrás. Angus tenía muy claro que necesitaba un traje que lo diferenciara sobre el escenario, y le costó bastante encontrar una indumentaria con la que encontrarse cómodo entre sus compañeros de grupo, hasta que su hermana le propuso el de colegial. Antes de eso, había salido a tocar vestido de Spiderman, de El Zorro, de gorila y hasta de una parodia de Superman llamada Super-Ang. Así que los que digáis que ya no tiene edad para correr en pantalones cortos, pensad por un momento cómo quedaría a lo Antonio Banderas.

¿Cuántos grupos hay capaces de derrocar a un dictador? El Equipo A, Los Mercenarios y **AC/DC**. Con la inestimable ayuda del ejército americano, eso sí.

En 1989, los yanquis querían arrestar al dictador panameño Eduardo Noriega, pero el muy listo, en cuanto vio que los yanquis habían invadido el país y preguntaban por la casa del dictador, se refugió en la embajada del Vaticano en Panamá. Como nadie puede entrar en la embajada (cualquiera que haya visto algun capítulo de *24* lo sabe de sobra), el único modo de engancharlo era hacerlo salir a tomar un poco el fresco. Los marines utilizaron su arma más efectiva para conseguir sacarlo del edificio. Estaréis pensando: ¿misiles?, ¿agentes secretos?, ¿ratas amaestradas? Nada de eso. Lo que hicieron fue hacer sonar el «Highway to Hell» de AC/DC durante días a toda pastilla por unos enormes altavoces situados en los helicópteros que daban vueltas por el exterior de la embajada. Noriega era un conocido amante de la ópera, y cada acorde de la canción le sentaba como una patada en los mismísimos. Tras una semana pensando que sería mejor colgarse de la barra del armario, se rindió y salió con las manos por delante para que dejaran de poner el tema de AC/DC. Tras este episodio, Brian Johnson ha declarado que cree que el papa nunca los invitará a tocar, aunque no deberíamos estar tan seguros. Cosas más raras se han visto.

El rollo «valgo más que la gasolina» de **Axl Rose** no es una virtud que haya desarrollado con el paso de los años. Ya apuntaba maneras antes incluso de tener un disco en las tiendas. Cuando eran la nueva sensación de la movida angelina y todas las discográficas se peleaban por publicar sus temas, una cazatalentos de la discográfica Chrysalis se acercó a él para ver si podía convencerlo de que estampara su firma en un contrato. Al mejor estilo de los futbolistas, a Axl no le importaba fichar por el dinero, pero tampoco porque Chrysalis fuera «la discográfica de sus sueños desde pequeño». Axl firmaría con ellos si la chica se paseaba desnuda por todo Sunset Boulevard. Sorprendentemente, la chica lo rechazó. Sorprendentemente para él, claro está.

Lo que no deja de sorprender es que este mismo tipo fuera un fan declarado de **Depeche Mode**. Es como cuando Juanes dice que Metallica es el grupo que le motivó a hacer música. Axl no paró de

dar la tabarra hasta que consiguió que Dave Gahan y su banda aceptaran su invitación a una barbacoa. Cuando llegaron, se encontraron con un cerdo muerto, y los británicos son vegetarianos estrictos. Salieron por patas y poco después emitieron un comunicado en el que declaraban que «el grupo no quiere asociarse con Axl Rose ni con nadie que vaya por ahí matando cerdos por diversión». ¿Se sorprenden por encontrar carne en una barbacoa? ¿Qué esperaban encontrar, avellanas?

Es bueno tener colegas dentro de tu propia banda. Sobre todo si te metes en líos. Cuando unos traficantes secuestraron a Steven Adler, antiguo batería de Guns and Roses, por todo el dinero que les debía, su compañero de farra y bajista **Duff McKagan** se pertrechó como Rambo cuando lo mandaron a ajustar el censo de la selva vietnamita y subió a su furgoneta para solucionar el tema dejando claro a los secuestradores quién mandaba ahí. Por suerte la sangre no llegó al río, se quedó en la nariz de Adler.

Aunque parezca un tío festivalero, el pobre **Elton John** siempre lo ha pasado mal. Mucha gafa de colores y mucho abrigo de piel de conejo rosa, pero tiene su corazoncito. Aunque estaría bien que además tuviera un par de huevos, ya que se pone. Es el rey del drama. En una ocasión, viviendo con su novia Linda (para que veáis si hace tiempo, con su novia) y el compositor Bernie Taupin, decidió quitarse la vida y acabar con su sufrimiento. Sus compañeros de piso se lo encontraron tirado en el suelo de la cocina, agonizando dentro de sus miserias con la llave del gas abierta para tener una muerte dulce. Bueno, quizás un dulce sueño. El gas estaba al mínimo, que hay que ahorrar, la ventana de la cocina estaba abierta de par en par y Elton estaba cómodamente tumbado encima del azulejo con una almohada debajo de su cabeza. Pobrecillo.

Unas veces, las señas de identidad de un músico surgen por accidente. Y otras, por no preguntar. Y si no, que se lo digan a **Pete Townshend**. Un concierto de los Who no era lo mismo si no rompían la guitarra como si las regalaran al comprar una docena de huevos. Era la parte del *show* más esperada por los asistentes, a

veces porque sabían que con los instrumentos rotos ya no habría más bises. Pues ahora váis a saber de dónde viene esa tradición. Cuando comenzaban su carrera, durante uno de los conciertos, Townshend se puso a experimentar para ver cómo sonaba la guitarra si la acercaba al amplificador. Golpeó el techo con el mástil de la guitarra por accidente y al público le gustó el sonido. Intentó repetir el sonido que acababa de conseguir sin éxito, con tan mala suerte que de tanto darle rompió el mástil. Todo el mundo se quedó en silencio, sin tener ni idea de qué pasaba. Y de la mala leche, Pete destrozó la guitarra contra el suelo. El público pensó que todo estaba planeado, y se pusieron a gritar como locos. En el siguiente concierto del grupo había el doble de gente, así que volvió a hacer lo mismo. Y gracias a eso, los fabricantes de guitarras tienen todos un dúplex en Marina D'Or.

La otra marca de la casa del guitarrista es su «toque molinillo». Como cuando queremos hacer trampa jugando al futbolín, pero aplicado a un concierto de rock. Lo copió de su ídolo Keith Richards, o eso se pensaba. Pete fue a un concierto de los Stones al principio de su carrera y, mientras se subía el telón, vio cómo antes de comenzar la actuación Richards hacía aspas con el brazo y empezaba a tocar la guitarra. Le gustó y lo copió. Años más tarde, cuando todo el mundo asociaba el molinillo con su manera de tocar, se sintió en la obligación de confesar a Richards que se lo había robado descaradamente. Imaginad la cara del de los Who cuando Richards le dijo que él no tocaba así. Solo estaba estirando el brazo para calentar antes de que comenzara el concierto.

2
«Vale, muy bien, pero búscate un trabajo»

«El rock and roll te mantiene en un estado constante de delincuencia juvenil».
EDDIE SPAGHETTI, Supersuckers

Cuando éramos chavales, esperábamos como locos el día en que nos daban la paga semanal. Doscientas o trescientas pesetas con las que tenías que aguantar como un campeón hasta que llegara la siguiente (exactamente igual a lo que tenemos que hacer ahora todos los meses). Teniendo en cuenta que los recreativos se llevaban más del 80 por ciento de esa millonada, nos quedaba más bien poco para comprarnos una chupa de cuero o el último disco de Springsteen. Algunos tardamos cuatro meses en conseguir ahorrar el dinero para comprarnos el *Pump* de Aerosmith.

Como los lloros no funcionan, a todos nos ha llegado ese momento en el que tus oídos escuchan: «Si quieres dinero, trabaja. Que esto no es el Banco de España». ¡Pues a conseguir dinero! Tampoco crece de los árboles, así que toca trabajar de lo que sea para impresionar a las chicas, a los colegas y al vecino del cuarto para que no piense que somos gente de mal vivir.

Nuestros rockeros favoritos no iban a ser menos. No hay que olvidar que antes de llenar estadios eran como tú y como yo. No hay ningún hijo de la Pantoja, ni de la Thyssen, ni de Romario. Si dependes de la paga semanal, puedes tardar veinte años en

comprarte tu primera Fender, y para entonces el tren del rock and roll ya te lleva unos kilómetros de distancia.

¿Sabías que **Kurt Cobain** no ganó su primer dólar por la grabación de «Love Buzz», la primera canción editada con Nirvana? Antes de eso se pasó unos meses fregando suelos como conserje en Aberdeen, Washington.

Jack White, de los White Stripes, trabajó como tapicero en una tienda de muebles mientras se preparaba para ser un auténtico *bluesman*.

Rod Stewart empezó como enterrador, y **Dave** «Depeche Mode» **Gahan** pasó de vender refrescos a dependiente de ultramarinos y gasolineras hasta que volvió a la escuela de arte para formar un grupo.

Dave Mustaine, fundador de Megadeth, se pasó una temporada como televendedor tras ser expulsado de Metallica. Espero que no descolgara el teléfono recitando su «Symphony of Destruction». Y muchos, muchos más…

Elvis Presley

La vida laboral del Rey del Rock and Roll tiene más páginas que el *ABC*, y eso sin incluir sus trabajos musicales.

En septiembre de 1950, recién empezado el instituto, su padre le regaló un cortador de césped manual. Para que nos quejemos cuando nos regalan calcetines y colonia barata. Elvis, que le veía el lado bueno y el negocio a todo, empezó un negocio de cortador de césped a domicilio junto a tres de sus mejores amigos, dispuestos a comerse el mundo. Lo único que se comieron fue el césped de las cuatro casas del barrio.

Como hacienda somos todos, poco después le enviaron su número de la Seguridad Social y, para celebrarlo, dejó de cortar el césped y empezó a ejercer como acomodador en un cine de Memphis.

De trabajo de verano eligió manejar una broca manual durante tres meses en Precision Tool, una empresa local que fabricaba cohetes de artillería para el ejército.

Tras volver a acomodar a los espectadores del cine, y ser despedido por una movida con otro de los acomodadores (seguro que había chicas de por medio), mintió en su fecha de nacimiento para conseguir otro de los «trabajos de sus sueños». Se sumó un año en el currículo para ser tenido en cuenta para un puesto de ayudante en una tienda de saldos, y la treta surtió efecto. Solo aguantó un mes en ese trabajo, pero ya se sabe que los trabajos y los rollos de verano vienen a durar lo mismo.

Elvis pasa de fabricante de muebles a operador en una planta de ensamblaje como si nada. En la oficina de empleo ya no sabían qué ofrecerle para que aguantara más de dos semanas en el mismo puesto.

Su propia madre le dijo que dejara de trabajar unos meses al ver que se quedaba dormido en clase, y aprovechó ese parón para grabar su primera demo y se la llevó al mandamás de la Sun Records, que era como el dueño del Pachá de Memphis. Aunque el jefe no se encontraba en la oficina, tiró de carisma y se la endosó a la secretaria sexy de turno. Cómo consiguió hacerlo es algo que la chiquilla nunca ha querido confesar.

Pero para seguir grabando demos había que pagar las sesiones y el acetato. Así que el joven Elvis completó su currículo con más meses en Precision Tool y otro trabajo como chico para todo en una compañía eléctrica.

Hasta el mismo día en que recibe la llamada de Sam Phillips, fundador de Sun Records, diciéndole que su maqueta tenía chicha, soñaba con convertirse en electricista y tomaba clases nocturnas para ser uno de los buenos.

En cierto modo lo consiguió, porque cada vez que agarraba un micro saltaban chispas.

Bon Jovi

Jon Bon Jovi tiene más dinero que Amancio Ortega. Tanto, que se puede permitir dar un concierto en España a precios anticrisis y, aun así, hacer una oferta para comprar el equipo de fútbol americano de los Buffalo Bills por unos *míseros* 300 millones de dólares.

Cuando todavía no le había salido el bigote, ya estaba más preocupado por buscar bandas locales con las que tocar cualquier tipo de música, que por ir a clase de geografía o de pretecnología. La verdad es que no se sabe si a día de hoy le ha llegado a salir vello facial. ¿Alguien ha visto a Bon Jovi sin afeitar?

Su madre, Carol, estaba tan harta de firmar sus notas repletas de «necesita mejorar» y «esfuerzo insuficiente», que le puso el típico ultimátum de «o te buscas un trabajo o te echo de casa».

Cualquiera de nosotros habría echado currículos en el Burger King o el Día, pero Bon Jovi no veía futuro vendiendo hamburguesas a un pavo. Se fue a ver a su primo Tony, propietario de uno de los estudios de grabación más famosos de Nueva York por aquella época, el Power Station, y se hizo con un puesto vacante de portero de los estudios, que básicamente consistía en fregar los suelos, llevar cafés y cambiar alguna que otra bombilla. Seguramente por eso estaba vacante, y probablemente por ese mismo motivo se lo dieron al chaval.

Nada mal para un primer trabajo con el que, además de ganar dinero para ligar con chicas y llevarlas al cine, podía grabar sus propias maquetas y composiciones completamente gratis mientras los estudios no se estaban usando.

La primera fue un villancico para el álbum de canciones navideñas de *Star Wars* (¡!), llamado «R2-D2, We Wish You a Merry Christmas» («R2-D2, te deseamos feliz Navidad»), que no debes dejar de escuchar si eres fan de Jon (sobre todo para saber que todos tenemos un pasado).

Pero poco después le dio por grabar una demo de «Runaway» con la que consiguió llamar la atención de una emisora local,

comenzó a formar una banda… y a contar billetes.

Ozzy Osbourne

Resulta difícil imaginar al Príncipe de las Tinieblas haciendo otra cosa que no sean locuras sobre un escenario. Pero antes de encontrar su lugar al frente de Black Sabbath, pasó por una serie de empleos que ya nos gustaría conseguir a nosotros cuando abrimos el periódico por la sección de ofertas laborales.

A los 15 años, el chaval de Aston, Birmingham, se puso a buscar trabajo por la necesidad de ingresos que había en su casa (era el primero de seis hermanos) y lo primero que encontró fue de ayudante en un matadero.

Las primeras cuatro semanas hizo poco más que vomitar cada dos por tres, pero aun así aguantó casi dos años, hasta que pudo encontrar otro trabajo como ayudante de fontanero (podría ser su primer contacto con el metal, con el de las llaves de tubo y martillos varios).

Las tuberías y sumideros también disfrutaron poco tiempo de la pericia del pequeño John, y su madre, agotada ya de lo poco que permanecía en cada empleo, lo enchufó en la fábrica donde trabajaba ella, para que se encargara del preciado puesto de probador de bocinas para coches.

Como tras aportar la mayor parte de la paga en casa no le llegaba el dinero para las juergas de fin de semana, completó el trabajo de bocinero con pequeños asaltos y robos en tiendas de ropa y en las casas de sus vecinos de Birmingham.

No tenía un buen uniforme de trabajo, ya que llevaba guantes con los dedos rotos. Esto hacía que la policía lo pillara tres de cada tres veces, y se pasaba unos cuantos días a la sombra en la cárcel de Winson Green hasta que volvía a las andadas. Por suerte, estas temporadas de calabozo le hicieron plantearse que tocando los fines de semana con el grupo The Black Panthers (ya había cantado

alguna que otra vez con ellos) tendría más futuro que emulando a Fantômas. Ganó con el cambio. A los 18 años, la Sony le hizo una oferta a Black Sabbath, y ha ingresado bastante más que como fontanero.

Tony Iommi

La otra pieza indispensable de Black Sabbath también tuvo que sudar la gota gorda durante una temporada.

Antes de convertirse en uno de los mejores guitarristas zurdos de la historia, incluso entre los diestros, comenzó a hacer carrera, como muchos de sus vecinos, en la fábrica de láminas de metal de Birmingham.

Aunque se veía como portero de discoteca, gracias a las tardes que se pasaba practicando judo y boxeo, su primer trabajo fue como fontanero (parece que estaban muy solicitados por esa época), para pasar a emplearse en una tienda de discos. Lo echaron acusado de robar en la tienda, que es algo muy común cuando no tienes un duro, y se tuvo que echar al socorrido trabajo de factoría, como muchos de sus paísanos.

Primero en una fábrica de anillos, y después en una de láminas de metal en Birmingham.

Este sería su último trabajo antes de dedicarse a la música a tiempo completo, teniendo en cuenta que sin la punta de dos dedos no podía agarrar bien las piezas.

Chubby Checker

Es uno de los más grandes y siempre será recordado como el inventor del twist (no, no fue el Dúo Dinámico). Y las pasó bien canutas antes de llenar las pistas de baile.

La Norteamérica de los 50 no era precisamente un lugar donde el dinero corriera por las calles. La Segunda Guerra Mundial había dejado la economía bajo mínimos, y el joven Ernest Evans (¿o creíais que alguien en su sano juicio llamaría Chubby a su hijo?) tenía que trabajar aunque su padre fuera el dueño de una granja de tabaco.

Se sacó unas monedas a la hora haciendo de limpiabotas, vendedor de hielo a domicilio y con el empleo que sería más importante en su carrera: ayudante de carnicero, especializado en desplumar los pollos antes de venderlos. No porque fuera el mejor desplumador del mundo, sino porque su jefe en la carnicería fue el que le puso el apodo de Chubby («rechoncho», no hace falta decir por qué…) y le dejaba cantar versiones de Fats Domino y Elvis Presley por el micro de la tienda mientras decía los números de las señoras que esperaban pacientemente su turno.

Desde ahí, ya no tuvo que desplumar más pollos. Solo «hacer el twist».

Gene Simmons

La lengua más famosa del rock (de vaca o no de vaca), con la que afirma haberse comido a miles de mujeres, aunque ahora sea fiel a

Shannon Tweed, diosa de las películas de Telecinco los viernes a la una de la mañana.

El hemisferio izquierdo del cerebro de los Kiss, el que se encarga de los números, podría no trabajar durante años gracias a los 300 millones de dólares «declarados» que tiene en su cuenta corriente. Pero para ahorrar todo eso hay que empezar a trabajar bastante pronto (yo ya tengo ahorrados unos 120, pero soy bastante manirroto).

De familia judía, desde que era un chaval ya conocía la importancia del «centavo a centavo». Así que con 13 años se puso a repartir periódicos por las calles de su barrio de Queens, en Nueva York. Como veía que en la cesta le cabían más periódicos, decidió hacer dos rutas a la vez. Resultado: el doble de sueldo en la misma cantidad de tiempo.

Se sacó un grado superior para ser maestro mientras tocaba con su primera banda, Bullfrog Bheer, y en menos de seis meses impartía clases a alumnos de sexto grado en un colegio del Spanish Harlem. Lo despidieron por cambiar los trabajos de las clases de literatura. Mandaba a sus alumnos leer cómics de Spiderman en vez de las obras de Shakespeare.

Sus clases intensivas de mecanografía le iban a abrir las puertas al mundo editorial trabajando como asistente en las revistas *Glamour* y *Vogue*, un empleo bien pagado mientras grababa maquetas por la noche. ¡Puro *fashion victim*!

Estoy seguro de que de sus días en las revistas de moda sacaría más de una idea para el discreto vestuario de los Kiss.

Sting

Miembro fundador de Police, una de las bandas de rock más importantes de los 70 y primeros 80. Aunque también es conocido por ser el salvador del Amazonas, de medio continente africano, de la India, de la selva peruana y del pato zambullidor. Parece la

biografía de Nacho Cano, pero no. Es la de Mathew Gordon Summer, Sting. Antes de vender más de cien millones de discos, estuvo unos años doblando el riñón, como todos. Conductor de autobús, peón de albañil, profesor durante dos años en la escuela de primaria St. Paul en Cramlington, y lo que él mismo recuerda como un trabajo «que le destrozaba el alma».

¿Pocero?, ¿basurero?, ¿el que limpia las cabinas de los Sex Shops? ¡No! Recaudador de impuestos en Manchester.

Será que ha nacido con una sensibilidad especial.

Joe Strummer

Joe fue líder declarado de los Clash y de toda una generación. Fue punk antes de que existieran las crestas. Y esa actitud parece que también la aplicaba a la hora de elegir sus trabajos (quizás fueran los únicos en los que era lo suficientemente listo, o los demás suficientemente tontos para contratarle).

Su primer trabajo importante fue de enterrador para el Ayuntamiento de Newport (funcionario, que no está mal). Hasta que le entró la morriña londinense, y se volvió a casa.

Como el dinero no llovía del cielo (aunque en Londres llueve mucho, creo que todavía no ha caído ningún billete de 20; en el momento en que caiga alguno, emigramos todos a las islas), le tocó seguir trabajando. Recogedor de basuras en la Ópera Nacional, albañil, y la joya de la corona: ¡vendedor de alfombras! Seguramente el trabajo menos punk del mundo. Una curiosidad más de un genio que en sus últimos años quería abrir una ferretería en Andalucía.

Los Rolling Stones

La banda más grande del mundo, la máquina de hacer dinero, no tiene un currículo excesivamente largo cotizando fuera de la música.

¡Ni falta que les hace! Con los millones de dólares que se embolsan en cada gira mundial, no los creo muy preocupados por los años de cotizar que les restan hasta conseguir una buena paga de jubilación.

Mick Jagger trabajaba arrastrando camillas en un hospital psiquiátrico antes de formar la banda con Keith Richards.

Mr. Richards, hace muchos, muuuuchos años, cuando era muy joven, se dedicaba al entretenido oficio de recogepelotas en un club de tenis privado de la alta sociedad.

Y el tipo más elegante y tranquilo del grupo, el hijo de un camionero, Charlie Watts, trabajaba a tiempo completo en una agencia de publicidad londinense. Estaba tan a gusto en su escritorio, que se resistió durante meses a dejar su trabajo de día mientras tocaba por las noches con los Stones. «Para mí, el grupo solo era otro trabajo», dice. Genio y figura.

Aunque la palma se la lleva Ronnie Wood. No sabe lo que es sudar la gota gorda fuera de un escenario. A los 17 años ya era guitarrista de The Byrds, y solo tuvo que saltar de una banda a otra hasta llegar a los Rolling Stones.

Jonathan Davis

El líder de los cañeros Korn siempre ha tenido gustos bastante extraños. Su manera de combinar todo lo que encontraba en el apartado de tallas sueltas de las tiendas de Adidas no es más que una muestra de ello.

Estudió ciencias mortuarias, y gracias a ello consiguió trabajo en una funeraria de Shafter, California, como embalsamador. Se defiende diciendo que «aunque para sus padres era un poco raro ver cómo un chaval se aficiona a cortar cadáveres como si fueran bueyes, eso es algo que no se aprende viendo fotos o leyendo

artículos». Razón no le falta. Aún no ha encontrado una excusa tan buena para explicar por qué su banda favorita de adolescente era Duran Duran…

Serj Tankian

El líder de la banda más activa políticamente (con permiso de Rage Against the Machine), System of a Down, llevaba camino de ser el próximo Bill Gates, o de quitarle el puesto de visionario a Steve Jobs, hasta que tuvo una charla con sus familiares.

En cuanto consiguió su grado universitario en *marketing*, no tardó nada en crear un programa de contabilidad para empresas que llamó la atención de las multinacionales. No sería por el nombre, «software de contabilidad para el propietario de una industria vertical modular» (casi tan difícil de entender como la letra de «Chop Suey»).

Por las noches despertaba a los vecinos cantando con sus colegas armenios y, aunque tanto amigos como familia le aconsejaron seguir con los programas de ordenador («mira que programando nos sacas a todos de pobres»), Tankian eligió el camino del metal. Con los 20 millones de dólares que tiene en la cuenta, y más de 12 millones de discos vendidos, no parece una mala decisión.

Johnny Cash

El Hombre de Negro. El único artista que tiene su placa en el Salón de la Fama del Country, del Rock and Roll y del Gospel al mismo tiempo, mantenía en su currículo uno de los trabajos más peculiares de todos los mitos de la historia del rock.

Como su mayor preocupación era encontrar la manera de dejar de trabajar en los campos de algodón, se alistó en el ejército. Lo

asignaron a la Unidad de Inteligencia Criptográfica, o lo que es lo mismo, a interceptar las transmisiones en morse de los rusos. Johnny era tan bueno descrifrando el código soviético, que le asignaban las transmisiones más difíciles. Por algo fue el primer soldado en comunicar que Joseph Stalin había muerto.

Este trabajo era una tortura para el pobre Cash. Su cargo era tan secreto, que no podía decirle a nadie a qué se dedicaba, y apenas le daban permisos con el objetivo de proteger su identidad. Aunque por otro lado lo recuerda como un fantástico aprendizaje para sus oídos, al acostumbrarse todo el día a descifrar tonos y ritmos diferentes.

Tom Araya

El bajista y cantante de la banda de Speed Metal Slayer es conocido por haber compuesto dulces melodías como «Raining Blood» (lloviendo sangre), «Angel of Death» (el ángel de la muerte) y «Dead Skin Mask» (la máscara de piel de muerto). Con esta manera de pensar, sorprendería encontrarlo trabajando en una ludoteca, aunque su principal vocación es aún más inaudita.

Araya pasó los años pre-Slayer como terapeuta respiratorio. Si alguien entraba en Urgencias con un ataque de asma, necesitaba una traqueotomía o era incapaz de respirar, todos buscaban al cantante de Slayer.

Con lo que ganaba salvando vidas, financió el primer disco de la banda. Y no fue hasta que en el hospital le negaron un permiso para irse de gira por Europa, cuando dejó su puesto de terapeuta por el *metal*.

Eddie Vedder fue guardia de seguridad en un hotel antes de convertirse en el famoso líder de Pearl Jam, muy a su pesar.

Su colega **Chris Cornell** pagaba el alquiler gracias a su sueldo limpiando las tripas del pescado en una fábrica mientras el éxito de Soundgarden esperaba en la nevera.

Todo forma parte de un plan maestro desconocido, cuyo fin es formar las bandas más importantes de nuestras vidas.

Lo importante no es que a **Nikki Sixx** lo echaran de su colegio en Idaho por vender drogas. Ni que se fugara a Los Ángeles para acabar trabajando en una licorería. Lo que nos gusta es que ese trabajo le llevó a tocar con London, y poco después a formar Mötley Crüe.

Axl Rose esperaba su «Paradise City» mientras participaba como cobaya con Izzy para un estudio sobre los efectos del tabaco para la UCLA fumando cigarrillos sin parar por 8 dólares la hora.

Muchos de ellos apenas los recuerdan, y otros prefieren olvidarlo. Pero todos han tenido que pasar por lo mismo que nosotros. Un trabajo poco apetecible mientras llega nuestro momento.

3
«Calla, calla, que parece que aquí hay algo…»

«La realidad deja mucho a la imaginación».
JOHN LENNON

Los CD valen una pasta, y los vinilos todavía más. Así que los artistas se esfuerzan en «regalarte cosas inútiles» para que no tengas la sensación de estar tirando el dinero. El rock siempre ha tenido mucho más estilo a la hora de tener un detalle con los fans que se quedan a escuchar su CD hasta el final. No les hace falta un libreto con fotos de los miembros de la banda semidesnudos, gracias a Dios. Solo en los buenos discos de rock puedes encontrar sorpresas ocultas que dan una idea del sentido del humor de los artistas (bueno o malo, que no todo van a ser chistes).

El décimo corte del disco más importante de **Tool**, el grupo californiano, es una locura titulada «Dier Von Satan». Cuando los fans corrieron a comprarse el disco, se volvieron locos buscándole una explicación a la parrafada que se marcaba el cantante en el idioma de la Merkel. Que si era un discurso de Hitler, un conjuro satánico o la alineación del Bayern de Múnich. Las pesquisas se habrían acabado pronto si le hubieran preguntado a uno de Múnich, en vez de preguntárselo en todas las entrevistas a Maynard James Keenan, el líder de la banda. En cuanto traduces la letra de la canción, descubres que es un vacile en toda regla. Este «temazo» es una receta para hacer galletas de hachís sin huevos. Solo harina

y bien de chocolate. El mensaje oculto está bien claro: ¡aprended alemán!

Los **Beatles** aparecen descojonándose en la mitad de las portadas de sus discos. Porque estaban puestos, vale, pero también porque sabían las coñas que metían en muchos de sus LP. El final de su icónico álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* contiene un tono inaudible para los humanos, pero que sí son capaces de escuchar los perros. Así que si al acabar la cara B del disco, tu perro se vuelve loco, no es porque quiere que lo pongas otra vez.

En otro estilo de sorpresas, se pueden encontrar gritos sin venir a cuento en medio de una canción (en «Hey Jude» se escucha un chillón «joder, he tocado la cuerda que no era» saliendo de la boca de John el perfeccionista). En «All You Need is Love» Lennon se pone a cantar un trozo del «She Loves You» como si nada. Aunque la mejor sorpresa oculta beatlemaníaca está nada más y nada menos que en un capítulo de *Los Simpsons*. Aprovechando la aparición estelar de Paul McCartney, vegetariano convencido, al final suena «Maybe I'm Amazed», uno de sus clásicos. La pandilla de los Simpsons remezcló la canción para incluir una pista en la que, si la reproduces al revés, puedes escuchar al mismo Paul leyendo una receta de sopa de lentejas. Alimentando la leyenda, aunque sea con legumbres.

The Flaming Lips, los rockeros de Oklahoma, tienen sentido del humor, eso desde luego. Y esperan que sus fans también lo tengan. Si te compras su décimo disco, *Yoshimi Battles the Pink Robots* («Yoshimi contra los robots rosas»), abres el CD y miras el lado interior de la funda, te encuentras el tesoro oculto. Unas palabras de la banda escritas especialmente para ti, fan observador como pocos. La sorpresa se lee tal que así: «Has encontrado el mensaje secreto. ¿Tienes mucho tiempo? Déjalo pasar». Razón no les falta, la verdad.

Pink Floyd, los autores del disco conceptual más grande de la historia del rock y del mote más extendido en los barrios de media

España («¿Dónde vas, *pinfloi*?»), no podían dejar de incluir sorpresas ocultas en su obra magna. En el *The Wall*, la primera pista empieza con una voz diciendo: «*We came in*». El final del disco se cierra con «*isn't this were*»; si lo reproduces sin parar, 1+1 son 2. «¿No es esto de dónde venimos?». Maravillas del *autoreverse* que no se pueden disfrutar en la época del mp3.

Las sorpresas de Pink Floyd continúan. En «The Great Gig in the Sky» («El gran concierto en el cielo») encontramos una sorpresilla no apta para aprensivos. A los tres minutos y treinta y cinco segundos del tema, si prestas atención, puedes escuchar: «*If you hear whispering, you're dying*» (si escuchas el susurro, te estás muriendo). Tienes que escuchar atentamente, porque lo dicen en un susurro. ¡Zas, te moriste!

Pero el mejor, sin duda, sobre todo si consigues reproducirlo, es el mensaje oculto en el *The Wall* edición vinilo. Es casi como una receta de cocina, así que vamos con los pasos:

1. Pon la cara B del disco 1 en tu tocadiscos.
2. Reproduce el segundo tema («Empty Spaces»), mira tu cronómetro y para el vinilo con la mano justo antes de que Roger Waters empiece a cantar (aproximadamente un minuto y dos segundos).
3. Y ahora es necesario que tengas un momento Paquirrín. Ponte en modo DJ, porque tienes que reproducir el disco hacia atrás con la mano, intentando que vaya a 33 rpm, para poder escuchar el mensaje oculto.
4. Por si no eres capaz (a mí me cuesta horrores conseguirlo), entre los acordes se puede escuchar: «Felicidades, acabas de descubrir el mensaje secreto. Envía tu respuesta a Old Pink, al cuidado de la Granja Divertida». Para que luego digan que Waters es un borde.

Si tienes el tercer CD de **Hole**, el grupo de la viuda del grunge, puedes hacer dos cosas. Una es pasar la mitad de las canciones

directamente, porque no son obras de arte, la verdad. Pero si eres un tío curioso, puedes hacer esta segunda.

Dale al play y escucha la cuarta pista del disco, «Malibu». Cuando acaba la canción, si rebobinas podrás escuchar una especie de canto gregoriano.

De bien nacido es ser agradecido. Si te compraste el *Toxicity* de **System of a Down** en su momento y tienes la paciencia necesaria para dejar que corra el CD tras el último acorde de «Aerials» (yo vuelvo a reproducirlo inmediatamente), tras treinta segundos de silencio puedes escuchar a Daron y a Serj dándote las gracias por comprar su disco.

Otro truco de los CD. En *Chocolate Starfish and the Hot Dog Flavored Water* (la estrella de mar de chocolate y el agua con sabor a perrito caliente) de **Limp Bizkit**, la pista número 15, «Outro», marca 2:01 de duración, pero si la dejas correr dura casi diez minutos. ¿El motivo? Acaba la canción y puedes escuchar al actor Ben Stiller hablando con Fred Durst del sentido de la vida (de tonterías, realmente).

Rush siempre han sido la mayor aportación de Canadá a la música, seguidos de cerca por Celine Dion (aunque a esta prefieren olvidarla). Sus legiones de fans siempre han buscado mensajes y sorpresas en cada acorde que sale de las manos de Lifeson, Lee & Peart. En su disco *Moving Pictures* nos encontramos con un corte instrumental cargado de simbolismo: «YYZ». Aquí empieza la película para todo el que la escucha. ¿Qué será, un nuevo cromosoma?, ¿la evolución de la especie?, ¿un tintineo para llamar a la rebelión contra el orden establecido? Pues las campanas que suenan al comenzar la canción lo que hacen es tocar el título en morse. Raya-punto-raya-raya-raya-punto-raya-raya-raya-raya… ¿A que ya estás rayado? Pues tranquilo, porque el motivo del campaneo no es otro que un saludo al tráfico aéreo. YYZ son las siglas del aeropuerto de Toronto, y así los pilotos pueden escuchar su particular bienvenida.

Entramos en las sorpresas modo friqui. Y creo que me quedo corto. Porque los islandeses **Sigur Ros** tienen el honor de haber escrito un tema que se escucha igual en reproducción normal que en reverso: «Starálfur» (un elfo mirando) está compuesto todo a base de palíndromos o, lo que es lo mismo, palabras que se leen igual del derecho que del revés. La música reversible, que está de moda.

Y el premio gordo se lo llevan, de nuevo, los **Tool**. Vamos a meternos en terreno de *El código Da Vinci*. Hay una cosa que se llama la secuencia Fibonacci. Son una serie de números que comienzan con el 0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13…, cada número es la suma de los dos anteriores. Pues en el tema «Lateralus», del álbum homónimo, la letra está escrita de tal modo que las sílabas siguen la frecuencia Fibonacci (1, 1, 2, 3, 5, 8). Un trabajo de chinos, y de locos, es el descubrirlo.

Ozzy siempre ha sido el hombre más buscado a la hora de detectar mensajes satánicos, masones o en esperanto cuando reproduces sus discos a la inversa. Seguro que ahora mismo hay más de una y de dos personas escuchando los discos de Black Sabbath al revés para ver si invocan al demonio.

Su disco del 88, *No Rest for the Wicked*, forma parte de la historia del heavy metal por dos motivos bien diferentes. El primero, porque en él debuta Zakk Wylde como espada guitarrero de Mr. Osbourne. Y el segundo, que es el que nos importa a aquí, es porque sí que tiene un mensaje oculto. Si reproduces a la inversa los primeros segundos de «Bloodbath in Paradise», se puede escuchar perfectamente cómo dice: «*Your mother sells whelks in Hull*» («Tu madre vende caracoles en Hull»). Esa frase es lo más demoníaco que puedes encontrar en un disco de Ozzy (al menos conscientemente).

4
«¿Qué nombre nos ponemos?»

«Mi padre es la razón por la que me metí en el rock and roll. Vendía herramientas, y mientras aprendía el oficio me preguntaba: "¿Dónde está la diversión y el glamour *en esto?"».*
BILLY IDOL

Ya puedes haber compuesto el «Stairway to Heaven», que como no tengas un nombre para el grupo vas listo. ¿Habrían llegado tan lejos los Beach Boys si se hubieran seguido llamando The Pendletones? Ese era su nombre hasta que sus primeros jefes, de una discográfica local, decidieron cambiarlo por los chicos de la playa sin consultarlo con nadie. Otros adoptan como nombre propio uno relacionado con la carrera de sus artistas favoritos, como es el caso de los británicos Badfinger. Ese era el primer título previsto para el clásico «A Little Help from My Friends» de los Beatles, así que todos estuvieron de acuerdo en adoptarlo como nombre grupal.

Estos dos son solo un ejemplo, pero hay muchos más. Porque todos queremos tener un nombre chulo, ¿o no?

Mötley Crüe

Intentad imaginar el cuadro: cuatro chavales tirados en el salón de un apartamento cutre; cascos vacíos y *groupies* por todos lados. Y la más lista de las chicas pregunta: «¿Oye, vosotros cómo os

llamáis?». Así que ¡a buscar nombre toca, que si no se pira!». Se devanaron los sesos, hasta que uno dijo: «¡Vaya pandilla más variopinta!» («*What a motley lookin crew!*»). Pudo ser Nikki Sixx el que, por darle un toque más original, propuso: «Pongámosle una diéresis a alguna letra» (lo de diéresis lo decimos nosotros, él diría puntitos), por el simple motivo de que bebían muchos botellines de Löwenbräu. Puede parecer algo tonto, pero si no fuera por esa «revelación» tras una noche de borrachera, los chicos malos del rock se habrían bautizado como «Christmas», que es el nombre que había propuesto Sixx, el cerebro de la banda.

Alice Cooper

Mucho se ha especulado sobre el origen del nombre de Mr. Nightmare. El primer tío del rock que se subió al escenario pintado como una geisha es una fuente de leyendas. Que si fue viendo *Alicia en el País de las Maravillas*, que si le salió en una ouija (se especuló durante años con que este era el bueno)… Pero como no hay mejor manera de saber algo que preguntando, en una entrevista para el canal musical VH1 el propio Vincent Fournier reveló cómo había llegado a la conclusión de que ese, y no otro, debía ser el nombre por el que tenían que llamarle todos los aficionados al rock. Estaba sentado pensando cómo llamarse para iniciar su carrera, cuando abrió una bolsa de Doritos y dijo el primer nombre que le vino a la cabeza. Y fue, ¿lo adiviná is?, Alice Cooper. Siempre se dice que la realidad supera a la ficción, pero creo que en este caso era mucho mejor quedarse con la ficción.

AC/DC

Otra opción para bautizar a tu banda es proponer lo primero que ves escrito. Da igual donde esté. Como en el caso de los australianos,

que deben su nombre a que la hermana de Angus vio escritas esas cuatro letras en una aspiradora, para dejar claro que funcionaba con corriente alterna y continua. Visto así, podrían haberse llamado Bosch o Electrolux, que son aspiradoras y tampoco suenan mal. Les habría ahorrado una serie de problemas al inicio de su carrera. El inocente motivo por el que se metían en líos fue que no sabían que esas mismas cuatro letras se usaban en el *slang* para los bisexuales. Y más de uno fue a sus conciertos esperando encontrar otra cosa. Aunque todos salían con una buena dosis de rock and roll, alterna o continua.

The Beatles

Los escarabajos más famosos de la historia de la música, no lo son tanto. Me refiero a insectos, que famosos siguen siendo un rato. El nombre original lo propuso el bajista, Stuart Sutcliffe, pero era The Beetles, en honor a una canción de su ídolo Buddy Holly. Lennon cambió la pronunciación hacia Beatals, hasta que tuvo un encuentro con el poeta Royston Ellis y este le propuso el nombre Beatles, para englobarlo dentro de la corriente musical merseybeat, que por aquella época estaba en auge en Liverpool. Lo dicho. Nada de escarabajos.

Blind Faith

Este es uno de los ejemplos más claros de que, cuanta más prisa tienes por encontrar un nombre, menos resultados obtienes. Cuando Eric Clapton pensaba cómo llamar al supergrupo de blues británico más importante de la historia, no encontraba ninguno que le sonara suficientemente fuerte. Pero el disco ya estaba grabado. Así que encargaron la portada al fotógrafo Bob Seidemann, que tenía claro que quería que fuera la foto de una adolescente. La chica elegida

consiguió el permiso de sus padres, pero poco después se echó atrás. Fue su hermana pequeña la que suplicó hasta que sus padres le permitieron ocupar el lugar que había rechazado la mayor. El título de la foto era Blind Faith, y cuando Clapton la vio se quedó con el nombre tanto para la banda como para el primer y único disco de larga duración del grupo.

Blondie

La pregunta más fácil de responder para Debbie Harry es el origen del nombre del grupo. Y para nosotros la más fácil de entender. ¿Por qué se llaman Blondie? Pues porque cuando pensaban en formar otra banda para dejar atrás The Stillettos, un motorista pasó al lado y dijo eso de: «¡¡¡Rubia!!!». Para qué buscar más.

Crazy Horse

El nombre del grupo que ha acompañado a Neil Young durante más de cuatro décadas no tiene una doble lectura como el de otras bandas de la época. El Caballo Loco era un jefe indio que luchó para echar a los europeos de sus tierras y pastos, hasta conseguir que los Estados Unidos siguieran siendo de sus nativos.

Muy patriótico, si no fuera porque Neil Young es canadiense.

En pleno *boom* de la psicodelia, los fans se devanaban los sesos intentando descubrir cuál de los miembros era el Crazy Horse. «Yo creo que el de bigote, o puede que sea el batería». Nadie se llevó el premio: el auténtico Crazy Horse nunca pisó el escenario.

Def Leppard

La banda que acercó el heavy metal al gran público se llamaba Atomic Mass, hasta que el cantante Joe Elliott se unió a ellos. No era un mal nombre, pero necesitaban uno mejor. La tarea parecía imposible, hasta que Elliot se puso a garabatear en un papel y dibujó un leopardo sin orejas. No se sabe si es porque no sabe dibujarlas, o porque lo quiso hacer así, pero el boceto fue suficiente para que los demás dijeran: «Anda, un leopardo sordo, pues nos podemos llamar así» (Deaf Leopard). Un par de cambios en las letras para que no se lea demasiado punky, pero suene igual, y a triunfar en las emisoras de todo el mundo.

Crosby, Stills & Nash

Formar una banda y llamarse con los apellidos de sus tres miembros parece destinado al suicidio comercial, aunque ya seas conocido por estar en grupos punteros. Crosby salía de The Byrds, Stills era el factótum de Buffalo Springfield y Nash debía su carrera a Los Hollies. Pero siempre es una buena opción, cuando la otra alternativa que barajan para bautizar la nueva formación es «The Frozen Noses» (Las Narices Heladas), en referencia a la afición de los tres por meterse toda la cocaína del mundo. El folk rock no estaba preparado para tanto desfase, así que mejor ponerse los apellidos, y ya está.

Foghat

Los británicos con sonido más sureño se han pasado más de cuarenta años tocando su «Slow Ride» y ayudándonos a ligar a los que no sabemos inglés cada vez que suena «I Just Wanna Make Love to You». Todos se preguntaban qué quería decir el nombre, y cuando el grupo respondía que nada, se quedaban callados. Hasta que años más tarde, al periodista más listo de la ciudad, Gary

James, se le ocurrió preguntar a su batería de dónde venía el nombre del grupo. ¡Bingo! O Scrabble, más bien. El guitarrista Lonesome Dave jugaba a formar palabras con su hermano cuando tenía 13 años. En una de estas, por no perder, hizo lo que todos. Unir las seis letras que le quedaban y ponerse como loco diciendo que sí, que era un nombre real, que el juego es mío y yo pongo las normas. No coló, y le quedó la espinita clavada durante quince años, porque al entrar todos al estudio de grabación y comentar que había que buscarse un nombre, Dave dijo: «Yo sé unooooo». Foghat. Pues va a ser que tenía razón en su partida de Scrabble.

Grateful Dead

El grupo más alucinógeno y psicodélico de la historia del rock (era el grupo oficial de los tests de ácido de Ken Kesey) no puede tener una explicación simple para el origen de su nombre. Los Grateful deben su nombre a una serie de canciones tradicionales inglesas que comparten una temática similar. En ellas, un viajero entra en un pueblo. Los lugareños no quieren enterrar un cadáver porque el muerto debía dinero, así que el viajero paga la deuda del fallecido para que pueda tener un entierro digno. En sus siguientes viajes, el hombre es salvado por el «agradecido espíritu del muerto». Grateful Dead. Lo sacaron de un diccionario al ver que otra banda se llamaba The Warlocks, su nombre original. Y después de encontrar el nombre, ya pudieron seguir con los tests de ácido tranquilamente.

Jethro Tull

En diciembre de 1967 el flautista Ian Anderson forma una banda junto a Glenn Cornick, Mick Abrahams y Clive Bunker. La cosa no iba mal, y tocaban dos o tres noches por semana. Los carteles eran diferentes, porque cada dos por tres se cambiaban el nombre: Navy

Blue, Bag of Blues… Como así era imposible conseguir asistentes fieles y asiduos a sus bolos, el *manager* apareció una tarde con la propuesta de Jethro Tull, un granjero británico que en el siglo XVIII inventó un cacharro para poder lanzar tres hileras de semillas al mismo tiempo en la época de siembra (convencer a alguien para que se llame así debería estar premiado con un Nobel). Anderson odió el nombre desde el principio, pero como ni él ni los demás propusieron un nombre mejor, con ese se quedaron.

Kiss

Durante décadas se estuvo especulando con el origen y el significado del nombre de la banda de Simmons, Stanley y los que vengan. Con esas pintas en el escenario, solo podían ser enviados del demonio. Y se sacaron de la manga que eran cuatro iniciales que respondían a «Knights In Satan's Service» (Caballeros al Servicio de Satán). Les debió hacer gracia, porque nadie salía a desmentirlo. Hasta que Paul Stanley afirmó que se pusieron Kiss porque «buscaban algo que sonara sexy y peligroso al mismo tiempo». Sexy puede ser, pero el peligro de un beso es algo que se me escapa. Como mucho, una mononucleosis. Pero sarna con gusto no pica.

Pearl Jam

La explicación para el nombre de la banda más exitosa del *grunge* depende del humor con el que se haya levantado Eddie Vedder. Si se toma un café, puede decir que es por la mermelada de peyote que hacía su bisabuela (y que seguramente comía sin parar). Pero si se ha tomado una botella de vino peleón, tira por la calle de en medio y debe el origen del nombre a que «queremos ser como una perla, el proceso natural por el que se forma: coges el excremento y

la basura de una ostra y sale algo bonito». Ya ves. Prefiero la mermelada de su bisabuela. ¿Y lo de Jam? Pues porque es cuando los músicos se ponen a tocar.

Lynyrd Skynyrd

La época del instituto marca, y mucho. Los bailes de estudiantes, el acné incurable y el bigote de cuatro pelos. Y más si tu profesor de gimnasia te tiene enfilado y te castiga cada vez que te ve. Gary Rossington y Bob Burns arrastraron ese trauma unos cuantos años, hasta que formaron una banda de rock y había que buscarle nombre. Ambos recordaron a su profesor Leonard Skinner, que se la tenía jurada porque se pasaban por el forro las normas de vestuario del instituto (cosas como que la largura del pelo de los chavales no llegue al cuello, y nada de patillas). Así que para vengarse y burlarse de su nombre, decidieron que la banda de llamaría Lynyrd Skynyrd. Y convirtieron al señor Skinner en el profesor más famoso de América.

The Marshall Tucker Band

¿Quién es Marshall? Este es uno de los ejemplos más claros de «no me des la turra, llamémonos así». El grupo de Carolina del Sur encontró la inspiración en las llaves del almacén. Mientras pasaban la tarde buscando cómo llamarse en el local donde ensayaban, el más listo del grupo sacó el llavero y vio que en la llave del candado ponía Marshall Tucker, como aquí Fichet o Tesa. Tuvieron suerte de que el verdadero Marshall Tucker, un afinador de pianos ciego, no les pidiera una pasta. Resulta que él había alquilado antes que los chicos ese almacén, y el casero no llegó a quitar la pegatina con su nombre de la llave.

Pink Floyd

Los creadores de discos conceptuales, cada uno más grande que el anterior, empezaron a tocar por Inglaterra con diferentes nombres: The Meggadeaths, The T-Set y uno tan peculiar como The Screaming Abdabs (Los Gritos de Terror). Su admiración hacia los *bluesman* americanos Pink Anderson y Floyd Council les llevó a bautizarse como The Pink Floyd Sound. Quitaron las dos palabras sobrantes y se convirtieron en una de las bandas más influyentes de la historia de la música.

Procol Harum

Los artífices de la melodía de culto «A Whiter Shade of Pale» consiguieron su nombre por una mezcla de la tontería de su *manager* y sordera selectiva. El representante les llamó por teléfono con la feliz idea de que se llamaran Procul Harun, que era el nombre del gato de pura raza de su vecino. El teléfono se oía un poco mal, y escucharon Procol Harum, que viene a ser igual de interesante que el primero. La verdad es que no les importaba mucho su nombre, solo querían hacer música.

Steely Dan

Dos chavales, Walter y Donald, se conocen en el instituto, descubren que escuchan las mismas emisoras de radio y deciden formar una banda. Hasta ahí, normal. Tienen que tocar con otros grupos mientras buscan la inspiración y que llegue su momento. Vale, les pasa a muchos, no es nada especial. Componen para otros artistas y, cuando por fin les ofrecen un contrato para su propia

banda, ¡deciden llamarse como un vibrador de acero gigante! Steely Dan es el nombre de un vibrador metálico que lleva una malvada prostituta alemana en la novela *El almuerzo desnudo* de William Burroughs, y con ese nombre han pasado a la historia del rock.

Steppenwolf

Los autores de uno de los himnos más famosos de la historia de la música (¿hay alguien que no haya cantado a voz en grito el «Born To Be Wild»?) comenzaron a tirar millas en la carretera bajo el nombre de Sparrow (Gorrión), hasta que su líder, John Kay, comenzó a obsesionarse con la novela *El lobo estepario* de Hermann Hesse. Llegó un día a la sala de ensayo y sin preguntar ni nada les dijo: «Chicos, vamos a llamarnos los Lobos Esteparios». *Born to be wild*.

Stone Temple Pilots

Los Pilotos del Templo de Piedra no eran fans de Indiana Jones ni nada por el estilo. A la banda más problemática de Seattle (aunque todos los problemas los haya causado su *frontman*, Scott Weiland) les importaba un pepino su nombre; lo único que querían era que pudieran hacerse camisetas con el logo del aceite para motores STP, así que empezaron llamándose Shirley Temple's Pussy (El Coñito de Shirley Temple), hasta que se dieron cuenta de que nadie les contrataba para dar un concierto con ese nombre. Siguieron probando acrónimos durante meses, hasta que se quedaron con Stone Temple Pilots. Así que, si os preguntan qué significa ese nombre, podéis decir bien a gusto: «¡Nada!».

10CC

Los autores del superéxito (y único de su carrera) «I'm Not in Love», la canción de anuncio más quemada de la historia y todavía explotada en las promos del canal Divinity para hacerte ver que lo que anuncian te hará soltar alguna lagrimilla, contaron la leyenda de que el origen de su nombre no era tan romántico como su balada. Hicieron circular la historia de que 9cc es la cantidad de esperma que se produce como media al eyacular, por lo que 10cc era un polvazo. Pero fue el *manager* del grupo, Jonathan King, el que les puso el nombre tras una noche en la que soñó que un grupo llamado 10cc, al que él representaría, iba a tener el número uno de álbumes y singles al mismo tiempo en Norteamérica. Así que lo primero era llamar a un grupo 10cc.

The Who

A Roger Daltrey le cayeron unas cuantas broncas por hacerse el tartamudo al cantar «My Generation». Pero parece que también se le daba muy bien hacerse el sordo. En una de las interminables reuniones del grupo para conseguir un nombre chulo, alguien se dio cuenta de que Daltrey y Townshend no hacían ni puñetero caso y a cada uno que salía respondían: «¿Los Quiénes?» (The Who). De tanto escucharlo, decidieron que la mejor opción era llamarse así, sobre todo porque ya había ganas de largarse otra vez al pub.

5
«Apaga eso, que dice cosas malas»

«La sociedad siempre ha intentado encontrar un chivo expiatorio para sus problemas. Bien, aquí estoy».
MARILYN MANSON

Si por muchos fuera, seguiríamos escuchando a María Jesús y su acordeón en todas las discotecas del mundo, y la hora de los lentos empezaría con el «Noche de Paz». Porque el rock ha estado en el punto de mira de la censura desde el primer minuto de su nacimiento. Unas veces con razón, pero casi todas sin sentido, la música que nos gusta se las ha visto contra boicots y amenazas de todo tipo. Así que vamos a conocer unas cuantas, que me queman entre las manos de calentitas que están.

Los 50 y 60

Mientras por la península nuestros padres movían el esqueleto a ritmo de Lola Flores, Machín y Juanito Valderrama, en Estados Unidos nacía una cosa llamada rock and roll. Sobre todo el día que la congresista por Michigan Ruth Thompson introdujo una ley por la que se prohibían las «grabaciones pornográficas» bajo penas de cinco años de cárcel y 5.000 dólares de multa. Pena la que daba la señora, que encima se olvidó de dejar claro lo que era y no era pornográfico. Ahora ya no nos sorprende nada gracias a pornotube,

pero en los 50 llevar la falda por encima del tobillo era poco menos que una herejía. Ese mismo año (1954), al otro lado del charco, en la británica BBC prohibían el «Such a Night» de Johnny Ray porque los oyentes se quejaban de lo sugerente de su letra. Por esa misma sugerencia, los yanquis retiraban el «Honey Love» de los Drifters de todas las gramolas del país. Y aquello no había hecho más que empezar.

Al año siguiente, el Departamento de Policía de Bridgeport, Connecticut, canceló un baile en el que actuaba Fats Domino. El motivo alegado fue que «se iba a bailar rock and roll». Seguramente si tocara Fats y la gente bailara una sardana no se habrían metido de por medio, pero lo normal si tocan rock and roll será bailarlo, ¿no?

El momento más crítico del 55 fue cuando intentaron llevar a cabo una ley en el Congreso por la que los artistas blancos no pudieran cantar versiones de rythm and blues. Por suerte para nosotros, no consiguieron sacarla adelante (y más suerte para los *crooners* de la época; si no, a ver qué iban a cantar).

En 1956 la radio se vuelve medio loca. La ABC se niega a pinchar el «Love for Sale» de Billie Holiday porque dicen que la letra es sobre prostitución. Y consiguen que Cole Porter cambie la letra de su tema para Sinatra «I Get a Kick Out of You» para que no siga el mismo destino. La línea «*I get no kick from cocaine*» («no consigo un subidón con la cocaína») se convierte en la surrealista «*some go for perfume to Spain*» («algunos van a perfumarse a España») para que pueda sonar en todas las radios del país.

Es el turno de la censura televisiva. Porque una cosa son las letras, y otra mucho peor ver cómo se cantan. En el 57, los productores del mítico *Show de Ed Sullivan* decidieron que, mientras Elvis movía su pelvis, solo enfocarían al Rey de cintura para arriba. No fuera a ser que dejara embarazadas a todas las espectadoras con una de sus barridas de cadera. El Rey se pasó toda la actuación moviendo el dedo meñique como si bailara, y gritaban todas como locas.

Elvis se llevó por delante a unos cuantos. Como a Al Priddy, disc jockey de una radio de Portland, que se fue al paro por pinchar la versión de Presley del villancico «White Christmas». Por lo visto, su voz hacía que se derritieran hasta los muñecos de nieve, y eso es peor que el sexo. Elvis en canciones navideñas era insoportable para la moral de la época.

Por esa época también tenían la tendencia a ver penes en todas partes. El disco *On Stage* de The Five Keys, se tuvo que vender con una pintada en medio de la cubierta. ¿El motivo? Siempre hace falta uno, no os penséis. Por lo visto, el dedo de una mano del cantante Rudy West parecía un pene. Tendría buenos dedos, o el que lo miraba el pene pequeño.

Todo esto parece surrealista. Pero es de lo más normal. Lo realmente paranoico fue cuando en casi todas las radios de Estados Unidos prohibieron que sonara «Rumble» de Link Wray. Temían que el título («Pelea») promoviera la violencia adolescente. El tema es instrumental, pero eso no les importaba. Solo con el título llegaba. Así se las gastaban nuestros amigos poderosos en los años 50.

Y en esto que llegan los temidos 60. Con el twist, los Rolling y los Beatles. Casi nada.

Lo primero que hicieron fue prohibir el «Tell Laura I Love Her» en las radios americanas porque era de mal gusto cantarle a una fallecida. En Inglaterra se lo pasaron por el forro, la Decca grabó una versión con Ricky Balance y fue número uno directo. Pero, por otro lado, los mismos ingleses prohibieron el «100 Pounds of Clay» («100 libras de arcilla») de Gene McDaniels porque hacía referencia a crear mujeres a partir de materiales de construcción. Y eso era blasfemo.

En los colegios neoyorkinos estaba completamente prohibido bailar el twist, porque ese baile no era cristiano. Aunque en el resto de las casas se bailaba tanto que se convirtió en el único disco de la historia del rock en ser número uno en dos ocasiones diferentes (primavera del 61 y del 62).

El mismísimo Bob Dylan canceló su actuación del 63 en el *Show de Ed Sullivan* porque no le iban a dejar cantar «Talking John Birch Paranoid Blues». Dylan siempre los tuvo bien grandes. Casi tan grandes como los que prohibieron el «Louie Louie» de los Kingsmen en Indiana porque, como no entendían la mitad de la canción, aseguraban que seguro que decía palabras sexuales. No sabían decir cuáles, pero estaban ahí, y punto.

También había censura práctica. Como la que hicieron las discotecas británicas con el «Bits and Pieces» de The Dave Clark Five. Tenían prohibido pincharla por miedo a que los bailes les destrozaran el suelo de madera.

A mediados de la década, ya les fue tocando a los Stones. Más de la mitad de las radios británicas dejaron de poner el «Satisfaction» porque su letra era sexualmente sugerente. Y si no quieres cambiar la letra, no te preocupes, que otros lo harán por ti. Cuando Frank Zappa se negó a tocar una coma de su tema «Money» para que no lo consideraran sexual, la discográfica lo alteró electrónicamente y santas pascuas.

A los censores de mediados de los 60 no se les puede negar la originalidad. La BBC rechazó poner «My Generation» de los Who porque no querían ofender a los tartamudos (Daltrey canta partes tartamudeando). Eso sí, cuando se convirtió en un éxito, se olvidaron de los tartamudos y empezaron a ponerla como todo el mundo.

Los propietarios de las tiendas de discos no es que fueran precisamente liberales. Se negaron a vender el *If you Can Believe your Eyes and Ears* de The Mama's and the Papas porque en la portada salía el grupo en una bañera y un retrete en la esquina. ¡Por dios, un retrete! Era tan fuerte, que taparon todos y cada uno de los sanitarios con una pegatina que rezaba «contiene el California Dreaming».

En el 66 vino el primer encontronazo de John Lennon con los radicales, y fue uno de los más fuertes, la verdad. Tuvo la feliz idea de decir a un periodista que «el modo en el que nos siguen algunos

fans es como si fuéramos más famosos que Jesucristo». Maldita la hora. En todo Estados Unidos empezaron a romper y quemar los discos de los Beatles. Y dejaron de sonar en radios hasta que Lennon salió a pedir disculpas por haberse interpretado mal sus palabras (que por otro lado no dejan lugar a duda).

No todo va a ser sexo en la vida. Por eso a partir de esta época entran las drogas como otro factor a tener en cuenta a la hora de prohibir que suene una canción en cualquier parte. Los mismos Beatles se encontraron sin poder reproducir sus «Lucy in the Sky With Diamonds» y «A Day in the Life» en la BBC por incluir referencias explícitas a drogas de todos los colores. Volviendo con el sexo, tanto Stones como Doors tuvieron problemas en *El show de Ed Sullivan*. Sus Satánicas Majestades no salieron a tocar hasta que Mick Jagger no prometió que cambiaría «Let's Spend the Night Together» («Vamos a pasar la noche juntos») por «Let's Spend the Time Together» («Vamos a pasar el tiempo juntos»). Como Mr. Jagger es muy suyo, cuando tocaba decirlo en la canción, murmuró las palabras sin decirlas de un modo completamente claro.

Jim Morrison le echó más huevos al asunto. Le obligaron a alterar la parte del «Light My Fire» donde dice: «*Girl, we couldn't get much higher*» (que puede ser entendido como: «Chica, no podríamos colocarnos más»). Dijo que sí. Salió a cantar y se marcó un «que les den a estos». No cambió ni una letra y tampoco se acabó el mundo.

Y 1967, el mismo año que nacía la vigilanta Pamela Anderson, se completaba con uno de los episodios de censura que rayan lo surrealista. En Nueva York dejaron de pinchar el «Miss Morse» de Pearls Before Swine. El motivo fue el mismo morse del título. Tom Rapp cantaba la palabra «*fuck*» en morse. Un grupo de boy scouts lo descubrieron mientras sonaba por la radio, y poco menos que se sacaron los ojos y se taparon los oídos. ¡Y lo mejor es que era verdad!

Nadie quería vender ni el *Two Virgins* de Lennon y Yoko Ono, ni el *Electric Ladyland* de Hendrix por los desnudos de sus portadas.

Uno por bonito (las chicas del de Jimi) y creo que el otro por menos chulo (el de Yoko y Lennon).

Pero la palma de esos locos 60 se la lleva una emisora de El Paso, Texas. Dejaron de poner todas las canciones de Bob Dylan porque no se le entiende cuando canta. Eso sí, pinchaban cualquier versión de otros artistas, que se les entiende mejor.

Los 70 y 80

Pantalones de campana, camisetas de colores y mucho rock and roll. Así que había que buscar excusas nuevas y originales para intentar acabar con esa música insoportable. En 1970, la puritana BBC, como siempre, amenazó con prohibir el «All Right Now» de Free si el ingeniero de sonido no les enviaba la pista vocal aislada. No se ponían de acuerdo en si decían «*let's move they raise the parking rate*» («movámonos, que suben el precio del *parking*») o «*let's move before they raise the fucking rate*» («vámonos antes de que suban el jodido precio»). No encontraron nada de *fuck*, así que se convirtió en un éxito. ¡Gracias, BBC!

El mismísimo Richard Nixon hizo gala de su paranoia y les dijo a todas las radios que las letras de los temas de rock deberían salir en pantalla para ver lo que decían (no le dio por pensar que las radios no tienen pantalla). Y más paranoicos estaban los dueños del Royal Albert Hall de Londres cuando cancelaron un concierto de Frank Zappa porque su «200 Motels» contenía letras obscenas. «200 Motels» es una banda sonora, y lo más obsceno que tiene es la palabra «sujetador», pero cualquiera discute con esta gente.

Dos días después de que Jimi Hendrix tocara su versión del «The Star Spangled Banner» en el festival de Atlanta, el gobernador de Georgia declaró que buscaría el modo de sacar una ley que prohibiera todos los festivales de rock en su Estado.

La BBC renunció a pinchar el «Lola» de Los Kinks porque decían Coca-Cola, y eso para ellos era como un anuncio encubierto.

Poco después haría lo mismo con «The Cover of Rolling Stone», de Dr. Hook. Como RS era el nombre de una revista, eso es publicidad gratuita (eso sí, seguían sonando los Rolling a todas horas). Y los Three Dog Night causaron un revuelo importante al aparecer desnudos (aunque con sus partes cubiertas) en la portada de su disco *It Ain't Easy*. Sucumbieron a la presión sacando otra portada en la que aparecían sentados frente a un piano.

Por si esto no era suficiente, la Comisión Federal de Comunicaciones de yanquilandia envió un telegrama a todas las emisoras amenazando con retirar sus licencias de emisión si ponían rock que glorificara el uso de drogas.

Otro disco que no quisieron vender fue el *Love it to Death* de Alice Cooper. Salían con un pulgar estirado, y como hay gente que ve penes hasta en la sopa, tuvieron que pintar encima del dedo.

Ninguna emisora americana tuvo el placer de poner el tema de John Lennon «Woman is the Nigger of the World» porque «negro» y «mujeres» en la misma frase no les hacía mucha gracia. Aun así, consiguió entrar a tope en las listas de ventas.

Alucinado se quedó el genio del soul Curtis Mayfield. Imagina lo que es que salgas a hacer un playback en la tele, y de repente te das cuenta de que han cortado todas las partes en las que hablas de drogas. Bastante hizo con conseguir terminar su actuación sin decir: «¿Qué coño es esto?».

A mediados de los 70 ya se estaba cociendo la movida punk. Pero antes un reverendo de Florida hizo su propia encuesta para descubrir que, de 1.000 mujeres solteras preguntadas, 984 se habían quedado embarazadas mientras escuchaban música rock (creo que se olvidó de preguntar si había algún hombre en la sala).

Mientras la dictadura franquista llegaba a su fin, el Caudillo prohibió pinchar «Cortez the Killer» de Neil Young. No porque conociera a Young de nada, sino porque como hablaba de Hernán Cortés, ese amable conquistador español, temía que le gente dejara de verlo como un héroe (a Cortés, que no al Caudillo).

Y en esta que llegan los Sex Pistols. Para empezar les negaron el visado de entrada en Estados Unidos, pero no por sus pintas ni por su mugre. No les dejaron entrar en el país porque los oficiales consideraron que su música no tenía ningún valor artístico. Más o menos la versión de aduanas del «en mi garito no entras por los calcetines blancos». Y de vuelta a las islas británicas, se encontraron con que nadie quería poner el «God Save the Queen». Puede que publicarlo coincidiendo con el Jubileo de Plata de la reina Isabel no fuera muy oportuno. Eso sí, se colocaron número uno inmediatamente, aunque en las listas ponía «Sex Pistols _____». Y ya cada uno que rellene la línea con el título que quiera, que si no la censura elimina la publicación en un periquete. Superpunk les parecía el viejo Lou Reed a los dueños del London Palladium, y por su imagen le prohibieron tocar en el histórico teatro.

El invierno de 1980 debió de ser bastante frío en Iowa, Estados Unidos. Si no, no me explico por qué les dio por hacer hogueras en la calle en las que quemaban discos de los Beatles, The Carpenters, Perry Como y Peter Frampton por lo que podían hacerles a sus chavales. Con lo mal que huele el vinilo derretido, si tenían frío deberían haber probado con unos troncos de nogal, como manda el sentido común.

El gobierno enterito de Sudáfrica prohibió el «Another Brick in the Wall» de Pink Floyd por la parte en la que dicen «*we don't need no education*» («no necesitamos educación»). Esa canción era «perjudicial para la seguridad del Estado». Así de simple. Estos mismos mandatarios son los que prohibieron a las emisoras de su país pinchar cualquier tema de Stevie Wonder después de que en la gala de los Oscars del 85 Stevie dedicara su premio a Nelson Mandela.

El clásico *Born in the USA* de Springsteen estuvo a punto de acabar en el fondo del río porque algunos creían ver al Boss meándose en la bandera en su portada.

Cuando uno quiere ver demonios, le da lo mismo portadas, que letras, que canales de televisión al completo. Leo Weidner, mormón,

y de paso propietario de un complejo de apartamentos en Utah, quitó la MTV de todas las televisiones de sus inquilinos porque «los videoclips son pornográficos y peligrosos para sus inquilinos». Cuando le preguntaron si alguna vez había visto un vídeo musical, respondió que ni uno de refilón. Pero qué más da, son malos y punto.

Otra tajada de la censura a Frank Zappa fue cuando le obligaron a publicar su álbum *Jazz From Hell* con la mítica pegatina de «Explicit Lyrics», aunque ese disco es completamente instrumental.

Cuando los que tenían el poder sacaban el boli a pasear, podían cruzar la X en cualquier tema. En Inglaterra no se escuchaba «Hi Hi Hi» de The Wings por ser demasiado explícita, ni la Plastic Ono Band con su «Open Your Box» por contener la frase «*open your legs*». No se salvaba ni la vaca sagrada: Cliff Richard. En cuanto alguien le dijo que su canción «Honky Tonk Angel» hablaba de una prostituta, Richard hizo oposiciones para santo y declaró que no quería que la volvieran a poner en la radio jamás.

De los 90 hasta hoy

Los añorados 90, mil veces más horteras que los 80. Aquí comienza la eclosión del rap, con lo que no daban abasto a imprimir pegatinas de «Parental Advisory» para pegar en las carátulas de los CD. Pero el rock seguía haciendose notar y sangraba los oídos de los censores. Sobre todo porque es la década de Marilyn Manson. Manson se levantaba cada mañana con una nueva muestra del puritanismo de la sociedad americana (y con unas decenas de miles de discos vendidos por el mismo motivo).

La policía de Jacksonville lo arrestó por violar el «código de entretenimiento adulto» o, lo que es lo mismo, porque tenían sospechas de que Manson se había insertado un consolador en el ano mientras orinaba sobre el público. No sé cómo se puede

sospechar eso. Si lo viéramos alguna vez, creednos que lo recordaríamos con pelos y señales. Cancelaron su concierto en Utah por romper un Libro del Mormón sobre el escenario. Otro en Virginia porque sentían que sus canciones promovían el asesinato y la automutilación, y otro más como cabeza de cartel del Ozzfest en Nueva Jersey por el mismo motivo.

No se salvaban ni sus fans. Si no eras Manson, pero te gustaba su música, corrías la misma suerte. Un chaval de 18 años fue arrestado en un supermercado de Texas por llevar una camiseta del grupo. Un instituto entero de New Hampshire prohibió a todos los alumnos llevar camisetas del grupo. En todo el país se perseguía cualquier cosa relacionada con Mr. Manson, mientras él contaba los billetes en su casa. Puede entenderse un poco, porque siempre ha sabido cómo provocar a las autoridades. Pero otros grupos corrían la misma suerte, de un modo bastante inexplicable.

Una emisora de Nebraska comenzó un boicot contra todos los discos de K. D. Lang por ser vegetariana. Aunque sus oyentes apenas lo notaron, porque antes de eso debían poner un tema de la artista cada tres o cuatro meses.

Los Judas Priest se encontraron con una demanda millonaria de los familiares de dos jóvenes que escuchaban el *Stained Class* sin parar. Por culpa de ese disco (y siempre según los abogados de la familia), los chiquillos le daban azotainas a su madre, paseaban desnudos por el pueblo y robaban dinero. Podrían encajar perfectamente en un programa cualquiera de *Hermano mayor*.

La banda escolar de un colegio de San Louis se quedó sin poder tocar el «White Rabbit» de Jefferson Airplane por sus claras referencias a las drogas. La iban a tocar completamente instrumental, sin una sola sílaba, ni cantante, pero habla de drogas y punto. No se discute con el rector.

A Eric van Hoven, un pobre chaval de Michigan, lo expulsaron en cuanto cruzó la puerta del instituto con una camiseta de Korn, su grupo favorito. La camiseta era lisa, sin dibujo ni nada aparte del

nombre de la banda. Será que a los profesores no les gustaba el Nu-Metal.

En cuanto pasó la Nochevieja del 2000 y las mentes pensantes descubrieron que el mundo no se había acabado y los ordenadores seguían funcionando, volvieron a ponerse manos a la obra. La policía boicoteando al Boss por su «American Skin», el Senado reuniéndose para intensificar el control sobre las letras de las canciones y cuatro críos expulsados de un colegio privado de San Antonio por asistir a un concierto de ¡Backstreet Boys! Eso puede ser motivo de llevarlos al psicólogo, pero expulsarlos da una idea de cómo se las gastan por aquellos lares.

Aunque las bandas de rock fueron las más comprometidas con las víctimas tras los atentados del 11-S del 2001, el Consorcio de Emisoras de Radio publicó una extensa lista de canciones que solo podrían pincharse después de pensárselo muy mucho (o lo que es lo mismo, que mejor que nadie las ponga). Estos son unos ejemplos bastante ilustrativos, así que vosotros mismos podéis opinar si el aviso era o no era un poco exagerado (la mayoría de las coplas ya habían sufrido la prohibición durante la guerra del Golfo, así que no tuvieron que esforzarse demasiado…):

- Van Halen: «Jump».
- Queen: «Another One Bites the Dust» y «Killer Queen».
- Kansas: «Dust in the Wind».
- The Beatles: «Ticket to Ride», «A Day in the Life», «Lucy in the Sky with Diamonds» y «Obla Di, Obla Da».
- Paul McCartney: «Live and Let Die».
- Los Bravos: «Black is Black».
- Elvis: «Devil in Disguise».
- Elton John: «Rocket Man».
- Jerry Lee Lewis: «Great Balls of Fire».
- Don McLean: «American Pie».
- Creedence Clearwater Revival: «Travelin' Band».
- Tom Petty: «Free Falling».

- Bruce Springsteen: «I’m on Fire» y «Goin’ Down».

En estos últimos años nos hemos encontrado con que en Canadá dejaron de poner el «Money For Nothing» de Dire Straits porque dicen «mariquita», y eso va en contra de los derechos humanos y del Código de Ética y Comportamiento. Aunque ha sonado sin ningún problema durante veinticinco años, ahora se dan cuenta de lo hiriente que puede ser para algunos oídos.

Y hace bien poquito mutilaron una buena parte del tema de la película *El mago de Oz* «Ding, Dong! The Witch is Dead» tras la muerte de Margaret Thatcher. La verdad es que ya tenía mala leche ponerla en cualquier momento, pero la sutileza y el don de la oportunidad de los *disc-jockeys* es algo que día a día nos sigue sorprendiendo.

6

¿En qué estaría pensando cuando escribió eso?

«Hay más canciones de amor que de cualquier otra cosa. Si las canciones pudieran obligarte a hacer algo, todos amaríamos a alguien».

FRANK ZAPPA

Cuando uno abre el libreto de un CD para ver las letras e intentar descifrarlas, puede acabar más sonado que Brad Pitt en la peli *12 monos*. ¿Qué querría decir aquí? ¿Y aquí? Seguro que el perro negro de la canción es el demonio, o puede que estuviera drogado, y por eso no tiene sentido. La mayoría de las veces es mejor ni intentarlo, porque nos podemos llevar más de una sorpresa. ¿Qué pasa si la canción con la que siempre has soñado abrir el baile el día de tu boda habla de un transexual malabarista? Por eso es mejor no tener ni idea. Aunque para los curiosos, aquí van unas cuantas engañadizas (sobre todo cuando las ves de espaldas).

«Dude, Looks Like a Lady», de Aerosmith

La letra es muy clarita: «Chico, parece una tía. Le gusta como si fuera una tía». Como cuando se lo cuentas a un colega y le dices que te diste cuenta porque tenía nuez.

Pues la verdadera historia no tiene nada de sexy. Resulta que Steven Tyler estaba con unas ganas de fiesta tremendas, y al entrar a un bar buscando carnaza se encontró con una melena rubia brillante y un culito prieto de los que le gustaban. Hasta que se acercó lo suficiente para descubrir que no era Pamela Anderson, sino ¡Vince Neil!, el guaperas de Mötley Crüe. Neil es el único que lo niega (no interesa decir que pareces una tía por detrás) y jura y perjura que la canción es por una vez que Steve y él fueron a un bar en el que los camareros iban vestidos de chicas. Podríamos creerle, porque es un tío legal, si no fuera porque Desmond Child, coautor de la canción, ha dejado bien claro que la escribió con Tyler porque, si no llega a mirar dos veces, le da al rubio de los Mötley lo suyo y lo de su prima.

«Lola», de The Kinks

«No soy tonto, puedo entender por qué hablaba como un tío aunque anduviera como una mujer». Que alguien aquí se fue con un travesti queda fuera de toda duda. Pero en lo que no se ponen de acuerdo es en reconocer quién fue el pardillo.

Unos se esfuerzan en decir que el *manager* de los Kinks se puso a bailar con un travesti en una discoteca, y todos lo sabían menos el implicado, que se frotaba las manos pensando que por fin había pillado. Hasta dejaron que se fuera a la habitación y que descubriera el pastel por sí mismo.

Pero por otro lado, y preferimos pensar que la cierta es esta segunda versión, la Lola de la canción es Candy Darling, la tía más buena de la tropa de Andy Warhol. Ray Davies consiguió una cita con Candy, y no le dio por mirar un poco por debajo de los ojos para ver si había algo raro. No tenía por qué justificarse, pero ahí está la canción.

«Ticket to Ride», de The Beatles

Es una de las canciones más simpáticas de Lennon y compañía. Podemos cantarla para subir al autobús, o incluso mientras esperamos tres horas hasta que nos llegue el turno en el parque de atracciones. Pero para ser justos con la verdadera historia de la canción, es mejor que no se la pongamos a nuestra chica cuando se vaya a coger el autobús. El «*ticket to ride*» de la letra no es el bonobús de Liverpool, no señor. Es un ticket para montar otras cosas. Se refiere a la tarjeta de salud que llevaban obligatoriamente las prostitutas de Hamburgo para comprobar que estaban sanas y no tenían ninguna enfermedad de transmisión sexual. Parece que a los chicos les chiflaban las hamburguesas.

«Purple Haze», de Jimi Hendrix

Con Hendrix siempre tenemos el comodín de los tripis. ¿En qué se inspiraría para componer ese tema? Nada, iría puesto. No decimos que no sea cierto, pero solo con gotas de LSD no se escriben obras maestras. Hace falta un poco de esfuerzo.

Aunque el genio dijo que la letra se le apareció en un sueño, este vino provocado por un artículo que Jimi había leído en el periódico: la historia de una camarera obsesionada con uno de los clientes a los que atendía a diario. Un día le echó ácido en el café antes de servírselo y se lo llevó a su apartamento, donde lo retuvo durante casi una semana. Hendrix decidió contar la historia desde la pespectiva del pobre hombre, y por eso la canción es tan flipante.

Si pilla esta historia Ana Rosa, tiene chicha para un mes.

«In a Gadda da Vida», de Iron Butterfly

El comienzo de esta canción es uno de los primeros riffs de la historia del heavy metal. Doug Ingle empieza a cantar y crees que está montando una ceremonia satánica. Puedes imaginarte hasta el pentagrama pintado en el suelo. Y como el título no es nada en ningún idioma, te crees que es algún conjuro de las pelis de Harry Potter. Pues sí que significa algo, lo que pasa es que lo dice bastante mal. El título real es «In the Garden of Eden», pero como en aquella época no había Wassap ni Facebook para entretenerse, el pobre Doug se pasaba las horas muertas bebiendo como un cosaco. Cuando le tocó entrar a grabar al estudio, era incapaz de vocalizar casi nada, así que le salió «In a Gadda da Vida». Como podían pasar cuatro días hasta que despejara la cogorza, los otros miembros de la mariposa de acero se miraron y decidieron que, por ellos, la canción podía quedar así. Y así quedó.

«I Shot the Sheriff», de Bob Marley

Le disparé al sheriff. Parece que Bob Marley estaba harto de que le llamaran la atención por estar fumando todo el día, y escribió esta canción para que los policías pensaran: «A este cualquier día se le cruza y nos deja tiesos». Seguramente le funcionó, aunque la canción no tenga nada que ver con eso. La verdadera historia tras este clásico es que su novia, Esther Anderson, estaba tomando píldoras anticonceptivas para no quedarse embarazada, y al rey del reggae no le hacía mucha gracia. Lo consideraba un sacrilegio, y los disparos de la letra van dirigidos contra el doctor que le recetó las pastillas a su churri. La parte en la que dice «cada vez que planto una semilla la mata antes de que crezca» deja bien claro que Marley no estaba nada a favor de los métodos anticonceptivos. Los once hijos que tuvo con diferentes mujeres son una prueba de ello.

«Jump», de Van Halen

Pocas canciones se conocen más fiesteras y divertidas que la saltarina de Van Halen. Suena el sintetizador y ya te está preparando para saltar. Te entran unas ganas locas de despegarte del suelo. Pues, para ser justos con el «Jump», no deberíamos saltar hacia arriba. No deberíamos saltar en absoluto. David Lee Roth la escribió tras ver las noticias de las tres. El Pedro Piqueras americano relataba cómo un grupo de personas estaba intentando convencer a un hombre para que no saltara desde lo alto de un edificio. A Diamond Dave siempre le ha gustado ir a contracorriente; mientras todos en el televisor le decían: «No saltes, no saltes», se puso a gritar: «Salta, salta». No sabemos a quién le haría caso el pobre hombre, pero si pasas por una zona de edificios altos y llevas a Van Halen a tope en el coche, de ser tú nos apartaríamos de la carretera.

«Rocket Queen», de Guns and Roses

Vale, el título y la letra de la canción ya estaban hechas de antemano, pero la Reina Cohete de los Guns es Adriana Smith, sin duda. En la propia pista está la prueba. La chiquilla era la novia del batería, Steven Adler, pero cada vez que se cruzaba con Axl se ponía más caliente que la chapa de la cocina. En una de estas, mientras grababan en el estudio el *Appetite for Destruction*, se cruzaron, saltaron chispas y se pusieron dale que te pego mientras pensaban que no había nadie. Suerte para nosotros que el ingeniero de sonido se había quedado a comer el bocadillo y grabó todos los gemidos y frotadas. Esos gemidos van metidos en una pista secundaria de la versión que todos podemos escuchar de «Rocket Queen». Y los chicos tan contentos.

«Creep», de Radiohead

Cuenta la leyenda que mirar a Thom Yorke a los ojos es como el café y el cigarro: muñeco de barro. Así que imaginad cómo sería la vida de este chiquillo en la Universidad de Exeter. Había una chavala que le gustaba y se dedicaba a seguirla a todas partes a una distancia prudencial, para que no pudiera descubrirlo. Un tío muy cabal. En uno de los conciertos que Yorke dio con su primera banda la chica en cuestión apareció entre el público y este se quedó sin palabras. Así que corrió a componer la canción, en la que deja bien claro que es un tipo raro, pero raro, raro, raro.

«Nothing Else Matters», de Metallica

Uno de los himnos de los rockeros de San Francisco. Da igual que no te guste el heavy, esta canción sí que te gusta. Pues llegó hasta nosotros de la manera más tonta. James Hetfield estaba hablando con su novia por teléfono y la conversación debía ser tan interesante que agarró la guitarra con la mano libre y se puso a toquetear un poco las cuerdas. Cuando vio que le estaba saliendo una canción, dejó el teléfono y a su novia rajando sin parar, y se puso a escribirla. Al final añadió un par de frases en las que dice lo mucho que la echaba de menos cuando iba de gira para que la chica no se enfadara. Pero el resto de la canción es patrimonio de la humanidad.

«Smells Like Teen Spirit», de Nirvana

La canción de toda una generación de chavales con pelos largos, camisas de cuadros y los jerséis de sus abuelos roídos hasta los codos. Kurt Kobain no tenía buen ojo para las churris. Antes de liarse con su pobre viuda, Courtney Love, estaba liado con Tobi Vail, batería del grupo Bikini Kill. Harta de pasárselo bien con Kobain y estar todo el día escuchando sus chistes, lo mandó a paseo. Así que se puso a llorar en el hombro de la cantante del grupo. Como los lloros entran mejor con vodka, la pobre mujer se pilló una melopea de órdago y, mientras Kobain seguía diciéndole que no sabía por qué le había dejado, ella se puso a escribir frases sin sentido por las paredes del apartamento del líder de Nirvana («un albino», «un mosquito», «Kurt huele a Teen Spirit») y ahí se quedaron, adornando las habitaciones. Hasta que Kurt, en la fase 4 de «tengo que olvidarme de ella», tuvo la elegancia de llamarla para ver si podía usar alguna de sus pintadas en una canción que estaba componiendo.

«In the Air Tonight», de Phil Collins

Phil Collins era un batería de los buenos con Génesis. Y al buscarse la vida en solitario tampoco es que le diera por afinar las letras demasiado. Porque uno de sus mayores éxitos (este del que hablamos) está tan cargado de poesía y tan plagado de simbolismos que muchos pidieron el Nobel de Literatura para Phil.

Hasta que «Mr. Sussudio» reveló a la VH1 que le da lo mismo la letra de la canción. Él se metió en el estudio y se puso a meter frases inconexas que le parecía que sonaban bien con la música. Así que si llevas años buscándole el sentido a «In the Air Tonight», ya te puedes ir buscando otro hobby.

«Walking on the Moon», de The Police

Cuando nosotros, simples mortales, pillamos una borrachera, no solemos acordarnos de nada al día siguiente. O intentamos olvidar las chorradas que hemos dicho. Pero de Sting se aprovecha todo, como de los cochinos. Una noche que estaba borracho en la habitación de un hotel de Múnich, se puso a pasear y a cantar. Como no tenía la cabeza para muchas lindezas, cantaba lo que hacía: «*Walking round the room, walking round the room*» («dando vueltas por la habitación»). Al despertarse a la mañana siguiente, se acordaba de todo, y lo que para muchos es motivo de vergüenza, para el rubio de oro fue una canción. Solo le fallaba el título, porque, como él mismo ha reconocido, le parecía demasiado estúpido. Así que lo cambió por «Walking on the Moon», que suena más poético, aunque sea igual de chorras.

«Turn the Page», de Bob Seger

La balada tristona de Bob Seger, que después cargarían de decibelios Metallica para su álbum *Garage Inc.*, no surge de una ruptura, un desengaño ni de que su novio torero le pusiera los

cuernos. Lo de pasar página es por el vacile al que eran sometidos cada vez que paraban en un área de servicio. ¿El motivo? Sus pelos largos, que a los camioneros no parecían hacerles demasiada gracia, y les llamaban de todo menos guapos. Así que mejor pasar página, no vaya a ser que alguien salga herido.

7

¡Todos tenemos un pasado! (Aunque nos dé vergüenza)

«Creo que hay algo extrañamente musical en el ruido».
TRENT REZNOR

¿Quién no ha cometido nunca un error? Nosotros quisimos estar en Milli Vanilli sin ser negros ni saber bailar. Y lo intentamos durante un par de años. Si hoy fuéramos, por ejemplo, el cantante de Nickelback, y se destapara esa historia sobre nuestros comienzos, sería una mancha en nuestra biografía. Así que somos bastante comprensivos cuando vemos que otros rockeros han tenido deslices parecidos a los nuestros. Porque tú también tenías un disco de Nelson, ¿a que sí?

Everlast

¡Qué tío más serio! Tras dejar los House of Pain se ha labrado una carrera de compositor comprometido, y hasta ha versionado a Johnny Cash. Si hubiera que llevar a alguien a tocar a un mitin de la Izquierda Unida yanqui, iría Everlast (si hubiera IU yanqui, claro). No es que le esté buscando bolos a Eric Francis, que así se llama. ¿O pensabais que sus padres le habían puesto Everlast por los guantes de boxeo? Nada de eso. Se cambió el nombre, sobre todo después de haber intentado ser otro Vanilla Ice. Era coleguita de Ice T y

soñaba con ser rapero de los de botella de champán y chavalas en la piscina. Incluso publicó un disco como prueba, llamado *Forever Everlasting*, que es de los de ponerse colorado. Nosotros lo hemos escuchado y está al nivel del que sacó Jesulín en su día. Si podéis encontrar algún ejemplar del de Everlast, vendédselo al *Cuore*, que algo sacaréis.

De todos modos, el disco no haría tanto daño a la carrera del bluesman-rapper-rocker que ahora conocemos, si no hubiera ido acompañado de un vídeo con coreografía incluida. El chaval con corte de pelo a lo *Sensación de vivir*, traje con zapatillas y gente bailando, que es por lo que les pagan. ¿Conseguís imaginarlo? ¿A que no? Pues porque es indescriptible, así que mejor ponéis en YouTube «Everlast-I Got The Knack» y os sale todo. Vaya, puede que nos hayamos ganado a Everlast como enemigo por decir el modo de descubrir sus vergüenzas…

Trent Reznor

Reznor siempre ha sido un tío peculiar. Tienes que tener muchos huevos para grabar *The Downward Spiral* en la mansión donde la familia Manson asesinó a Sharon Tate. Se montó su estudio y no abandonó la casa hasta que dio el disco por terminado. Viendo cómo se las gasta, hay que tener poco aprecio a la vida para recordarle cómo empezó en esto de la música. Allá vamos. ¡Reznor empezó tocando el teclado en un grupo de versiones New Wave, como los que tocan en las terrazas de Benidorm! Ahora tendré que estar toda la vida mirando por encima del hombro por si me pilla, pero merece la pena que lo sepáis. Estudiaba ingeniería electrónica en Pennsylvania, y eran cuatro chavales que se hacían llamar Option 30 (seguramente porque, al ligar, para las chicas siempre eran esa opción). Cantaba y tocaba los teclados cual Nacho Cano. La única prueba viviente que queda de esa época es un disco de versiones de los Thompson Twins y de Falco. Si sois capaces de

conseguirlo y apreciáis vuestra vida bastante poco, podéis aparecer en una rueda de prensa del Reznor actual y le pedís que os firme el libreto en el que sale descojonándose con una camisa de rayas.

Ronnie James Dio

Dio es un Dios. Uno de los mejores cantantes de la historia del heavy, el inventor del signo de los cuernos y quizás el personaje más querido por los fans del metal (con permiso de Ozzy). Un señor que fue fiel a sus creencias rockeras y paranormales hasta sus últimos días. Seguro que nos está observando desde el cielo, a lomos de un dragón. Pues ese mismo Dio fue uno de los cuatro miembros originales de los Vegas Kings, un grupo de pseudo-rockabillys que soñaban con que les tiraran bragas al escenario, a ser posible fuera de la caja. Solo tenía 15 años, pero iba para Bertin Osborne, y lo más parecido al metal que usaba era la laca de su tupé. Como no sabía tocar nada, lo pusieron de cantante. Nada que ver con el Ronnie que conocemos ahora. Este punto de su currículo puede que explique que, cuando Pat Boone (cantautor hortera) publicó un disco de versiones de metal pasadas por su filtro de orquesta de pueblo, solo contó con la colaboración de una estrella metalera: la de Ronnie James Dio. ¿Morriña, quizás?

David Bowie

¿Dejaríais a Bowie encargado del cuidado de vuestros niños? Ahora puede que sí, que está hecho un abuelillo. Pero es fácil recordar que el Duque Blanco salía de parranda con Iggy Pop en su años más locos, se metía toda la heroína de Alemania y apareció en la peli *Dentro del laberinto*. Pues Bowie quería ser un Cantajuegos, antes de que existieran esos endemoniados. En el 67 publicó una canción titulada «The Laughing Gnome» («El gnomo risueño»). Es una

tortura en la que el gnomo habla con su hermano, el otro gnomo, mientra suena una musiquita de fondo. Frases como «¿tienes casa?» o «no, somos *gnómadas*» hacen que no me explique el fracaso de la canción entre padres e hijos. Cuando vuelva a dar un concierto por estos lares, deberíamos empezar una campaña para que toque «El gnomo risueño» en vez de «Heroes». La obra maestra luce tal que así, y está a precio de trufa.

8

Menos mal que cambiaron el título del disco

«Me gustan las canciones que son sencillas».
SYD BARRETT, *Pink Floyd*

Darle nombre a un disco es algo tremendamente importante. Casi tanto como la portada y lo que contiene dentro. Si el *Black Album* de Metallica se hubiera llamado *Salado y picante* y tuviera de carátula un salpimentero, seguramente no habría vendido ni la mitad. Algunos de los álbumes más grandes de la historia pudieron sufrir el triste destino de convertirse en ofertas a un euro del Carrefour, pero por suerte los miembros de los grupos vieron la luz al final del túnel y cambiaron el título a tiempo (o a ultimísima hora en algunos casos).

Revolver, de The Beatles

Era el turno de la continuación al grandioso *Rubber Soul*. Todo el mundo a sus pies, y ellos con otro puñado de canciones bajo el brazo dispuestos a seguir siendo más importantes que Jesucristo. Pues su intención era que se llamase *Abracadabra*. Y por arte de magia alguien se dio cuenta de que ya había un disco con ese nombre (gracias a Dios). Otras opciones fueron *Los cuatro lados del triángulo eterno*, *Círculos mágicos* y *Los Beatles de Safari*. ¿Os pensábais que era fácil? Se quedaron con *Revolver*, aunque la

opción del cachondo de Ringo era llamarlo *After Geography* porque los Rolling habían publicado el *Aftermath* (juegos de palabras entre «después de Geografía» y «después de Matemáticas», aunque *aftermath* significa «repercusiones»).

Presence, de Led Zeppelin

Es el séptimo álbum de los Zeppelin. Lo compusieron tras las graves lesiones sufridas por Plant en un accidente de coche. A lo mejor fue por los calmantes, o por algún efecto secundario al mezclarlos con whisky del bueno. Pero el título previsto para *Presence* era *Obelisk*. Así de fálico, y así de raro. Se lo sacaron de la manga porque antes que las canciones habían diseñado el concepto. La portada muestra a una familia tipo Emilio Aragón mirando apijotados un cacharro largo y negro sobre una mesa (no penséis mal, el cacharro es un adorno inútil). Un tío sensato y con buena labia apareció para convencerlos de cambiar el título por *Presence* al venderles la burra de que «el grupo tenía tanta fuerza que emitía una presencia inexplicable».

The Dark Side of The Moon, de Pink Floyd

Si hay un clásico entre los clásicos, ese seguramente sea *La cara oculta de la luna* de los Pink Floyd. Ellos tenían muy claro que el título del disco tenía que ser lunar. Ya llevaban tiempo esperando por un buen título (se pasaron más de un año tocando todo el disco en conciertos, antes de que se publicara). El primero que barajaron fue *The Dark Side of the Moon: A Piece of Assorted Lunatics* (*La cara oculta de la luna: una pieza de lunáticos variados*). Muy largo (y muy loco), así que decidieron titular al disco *Eclipse*. Tras pasarse meses y meses pensando que tampoco era el adecuado, pero sin

otro mejor que utilizar, volvieron a la primera opción, pero pegándole un machetazo.

Exile on Main St., de The Rolling Stones

En el 71 los Stones estaban un poco hasta los huevos de pagar a la Hacienda británica para que la Reina Madre se pudiera tomar su té de importación, así que se «empadronaron» en Francia, que cobra muchos menos impuestos. Empezaron a trabajar en su nuevo disco en el sótano de una casa alquilada por Richards (para que digan que son derrochones, alquila una casa pudiendo comprarse una mansión) y se encontraron en la aventura de buscar un título potente para su nuevo trabajo. Tampoco les quitaba el sueño, porque todos los días salían de fiesta por la noche para ver qué tal eran el vino y las drogas al otro lado de los Pirineos. Entre fiesta y fiesta, se encontraron con que habían conseguido un doble LP lleno de obras maestras y decidieron titularlo *Tropical Disease* (enfermedad tropical). Se aceptan apuestas a favor de que sacaron ese título a raíz de los litros de ron tropical que se venían calzando entre unos y otros a diario. Pero lo malo de las borracheras es que vienen seguidas de las resacas. Y en esos momentos es cuando sentían la morriña de Julio Iglesias por el país que habían abandonado y que tanto dinero les había sacado. Por eso lo conocemos como el disco del *Exilio en la calle principal*.

Tommy, de The Who

Antes de que tuvieran la feliz y fácil idea de llamar su ópera rock como a su protagonista (y a posteriori como una marca de ropa pija y sosa), Pete Townshend estaba más preocupado en tocar botones, añadir pistas y conseguir el sonido que solo él escuchaba en su cabeza. Así que cuando tocó poner un título a la portada del libreto

de la historia que haría resurgir a los Who, pensó: «Esto va de un chaval que, tras morir asesinada su madre, se queda sordo, ciego y tonto. Pues que se titule *El chico sordo, tonto y ciego*». Por el camino se percató de que sería difícil vender entradas para una obra con ese nombre, a no ser que saliera Lina Morgan. Y se redujo hasta convertirse en el *Tommy* que conocemos hoy en día. Al menos no contrató a Lina Morgan.

¿Os imagináis que *El padrino* se hubiera titulado *El señor mayor que parece que tiene paperas*? ¿A que no la habríais visto?

9

Menos mal que le dio por repasar la canción (y otras que empezaron de coña)

«Estoy orgulloso de todos nuestros discos. Hasta de los que son una mierda».
JOE STRUMMER, *The Clash*

Las obras maestras pueden suceder por trabajo o por accidente. O por una mezcla de los dos. En este caso ocurren porque a nuestro artista de turno le dio por repasar lo que había escrito y probar por otro lado a ver qué ocurría. Como el que inventó el revuelto de ajetes cuando la tortilla que estaba haciendo le quedó hecha un cristo. Y los mayores beneficiados en ambos casos hemos sido nosotros, los simples mortales, porque muchas de las canciones rockeras que adoramos podían haber sido algo muy distinto…

«Mind Games», de John Lennon

Lennon tocó un poco de todos los palos a la hora de componer su música. Drogas, hinduísmo, protesta social, terapia de electro-simulación (era duro vivir con Yoko Ono), y el rollo New Age para alcanzar la paz interior. Gracias a esto transformó lo que iba encaminado a convertirse en un himno hippy en un éxito sobre la retórica psicológica, que estaba mucho más de moda allá por los 70. Su éxito «Mind Games» estuvo guardado en un cajón durante más

de una década, y en ese lapso la cultura pasó del desnudarse por fuera al conocerse por dentro. Por eso, cuando Lennon rescató sus apuntes para grabar la canción, cambió la mayoría de la letra. «*I want you to make love, not war*» se convirtió en «*we're playing those mind games together, pushing the barriers, platin'seeds*» («participamos juntos en esos juegos mentales; derribando barreras, plantando semillas»). Mucho más en la onda, y mucho más elaborada, la verdad. Seguramente por eso se convirtió en un clásico instantáneo.

«I'm so Bored With The Usa», de The Clash

O cómo pasar de una persona a todo un país. Mick Jones era más un compositor encaminado al pop que al punk. Pero Joe Strummer era más punky que los imperdibles. El primero le cantó al segundo un tema que había compuesto para hablar sobre una de estas relaciones que van y vienen (todos las hemos tenido). La canción se titulaba «I'm so Bored with You» («Estoy tan aburrido de ti»), pero Strummer la escuchó mal. O eso es lo que dice, porque le cambió unas cuantas frases al cantarla, hasta convertirla en «I'm so Bored with the USA» («Estoy tan aburrido de los USA»). Así, por arte de magia (y de la trola de Strummer), una balada pastelosa y aburrida se convirtió en un himno político, o antipolítico. Todo depende de si se escucha bien o mal…

«Honesty», de Billy Joel

Billy Joel parece un tío aburrido, pero hubo una época en la que tenía más mala leche que todos los Lannister juntos. Piano Man, como le gusta que lo llamen, es de la escuela de los que primero componen la música y después van poniendo frases por aquí y por allí. De ese modo, su clásico «Honesty» se tituló «Sodomy» durante

mucho tiempo. Cambia bastante la cosa, la verdad. Cuenta la leyenda que como Joel no daba un duro por escribir letras, su batería Liberty DeVitto le dio la letra de Sodomy para que cambiara las frases, con pedazos de poesía como «*sodomy it's such a lonely world*» («la sodomía es un mundo solitario»). Tampoco es que cambiara demasiadas palabras (se quedó como «*honesty it's such a lonely world*»), pero gracias a ese ejercicio de sustitución convirtió un canto a la perversidad en otro a la sinceridad. Y eso que salió ganando, porque si no todos estaríamos mirando cómo se mueve sobre el asiento del piano y pensando cosas raras.

«I Saw Her Standing There», de Paul McCartney

En los Beatles todos hacían de todo, y mucho lo hacían bien. Pero este clásico que inicia el *Please, please, me* fue compuesto por Macca en solitario, muy a su pesar.

El equipo McCartney-Lennon de las canciones no era tanto como creemos. La mayoría de las canciones las hacía uno solo, y después las firmaban los dos. «Yesterday» está escrita toda enterita por Paul, y la alucinante «I am the Walrus» es cien por cien obra de Lennon. Pero en esta que nos importa Lennon cambió solo una frase y al mismo tiempo toda la canción. Parece ser que cuando Paul llegó con la letra, Lennon se empezó a partir de risa de lo ñoña que era la copla, y entre risas cambió la primera frase. «*She was just 17. Never been a beauty queen*» («Solo tenía 17. Y nunca había sido una reina de la belleza») se convirtió en «*she was just 17. You know what I mean*» («solo tenía 17. Ya sabes lo que quiero decir»). Así de simple, la cara B del single provocaba gritos adolescentes cada vez que tocaba la aguja del tocadiscos (del otro modo habría provocado más sollozos que otra cosa).

«Loser», de Beck

Con Beck entramos en la segunda categoría de este capítulo. O cómo de una coña o un bacile puede salir un himno. «Loser» es el éxito más grande de la carrera de Beck Hansen, el genio indie estadounidense. Y es el resultado de decir chorradas sin parar, y encima tomar nota. Antes de ser famoso Beck tocaba en cualquier parte. En clubes, cafeterías, en las calles de Los Ángeles… sin que nadie se parara a echar un centavo. Así que le gustaba decir chorradas en medio de las canciones que cantaba, para comprobar si alguien le estaba prestando atención. Un día se puso a grabar una canción en la cocina de la casa de un amigo, y era tan mala que le dio por cantar «*I'm a loser, baby, so why don't you kill me?*» («soy un perdedor, chica, así que ¿por qué no me matas?»). Tardaron casi siete horas en grabarla, y Beck no quería publicarla porque era la demostración de lo malo que era rapeando. Pero la insistencia de su discográfica, Bong Road, acabó por hacerlo ceder. La Geffen reeditó el tema en el 94, y todos nos pusimos a cantarla como perdedores.

«Fight For Your Right», de Beastie Boys

Este fue el primer hitazo de los Beastie Boys, incluido en el larga duración de su debut *License to Ill*. Los B. B. odiaban bastante toda la escena rockera de Los Ángeles, pero les encantaba burlarse de las letras de sus canciones repletas de testosterona. Cogieron la letra del «Smoking in the boys Room» de Mötley Crüe y la cambiaron hasta convertirla en el «Fight for Your Right», pero solo la cantaban en la furgoneta mientras estaban de gira. Para romper la tensión y echarse unas risas, que nunca viene mal. Hasta que el productor Rick Rubin los escuchó, añadió un *riff* y una batería, y la fiesta de tres chavales de Nueva York se agrandó hasta ser el derecho a la fiesta de todo el mundo.

«Cum on Feel The Noize», de Quiet Riot

Este fue uno de los temas de cabecera de Slade en los 70, pero la versión que todo el mundo recuerda es la de los Riot diez años después. Bastante paradójico, teniendo en cuenta que la banda hizo todo lo que estaba en su mano para convertirla en la peor canción que jamás habían grabado. Cuando su productor llegó con la idea de hacer esa nueva versión del clásico del glam, no les hizo ni puñetera gracia. Pero eran unos mandados, así que Kevin DuBrow y el batería Frankie Banali hicieron de todo para boicotearla. Se compincharon con el ingeniero de sonido y la grabaron sin ensayarla. El ingeniero solo le daba al «rec» cuando se reían o soltaban tacos. DuBrow gritaba las letras y las soltaba sin acompasar (más o menos como hace Enrique Iglesias), y Banali aporreaba la batería como mi abuela. Todos contentos. Hasta que el productor le metió una pista de coros, hizo un poco de magia y apareció con la cinta. Ahí estaba una ración de puro rock and roll, muy a su pesar.

«Stuck in The Middle With You», de Stealers Wheel

Este tema de los Stealers es el que usa Michael Madsen para cortarle la oreja al chaval en *Reservoir Dogs*, para situarnos. Suena como una canción de Bob Dylan, pero con algo de ritmillo, ¿a que sí? Pues eso es porque Gerry Rafferty la escribió para reírse de Dylan en todos los aspectos. No sabemos si envidiaba su éxito, sus letras o su sombrero molón, pero el caso es que Stuck in the Middle es más anti-Dylan que Ricky Martin. La escribieron como una parodia de todos los singles publicados por el autor de «Like a Rolling Stone». La parte en la que cantan: «*Clowns to the leith of me, jokers to the richt*» («payasos a mi izquierda, bufones a mi derecha») es una puñalada a la manía de Dylan de etiquetar a la mayoría de la gente como payasos y bufones. De este modo consiguieron vender un millón de copias, sin que nadie supiera que

se estaban burlando de un icono cultural. Seguro que, al saber esto, al chaval sin oreja de *Reservoir Dogs* le hace más gracia.

«Sweet Child O'Mine», de Guns and Roses

Este tema de los Guns es uno de los riffs de guitarra más reconocibles de todos los tiempos. Siempre está a la cabeza de todas las listas de los mejores de la historia, y es imposible discutir contra eso. Así que vamos a desmitificarla un poco descubriendo cómo se creó. No iba ni a ser una canción, solo era un ejercicio que hacía Slash para desentumecer los dedos antes de ponerse a tocar la guitarra de verdad. Tiro-riro-riro-ri-ro, la tocaba como si fuera música de circo, hasta que Izzy entró a hacerle el acompañamiento mientras los demás se reían. Axl estaba en otra habitación y salió para preguntar si esa mierda iba a ser su próxima canción (no se sentaban demasiado a componer en sus primeros años). Como en el estudio se graba todo, que para eso está pagado, se quedó en la bobina. El productor lo escuchó, con prisas por acabar una maqueta decente para poder llevársela a sus jefes. Pero le faltaba algo. Axl, haciendo gala de su impaciencia, preguntó: «¿Dónde vamos ahora?» («*Where do we go now*?»)… ¿Os va sonando? Con esa frase rellenaron todo el final de la canción. Y tenemos la suerte de que no le dio por preguntar: «¿Dónde están mis calzoncillos?», porque si no eso es lo que estaríamos cantando sin parar.

10

«Tú di que no tenías ni idea, a ver si cuela»

«Benjamin Franklin fue la primera rockstar, porque inventó muchas cosas como el servicio postal y el pararrayos».
JON BON JOVI (algo habría tomado)

El campo, las flores, un sueño, un tripi, o dos o tres. La inspiración para una buena canción puede estar en cualquier parte. Sobre todo en las canciones que ya han escrito otros. Porque el rock, como todo, está lleno de plagiadores, copiotas y gente con un morro que se lo pisa. Es ridículo que te pongan una canción, después escuches la tuya para ver que es exactamente igual y todavía tengas las narices de decir que «se parecen un pelín». Al menos los hay que se han callado, pagado lo que toca, y listos. Pero otros tantos lo negarán hasta que nos hayamos muerto todos.

«Ob-La-Di, Ob-La-Da» de los Beatles contra «Why Don't You Get a Job» de Offspring

Paul McCartney escribió el tema original cuando el reggae empezaba a ponerse de moda en el Reino Unido, y la publicaron en 1968. Una canción pegadiza como pocas (y tonta como muchas). Treinta años después, los chicos de Offspring estaban desesperados por conseguir un éxito. Y qué mejor manera que plagiar descaradamente el tema de los Beatles. Publicaron el

multiplatino *Americana* y el decimoprimer corte se llamaba «Why Don't You Get a Job». ¡Corre, ponlo inmediatamente! El ritmo y la melodía son los mismos, exactamente idénticos al Ob-La-Di, y el éxito fue similar. Se convirtió en un hit internacional para el grupo de Dexter Holland, aunque no le pagaron ni un duro a McCartney por los derechos. En lugar de eso, cada vez que les preguntan, tiran del socorrido «es un tributo, no es un plagio». Claro, en los chinos de mi barrio también tienen muchos tributos a Nike y Adidas.

«Crescent City Blues» de Gordon Jenkins contra «Folsom Prison Blues» de Johnny Cash

La reputación de Cash como compositor es impecable. El mundo del country y del rock le rinden pleitesía. Será porque al menos paga. El Hombre de Negro tuvo que pagar al compositor Gordon Jenkins 75.000 dólares de la época por usar frases y melodías del «Crescent City Blues» en su blues de la carcel de Folsom. Cash cambió la temática de la canción original de una mujer que quiere escapar de la cárcel a su «*I hear the train a-coming*». Pero no fue suficiente para que desestimaran la demanda. Y en estos casos el que paga es como el que calla. Otorga.

«You Can't Catch Me» de Chuck Berry contra «Come Together» de The Beatles

El Abuelo del Rock ha influenciado a casi todos los músicos vivientes (excepto a Madonna y Justin Bieber). Pones uno de sus temas, y no dejas de bailar. O de tomar notas.

Esto último es lo que hizo John Lennon para escribir «Come Together». Y aunque Berry estaba más preocupado por perseguir chicas, su compañía demandó al Beatle pacifista con todas las de la

ley. Uno puede pensar que se parecen bastante, que es de casualidad, pero Lennon grabó tres temas para Morris Levy, el demandante, como parte del acuerdo extrajudicial. Además de una versión del tema de Chuck para su disco de versiones *Rock and Roll*. Todo para compensar.

«Taj Majal» de Jorge Ben contra «Do ya Think I'm Sexy» de Rod Stewart

El rubio de oro británico ha visto resucitar su carrera a base de versiones. Y pegó un pelotazo importante con su discotequero «¿Crees que soy sexy?». La pena es que no era del todo suyo. Un músico brasileño de estos que no conoce nadie había escrito prácticamente toda la melodía en el 76. En cuanto se enteró, Jorge demandó a Stewart, y el famoso accedió a donar una parte importante de los beneficios del tema a Unicef.

Stewart no lo esconde. Cuando le preguntan por su plagio, no le avergüenza reconocer que «debió escuchar la melodía alguna vez, se quedó alojada en algún lugar de su memoria, y brotó a chorros cuando estaba en el estudio». Plagio inconsciente, que también se lleva mucho.

«Creep» de Radiohead contra «The Air That I Breathe» de The Hollies

En cuanto los amantes de los *oldies* escucharon el clásico de Radiohead, se les encendió la bombilla. ¡Coño, si esto es igual que

un tema de los Hollies! Y tenían toda la razón. Por eso en cuanto los compositores Albert Hammond (que la cantó en español llamándola «El aire que respiro», y la ha versionado hasta Julio Iglesias) y Mike Hazlewood lo denunciaron, Thom «Ojoloco» Yorke los incluyó como co-compositores del tema. Lo que implica unos buenos cheques para todos. Porque no hay que olvidar que cuando se acusa de plagio, lo que se pide es dinero.

«Ghostbusters» de Ray Parker contra «I Want a New Drug» de Huey Lewis

Esta es una historia de echarle morro de todos los niveles. Los productores de la peli de *Los cazafantasmas* le pidieron formalmente a Huey Lewis que escribiera un tema chulo para la banda sonora. El rockero dijo que no le apetecía, aparte de que estaba haciendo una para *Regreso al futuro*. Así que los productores contrataron a un tal Ray Parker Jr., le pusieron «I Want a New Drug» de Huey Lewis y le dijeron que escribiera una canción igualita. En cuanto vio que recibía una nominación al Oscar a mejor canción y sonaba en todas las emisoras del país, Lewis montó una demanda millonaria contra lo que era un cantazo de plagio. Ambos llegaron a un acuerdo prejudicial, con cláusula de confidencialidad incluida. Así que nunca sabremos la pasta que le tuvieron que pagar. Y tampoco sabremos qué ha hecho Ray Parker el resto de su vida.

Media discografía del Blues contra otras tantas de Led Zeppelin

Los *bluesmen* americanos siempre fueron los ídolos de Page & Plant. Se pasaron miles de horas escuchando sus discos y, ya

puestos, copiando a troche y moche. La lista es bastante larga, así que podéis poneros cómodos.

Primero con «Dazed & Confused», uno de sus primeros éxitos. Elegantemente robada a Jake Holmes, un cantante de folk con el que Jimmy Page estuvo de gira mientras tocaba con los Yardbirds. Page alteró un poco la letra y la melodía, y la grabó con Led Zeppelin, sin darle al autor ni las gracias por venir. Finalmente, Holmes lo demandó por «robacoplas» en 2010. No se sabe por qué esperó tanto.

La pieza de más de ocho minutos «How Many More Times» es puro jam psicodélico. Con un poquito de blues. Sobre todo desde que en 1993 tuvieron que incluir como coautor e inspiración especial al bluesman Howlin' Wolf. Parece que su canción «How Many More Years» es bastante, bastante parecida. No vemos la similitud, aparte de la letra, pero si lo han incluido, por algo será.

Ya en 1985 se encontraron con otra demanda por plagio cuando a alguien le dio por comparar el «Whole Lotta Love» con «You Need Loving» de Willie Dixon. También han acabado por incluirlo como compositor, así que otras dos partes de razón que le dan al demandante.

El Led Zeppelin II tiene otro pedacito de Howlin'Wolf. «The Lemon Song» es casi calcada a un tema de Wolf llamado «Killing Floor», tanto el *riff* como la letra. Y por si hacen falta más pruebas, los juzgados están llenos de papeles de la demanda que les pusieron. El último tema de este disco, «Bring It On Home», tiene una intro que es un homenaje a Sonny Boy Williamson, pero se olvidaron de citar a su autor, cómo no, hasta que un juez le obligó a incluirlo (Willie Dixon de nuevo).

Un poco más curioso es «In My Time Of Dying» de *Physical Graffiti*. La autoría se reparte entre los cuatro miembros de la banda (Page, Plant, Jones y Bonham). Parece que en una buena tarde de amiguetes les salió esta pieza. Si no fuera porque es una canción gospel que tiene más años que la orilla del río, y la ha cantado hasta

Bob Dylan. Eso sí, como es tradicional, no se pueden reclamar los derechos.

A todas estas, tenemos que sumar la reciente demanda del grupo Spirit contra la famosa intro del «Stairway To Heaven». Juran y perjuran que está copiada de su canción «Taurus». Tendrá que decidirlo un juez, y solo entonces sabremos si esto es un suma y sigue, o si Spirit son como Leonardo Dantés y solo buscan algo de publicidad.

«American Girl» de Tom Petty contra «Last Nite» de The Strokes

La intro del tema de los supermegamodernos (lo fueron en su momento) The Strokes es la misma que toca Tom Petty cada vez que se sube a un escenario a tocar el que seguro es su tema más marchoso. Y en este caso no lo dice ninguna sentencia, sino los propios implicados. Petty reveló hace años una entrevista que mantuvieron con los miembros de The Strokes para hablar del parecido razonable entre ambas canciones. Y directamente le dijeron que sí, que la habían copiado del todo. A Petty le hizo tanta gracia ese ataque de honestidad, que les dijo que la podían tocar toda la vida sin pagarle ni un centavo. Para que después digan que Tom Petty es soso.

«He's so Fine» de The Chiffons contra «My Sweet Lord» de George Harrison

Los Beatles eran historia, y Harrison preparaba su primer disco en solitario. Así que debió pensar: «Acabo antes copiando un tema que componiéndolo». Y aunque tuvo la argucia de plagiar a un grupo de chicas, que parece que se nota menos, lo cazaron como a todos. El

juez encargado de la demanda dijo que las dos canciones eran «virtualmente idénticas», aunque también quedó claro que copió la canción «inconscientemente». Otro que se libra por los astros.

«Sweet Little Sixteen» de Chuck Berry contra «Surfin'USA» de The Beach Boys

Como pionero del rock and roll, al viejo Chuck Berry le han copiado hasta el bigote. Los dulces 16 de su canción hablan de una chiquilla que está obsesionada con los artistas de rock (igual que él lo estaba con las de 16). Y la de los Beach Boys habla de surfear, ¿verdad? ¡Pues no! Copiaron descaradamente la melodia y el ritmo de la anterior de Berry. Lo peor en este caso es que Brian Wilson, como genio supremo, se adjudicó la autoría de la canción en solitario. Berry no hizo nada contra Lennon por «Come Together», pero esto le tocó las narices. Por si alguien lo dudaba, a día de hoy podéis buscar en cualquier parte quién es el autor de «Surfin' USA» con un resultado unánime: Chuck Berry. El padre de Brian, Murry Wilson, reconoció la autoría en la música de Berry, y hasta le regaló la de la letra (en la que no tiene nada que ver).

«Run Through the Jungle» de John Fogerty contra «The Old Man Down The Road» de John Fogerty

Sí, habéis leído bien, no es una errata. Fogerty *vs.* Fogerty. ¿Y quién ganó? ¡Pues Fogerty! John compuso, grabó y publicó con la Creedence el «Run Through the Jungle» en 1970. El grupo se separó, y cada uno siguió su camino (cada uno a su casa, menos el que hacía las canciones). Quince años más tarde publicó en solitario «El viejo por la carretera abajo», que se le parecía mucho, pero mucho, mucho. La verdad es que son calcadas, ¡qué coño! Saul

Zaentz, propietario de Fantasy, la discográfica de la CCR, pensó lo mismo (tampoco hay que ser un genio, ya os digo que son clavaditas), y lo denunció.

Un jurado de San Francisco, de esos que salen en las películas y en los que al elegirlos siempre echan a los negros y a las embarazadas, tenía que decidirlo. Así que Fogerty se sentó en el estrado con una guitarra para que vieran su proceso de composición y cómo había escrito una y otra canción. Tampoco podía engañarlos demasiado, así que les dijo que eran diferentes variaciones de la misma melodía (como si dices que una tortilla la haces por el lado de arriba, y la otra por el de debajo). No se sabe cómo, pero la tontería coló y quedó absuelto.

Como curiosidad también podemos decir que en ese mismo disco, Fogerty cantaba una canción titulada «Zanz Kant Danz», por la que el mismo Zaentz ya le había pedido 144 millones de dólares por difamación. No eran muy amigos, la verdad.

«Are You Gonna Be My Girl» de Jet contra «Lust For Life» de Iggy Pop (y las Supremes por medio)

¿Quién no ha visto esa secuencia de la peli *Trainspotting* en la que Renton corre a toda pastilla por la calle mientras suena la percusión de «Lust for Life»? Iggy Pop la escribió con David Bowie, los Jet pillaron el principio gratis, y montaron su tema más famoso hasta la fecha (y hasta el fin del mundo, visto que ya no tocan más). Aquí no hubo más denuncia que la de los fans. Porque lo que pasa es que ese comienzo no es de Iggy Pop, es del «You Can't Hurry Love» de las Supremes (las de verdad, no las de Móstoles). Y como no iba a ver un duro, Iggy se calló como un cabrito. No era plan de pagar abogados para nada. Un dinero que se quedó en el limbo, o en los bolsillos de algún representante.

La lista de «homenajes», «reinterpretaciones» y «¡*nu* sé cómo me salió, la *verdá*!» es interminable. Green Day calcaron un tema de los Kinks para componer «Warning». El unicejo de Blur tuvo que incluir a Bowie como compositor de «M.O.R.» porque era muy parecida a «Boys Keep Swinging» del Duque Blanco.

Los otros unicejos, los de Oasis, aparte de robar media discografía de los Beatles, se las vieron con una demanda de Stevie Wonder (y un 10 por ciento de *royalties* a pagar).

Chris Martin, de Coldplay, aparte de recaudar mucho dinero para Oxfam, también lo ha hecho para pagar a Joe Satriani y Kraftwerk por copiarles «partes sustanciales» de su obras en «Viva la Vida» y «Talk» respectivamente.

Después de haber leído todo esto, seguro que os tomáis más en serio a Luixi Toledo cuando sale por la tele diciendo que él es el auténtico compositor del «Thriller» de Michael Jackson. ¿A que sí?

11

«Cariño, me han despedido (aunque no sé muy bien por qué)»

«Fue divertido mientras duró, aunque nunca llegué a creerme que estuviera en Van Halen».
GARY CHERONE

Las bandas son como un patio de colegio. Todo va muy bien hasta que a uno se le cruza el cable, agarra el balón y dice que ya no quiere jugar más contigo. El motivo, ¿hace falta un motivo? Los Beatles echaron a George Best porque Ringo tocaba mejor la batería (aunque siempre ha habido rumores de que era el más guapo y los otros miembros sentían celos). Para qué va uno a andarse con milongas. Aunque a veces la historia no es tan sencilla.

Lemmy fuera de Hawkwind

Lemmy siempre se ha puesto hasta arriba de todo lo que caiga en sus manos, y lo que pueda coger de las tuyas. Ese desfase parece suficiente para que te echen de una banda, aunque sea porque te metes tanto que no dejas nada para los demás. El motivo por que le dijeron que se pirara de la banda en 1975 fue por drogas, sí, pero por no tenerlas. Lo detuvieron en la frontera canadiense con cinco pastillas machacadas, y las autoridades inmediatamente pensaron que era cocaína. El polvo era poco menos que calmante vitaminado,

así que lo dejaron libre sin cargos. Al cruzar la puerta de aduanas, ya tenía el finiquito listo, como se suele decir. No fue una buena idea por parte del grupo, ¿o alguien ha escuchado últimamente algo de Hawkwind?

Steve Perry y Journey

Journey fueron uno de los grupos con más éxito de los 80. Con clásicos del pop-rock como «Don't Stop Believin'» y «Separate Ways». Hasta que la gente se olvidó de ellos. Pero como cada dos por tres los 80 vuelven a estar de moda, se reunieron en 1996 para sacar un disco malo de narices, que se vendió como churros. La excusa perfecta para ponerse en gira y llenar los bolsillos de la banda. Su cantante, Steve Perry, estaba dando un paseo por el monte para celebrarlo (lo que da una idea de lo fiesteros que son en ese grupo) cuando se rompió la cadera. Como no quiso operarse, el resto de la banda se buscó a otro cualquiera para cantar, y antes de que a Perry le hubieran metido una bolsa de suero ya estaban girando con Steve Augeri, un don nadie. Fue acabar la gira, sacar la pasta y mandar a la porra a Steve. Todos pensaríamos en volver a llamar al cantante original. ¡Pues no! Neal Schon vio a un filipino cantando sus temas por YouTube, y lo contrató inmediatamente para ser el cantante de Journey. Y en esas están.

Kim Shattuck y los Pixies

Los Pixies influenciaron a toda una generación (la X, antes de que fuera X). Nirvana no habría existido sin los discos de los Pixies. Eran la caña de España (o de Boston, para ser más precisos). Pero todos nos hacemos mayores, y a ellos parece que les sienta peor llegar a la cincuentena. Si no, no se explica que despidan a su bajista por tirarse al público durante un concierto. En uno de los bolos en el

Teatro Maya de Los Ángeles, Kim se calentó y se lanzó encima de los que estaban en primera fila como si estuviera en Woodstock. En cuanto acabó el *show*, el *manager* le dijo que no volviera a hacer eso en la vida, «porque los Pixies no hacen eso». A los dos días, ya tenía la llamada de rigor para decirle que las cosas no iban bien y tenía que dejar el grupo «porque los Pixies no hacen esas cosas de tirarse al público». Cinco meses duró el amigo en los Pixies por un salto. Hijo, ni que fuera el Bolshoi.

Jon Anderson y Yes

En el 2008, tras casi cuarenta años cantando al frente de Yes, Jon tuvo que ir al hospital por un ataque de asma. Como ya tenía unos añitos, los médicos le recomendaron que descansara durante seis meses. Y como de los hospitales salen más chivatazos que en *Sálvame*, los otros miembros de la banda se enteraron y en menos de diez minutos ya tenían otro cantante. Un chaval con buenos pulmones, imitador en una banda tributo a Yes. No se molestaron ni en llevarle el típico globo de «que te sanes pronto». Anderson se enteró de que ya no tenía grupo por un amigo ajeno a la banda que le fue a visitar al hospital.

Michael Anthony y Van Halen

Los hermanos Van Halen son los reyes del punteo y los bombos, pero cuando se aburren les da por despedir a media banda. En el 85 ya mandaron a la porra a David Lee Roth porque él quería pasárselo bien y Eddie tocar el *Concierto de Aranjuez* (por no decir que Roth no soportaba los sintetizadores que querían meter en todas las canciones). El rubio de oro a la calle, y meten a Sammy Hagar en su lugar. Como Hagar tenía menos ego, aguantan con él diez años, hasta que urden la triquiñuela de volver a llamar a David Lee para

ver si así se vende su nuevo disco de grandes éxitos. Hagar a la calle, Roth dice que les den, así que contratan a Gary Cherone, excantante de Extreme, y concursante de *Gran Hermano Vip* en potencia.

Cuando despiden a Cherone (¡sorpresa!), como no se pueden despedir entre ellos mismos, solo les queda el pobre Michael Anthony. Van Halen no tocaban ni en los bailes de fin de curso, así que Anthony se pone a dar unos conciertos con Sammy Hagar, sí, el que sustituyó a Roth y por el que vino Cherone. Esto parece *Dinastía*, ¿a que sí? Motivo más que suficiente para que lo despidan de la banda en la que ha estado más de treinta años. Que en su lugar hayan metido al hijo de Eddie, Wolfgang, no tiene nada que ver. Anda, hijo, ven a trabajar con papá y así aprendes el oficio familiar…

Dave Evans y AC/DC

¿Quién es Dave Evans? Eso se deben preguntar en Australia cuando un señor de melena les cuenta que él fue el primer cantante de AC/DC. Tuvo la fantástica idea de ponerse a discutir antes de un concierto y, en un alarde de chulería, se negó a subirse al escenario. Pues ya no se subió más. Apareció por allí un tal Bon Scott y se quedó con su puesto. El finiquito de Evans salió barato, ya que hasta el momento de su «abandono» solo habían grabado dos sencillos.

Glen Matlock y Sex Pistols

El despido del bajista de los Pistols es un claro ejemplo de los que no se ponen de acuerdo, sobre todo en si te echo, te piras o se acaba todo. Siempre se ha rumoreado que lo echaron del grupo porque le gustaban los Beatles, que para los punkys debe ser como

si dices que te gusta el «Gangnam Style». Para sumarle puntos, se llevaba a mataperro con Johnny Rotten (¿y quién no?), y el *manager* Malcolm McLaren no hacía más que meter cizaña porque planeaba a Sid Vicious como bajista. Mezcla estas dos razones con que Matlock era el único con formación musical y de bellas artes, y te sale el verdadero motivo de su despido. Como él mismo dice: «Me fui porque estaba harto de esa mierda». Punk cien por cien.

Steven Adler y Guns and Roses

El loco de Steven siempre quiso estar en una banda por las fiestas y las chicas. Amigo de la infancia de Slash, era el más salvaje de los primeros Guns (que ya tiene mérito). El resto del grupo empezó a cansarse de su comportamiento, probablemente porque no dejaba nada para los demás, aunque Axl bien que aprovechaba sus fiestas para zumbarse a la novia de Steven. Hasta que durante la grabación de los *Use Your Illusion* le dijeron elegantemente que siguiera la fiesta en otra parte. Lleva más de veinte años diciendo que lo dejaron tirado, aunque es más probable que él dejara tirados a sus compañeros día sí y día también.

Ozzy y Black Sabbath

Que te echen de tu grupo una vez ya debe ser traumático. Pero que te echen dos veces es algo que solo un tío como Ozzy puede superar. La primera vez que le enseñaron la puerta fue en el 79. Tony Iommi y los demás estaban hartos de que no apareciera a los conciertos. Y eso en el mejor de los casos, porque cuando aparecía se olvidaba de las letras y se pasaba todo el concierto diciendo lo primero que le pasaba por la cabeza. Hicieron las paces dieciocho años después, y se llenaron los bolsillos y las estanterías con varios Grammy. Superamigos hasta que Ozzy se convirtió en estrella de la

tele. Porque cuando sus compañeros vieron que lo único que hacía era ganar dinero para sí mismo, volvieron a echarlo de la banda.

Ahora vuelven a estar juntos, pero ¿hasta cuándo?

Scott Weiland y Stone Temple Pilots

Si Scott Weiland fuera un poco más listo, podría ser uno de los mejores *frontman* de la historia. Si fuera un poco más listo, porque es conocido como el cantante que siempre monta movida. Cuando los hermanos De Leo acabaron hartos de su comportamiento, lo echaron a la calle y se pusieron a buscar otro cantante, Scott corrió a declarar: «Ni nos hemos separado, ni he dejado el grupo, ni me han despedido». Un tipo duro de mollera. Volvieron a tocar juntos para pagar la hipoteca, y no aguantaron ni un año. Eso sí, Weiland sigue siendo el único que no se entera. Dice que no pueden despedirle del grupo en el que ha estado más de veinte años. Que le pregunte a todos los anteriores.

Vivian Campbell y Whitesnake

Y otro más que se va al Inem. Tras rasgar las cuerdas con Dio, Campbell llegó a la Serpiente Blanca con la vitola de superguitarrista para sustituir a John Sykes, que había sido despedido pocos días antes. Grabó el multiplatino *Whitesnake* y ya no le hizo falta a David «Pantene» Coverdale.

Despedido también. Esta vez la excusa fue que «Vivian está frenando a la banda de alcanzar todo su potencial». ¡Qué bonito! No llegó ni a pillar la extra de Navidad.

Jason Newsted y Metallica

El bajista de la cara de mala leche, con permiso de James Hetfield, es el ejemplo más claro de *mobbing* en una banda de rock. Los mandamases de Metallica siguen diciendo que amigablemente le pidieron que eligiera Metallica o sus proyectos en solitario, por lo que nos toca pensar que es tan tonto que renuncia a tocar con la banda más grande de metal para actuar en bares de carretera. La realidad es que le llevaban preparando la maleta varios meses. El bajo en todos los temas del *And Justice for All* es casi inaudible, porque deliberadamente lo bajaron en la mezcla final con el objetivo de hacer que se pirara, y ellos tener la excusa de que necesitaban un bajo con más caña. Normal que no hayan quedado muy amigos.

12

¡A joder a los jefes! (Aunque nos paguen bien)

«Si alguna vez necesitas algo,
por favor no dudes en pedírselo a cualquier otro».
KURT KOBAIN

Lo primero que busca una banda de rock es un contrato de grabación (drogas y chicas aparte). Hasta que firman con una discográfica, no son más que uno de tantos grupos con un puñado de versiones y una maqueta en la que meten un tema propio que suena a lata lo pongas como lo pongas. Y lo segundo que buscan es cómo joder a esa discográfica que les está robando el dinero y haciendo la vida imposible. Unos lo consiguen, otros no. Todo depende de la inventiva de sus actos, por supuesto.

Los Rolling Stones contra Decca Records

Desde el inicio de su carrera, los Stones siempre han estado paseando sobre la delgada línea que separa lo legal de lo condenable. Las ventas son las ventas, y las libras entraban sin parar en las arcas de la Decca, por lo que desembarazarse de la todopoderosa discográfica basándose en un escándalo parecía una tarea imposible. A Jagger y compañía les tocó estrujarse las meninges hasta que dieron con el modo. Grabar y publicar el «Schoolboy Blues», también conocido como «Cocksucker Blues». El

título alternativo está sacado del estribillo, en el que Mick canta melódicamente: «*Oh, were can I get my cock sucked? / Where can I get my ass fucked? / I may have no money / but I know where to put it every time*» («Oh, ¿dónde pueden chupármela? / ¿Dónde pueden darme por el culo? / Puede que no tenga dinero / pero siempre sé dónde ponerlo»). Como es de imaginar, los ejecutivos de Decca no quedaron muy contentos con el resultado de la grabación, así que la guardaron en el cajón y mandaron a la porra a sus autores. Aunque la publicaron trece años más tarde en un *box-set* para que los fans pudiéramos disfrutarla (y para seguir exprimiendo la gallina).

Trent Reznor contra Universal

El líder de Nine Inch Nails mira por nuestros bolsillos, no solo por los suyos. Corría el año 2007 cuando publicó *Year Zero*, y los listos de Universal tuvieron la fantástica idea de venderlo en Australia a 30 euros. Reznor se enteró, y se lio parda.

Cuando les preguntó a los ejecutivos el motivo por el que vendían tan caro su último trabajo, la respuesta fue más que clarificadora: «Es porque tienes una audiencia muy fiel que pagará lo que sea por tu nuevo disco. Los discos de pop son los que tenemos que rebajar para que se vendan». Con estas palabras encendieron la mecha. El artista comenzó una campaña animando a sus fans a que robaran el disco desde servidores de Internet. Y por si no sabían cómo hacerlo (en 2007 no era como ahora), él mismo lo subió para que no tuvieran que buscar demasiado.

Como era de esperar, eso dio por finalizada su relación con Universal, y le dijeron que ya podía empezar a vender sus discos con el método Avon, puerta por puerta.

No afinaron demasiado, porque cuando publicó su siguiente trabajo, *Ghosts I-IV*, dio a sus fans la opción de bajárselo gratis o pagando. El resultado fue que en una semana ya había ingresado un millón y medio de dólares por las ventas del disco. Al final resultó

ser bastante cierto lo de que sus fans pagarían por cualquier cosa que publicara Nine Inch Nails.

The Clash contra la CBS

Cuando los británicos punkarras tuvieron que entrar en el estudio para grabar su tercer disco, no querían hacer otro LP aburrido. Querían hacer un disco doble. Por desgracia, corrían los 70, y en esos años se hacía lo que la compañía dijera (¿y cuándo no?). Así que la reunión en la que se lo propusieron a los jefes concluyó cuando los de corbata extendieron el dedo corazón y les dijeron eso de «súbete aquí y pedalea». Como Joe Strummer tenía muy mala leche, consiguieron que les dejaran grabar un single que podían regalar con el LP. Unos se fueron a sus mansiones y los otros al estudio de grabación. Todos satisfechos. Cuando la CBS recibió el single se encontraron con un maxi sencillo de 12 pulgadas que contenía nueve temas pagados con el dinero de la discográfica. Como no dejaba de ser un single, tuvieron que tragar y publicar el *London Calling* como un LP sencillo, a precio de LP sencillo, pero con dos vinilos y diecinueve temas. ¡Con los Clash hemos topado!

Wilco contra Time Warner

En 2001 cambiaron de jefe en Reprise Records, la discográfica de Wilco. Y lo primero que dijo el nuevo patrón fue que Wilco no le gustaban nada de nada. El grupo estaba inmerso en la grabación de *Yankee Hotel Foxtrot* y se encontró con la papeleta. El mandamás, David Kahne, decidió que no iba a tirar el dinero y le exigió a la banda que grabara algo que se pudiera poner en la radio. Jeff Tweedy lo mandó a tomar viento, y el disco pasó a las estanterías de los almacenes de Time Warner. Propusieron a Wilco que sacara el disco de un modo independiente (lo que viene a significar que se

lo metan por donde les quepa). Aunque les pedían 50.000 dólares por los derechos del disco, se lo dieron completamente gratis. Reprise solo quería sacarse el truño de encima cuanto antes.

En vez de tirar por la vía independiente, el grupo decidió colgarlo gratis en Internet. Así que el 18 de septiembre de 2001 *Yankee Foxtrot Hotel* apareció completamente gratis en *wilcoworld.net* y consiguió 3,5 millones de descargas en un mes. Las descargas siguieron subiendo, y el grupo se encontró con que en sus conciertos todo el mundo se sabía las nuevas canciones. Así que sus viejos amigos de Reprise decidieron que era buena idea distribuir el disco. Wilco decidieron que era mejor idea que les dieran por donde amargan los pepinos, y vendieron los derechos a Nonesuch Records. Y aquí es donde viene lo curioso de la historia. Tanto Reprise como Nonesuch son filiales de Time Warner, con lo que la todopoderosa discográfica pagó dos veces por el mismo disco. Una por grabarlo y otra por venderlo. Eso es un *win-win* en toda regla. Sobre todo para Wilco.

Mike Oldfield contra Virgin

Ton-tin-to-tin-to-tin-to-tin… Y Mike Oldfield grabó el *Tubular Bells*. Millones de discos vendidos, la canción de *El exorcista* y el primer superpolitono de la historia. El genio británico tocaba todos los instrumentos y hasta alguno inventado (¿alguien sabe lo que es un flageolet?). Podía hacer lo que le diera la gana, pero Richard Branson no pensaba lo mismo. Branson, dueño de la Virgin, le debe casi todo su dinero al éxito de *Tubular Bells*, ya que fue casi el primer disco que sacó a la venta con su recién estrenada discográfica. Así que el señor quería que Oldfield publicara inmediatamente la continuación de *Tubular Bells* (tonto no es, no). Cada vez que se lo pedía se daba contra una pared, así que la insistencia fue en aumento. Hasta que Mike Oldfield dijo: «Ya me has tocado bastante el flageolet». Compuso «Amarok», que es una

bonita canción de sesenta minutos sin melodía ni nada. Solo mogollón de instrumentos sonando a lo loco sin ton ni son. Así se aseguraba que no pillaban la canción para *El exorcista II* ni para nada. Y por si alguien lo tomaba por un zumbado (mejor llamarlo tipo peculiar), a los cuarenta y ocho minutos del corte introdujo un sutil mensaje para el dueño de la discográfica. Ofreció mil libras de su bolsillo al que lo encontrara, y lo encontraron de sobra. Suena en código morse «*fuck off, RB*» («que te jodan, Richard Branson»). No llegó a recibir la cesta de Navidad de Virgin, y le dijeron que se fuera con sus instrumentos a otra parte. Y se fue, a componer y publicar el *Tubular Bells II*. Si es que parece que lo hacen por llevar la contraria.

Black Flag contra Al Bergamo

Los Black Flag son el grupo de Henry Rollins, ese tipo tatuado hasta el cuello al que no le pedirías ni la hora por miedo a que te meta el reloj por la boca. Habían sacado dos EP y ya tenían listo su álbum de debut, *Damaged*. Hasta que Al Bergamo, dueño de Unicorn Records, la discográfica encargada de publicarlo, lo escuchó. Por decirlo de un modo fino, lo catalogó como inmoral, antipadres y sin ningún valor social (habría sido más fácil decir que era una mierda). Con 25.000 copias para distribuir, dijo que se quedaban en el almacén sine díe, sin ánimo de ofender. Los Flag entraron en el almacén y pusieron una pegatina en todos los discos en la que ponía: «Como padre, lo encuentro un disco antipadres». Sacaron las cajas y se pudieron a distribuirlo a lo loco. Resultado: demanda contra la banda y prohibido publicar nada en dos años. Segundo resultado: popularidad y ventas para el grupo. ¡Y suerte! Porque si no llega a cerrar Unicorn en el 83, seguro que aún estábamos en los juzgados.

13

«Nos hace falta una mascota (pero que no sea un perro)»

«La vida apesta, pero de un modo bonito».
AXL ROSE

La vida en la carretera es tan dura y tan solitaria... Porque una vez que llegas a destino, te esperan mil *groupies* con las bragas en la mano (o una para repartir entre todos los miembros, depende del pueblo), pero mientras haces kilómetros a veces echas de menos algo de compañía. Lo mejor en estos casos es hacerse con una mascota, real o imaginaria. Tu mujer no se enfada porque pases con el bicho más tiempo que con ella, y sabes que no te va a demandar en cuanto la abandones. Pero los rockeros no pueden tener un gato o un pez naranja como todo el mundo. Ellos se tienen que crear sus propios bichos, porque si no serían como todo el mundo. Y no queremos eso, ¿a que no? Aquí va la historia de las más conocidas, y así cuando veáis una camiseta con su cara no tendréis que decir: «¿Y eso que llevas ahí qué es?». El conocimiento es poder. Y los hay que han conseguido ligar con mucho menos.

Danzig

Glenn Danzig ya estaba zumbado al frente de los Misfits, y cuando formó Samhain, su grupo paralelo en el 83, sabía que necesitaba un

bicho para entrar con fuerza al circo de nuevo. No se comió mucho la cabeza, se puso a ojear un cómic de *Crystar, El Guerrero*, vio una calavera que le gustó y, aprovechando que no estaba el dueño y no llevaba microchip, dijo: «Esta es la mascota de mi grupo, Crystar». Si al menos le hubiera cambiado el nombre, puede que nadie se hubiera enterado, aunque cada vez que alguien le recuerda que la copió se hace el sordo. Hasta el presente, en el que Danzig campa solo por los escenarios sin grupo que lo aguante, sigue siendo su mascota. Damas y caballeros, con ustedes, Crystar (y el cómic del que lo sacó).

Motörhead

Lemmy, siempre «49% *motherfucker*, 51% *son of a bitch*», necesitaba una mascota chula cuando formó a los Motörhead. Por si no era suficiente con un tío tan peculiar como él mismo, decidió inventar un revoltijo. Contrató al artista Joe Petagno para que le diseñara un bicho antes de publicar su primer disco. Se sacó de la manga un cráneo de una mezcla entre gorila y perro lobo con unos cuernos enormes. Lemmy le añadió un casco, cadenas y pinchos, y la obra de arte tomó forma. Bautizado como Snaggletooth (algo así como «dientes salidos»), aunque también se le conoce como War-Pig. Difícil de describir, pero fácil de reconocer, ¿a que sí?

Megadeth

Como banda señera del trash metal, el grupo de Dave Mustaine también necesitaba una mascota. Aunque Metallica no llevaban una tan definitoria (aunque la tenían), Mustaine aprendió de Iron Maiden que una imagen de mascota fuerte y reconocible puede hacer maravillas. Así que se inventó a Vic Rattlehead (Vic por víctima y Rattlehead porque así llamaba su madre al meneo de cabeza que hacía de niño al bailar, por si os preguntan por el nombre del bicho). Lo creó para el álbum *Killing is my Bussiness…*, con intención de quedárselo. Pero la discográfica lo rediseñó hasta que no tuvo nada que ver con lo que Mustaine había imaginado. Según Mustaine, representa sus sentimientos hacia la libertad de expresión. Según el resto de los mortales, es un tío con cara de calavera. Tras veinte años dando caña, Vic se hizo mayor y la banda lanzó un concurso entre los fans para rediseñarlo y hacerlo más moderno.

Black Sabbath

Como Ozzy ya robaba desde pequeño, lo mismo hizo con su mascota. ¿Para qué vas a hacer algo si puedes levantárselo a otro que ya ha hecho el trabajo? La mascota de los Sabbath es un ángel caído llamado Henry, que es más cómodo. Y llevamos viéndolo en portadas de discos, camisetas y pósters desde finales de los 70. Un promotor lo dibujó para los carteles del tour de la banda en 1975, y en cuanto lo vieron se lo quedaron por todo el morro. Henry no se ha quejado, el creador tampoco, así que ¿por qué ibamos a hacerlo los demás? Algunos hasta lo llevan tatuado en la piel.

Dio

El dios del heavy-rock, Ronnie James Dio, también tuvo su mascota personal. La diseñaron para la portada de su álbum *Holy Diver*, y es una especie de perro cachas con cuernos y pinta de mala leche. Como si no lo llamas por su nombre no hace caso, decidieron bautizarlo como Murray. Dio era un gran aficionado a la magia y a los orígenes de la Tierra y esas cosas. Así que las indicaciones que les dio a los diseñadores para que crearan a Murray fueron tal que así: «Iba yo un día paseando por el bosque, cuando me encontré a un gigante llamado Murralsee. Pensaba que saldría corriendo, pero me quedé mirándolo, fascinado. Nos pusimos a hablar y, aunque él no hablaba inglés, me dijo que era el único superviviente de los malacovianos. Él me contaba historias y yo iba a casa a componer canciones en su honor. Le pregunté si podía usarlo para salir en la portada de mis discos, y me dijo que sí». Con esta historia, bastante hicieron los pobres en poder dibujar a Murralsee (Murray para los amigos).

Mötley Crüe

Como buenos currantes del rock, los Crüe se inventaron su propia mascota con el único objetivo de ganar toda la pasta posible y después se olvidaron de ella, como los padres de Macaulay Culkin. Allister Fiend, que así se llamaba, fue una invención de Nikki Sixx para poder estamparla en cualquier cosa que pudieran vender. Discos, cazadoras, monopatines, daba igual. Hasta se sacó de la manga que era el narrador en el comienzo del disco *Shout at the Devil*, aunque la voz

era la del ingeniero de sonido. En cuanto dejó de darles dinero, nunca más se supo del pobre Allister, aunque hay gente que dice que lo ha visto vagando por las calles de Los Ángeles diciendo: «Eh, que yo soy el que sale en tu camiseta». ¿Para cuándo un *Cuarto milenio* o un *¿Quién sabe dónde*?

Running Wild

Los heavies adoradores de las hamburguesas (son de Hamburgo) tienen una de las mascotas más duraderas del rock, porque algo bien hecho nunca pasa de moda. El Capitán Adrian fue diseñado por el mismo cantante del grupo, Rolf Kasparek, les acompaña en discos y conciertos desde 1983 y es algo tan simple (y tan complicado a veces, como veremos con Metallica) como una calavera con cara de mala leche con orejas de murciélago cruzado por dos tibias. ¿Os suena?

Metallica

Este es el reverso de la calavera con tibias de Running Wild, o lo que es lo mismo, una chavalada. El Scary Guy, que así se llama, debutó en la portada de un single para celebrar el directo de Wembley del 92, y ahí se quedó como el Guadiana, apareciendo de vez en cuando. Una endiablada calavera pirata más bien cutre, con cuernos y cuyos dientes forman una M (de Metallica) y con las tibias coronadas por una especie de dedo corazón extendido, el que te den de toda la vida. Con el tiempo ha evolucionado hacia uno de

aspecto más fiero para que puedan vender camisetas, pero el auténtico es el auténtico.

Misfits

La mascota de los Misfits puede que sea la calavera más famosa de todas. ¿Quién no ha visto el careto del Fantasma Carmesí? Ese es el nombre de la mascota de los siniestros Misfits, que ha dado lugar a bastantes pleitos para repartir con justicia los millones que genera todos los años.

Antes de estampar camisetas y mochilas, The Crimsom Ghost fue el villano de una peli de serie B de los 40, en la que el fantasma tenía que robar el Cyclotrode X para salvar al mundo libre de unos malvados. Rectifico, la peli era de serie Z más bien. Los Misfits lo usaron en el cartel de un concierto, después en la portada del EP *Horror Bussiness*… y a día de hoy sigue saliendo en las colecciones primavera-verano de medio mundo. ¿A que lo habéis visto?

Helloween

¿Qué podría ser la mascota de un grupo que juega con la Noche de los Muertos mejor que una calabaza? Pues esta es la mascota de los alemanes Helloween. Pero no os imaginéis la Ruperta del *Un, dos, tres*, porque esa no queda muy heavy, la verdad. Su amigo fiel se llama Jack O. Lantern, no por nombre y apellidos, sino porque así se llaman las calabazas luminosas que pueblan las casas la noche del 31 de octubre en medio mundo. Sabes que un disco es suyo porque en la portada siempre está su calabaza de un modo u otro, sobre todo sustituyendo la «O» del nombre del grupo.

Avenged Sevenfold

Aprende de tus mayores y llegarás lejos. Ese cuento se lo aplican a la perfección los que parecen ser la gran esperanza blanca del metal mundial. Tan pronto copian medio disco de Metallica para llegar al número uno de las listas, como se dibujan una mascota chula para que todo el mundo sepa que los Avenged han pasado por aquí. Diseñado por un amigo de la banda desde los años de instituto, es tan sencillo como su nombre. Deathbat, el murciélago de la muerte. Una calavera con unas alas de murciélago. Y como estamos en el siglo XXI, tiene hasta videojuego y apps propias del bichejo. Un Super Mario Bros del metal.

Iron Maiden

Muchos de los bichejos anteriores nos suenan, puede que los hayamos visto en una u otra parte sin saber muy bien a qué banda pertenecen, o si tienen algo que ver con el rock. Pero TODO EL MUNDO conoce a Eddie. Aparece en portadas, actuaciones en directo, censurado y perseguido por el gobierno británico… ¡Todo un personaje, sí señor!

Eddie the Head fue diseñado por Derek Riggs, que para empezar se inspiró en una foto de propaganda americana que vio en una exposición. No era del Tío Sam, ni publicidad para vender aspiradoras, sino una foto de la cabeza de un vietnamita sobre un tanque americano.

A Eddie solo le falta número de la seguridad social para estar tan vivo como nosotros. Sale en todos los discos, en los conciertos

de los Maiden para que veamos que tiene brazos y piernas, ha tenido su propio videojuego y hasta apariciones sorpresa en el juego de *Tony Hawk*.

Lo que no sentó muy bien fue su aparición en el single *Sanctuary*. Aparecía apuñalando a Margaret Thatcher por arrancar un póster de Iron Maiden de la pared. Todos los de las pelucas blancas se reunieron y acordaron que ese disco no se podía vender en las tiendas. Como la banda tiene sentido del humor, pusieron a Eddie en otro sencillo escondido tras una esquina, mientras la Thatcher le amenazaba con una metralleta a lo Chuck Norris. Así se las gasta el bicho.

14
«¡Tráeme esto… cuando puedas!»

«Un chico me preguntó una vez si no tenía resacas. Le respondí que para tener resaca tienes que dejar de beber».
LEMMY KILMISTER, Motörhead

Las estrellas del rock tienen sus peculiaridades. Gustos extravagantes y curiosos. Peticiones alucinantes. Todas son porque es importante sentirse como en casa antes de salir a tocar para cien mil personas, y los camerinos es el lugar donde se relajan para que todo salga bien encima del escenario. No os vayáis a pensar que es por capricho.

Las peticiones a la organización del concierto siempre van en un anexo al contrato. Son tanto técnicas como decorativas, y todas completamente indispensables para que uno mismo sienta que esos tipos están hechos de una pasta diferente. Si un día consigo entrar al camerino de Marilyn Manson y me encuentro con que no tiene ninguna rareza, quemo sus discos.

A veces durante una entrevista, les ponen delante del morro lo friquis que son en sus peticiones. La respuesta automática del rockero es negarlo pero, por suerte para nosotros, todo eso lo tiene que conseguir el *rider*. Y los *riders* son fans del grupo, y los fans guardan hasta el calzoncillo sucio que tiran a la papelera. Así que, ante la evidencia, no pueden negar ninguna de las siguientes peticiones de camerino.

Guns and Roses

Los Guns fueron el grupo más grande de los 80 y 90 (sobre todo si le preguntas a Axl Rose). Y en una banda con egos a punto de reventar, Mr. Rose se llevaba la palma. Era el terror de los *riders*.

Empezaba la rueda de caprichos exigiendo un vestuario para él solo, no fueran a verle sus compañeros mirándose al espejo.

Y para matar el tiempo, y las ganas de comer, un buen chuletón, pizza, rosbif de pavo, unos botes de Pringles y todo el queso y pasta italiana que pudieran conseguir.

Pero falta lo más importante: no debían olvidarse de dos botellas de zumo de zanahoria y un enorme «surtido Cuétara» de revistas porno. No contábamos entre las propiedades del porno que sea bueno contra el ardor de estómago. Otros ardores, quizás, pero de estómago…

Es de suponer que con las necesidades nutricionales de Axl hoy en día, todo esto se multiplicará por diez.

Poison

Mucha gente ha pensado que los fans de Poison deben de ser sordos (ya os decimos que no, pues escuchamos de maravilla). Y algo parecido debían pensar ellos mismos.

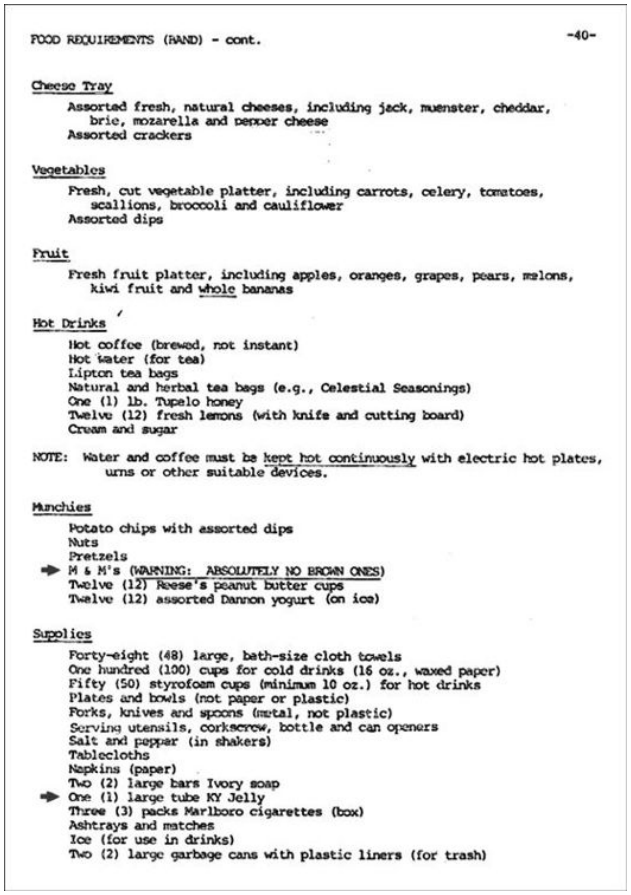
Si no, no se explica que en cada *show* exigieran por contrato tener un intérprete de lenguaje de signos disponible en el *backstage* por si lo necesitaban. Si hacía falta, le enviaban las letras de sus canciones con veinticuatro horas de antelación para que el chaval se las tuviera bien aprendidas.

También figura en negrita en todos sus contratos que los detectores de humo tienen que estar apagados y que los extintores deben ser de CO^2, porque los de espuma pueden dañar los instrumentos. Todo superimportante porque, como dicen ellos

mismos, su «*show* está repleto de humo y fuegos artificiales». Cualquier día de estos va a ocurrir una desgracia.

Van Halen

Los californianos figuran en el olimpo de los grupos con peticiones extravagantes. Siempre sale a relucir su demanda de una fuente repleta de M&Ms en el camerino antes y después de cada concierto. Pero, ¡importante!, no podía haber ni uno marrón.



FOOD REQUIREMENTS (BAND) - cont. -40-

Cheese Tray
Assorted fresh, natural cheeses, including jack, muenster, cheddar, brie, mozarella and pepper cheese
Assorted crackers

Vegetables
Fresh, cut vegetable platter, including carrots, celery, tomatoes, scallions, broccoli and cauliflower
Assorted dips

Fruit
Fresh fruit platter, including apples, oranges, grapes, pears, melons, kiwi fruit and whole bananas

Hot Drinks
Hot coffee (brewed, not instant)
Hot water (for tea)
Lipton tea bags
Natural and herbal tea bags (e.g., Celestial Seasonings)
One (1) lb. Tupelo honey
Twelve (12) fresh lemons (with knife and cutting board)
Cream and sugar

NOTE: Water and coffee must be kept hot continuously with electric hot plates, urns or other suitable devices.

Munchies
Potato chips with assorted dips
Nuts
Pretzels
M & M's (WARNING: ABSOLUTELY NO BROWN ONES)
Twelve (12) Reese's peanut butter cups
Twelve (12) assorted Dannon yogurt (on ice)

Supplies
Forty-eight (48) large, bath-size cloth towels
One hundred (100) cups for cold drinks (16 oz., waxed paper)
Fifty (50) styrofoam cups (minimum 10 oz.) for hot drinks
Plates and bowls (not paper or plastic)
Forks, knives and spoons (metal, not plastic)
Serving utensils, corkscrew, bottle and can openers
Salt and pepper (in shakers)
Tablecloths
Napkins (paper)
Two (2) large bars Ivory soap
One (1) large tube KY Jelly
Three (3) packs Marlboro cigarettes (box)
Ashtrays and matches
Ice (for use in drinks)
Two (2) large garbage cans with plastic liners (for trash)

¿Superstición? ¿Saben diferentes? Para nada. David Lee Roth aclara en cada entrevista que los míticos chocolates marrones era una petición para comprobar si los promotores se leían todas las páginas de su contrato (53), sobre todo las referentes al apartado

técnico y las demandas sonoras para realizar el *show* que ellos querían. Si había M&Ms marrones, quería decir que alguien no había hecho bien su trabajo, y ellos no iban a hacer así el suyo.

No entendemos tanta preocupación por los dichos chocolates, teniendo en cuenta que en la misma lista siempre figuraban una caja de cerveza, Bacardi, Jack Daniels, vodka, vino, *cointreau*, crema ácida de arenque y un tubo de lubricante de la marca KY. Como si estos fueran fáciles de conseguir.

ZZ Top

El trío más peludo de Texas son superestrellas de talla mundial. Y por si alguien no se lo cree, ya se encargan ellos de destacarlo en todos los contratos que firman.

Para que se entere el promotor, una de las cláusulas dice tal que así: «El promotor conoce que está contratando a unas superestrellas de talla mundial y que cada elemento de su promoción tiene que ser de primera clase para estar a la altura del estatus de superestrellas». Más claro, el agua.

Tampoco tocan si no tienen una mascarilla de oxígeno para cada uno media hora antes de comenzar el *show* y media caja de coca-cola «de marca». Tú dales una botella de Konga-Cola, y ya verás qué pronto te tiran en medio de la autopista.

Pearl Jam

Los de Seattle cambian tan a menudo de peticiones como de influencias musicales. Que ahora quiero ser Neil Young, pues en mis conciertos pido que no se venda nada de *merchandising* con luces, una máquina de hacer batidos, zanahorias, chocolatinas para parar un tren y unos cartones de tabaco.

A los pocos años se cansaron (la verdad que tanto dulce puede cansar), volvieron a ser cañeros y sus demandas se convirtieron en botellas de vino, como las que les lleva Javier Bardem, amigo personal de Vedder. Café, unas cuantas revistas y mantequilla de cacahuete. Desconocemos el motivo por el que también exigen cinco cajas de sulfato de magnesio, un compuesto médico recomendado como laxante para embarazadas. O quizá preferimos desconocerlo, no es una imagen que queramos crear en mi cabeza.

Los Beatles

Se esperaba a los Beatles con locura para su primera gira americana. Y los promotores estaban acojonados. Esperaban extravagancias como 20 kilos de cecina de ciervo o un coche con siete ruedas. Pero los cuatro fabulosos hacían gala de su humildad en todas partes, y solo les preocupaba satisfacer a la audiencia.

Nada de cajas de preservativos, ni botellas de champán del caro. Sus peticiones eran un sistema de sonido con bastantes altavoces y una tarima para subir la batería de Ringo. Y para las «fiestas locas» del camerino, cuatro camas, hielo, unas toallas y una tele.

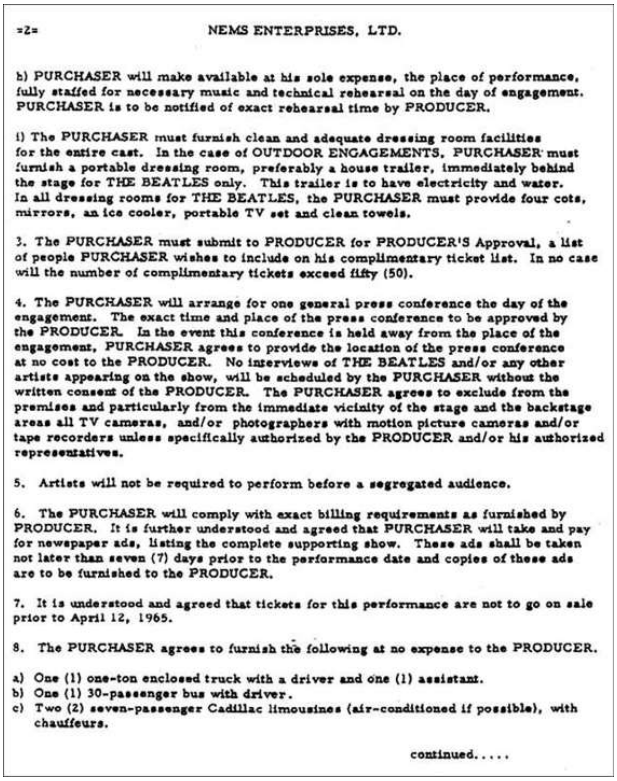
La única demanda que los más quisquillosos podrían considerar desmesurada se refería a que los coches tuvieran aire acondicionado, «a ser posible».

Kiss

La gran máquina de hacer dinero piensa más en sus invitados que en sí mismos. Para el *show* solo piden unos globos gigantes con las caras de los miembros, tropecientos mil vatios para descargar y un chófer «que tenga pinta de profesional». Creo que puede servir tanto Farruquito como Morgan Freeman en *Paseando a Miss Daisy*.

Pero el *backstage* de los Kiss debe tener más movimiento que el palco del Bernabéu, así que hay que cuidarlo. Para sus V.I.P. piden por contrato que la zona esté repleta de bandejas con ensalada de atún con huevo, pechugas de pollo recién hechas y unos cuantos botes de Pringles sabor barbacoa y naturales. Ya sabemos que determinadas cosas dan mucha hambre.

Hala, ya podéis decirlo: «¡Vaya mierda! Ya no quiero ir al *backstage* de Kiss».



=2= NEMS ENTERPRISES, LTD.

b) PURCHASER will make available at his sole expense, the place of performance, fully staffed for necessary music and technical rehearsal on the day of engagement. PURCHASER is to be notified of exact rehearsal time by PRODUCER.

i) The PURCHASER must furnish clean and adequate dressing room facilities for the entire cast. In the case of OUTDOOR ENGAGEMENTS, PURCHASER must furnish a portable dressing room, preferably a house trailer, immediately behind the stage for THE BEATLES only. This trailer is to have electricity and water. In all dressing rooms for THE BEATLES, the PURCHASER must provide four cots, mirrors, an ice cooler, portable TV set and clean towels.

3. The PURCHASER must submit to PRODUCER for PRODUCER'S Approval, a list of people PURCHASER wishes to include on his complimentary ticket list. In no case will the number of complimentary tickets exceed fifty (50).

4. The PURCHASER will arrange for one general press conference the day of the engagement. The exact time and place of the press conference to be approved by the PRODUCER. In the event this conference is held away from the place of the engagement, PURCHASER agrees to provide the location of the press conference at no cost to the PRODUCER. No interviews of THE BEATLES and/or any other artists appearing on the show, will be scheduled by the PURCHASER without the written consent of the PRODUCER. The PURCHASER agrees to exclude from the premises and particularly from the immediate vicinity of the stage and the backstage areas all TV cameras, and/or photographers with motion picture cameras and/or tape recorders unless specifically authorized by the PRODUCER and/or his authorized representatives.

5. Artists will not be required to perform before a segregated audience.

6. The PURCHASER will comply with exact billing requirements as furnished by PRODUCER. It is further understood and agreed that PURCHASER will take and pay for newspaper ads, listing the complete supporting show. These ads shall be taken not later than seven (7) days prior to the performance date and copies of these ads are to be furnished to the PRODUCER.

7. It is understood and agreed that tickets for this performance are not to go on sale prior to April 12, 1965.

8. The PURCHASER agrees to furnish the following at no expense to the PRODUCER.

a) One (1) one-ton enclosed truck with a driver and one (1) assistant.
b) One (1) 30-passenger bus with driver.
c) Two (2) seven-passenger Cadillac limousines (air-conditioned if possible), with chauffeurs.

continued.....

Kid Rock

Cuanto más sencillas son las cosas que pides, más probable es que las encuentres a tu gusto. Una verdad como un templo.

Quizás por eso el chico malo Kid Rock es bastante humilde en sus demandas contractuales, y aparte del imprescindible arsenal de cajas de vino, vodka y whisky (cómo les gusta mezclar a estos

rockeros), pide que al terminar el concierto siempre tenga unas camisetas de hombrera blancas, y otras dos con mangas por si hace frío.

Nunca ha cuidado demasiado su vestuario, la verdad.

David Bowie

El señor «ojos raros», rey de la ambigüedad que no se cansa de repetir que él y su primera esposa se conocieron «zumbándose al mismo tío» (muy ambiguo, la verdad, todavía no me queda claro), es un tío con clase.

El tipo que revolucionó el panorama del rock una y otra y otra vez más tiene gustos peculiares, aunque no demasiado difíciles de proporcionar.

En el camerino de David «Bienvestido» Jones no deben faltar una cafetera de doce tazas, con su juego de porcelana china, mucha agua y zumo de naranja. Pero, por si alguno dudaba que David Bowie fuera un lagarto venido del espacio para hipnotizarnos con sus canciones, el camerino tiene que estar entre 14 y 8º de temperatura, con un mínimo de dos ventiladores. Por si pensábais que los temblores en el escenario eran de otra cosa que no fuera frío…

Blondie

Debbie Harry está estupenda. Tiene el honor de haber formado un grupo punk (en sus comienzos) desde la portada de *Playboy* y de tener el Guinness a la cantante más madura en conseguir un número uno en las listas británicas (gracias a «Maria»). Seguramente hayan sido miles las veces que le han preguntado: «¿Oye, tú te conservas en formol?». Pues casi, en otro tipo de alcohol.

En cada concierto tienen que tenerle preparado un carrito lleno de botellas de vodka Grey Goose, vinos franceses y californianos (no ha probado un buen ribera) y cajas de tres cervezas de importación.

El resto de la banda lleva peor el paso del tiempo, por ir de sanos. Sus cestas contienen caviar de beluga, *packs* de yogur Activia y una licuadora industrial con cajas de fruta fresca de temporada. Mejor la receta de la rubia, a la vista está.

Bob Dylan

El último que haya visto sonreír a Bob Dylan que levante la mano. Dice la leyenda que Chiquito de la Calzada se retiró tras una actuación para el gran poeta del siglo XX en la que no consiguió ni que moviera la esquina del bigote.

Aunque tenga una fortuna aproximada de 180 millones de dólares, no pide casi nada. Debe de llevarse los lujos de casa, porque en su escueta carta de demandas al *rider* de turno, aparecen toallas, un espejo, una pastilla de jabón y ceniceros, muchos ceniceros.

Lo que hace su camerino especial, es que exige que esté iluminado por bombillas, nada de fluorescentes. Que después parece que estamos en el pasillo de un supermercado. Y esto es el *backstage* de un genio.

Bruce Springsteen

Aunque sea el jefe de la clase obrera, satisfacer al Boss antes de un concierto es bastante complicado. No por él, que es un tío sencillo, sino sobre todo porque la E-Street Band son treinta y cinco y la madre, y el líder se preocupa por tener a gusto a todos los miembros.

El difunto Clarence Clemmons pedía una lata pequeña de caviar de beluga (pequeñita, para no hacer gasto) y un pollo asado entero preparado para ser engullido en su camerino a mitad de cada concierto.

Por su parte, Patti Scialfa, señora de Springsteen, necesita que en su camerino estén los últimos ejemplares de *Vogue*, *Cosmo*, *Glamour*… Es como la sala de espera del rock and roll.

Para tener contento a Bruce solo hace falta un guardia de seguridad exclusivamente para las guitarras (no vaya a ser que alguien tenga la osadía de tocar la Fender del Boss) y unos tentempiés indispensables para aguantar más de tres horas de concierto: leche de soja, té verde y todas las bebidas energéticas y proteicas que se puedan imaginar.

Para el final queda lo más importante, lo que nunca puede faltar en el camerino del Boss: unas fuentes de fingers de pollo para que los niños no le den la turra. La gran familia del rock.

Aerosmith

Si tienes la suerte de colarte en el *backstage* de los rockeros de Boston, te vas a encontrar muchas plumas y kiowas. Su contrato deja claro que tiene que estar decorado al estilo indio americano, aunque esté algo pasado de moda.

Nada de bebidas alcohólicas, y con el «NADA» en mayúsculas, no sea que se piensen que es un chiste. Seguro que tantas entradas y salidas de rehabilitación les han hecho ver la luz. ¿A la décima va la vencida?

Si de la emoción por haberte colado en el camerino de tus ídolos te da un tabardillo, no te preocupes, estás de suerte. La parte más importante de los contratos de la banda es la que subraya que tienen que tener a una llamada de teléfono un quiropráctico, un especialista en medicina interna, un podólogo y un foniatra de los buenos.

Si es bueno, es caro. Pero, ya puestos, que pague la casa.

The Rolling Stones

Han sido la banda más grande del rock, y lo siguen siendo década tras década. Así que hay que cambiar de exigencias para mantenerse en la brecha.

En los 90, morritos y compañía dejaban bien claro que tenían que llevarlos de aquí para allá en un coche con ventanillas tintadas, que no fuera blanco y que no fuera una limusina (¿podría servir mi Megane amarillo?). Una vez allí, debía haber dos señoritas bien vestidas con experiencia como camareras para dar de comer a sus invitados.

En la siguiente gira, «Bigger Bang» de 2005, aparte de lo anterior, decidieron meterle un poco de humor a sus camerinos. La organización tenía que encargarse de que cada uno tuviera su placa en la puerta, pero no con sus nombres reales, así que se inventaron otros nuevos.

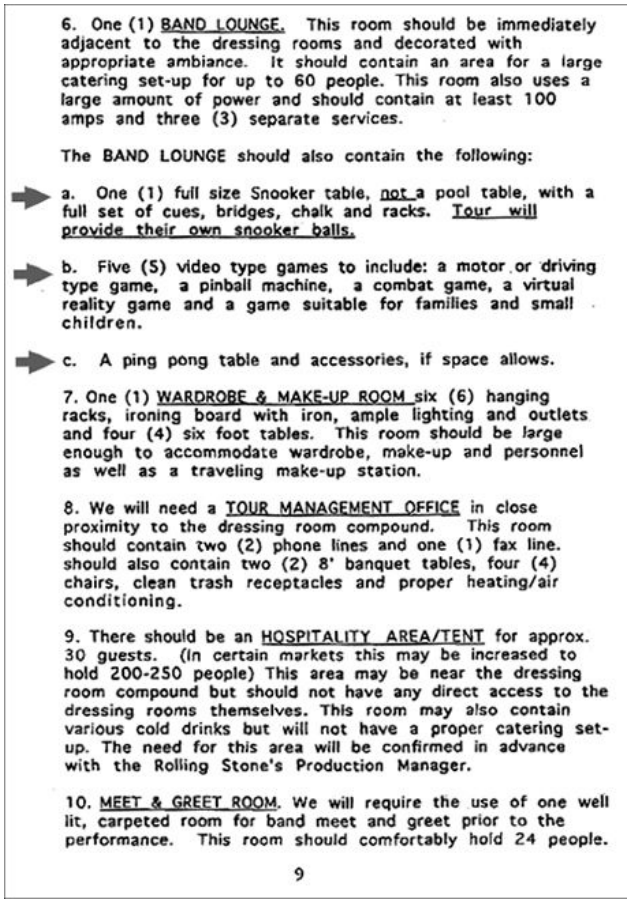
Eran «Cotton Club» para Charlie Watts, «Recovery» para Ronnie Wood y «Camp X-Ray» para el señor Richards, como guiño a una de las celdas de Guantánamo. Mick Jagger prefiere que le pongan una pequeña zona para correr, tapada con tapices a los laterales para que nadie pueda ver cómo lo hace.

En ninguna de sus giras puede faltar un buen surtido de videojuegos aptos para todas las edades, y una mesa de ping pong para los que no le den al mando.

Y lo que más disgustos le puede causar al promotor, si no está atento al leerse el contrato, es el billar. Una mesa de billar inglés, nada de americano. Eso sí, dejan claro que no hace falta que compre las bolas. Ya las ponen ellos. En todos los sentidos.

Iggy Pop

Iggy no puede con el refresco de limón. Eso nos ha quedado muy claro. Pero tiene un humor especial a la hora de pedir cómo tiene que estar su camerino. Allí es donde se prepara a tope, ensaya sus bailes imposibles y encuentra la inspiración necesaria para dar un concierto memorable. ¿Qué necesita la iguana de Detroit para estar cómodo? Tomad nota, que no es coña:



6. One (1) BAND LOUNGE. This room should be immediately adjacent to the dressing rooms and decorated with appropriate ambiance. It should contain an area for a large catering set-up for up to 60 people. This room also uses a large amount of power and should contain at least 100 amps and three (3) separate services.

The BAND LOUNGE should also contain the following:

a. One (1) full size Snooker table, not a pool table, with a full set of cues, bridges, chalk and racks. Tour will provide their own snooker balls.

b. Five (5) video type games to include: a motor or driving type game, a pinball machine, a combat game, a virtual reality game and a game suitable for families and small children.

c. A ping pong table and accessories, if space allows.

7. One (1) WARDROBE & MAKE-UP ROOM six (6) hanging racks, ironing board with iron, ample lighting and outlets and four (4) six foot tables. This room should be large enough to accommodate wardrobe, make-up and personnel as well as a traveling make-up station.

8. We will need a TOUR MANAGEMENT OFFICE in close proximity to the dressing room compound. This room should contain two (2) phone lines and one (1) fax line. should also contain two (2) 8' banquet tables, four (4) chairs, clean trash receptacles and proper heating/air conditioning.

9. There should be an HOSPITALITY AREA/TENT for approx. 30 guests. (In certain markets this may be increased to hold 200-250 people) This area may be near the dressing room compound but should not have any direct access to the dressing rooms themselves. This room may also contain various cold drinks but will not have a proper catering set-up. The need for this area will be confirmed in advance with the Rolling Stone's Production Manager.

10. MEET & GREET ROOM. We will require the use of one well lit, carpeted room for band meet and greet prior to the performance. This room should comfortably hold 24 people.

9

Un camerino decorado con estilo, a ser posible por un homosexual, una baraja de cartas por si les da por jugar al *strip poker*, botellas de vino de una marca conocida pero imposible de pronunciar, seis botellas de cerveza sin alcohol para mezclarla con vodka, una copia del *Usa Today* en la que haya algún artículo sobre obesidad mórbida y un imitador de Bob Hope. ¡Y sin olvidarse de una moto BMW K1200 azul y plateada! (Con la moto deja bien claro que tenía que intentarlo…). Y ya sabes, tienes tres horas para conseguirlo todo.

15
«¿Me das un recuerdo tuyo? Es que soy muy fan»

«Los 60 se han ido. La droga nunca volverá a ser tan barata, el sexo tan libre y el rock and roll nunca será tan grande».
ABBIE HOFFMAN, activista político

Cuando vas a un concierto y eres fan de la banda, ya te puede escupir encima el cantante, que para ti es maná bendito. Los hay que no se lavan la mano desde que consiguieron tocar a Keith Richards en un aeropuerto. Gente que busca en la basura de Marilyn Manson a ver si encuentra una lentilla. Vendedores de todo tipo de memorabilia guarra con su etiqueta de autenticidad (certifico que este condón lo usó Mick Jagger en el 72 con mi vecina). Coleccionistas de púas y de botellas de agua vacías. Fans, al fin y al cabo. Pero dentro de este fenómeno, siempre ha habido y habrá unas chiquillas insuperables en su búsqueda de los tesoros de los grandes del rock. Las Plaster Casters.

Las Plaster Casters rompieron el molde. Bueno, más bien lo hicieron. El cerebro de la operación era Cynthia Plaster, felizmente ayudada por Dianne Plaster-Caster. Su profesora de arte les propuso que hicieran moldes de algo duro. Seguro que se refería a una piña o a un cenicero, pero la pareja en cuestión tuvo una idea mucho mejor (sobre todo para los modelos). Se lanzaron a la caza de rockeros famosos para conseguir sacar un molde en escayola de su miembro. El proceso era muy sencillo: Dianne excitaba al músico mientras Cynthia llenaba una coctelera con un compuesto de

alginato. En cuanto estaba listo, solo tenía que meter el miembro en la coctelera y dejar endurecer el compuesto.

Sacaron moldes de Jello Biafra, Wayne Kramer de los MC5, Ronnie Barnett de Los Muffs y Jimi Hendrix. Del de Hendrix, Cynthia cuenta todas las Nochebuenas que «fue muy divertido, porque se le enganchó el vello púbico a la pasta y me pasé quince minutos trabajando despacito para poder despegarlo sin hacerle daño». ¡Qué detalle!

Lo intentaron con muchos más, pero como la peña no es tonta, les decían que primero ensayaran con el *roadie*. Y al ver cómo se hacía la cosa, las mandaban a sacar moldes de su primo.

Al único que le hizo gracia fue a Frank Zappa, que aunque no se hizo molde (pensando en su mujer e hijos) encontró en las chicas a unas artistas en potencia y las convenció para guardar las veintidós trancas de la colección en una caja fuerte hasta montar una exhibición. Aunque el dueño de la caja fuerte no se las quiso devolver hasta varios años después (a saber para qué las quería), consiguieron exponerlas en un museo de Seattle en el año 2000. Casi nadie fue a verlas, así que no creemos que consiga una sala en el Reina Sofía.

Pero, oye, al menos consiguieron unos bonitos sujetalibros, y una canción: el tema «Plaster Caster» de Kiss, que sale en el *Love Gun*, está expresamente escrito y dedicado para ellas.

16
Spain is different

«¿Por qué el verdadero rock and roll no es música de masas?
Porque la miel no está hecha para la boca de los asnos».
LOQUILLO

La cultura del rock llegó para quedarse. Y no solo, sino también para expandirse. Llegó a España, se asentó y se desarrolló, si bien a nuestra manera. Aquí hemos inventado (¿veinte, treinta años antes?) el *crowdfunding*. Un inspector de policía se convierte en fotógrafo de la noche, de la vida y sobre todo de la muerte. Pero hay muchas más historias que solo pueden haber surgido en este país. Por aquí hemos adaptado una cultura ajena y venida de fuera a nuestras propias maneras de hacer, de sentir y sobre todo de vivir.

José Luis Campuzano, «Sherpa», es un personaje clave en el rock de España. Buen bajista, una voz moldeable a las circunstancias y con un timbre propio. Músico versátil y además compositor, se podrían añadir más cualidades al personaje del barrio de Las Ventas, pero dejémoslo aquí. Junto a su pareja de siempre, Carolina Cortés, han compuesto temas necesarios en el rock nacional y además escribieron un libro* que describe claramente en varios párrafos cómo nos adaptamos a las adversas circunstancias las gentes del rock en España.

Carol y Sherpa cuentan que en la primera grabación de Barón Rojo en Londres el pequeño equipo técnico que les acompañaba no hablaba ni «papa» de inglés. Para hacer el camino de vuelta desde el estudio donde grababan al hotel usaban el metro. La estación

más próxima era Tottenham Court Road y ellos, al llegar a la taquilla, decían: «to te lo dan con ron», y listo.

Aunque también cuenta Sherpa en ese libro cómo compusieron el tema «Red Sky» del álbum *Built to Destroy* del guitarrista alemán Michael Schenker y, según el relato, los españoles del rock sabemos acoplarnos a las circunstancias de un minuto a otro. Pues ese tema se compuso a altas horas de la madrugada, más bien cerca del amanecer y durante una noche de buen rollo, amistad surgida de la nada y, eso sí, una buena provisión e ingesta de diferentes tipos de alcohol; vaya, en la más pura línea compositiva de rock. Sabemos adaptarnos; bueno, también inventamos.

Extremoduro

El primer *crowdfunding* de la historia, al menos que conozcamos, no se produjo en las autopistas de la comunicación. Qué va, se produjo en los bares de Plasencia.

Roberto Iniesta, la voz, el creador de Extremoduro, comenzó su carrera pidiendo pasta por los bares de la ciudad extremeña para grabar su segunda maqueta. Mil pesetas del año 1988, a cambio de la promesa de que cuando se grabara se le daría una copia a quien había soltado la pasta, y el sistema funcionó; de hecho, hay una tirada del álbum en el que figuran los nombres de cada una de las personas que aportaron su dinero. Así comienza la historia de uno de los grupos con más arraigo del rock nacional.

La personalidad de Extremoduro la aporta Roberto, un tipo que ha puesto sus ideas a rodar normalmente con el viento en contra. Pero siempre con resultados envidiables. No se ha cortado de hacer del desamor una fiesta, no se ha cortado en llamar a uno de sus discos *Iros todos a tomar por el culo*. Por cierto, este era un álbum en directo del cual había material para editar una segunda parte. No llegó a publicarse nunca, pero sí tenía previsto el título, un título que en sí mismo sería un apéndice del primer volumen: *De una puta vez*.

Doscientos cincuenta placentinos aceptaron la tan poco sólida propuesta. Reunido el «cuarto de quilo», el grupo viaja a Madrid a grabar. Como tantos otros grupos con el dinero justito, se instalan en los estudios Duplimatic de Madrid, cerca de la estación de Atocha y propiedad de Felix Arribas, el que fuera batería en los últimos tiempos de los Pekenikes.

Por Duplimatic pasaron y siguen pasando grupos que pelean su oportunidad en el rock y en el pop de este país. La grabación tuvo varios usos: corresponder con quienes les habían adelantado el dinero, venderla donde se pudiera (sobre todo en Extremadura) y además hacerla llegar a discográficas, medios y demás fauna profesionalizada en el rock.

Burning

Más de cuarenta años de carretera para una formación que fue pionera en muchas cosas. Letras rock en castellano, chulería de barrio llevada al rock, seguidores casi fanáticos.

En estos tiempos Burning celebra su larga andadura de varias formas: una gira importante, concierto con sinfónica (en esto no fueron pioneros, obviamente), exposiciones retrospectivas de fotos de la banda y también recuerdos a los miembros del grupo que ya no están.

Johnny Cifuentes dirige ahora Burning; de los miembros originales del grupo solo queda él, los demás desertaron o murieron. Los que se fueron para siempre partieron de este mundo en la misma fecha con seis años de diferencia.

Antoñito (Toño Martín) nos dejó el 9 de mayo de 1991, y el 9 de mayo de 1997 lo hacía Pepe Risi, guitarrista que realizó la travesía junto a Johnny durante veintitrés años en el devenir de Burning.

Leño

A la hora de bautizar a un grupo se han utilizado miles de sistemas: desde arrancar una página al azar de un periódico y elegir una de las palabras impresas, hasta consignar toda la filosofía o intenciones de la banda en una expresión, pero hay veces que no ocurre así. Uno de los grupos más históricos del rock nacional es Ñu, la formación creada por un músico en la más rotunda acepción de la palabra, llamado José Carlos Molina.

Molina es sin duda uno de los perdedores de la aventura española del rock. Desde finales de los 60 lleva peleando por algo tan simple como hacer su música. Surgió del underground, fue pionero, con su propia personalidad e imagen le aportó colorido a aquel rock de Madrid de principios de los 70. Después de bregar durante varias décadas, José Carlos ha optado por retirarse a una población de la provincia de Cuenca, de la que solo sale para hacer lo que más le gusta: tocar.

En su aislamiento del mundanal ruido, Molina avanza en el dominio de varios instrumentos (en un concierto en la sala Gamma de Murcia le vimos tocar nueve), compone y graba parte de los discos que, espaciados pero continuos, van llegando bajo su firma.

Las formaciones de Ñu desde su creación en el 74 han acogido a grandes músicos: el inolvidable violinista Jean François André, el potente batería Bernardo Ballester, mi paisano y también batería Raúl Garrido, Chiqui Mariscal, el gran teclista Miguel Ángel Collado o uno de los guitarristas más significativos del heavy nacional, Jerónimo Ramírez («el jero», como yo le llamo).

Pero hubo otro guitarrista más que significativo en los comienzos de Ñu: Rosendo Mercado. Las posturas musicales de José Carlos y Rosendo eran muy distintas, solo hay que ver la obra de cada uno. Rosendo aportaba con frecuencia ideas para canciones o temas ya hechos. Aquellas proposiciones recibían siempre la misma respuesta por parte de Jose Carlos: eso es un leño.

Molina no podía intuir ni por asomo que con esa expresión constante de su rechazo estaba dando nombre a una de las

formaciones más señeras del rock hispano. Rosendo, sin demasiados logros, abandonó Ñu y montó junto al bajista desaparecido Chiqui Mariscal y al batería Ramiro Penas, ¿adivinas cómo se llamó el trío?... Exacto, lo demás ya lo sabes.

Kutxi Romero

No ha sido precisamente el rock el destino frecuente de artistas y personajes de etnia gitana, aunque los pocos que hay son notables. Robert Plant, de Led Zeppelin, tenía ascendencia gitana por parte de su madre. Ron Wood, guitarrista de los Rolling Stones, nació y creció en una comunidad gitana en la que la música era esencial. Menos conocida es Mariska Veres, aquella exuberante morena cantante del grupo holandés Shocking Blue. El cuarteto inundó Europa y el mundo con un tema llamado «Venus», publicado en el 69.

Todos ellos llegaron al rock sin esconder su origen, pero sin la más mínima intención de que la música de su etnia se filtrara en su carrera. Quizá la única excepción fuera en España. Aquí el flamenco parece ir en los genes de los gitanos, y el rock y el flamenco no han conseguido buenos resultados a la hora de fusionarse; quizá Pata Negra, pero poco más.

La excepción llega desde Navarra, en forma de poeta-cantante, con un tipo curtido en la calle y que conoce a sus compañeros de grupo currando en una obra. Kutxi Romero enarbola su gitanería constantemente, aunque se le ve muy a gusto en la cultura y en el ambiente del rock. Roberto Iniesta de Extremoduro abrió la puerta a los poetas con un micrófono delante y un grupo de rock detrás y Kutxi siguió ese camino. Y aquí lo tienes: seis discos con Marea (la banda que puso en pie), dos en solitario (bueno, tres contando *Ja Ta Ja*) y tres libros de poemas. De los grupos con los que ha colaborado, mejor dejarlo en que «es una larga lista», porque de verdad lo es.

Varias veces ha pasado el gitano por los micrófonos de nuestro estudio, en una de ellas para sentenciar que hay cuatro patas necesarias en el rock español: Leño, Barricada, Extremoduro y por supuesto Marea. ¿Algún complejo de inferioridad se ve por aquí?

Yosi

Si no es frecuente encontrarse con miembros de la raza calé brillando con luz propia en el mundo del rock, menos frecuente es encontrarse con maderos, o sea, con policías. José Manuel Domínguez Álvarez, casi na. El mundo lo conoce como Yosi y es el cantante de Los Suaves, pero antes de ganarse los garbanzos con el rock Yosi era policía nacional.

Nunca renegó de ello, aunque la dirección de su vida era otra. De pasma a personaje más que necesario en el rock nacional, ¿cómo se consigue eso?

Supongo que ni el mismo Yosi podría escribir una guía para llegar de un punto a otro; también supongo que el único camino es darlo todo en cada disco y en cada uno de los miles y miles de kilómetros que el grupo ha hecho desde Ourense hasta cada punto del país donde llegaron para dar conciertos; carretera y manta y letras que hablan de la vida, de las relaciones, de la noche y brillantemente de la muerte.

Los Suaves preparan el final de su historia, la edad y la salud de Yosi marcarán ese día, pero mientras están ahí. Una banda más que reconocida que ha ido perfilándose en el tiempo y que está liderada por alguien que algún día fue madero. Y que en realidad lo sigue siendo, pues, según pone en la página de la Wikipedia dedicada al cantante, Yosi disfruta de una especie de prejubilación del Cuerpo que hace que reciba una paga cada mes.

Garitos y mala vida

Fito curraba en un bar de alterne en Bilbao. El padre era el jefe y es posible que aquel tema del cuarto disco de Platero y Tú «Tras la barra» contenga las experiencias y las decisiones de Fito mientras trabajaba de camarero.

El debut de Loquillo también es en un local cuyo negocio igualmente consiste en la carne, carne de mujer a partir de las once de la noche. Hasta esa hora el club Tabú de las Ramblas de Barcelona tenía música en directo y le dieron chance a un menor que tenía muy claro su futuro.

Es inevitable que la noche haya sido el despegue de algunas de nuestras estrellas del rock patrio. Tengo una foto de Enrique Bunbury en la cabina de un bar nocturno de Zaragoza en el que el cantante estuvo pinchando discos cuando estaba en el colegio.

Fortu

Aquí tenemos de todo, hasta cocineros que se tiran a la piscina. La voz más significativa del heavy nacional es Fortu, la garganta del grupo Obús. El cantante del cuarteto madrileño ha significado la imagen dura, el cuero intransigente encima de un escenario. La actitud indómita de Fortu no es una pose; siempre hizo lo que quiso y siempre se las apañó para salir a flote en los tiempos en los que el heavy no era rentable. Fortu es un artista nato. Sabe bandear situaciones como nadie lo haría. En el año 2000, cuando el grupo resurge después de una década (se dice pronto) de silencio discográfico, su disco de vuelta lo pone en circulación una compañía especializada en rap. La siguiente grabación, tres años después, se publica con el sello creado por un profesional del boxeo llamado Ricardo Sánchez Atocha.

Rimer Box es la marca de la promotora que organizaba veladas, campeonatos y «pupila» a nombres con peso (nunca mejor dicho) del pugilismo nacional, entre otros Javier Castillejo. Atocha abre frentes en el rock editando discos de grupos emergentes con

su propio sello, Rimer Rock, y esa etiqueta es la que publica el álbum *Segundos fuera* (¿lo pillas?) de Obús.

Del box al rock, Fortu consigue llevar a Sánchez Atocha a su huerto de cuero y decibelios. ¿Cómo se hace? No lo sabemos, pero ese «arte» para seguir más que presente en el orbe heavy no es el único de Fortu; el culinario también. Las paellas en el jardín de su casa eran famosas y quizá esto le llevara a refugiarse en la hostelería como fuente de ingresos más segura que el rock. En la urbanización Eurovillas de la Comunidad de Madrid, Fortu ha sido propietario de varios establecimientos hosteleros. De hecho, el Fortu Blues Bar es un local que sigue abierto y que data de aquella época de la vida del cantante.

La lista de bares y restaurantes que ha regentado Fortu es mayor que la de grupos por los que ha pasado. Inolvidable un mesón en Chinchón lleno de grandes tinajas que iban surgiendo casi desde las entrañas de la tierra, en el que el cabrito que preparaba Fortu se salía de lo normal.

Lo que pasa es que la versatilidad de algunos resulta envidiable. Fortu ahora, además de sus andanzas en el heavy, dirige una productora de videoclips en los que hace aparecer a amigos tan dispares como Olvido Hormigos o yo mismo; eso sí, cada grabación cuenta con Fortu en muchos frentes, incluso en el de manejar la cámara, pues Fortu, está claro, no es alguien que se achique cuando hay que tirarse a la piscina.

Un policía que llega a lo más alto, una garganta dura que triunfa en la cocina, un DJ de garito que conquista los dos lados del Atlántico, un tótem del rock and roll catalán que comenzó en un puti. La leyenda del rock en este país está más que salpicada por historias increíbles, así es nuestra música. Creo que en el fondo no es más que un faro que se levanta en una isla a la que algunos quisimos llegar. Muchos se aparcan en la cuneta, otros se quedaron en el camino y los que seguimos peleamos cada día.

Porque ya que estás, ¿por qué no seguir para ver qué es lo que hay en el próximo recodo del camino? O mejor aún, voy a

inventarme el próximo recodo del camino. Porque el rock en España es uno de los sectores laborales más inseguro, en cualquiera de las parcelas, ya seas cantante, periodista, transportista, *manager* o técnico de luces. Vale que el prestigio profesional influye y sirve, pero como decía el Loco (Loquillo): «No hables de futuro, es una ilusión desde que el rock and roll conquistó mi corazón».

Al Loco le salió bien la jugada, después de mucho bregar y de llevar toda la vida reinventándose a sí mismo, y a Rosendo y a Bunbury y a Mago de Oz y a unos cuantos más. Aquí podríamos abrir una guía telefónica repleta de nombres que jamás pudieron vivir de su música, de hacer rock. Y en medio, todo un pelotón de currantes, de gentes de fe inquebrantable que pelean cada día por una vida digna basada en el rock. Solo que la travesía en la que te metes cuando eliges el camino del rock, aun a costa de los envites, sigue produciendo esa sensación impagable de sentirte vivo, y además sigue siendo divertido.

Nadie quiere irse del circo eléctrico, ni aquí ni por ahí. Recuerdo perfectamente unas declaraciones de Francis Rossi, de Status Quo, en las que venía a decir que todos los grandes grupos británicos que seguían en el camino no lo hacían por dinero sino porque sigue siendo divertido. Rossi tiene 68 años y añadía que cuando estaba en un escenario le desaparecían todos los achaques.

Spain is diferent, también en el circo del rock. Aquí no se pide currículo ni pedigrí a nadie para acceder al círculo de los «elegidos» del rock patrio. Al rock de España llega quien quiere llegar, ya sea cura, alcalde del PP o tenga más de 80 años.

El alcalde rockero

En Ponferrada había un bar llamado Tres Portiñas; allí es donde nacía la inspiración para un sujeto de rock que además es ganadero, constructor y alcalde. Se hizo popular por su imagen, sus discursos (en los que ponía al gobierno de Zapatero a caer de un

burro) y porque se hizo un monolito con su efigie en su pueblo. Un monumento de piedra, para que dure eternamente, en el que no hay fechas ni nombres, solo una inscripción: el alcalde rockero.

José Estanga, por resultar chocante, saltó varias veces a los medios, y es lógico; un tipo de chupas ceñidas, melenas y barbas, con unos cuantos discos publicados y alcalde pepero. El ayuntamiento que preside es el de Oencia, una comarca del Bierzo en la provincia de León.

La comarca de Aliste, en Zamora, es una de esas zonas del país que tienen su propio nombre y su propia vida, pero que no son imanes habituales de turismo. Cuando un verano el personal que va a este tipo de zonas lo hace por ir a «la costa», a la costa de los padres o de los abuelos o de los hermanos o de quien sea, aire limpio, reencuentro con los amigos, tranquilidad con los niños porque están en un pueblo, pero también casa gratis, cubatas a precio de pueblo y otras ventajas. En este tipo de comarcas hay rock.

Oencia es solo uno de los cinco pequeños pueblos que se unen bajo el bastón de mando de José Estanga. Un total de 400 habitantes es la población que gestiona el alcalde rockero.

Llevamos más de 40 años en la información rock de este país y nunca tuvimos el más mínimo contacto con José Estanga, solo algún comentario de algún compañero de oficio. Pero jamás llegó un disco suyo ni tampoco noticias de conciertos; claro, el que no nos enteremos no quiere decir que el tipo no exista; como a todos, lo que nos falta es tiempo.

Y la verdad, cómo nos corroe el alma el que con la cantidad de discos interesantes que llegan y con tanto ajetreo en el mundo del rock, no podamos conocer la música de personajes así. Buscaremos tiempo para ir a Oencia y para conseguir los discos de José Estanga, miraremos con lupa las letras por si en alguna cuenta aquella historia «real» protagonizada por él cuando Juan Carlos y Sofía visitaron El Bierzo y el alcalde rockero, pasándose el protocolo por el arco del triunfo, le plantó dos besos a la reina.

Una de las palabras con más peso en el rock de este país: *auténtico*. Cuando se utiliza el adjetivo es de manera rotunda y no hace falta más.

El Padre Jony

La primera vez que hablas con el Padre Jony por teléfono te das cuenta de que es un tío auténtico. Tratamos de encajar fechas para una entrevista que finalmente no se hizo. Era un tipo tranquilo, quizá demasiado; vamos, que parecía un soso, pero lo que hace no lo es, porque si eres soso no puedes montar un grupo en un seminario y el Padre Jony lo hizo, y tanto que lo hizo: Los Seminari Boys.

Una vocación temprana siempre unida a la del rock, difícil de encajar ¿verdad? Y más habiendo mamado el rock nacional más urbano y primitivo en el que las referencias a Jesús son inexistentes. Misionero en África y Centroamérica, recogió tanta inspiración en esas experiencias que era necesario darles salida.

El Padre Jony compartió una vez escenario con Rosendo, uno de sus influyentes músicos. Supongo que el de Carabanchel fliparía con tener a un cura al lado. Los ahorros de su familia se invirtieron en su primer disco: *Provocando la paz*. Un álbum con sonido «independiente» en el que no solo había rock, también rap y toques reggae. Ese disco fue su pasaporte a los medios especializados en rock y a los de información general, por aquello de lo inhabitual del caso.

El curilla se mojaba en las letras y aquel primer disco no era, ni mucho menos, de los que usar como posavasos. Y además, como cualquiera en el rock, lo defendió en directo tanto como pudo. Largas melenas y guitarra en mano, los conciertos del Padre Jony y su grupo no pretendían ser una electrificación musical de la liturgia, ni siquiera de los evangelios. El sacerdote buscaba lo que cualquier grupo: comunicación; eso sí, transmitiendo su mensaje: paz, Jesús y rock and roll.

Había mucha denuncia en la música de este seminarista doctorado y con los votos asumidos. Dos discos y un libro compusieron su aportación artística, y después poco más se supo; mantener una carrera en el rock no es fácil, por mucho que tengas inspiración divina. Quizá lo que más llamaba la atención es que por la noche cantaba en el concierto y por la mañana cantaba misa.

Alguien preguntó a la autoridad eclesiástica de la diócesis del Padre Jony por su actividad rockera: «Que atienda a los fieles y después que haga lo que quiera» fue la respuesta.

La abuela Ángeles

No fue músico pero salió en la portada de un disco, y se habló más de ella que de muchos grupos. Ya hubieran querido muchas bandas tener un 10 por ciento de la popularidad que tuvo la abuela Ángeles.

La historia de aquella mujer de más de 80 años no es tan espectacular como la de Mata Hari, pero es mucho más entrañable. Ángeles tenía nietos y los nietos escuchaban un programa de radio legendario que se llamó *El búho*; lo dirigía Paco Pérez Bryan. Hijo de alguien que fue gobernador civil de una provincia andaluza, Paco con sus colaboradores el profe, el pasante Morante, Lozano y alguno más abrieron las puertas de la noche y de la calle a todo bicho viviente del rock, o de lo que fuera con tal que tuviera algo gracioso que decir. *El búho* significaba una cita ineludible de cada noche con la radio, y los nietos de Ángeles lo escuchaban. Dijeron a la abuela que aquellos chicos de la radio eran buena gente y una noche se fueron a verles.

La impactante imagen de una mujer de esa edad debió ser tan fuerte para los chicos de *El búho* que enseguida le dieron todo su calor y además abrieron el micro. Ángeles, por edad, no venía de la cultura del rock; recordad que sobrepasaba los 80 en los 80, pero enseguida aprendió a decir isidisi (AC /DC) y a estar al tanto de las andanzas de los grupos de Madrid.

Los chicos de *El búho* la llevaron a conciertos y a locales en los que Ángeles aguantaba hasta las tantas con la misma energía que gente con cincuenta años menos. Salió en la tele y en muchísimas revistas; Ángeles se convirtió en un personaje casi necesario en cada concierto. Eso sí, recibiendo cariño y besos de los tipos más duros del rock and roll de aquella década. Cuando *El búho* se hizo historia, Ángeles fue «adoptada» por otros programas; realmente ella aparecía donde quería.

Una Nochevieja apareció durante la emisión pirata, como siempre rodeada de sus nietos, y condujo el programa varias horas. Aun con ochenta y tantos años su voz y sus expresiones eran firmes, aunque lógicamente la garganta dejaba clara su edad. Y el aire se le escapaba entre los dientes. En Vallecas, en el Bulevar, una pequeña estatua mantiene su recuerdo para siempre.

Inaguración del Hard Rock Café de Madrid

A finales de noviembre de 2014 Hard Rock Cafe Madrid montaba una fiesta por todo lo alto celebrando sus veinte años de vida en la ciudad. Fue una gran noche en la que música, zampa y alegría se reunieron en un lugar al que queremos mucho.

En noches así los recuerdos fluyen fácilmente y los que fluían por necesidad eran los de veinte años atrás, los de la noche en la que, por fin, el restaurante más emblemático del rock se inaguraba en Madrid. Fue un acontecimiento y afortunadamente la dirección del establecimiento también lo entendió así y contrató para tocar en directo a un personaje necesario en la historia del rock: al mismísimo Chuck Berry. El hombre que inventara muchos aspectos del rock and roll actuaría en directo aquella noche de hace más de veinte años.

Berry llegó un día a la conclusión de que su música era conocida en el mundo entero y que había muchos grandes músicos en cada ciudad en que recalaba que con facilidad podían tocar sus

grandes temas. Esta deduccion le ahorraba el ponerse en gira con varios músicos. Más simple, más barato, sin tener que responsabilizarse de varias personas, y además la emoción de lo desconicido. Para el concierto de Chuck Berry en Madrid se reclutó a un grupo que en aquellos tiempos tenía repercusión en España: Los Ronaldos.

El acceso al local aquella noche estaba bastante controlado. Las típicas vallas amarillas que protejen de zanjas o que forman el callejón para que se acceda a un lugar fueron utilizadas para encarrilar hacia la puerta del Hard Rock a quienes tenían pase para la inauguración.

Poco a poco las personas que guardaban fila entre las vallas amarillas se acercaban a la entrada del local. En eso aparece alguien saliendo del edificio, va llorando y contracorriente, contra la dirección que llevan los invitados. Es el mismisimo Coke Malla. ¿Por qué sale cuando todos queremos entrar? ¿Y qué le pasa que llora? El mismísimo Chuck Berry era el causante.

Al escenario del Hard Rock, construido solo para aquella noche, subieron todos los componentes de Los Ronaldos, se pusieron a ensayar los temas previamente pactados con el americano, empezaron a tocar y Berry paró el ensayo para decirle Coke que se fuera, que su guitarra sobraba. El líder del grupo bajó del escenario y salió del local.

La SGAE

Hay algo de triste en aquello de que la SGAE, el organismo privado que —se supone— vela y administra los dineros que generan las obras de arte escritas y cantadas, haya pasado a la historia por que la guardia civil tuviera que entrar a saco en sus preciosas instalaciones del centro de Madrid.

El asunto no era nuevo: los que orbitamos en torno al negocio de la música en este país sabíamos de tejemanejes desde hace

muchos años atrás. Casi desde el momento en el que un conocido personaje de la escena del *rock management* se recorrió la ciudad de Madrid a la desesperada rebañando votos para la primera candidatura de Teddy Bautista a la sociedad de gestión de los autores españoles. Si aquel elemento recababa votos para el que había sido líder de una de las bandas más de vanguardia de los comienzos del rock en este país, la cosa no comenzaba bien. Teddy llegó a la cúpula de la SGAE y allí se mantuvo durante dieciséis años. Quizá lo paradójico es que con aquel final de Teddy en la sociedad viniera a hacerse rotundo el sobrenombre por el que en los círculos de rock se conoce a este músico convertido en gestor de alto nivel. Porque de siempre a Teddy Baustista se le conoce como «el Pájaro».

Pero las paradojas de la SGAE no acaban ahí. Tras la detención de Teddy y después de que se dieran a conocer otros arrestos y parte del sumario según el cual otras personas se habían apropiado fondos de la sociedad, cuando todo ese turbulento asunto aparece a diario en los periodicos, la SGAE elije como presidente a otro canario, un hombre de la cuerda de Teddy llamado *Caco* Senante. Increíble.

El rock de la cárcel

La SGAE ha sido la fuente de popularidad en los últimos años para Ramoncín. Los discos y los conciertos cesaron en la carrera del cantante, que estuvieron mucho más que bajo mínimos mientras él campeaba en la sociedad de los autores. Pero esto no fue así siempre. En sus tiempos de *frotman rock*, Ramoncín peleó en todos los frentes y cultivó su carrera, creo que con bastante coco.

Disco Cross era el programa de radio de Mariano García. En sus comienzos, a principios de los 80, Mariano introdujo una sección en la que leía las cartas que le llegaban desde diferentes centros penitenciarios de la Comunidad de Madrid. En aquellos tiempos

Ramoncín publicaba su álbum *Arañando la ciudad* y desde la radio se organizó un concierto del cantante en la prisión de Carabanchel. Todos los presentes hablan de éxito rotundo y seguro que así fue, pero la anécdota de aquel día es que al bajista del grupo de Ramón le quitaron la cartera. El músico fue muy enfadado a contárselo a su jefe; muy serenamente, Ramoncín le contestó: «Chico, estás en la cárcel, ¿qué quieres?».

Ahora no es tan frecuente que el rock suene en las cárceles, pero en otras décadas era muy habitual y prácticamente nunca fue noticia más allá del propio concierto, excepto en aquella ocasión en la que dos etarras escaparon de la prisión de Martutene dentro de los bafles del equipo de sonido del cantautor vasco Imanol. Poco después Kortatu reflejaban el suceso en su tema «Sarri Sarri».

17
Stadium Arcadium

«Sé que podemos llenar estadios. Pero en cada disco me pregunto: ¿todavía somos relevantes?».
BONO, U2

Según Flea, bajista de Red Hot Chili Peppers, cuando se reúnen muchas personas para un gran concierto en un estadio se experimenta una euforia colectiva, una mezcla masiva de sentimientos. Esa magnífica sensación de conjunto es lo que inspiró a la banda de California para escribir el tema «Stadium Arcadium», que además dio nombre a su noveno álbum.

Muchas personas se reúnen en un estadio en medio de la nada, y conectan a través de la música, eso es obvio. Paradójicamente en la gira del disco *Stadium Arcadium* los Peppers solo tuvieron capacidad de arrastrar por ellos mismos a sus seguidores a un solo estadio en una sola ocasión: en Inglaterra, en el Madjsky Stadium. Las otras ocasiones en las que tocaron en grandes recintos en aquel tour fue formando parte de festivales.

Los estadios son algo fundamental en el desarrollo y en la historia del rock, recintos construidos y equipados para que en ellos se introduzcan miles de personas con afanes deportivos, pero desde sus comienzos el rock ha sabido aprovecharse de ellos. En los estadios han ocurrido cientos de miles de historias y batallitas más que dignas de ser mencionadas. Vamos a por algunas.

San Mamés

A finales de junio de 2010 finalizaba la gira de Black Ice, tour de AC/DC, y 37.000 personas estuvieron en un concierto memorable y poderoso de un grupo pletórico que había comenzado aquel tour casi tres años antes en Pensilvania para finalizar en Bilbao.

Aquella preciosa noche de verano Bilbao reunió a las familias de cada músico del grupo, y desde Bilbao partieron a un lugar diferente del planeta cada una. Aquella noche de verano, en Bilbao, se convertiría en histórica cuatro años después, cuando oficialmente se reconocía la demencia que había invadido el cerebro de Malcolm Young.

Malcom había llevado las riendas de AC/DC desde 1973, cuarenta años al frente de un grupo del que la arrolladora personalidad en escena de su hermano ha sido el símbolo, pero que sin la perfecta defensa de la retaguardia por parte de Malcom jamás hubiera llegado a donde está. Desde los 20 años Malcom vivió para AC/DC. Tres décadas y un año después, una enfermedad propia de la edad le aleja definitivamente del control de uno de los grupos más grandes del planeta y de la historia.

AC/DC ha vuelto a los frenéticos ritmos de vida de una banda de rock con un disco nuevo y una gira mundial, pero Malcom no va con ellos.

Cuando no quedó más solución que reconocer al mundo que Malcom sufría la enfermedad, sus allegados dijeron que si estabas con el guitarrista en una habitación y salías un momento, al volver ya no sabía quién eras. Parece ser que la demencia de Malcom ataca a sus recuerdos más recientes.

Entonces queda la esperanza de que entre lo que Malcom pueda rememorar de su propia historia, sea su enorme último concierto ante casi 40.000 personas en una ciudad al norte de la península Ibérica, en un estadio.

Santiago Bernabéu

Realmente, el Bernabéu no ha sido un foro frecuente de conciertos de rock. Quizá para otro tipo de música sí; nos suena que Julio Iglesias ha pasado cantando por el estadio en el que en tiempos atrás jugaba al fútbol, pero no nos interesa nada el dato.

Lo que sí resulta casi inolvidable es el descalabro económico que sufrieron los promotores de un concierto de Frank Sinatra en 1986 en el estadio del equipo blanco. El otro gran estadio de la ciudad de Madrid, el Vicente Calderón, sí ha tenido a bien acoger una buena cantidad de conciertos. Varias veces a los Rolling Stones, Genesis, Bon Jovi, Guns and Roses, Davis Bowie, Pink Floyd, Bruce Springsteen… y alguno más que ahora mismo se me escapa mientras escribo de corrido, pero el Bernabéu no tanto.

Las veces que yo recuerde que el estadio de la calle de Concha Espina de Madrid abrió sus puertas al rock han sido muy pocas.

Allá por el 87, en julio, unas 80.000 personas se reunieron en el primer concierto de U2 en Madrid. También fue la primera vez que el club abría sus puertas al rock y la última hasta el 2012 cuando el jefe, Bruce Sprigsteen, con una audiencia mucho más mansa, hizo que guitarras eléctricas sonaran de nuevo en el estadio; después de eso, en 2014, sus satánicas majestades casi hacen rebosar de público el recinto.

Pero el Bernabéu fue el marco en el que ocurrió la aireada por la prensa expulsión de Liam Gallagher, cantante de Oasis. El rock volvía a ser noticia en un estadio pero no por un concierto.

Que los hermanitos Gallagher son propensos a liarla sin demasiados requisitos es más que sabido aunque no te guste el grupo. Pero Liam en especial es más gallito, y la cosa ya se dispara en la mente del músico en lo tocante al fútbol. Más aún si se trata del club de sus amores, el Manchester City, el rival eterno del otro Manchester, el United. El equipo que lanzó a la historia al mítico jugador Bobby Charlton.

El cantante y su hermano Noel, se sabe, son hinchas del Manchester City, de hecho parece ser que la esperanza de que renaciera Oasis apareció cuando en 2012 y después de tres años

sin hablarse los hermanos, el Manchester City ganó la Premier League y los Gallagher comenzaron a intercambiar mensajes. La cosa no desembocó donde muchos querían, la reunificación de Oasis, pero lo cierto es que el fútbol había conseguido lo impensable, que los hermanos se volvieran a relacionar.

Lo que no resulta extraño es que al cantante inglés le echaran del Bernabéu en un partido del Real Madrid contra el Manchester City. Este equipo alborota con frecuencia las neuronas de Liam; las victorias de su club las celebra Gallagher siempre dando la nota y haciéndole cruzar sobradamente la línea de lo políticamente correcto.

Liam Gallagher (Liam la Lía es como le denominamos en la radio) interrumpió una rueda de prensa cuando el Manchester ganó la liga, y en el Bernabéu cuando su equipo jugaba la Champions, en septiembre de 2012, el primer gol del conjunto inglés le provocó tal euforia que, como se vio en varios medios, corrió como una cabra escaleras abajo y besó a un miembro de seguridad.

Los guardias jurados, en general, no deben estar muy acostumbrados a que les besen, y menos aún los que trabajan en un estadio. Esto provocó el primer toque de atención, pero Liam la siguió liando y cuando el Madrid consiguió el tercer gol en aquel partido, la euforia inicial se transformó en decepción para el cantante, que reaccionó de malas maneras. Fue advertido varias veces por los agentes pero no resultó. Harto del cantante, el equipo de seguridad del Bernabéu hizo que abandonara el estadio antes del pitido final. Aunque para quitarle hierro al asunto, el diario británico *The Sun* publicó una imagen del exmiembro de Oasis abandonando el estadio por su propia voluntad con unos amigos.

Estadio de Vallehermoso, Madrid

En el entrañable estadio del distrito de Chamberí, en la ciudad de Madrid, vimos jugar el partido más especial de toda nuestra vida y el

único que hemos visto entero en cuarenta años. Fue a finales de los 80, concretamente en el 88. Iron Maiden utilizó una de las grandes pasiones de su líder y bajista Steve Harris, el fútbol, como una de las estrategias promocionales de su álbum *Virtual XI*. Fue en un tiempo de transición para la banda británica en el que tuvieron un cantante llamado Blaze Bayley, al que el estar al frente del grupo pionero del heavy metal le vino grande.

Con Bayley, Iron Maiden grabó dos discos: *The X Factor* y este que venían a promocionar. Aquel disco bien podría llamarse el *Once Virtual* en función del equipo de fútbol que el grupo armó. Aunque el título del álbum también simbolizaba el número de trabajos discográficos de los ingleses, once. Sin duda es uno de los discos con más opiniones encontradas entre los seguidores de Maiden. Tampoco es uno de nuestros preferidos.

Para la promoción se desplegó una artillería muy diferente de la habitual para un disco de rock: un equipo de fútbol compuesto por algunos de los músicos del grupo, junto a viejas glorias del fútbol británico.

Steve Harris, antes de formar el grupo que tiene como mascota gigantesca al camaleónico Eddy, estuvo enrolado en las filas del West Ham United, en las ligas menores inglesas. Aunque Harris tiró por el camino del rock, el fútbol quedó en su persona y una vez que el grupo fue grande, puso su segunda pasión al servicio de la banda. Llegaron a Madrid en una tarde de marzo, se vistieron la equipación creada para aquella gira futbolística y saltaron al terreno de juego del Vallehermoso.

La camiseta del equipo era azul con hombros y mangas rojas y con una pequeña imagen del monstruo identificativo de Iron Maiden. Aquellas camisetas también formaron parte del *merchandising* oficial del grupo. Y era el uniforme del equipo que se enfrentó a un combinado de músicos y periodistas madrileños.

En la escuadra inglesa había nombres de mucha talla, como el jugador del Arsenal y del Colonia, Tony Woodcock, que aunque se había retirado ocho años antes jugó 42 partidos con la selección

inglesa. También se alineó el delantero centro Paul Mariner, trece veces internacional con Inglaterra.

Otro de los nombres destacados de aquel encuentro era Terry Butcher, que jugó 77 partidos internacionales y estuvo presente en tres copas del mundo. Terry fue titular en aquel partido Inglaterra-Argentina en el que Maradona marcó el llamado gol del siglo.

El que fuera centro campista del Arsenal, Neil Webb, y el también internacional Paul Walsh estaban en el equipo.

Algunos de los músicos de Iron Maiden reforzaban la alineación. Bayley, el cantante, Nico McBrian, batería, pero sobre todo Steve Harris, jefe, líder de Iron Maiden, quien aquella tarde en el Vallehermoso sudó la camiseta más aún que en los conciertos de la Doncella de Hierro. Pertenecemos a esa especie en extinción que prefiere salvaguardar la honra de amigos y compañeros antes que la información rigurosa. Por este motivo nos guardamos el resultado; solo diremos que fue muy abultado a favor de los ingleses.

Uno de los integrantes de la escuadra madrileña fue Juanjo Melero, guitarrista de élite que se destapó en el irrepetible grupo Sangre Azul y que desde entonces ha cultivado una carrera con prestigio adquirido dentro y fuera del entorno del rock. Juanjo, de quien puedo presumir de su amistad, nos deja sus experiencias de aquel partido plasmadas en los siguientes párrafos. No tienen desperdicio:

Me acuerdo que por aquellos días yo tocaba con los DefconDos y, en el Barrio del Pilar, con los Hamlet y con otros amigos, teníamos una pachanguita futbolera un día a la semana, así que, cuando me llamaron para jugar esa misma tarde un partido de fútbol contra los Iron Maiden y un combinado de ex-futbolistas de la Premier League, no dude ni un segundo en posponer todos mis planes y aceptar sin dudar ni un segundo.

Mi primera sorpresa fue cuando entre en los vestuarios, yo que soy atlético de toda la vida y me encuentro a Abel Resino, Pedraza y Luis García (no el delantero mexicano) me acuerdo que le comenté a Abel lo mucho que sufría yo en la grada del Calderón con las cesiones que le hacía Solozábal y me contestó con bastante salero que me imaginara como las sufría él, luego me preguntó por los Def con Dos y después saltamos al campo...

Los ex-jugadores de la Premier parecían más un cocktail entre ex-combatientes de Vietnam y el increible Hulk, en los corners nos mandaban a codazos varios metros más allá y así pasó que llegamos a casa con moratones por todo el cuerpo. Recuerdo que yo jugué de defensa y me tocó cubrir a Steve Harris, corría como Usain Bolt y se me escapaba siempre, de hecho marco unos cuantos chicharros pero como compensación, al día siguiente salió la noticia en páginas centrales del Marca con una foto de Steve Harris cuando marcaba un gol y yo corriendo detrás rojo como un tomate con mi camiseta de Caminero, pero lo que podría haber sido humillación se convirtió para mi en gloria pues dió la casualidad que se ofrecía la información del atleti, con una gran foto de Kiko Nárvaez, por lo que puedo decir con orgullo que compartí las páginas centrales del Marca con dos de los grandes: Kiko y Steve Harris.

Otro de los momentazos del partido para mí fue cuando pillo un rechace a la salida de un córner con todo su equipo volcado en nuestra área, me pongo a correr como un loco con el balón, como si fueran mi último minuto de vida, toda la grada llena de jevis rugiendo en espera de que acertará con el gol, yo viéndome ya en los anales de la historia del rock nacional como el tipo que le metió un gol a los Iron Maiden, llego al borde del área, preparo mi zurda y golpeo con toda mi alma... tipo Oliver y Benji, el tiro va bien, fuerte y raso, el portero no llega y... AL PALO!! Uyyyyyy!! La gloria estuvo cerca pero se topó con la madera!!

O2 Arena de Londres, Estadio Nacional de Chile

Un grupo más que asiduo de los estadios es Bon Jovi. Posiblemente la hazaña más grande del grupo de Nueva Jersey, en cuanto a estadios se refiere, fue cuando en 1995 llenaron tres noches seguidas el legendario Wembley de Londres: 72.000 personas en cada concierto, que marcaron el cénit de la banda.

Bon Jovi se ha paseado por varios estadios españoles. En un par de ocasiones llenaron el Vicente Calderón de Madrid. Una de ellas con mis hijos en los coros de un tema, en una coral infantil formada por seguidores del grupo.

La más reciente aparición de Bon Jovi en un estadio español, también fue en el feudo del Atlético de Madrid. Fue el 27 de junio de 2013 ante 40.000 personas. Lo que hizo especial a aquel concierto es que Bon Jovi no cobró por tocar. Más que un detalle para con sus

«sufridos seguidores españoles», como él mismo dijo. El gesto consiguió que las entradas descendieran de precio hasta los 18 euros. Supongo que esto no se olvidará. Pero lo que más llama la atención en cuanto a la relación de Bon Jovi con los estadios es que al menos ha inaugurado un par de ellos.

El O2 Arena de Londres no puede ser considerado como un estadio, aunque es el segundo recinto con mayor capacidad cubierta en el Reino Unido. Además de lo vanguardista de su arquitectura y de los originales métodos que se utilizaron en su construcción (debido a la imposibilidad de utilizar grúas en el interior, el techo fue construido en el suelo y luego se levantó), el O2 es uno de los símbolos de la modernidad de la capital británica. El 23 de junio de 2007 Tom Jones, Kaiser Chiefs y Snow Patrol, entre otros, realizaban el primer acto público del edificio. Pero fue solo para residentes del barrio, patrocinadores del proyecto y empleados del local. La real apertura al público, la inauguración oficial del O2 Arena de Londres, la realizó Bon Jovi al día siguiente.

Después pasaron por allí muchos de los grandes del rock: AC/DC, Aerosmith, Bob Dylan, Deep Purple, Foo Fighters, Iron Maiden, Metallica, Rolling Stones. Pero como decía la canción de Quintín Cabrera: «La mula que yo montaba la ensilla mi compañero, el gusto que a mí me queda, que yo la monté primero».

Otra de las sonadas inauguraciones de Bon Jovi fue la del Estadio Nacional de Chile, el 1 de octubre de 2010, dentro del Circle Tour. Veinte días antes Michelle Bachelet había participado en la reapertura del histórico estadio, que se había remodelado bajo su mandato, pero el primer concierto del remozado recinto fue a cargo de los de Nueva Jersey.

Estadio Víctor Jara, Movistar-Arena(Santiago de Chile)

Quizá el más negro recuerdo musical que nos traiga un estadio fue el asesinato del cantautor chileno Víctor Jara en otro estadio de

Santiago. Cuando la salvaje represión de Pinochet se puso en marcha, se utilizaron los estadios como centros de detención. Allí se interrogaba, se torturaba y se llegaron a hacer ejecuciones. Una de ellas fue la del cantautor Víctor Jara, el 11 de septiembre de 1973.

Cuarenta años después, en otro estadio de la ciudad otro «cantautor» le rendía uno de los más cálidos homenajes ofrendados al artista chileno. Fue en 2013. El más señero solista de rock, Bruce Springsteen, en el Movistar Arena de Santiago de Chile, honró la memoria de Jara versionando una de sus canciones cuando llevaba más de tres horas de concierto. Aquella noche «el jefe» desgranó veintisiete temas antes de que se encarara en castellano con una de los temas más célebres de Víctor, «Manifiesto». Pero antes de versionar a Jara, Springsteen, en un español mucho más que aceptable le comunicó a la audiencia que aquella noche tenía un trabajo que hacer. El trabajo era reavivar el recuerdo de la figura de uno de los muchos mártires del golpe de Estado de Pinochet.

La paradoja está servida: una de las figuras más significativas de la cultura norteamericana reivindicaba el nombre y la obra de alguien que, si bien murió a manos de compatriotas, estos tuvieron el apoyo de Washington.

Estadio Román Valero (barrio de Usera,Madrid)

Escribiendo sobre estadios y acontecimientos rock que en ellos ocurrieron, la mente se me va solita a aquella batalla campal (nunca mejor dicho) que se produjo en «El Mosca». En el barrio de Usera de la capital se dieron muchos conciertos. El lugar fue descubierto para el rock por Miguel Ríos cuando preparaba el histórico festival de la Noche Roja.

«El Mosca» en realidad se llama estadio Román Valero, pero era (y sigue siendo) conocido popularmente así porque allí jugaba y juega el ahora llamado «Equipo Club Deportivo Colonia Moscardó». El recinto era idóneo por varias razones: no estaba situado en el

centro de Madrid, lo cual ya es una ventaja, pero sí tiene comunicaciones cercanas de metro y autobuses; su capacidad es de unas cinco mil personas, pero si se le añade el terreno de juego se aumenta el aforo en dos o tres mil personas, y esto lo convierte en el estadio idóneo para conciertos importantes. Además tenía césped, lo cual le proporcionaba comodidad a los espectadores.

El festival de la Noche Roja pasó por allí a finales de los 70 con Miguel Ríos, Tequila, Salvador, Triana, Iceberg y Guadalquivir, además de un *show* de láser y comunicados del Mariscal Romero sobre la llegada de la era de acuario y la positiva transformación de la humanidad. Desde aquella «roja» noche, El Mosca quedó instituido como recinto rock en la ciudad de Madrid.

La legendaria promotora de conciertos Gay and Company decidió utilizar al «Mosca» para varios eventos. El primero fue el de Lou Reed el 20 de junio de 1980. Lou nos dejó para siempre y su figura será inolvidable en el rock, una figura que ganó su leyenda expandiendo al mundo el clímax de lo que se cocía en el submundo neoyorquino de artes, moda y formas de vida, las formas de vida de una élite que además de la estética tenía un fuerte componente basado en las drogas duras.

Y Lou fue el amplificador de aquello. La difusión del consumo del «caballo» se propagó, en parte, por la propia leyenda personal del cantante, apoyada además en temas que abiertamente preconizaban su consumo. Como en «Heroine», una canción del álbum de debut de Lou Reed con la Velvet Underground del año 1967. Precisamente «Heroine» es el tema que los asistentes le pedían a Reed desde el comienzo del concierto. Pero Lou llegó a Madrid aquella noche de junio supuestamente desintoxicado y con otra filosofía de vida.

Parece ser que ya había descubierto el taichí (lo que practicaba en el momento de su muerte), con lo cual el coreo constante para que tocara el tema insignia de lo que ahora aborrecía no debió de sentar muy bien al icono neoyorquino. También hay quien asegura que Lou Reed salió a escena puesto hasta las trancas. Sea cual

fuere el motivo, cabreo o colocón, lo cierto es que se vio a Reed más que incómodo desde el comienzo del concierto, que llegó con más de una hora de retraso, lo cual lógicamente había incendiado los ánimos. Tanto los que consiguieron colarse como los que se habían dejado 700 pesetas (de la época) en taquilla asistieron a un breve concierto que arrancó con el mítico «Sweet Jane».

Pero pocos temas después, algo lanzado por el público alcanzó el cuerpo del cantante y este, sin pensarlo, abandonó el escenario. Aquello provocó mucho más que un alboroto. La ecuación producida por entrada cara más retraso eterno, más concierto de cuatro temas, dio como resultado que «El Mosca» se volviera loco. Alguien salió al escenario y pidió calma para que el grupo volviera a salir. El ambiente se tranquilizó, pero el regreso no se produjo; era imposible, pues Lou Reed y los cinco músicos que le acompañaban en la gira abandonaron el estadio sin ningún miramiento, ni despedida (ni del público, ni de los promotores).

En el interior del estadio la espera era tensa pero en calma. Hasta que por el escenario comenzaron a aparecer trabajadores desmontando el equipo. Ya no hubo freno. La reacción fue invadir la tarima. Primero con intención de destrozarlo todo, pero en un instante la situación cambió y lo que hizo el personal fue recuperar el dinero de la entrada en especie: cables, mesas de sonido de monitores, instrumentos…, todo lo que contenía el escenario se convirtió en objetivo de aquella masa de seguidores de Lou Reed que, con razón, se sentía estafada.

Una leyenda urbana afirma que la mesa de monitores fue vendida a un grupo local que ya era sólido en el rock nacional, un grupo llamado Leño. El destino de los demás componentes del equipo de Lou Reed correría suerte parecida. La policía intervino ante aquel justiciero pillaje. Hubo heridos y detenciones, entre otras la de alguien que se había llevado el bombo de la batería.

Shea Stadium (Nueva York)

Los estadios son los recintos que marcan el nivel alcanzado por las estrellas del rock. Recorrer el mundo llenando estadios es lo más en el circo eléctrico. Por eso, la cantidad de información y las «batallitas» ocurridas en estos recintos darían para toda una enciclopedia. Si nos remontamos al comienzo del camino recorrido por el rock en los estadios, una vez más nos encontramos a los Beatles como pioneros.

En 1965 habían arrasado América, ya eran miembros de la Orden del Imperio Británico y nadie podía negar su impacto planetario. Ese verano los Beatles volvieron a América. Les esperaba una gira de once conciertos en medio mes, del 15 al 31de agosto; tocarían en ciudades tan emblemáticas como Toronto, Houston, Chicago, Los Ángeles (dos días seguidos), para terminar en San Francisco.

Los chicos del «Twist and Shout» y del «Help» estaban más que acostumbrados a recintos grandes, pero en esa gira se hacía mucho más patente.

El primero de los conciertos fue en el Shea Stadium, y ahí empezó todo. Por primera vez en la historia del hombre un grupo musical llenaba de personas la mole del barrio de Queens que había sido la casa de los New York Mets. Uno de los estadios más antiguos de la liga de béisbol.

El 15 de agosto de 1965 The Beatles convocaron allí a 55.000 personas. Como decimos, fue el primer concierto de un grupo de música en un estadio al aire libre. Los 304.000 dólares de beneficios declarados por la organización abrieron el ojo de todos los promotores del momento y del futuro. El negocio del rock llegaba a su punto más álgido.

El Shea Stadium hizo historia aquel día. Una historia que se repite verano tras verano en muchas ciudades del planeta. Han cambiado los nombres de los artistas, pero los estadios siguen ahí.

El rock de una noche de verano

No puedo, una vez más, dejar de reflexionar sobre la ventaja, en tiempo además de en otras cuestiones, que nos lleva por delante el mundo anglo en el rock. Esto viene a cuento porque aquí no llegó una gira de rock por estadios hasta 1983. En aquel año la osadía de Miguel Ríos lo hizo posible en una gira esponsorizada por los refrescos Kas y en la que el granadino compartía escenario y cartel con Leño y Luz Casal. La gira se llamó «El rock de una noche de verano». Recorrió 33 ciudades españolas siempre en estadios, comenzando en la Romareda de Zaragoza ante 45.000 personas.

En cuanto a medios, producción y grandiosidad, la gira no tuvo nada que envidiar a las producciones venidas de fuera; eso sí, habían pasado dieciocho años desde lo de los Beatles en el Shea Stadium.

Moondog Coronation Ball

Ni en sus mejores sueños entrarían los estadios en la mente de los pioneros del rock. Más bien la intención sería la de que el género y sus practicantes sobrevivieran en garitos, tugurios, cavernas y clubes de muchísimo sabor pero de poca capacidad. Solo que aquello fue creciendo descontroladamente. En 1952 en Cleveland, Alan Freed, el primer disc jockey de rock and roll de la historia, organizó Moondog Coronation Ball, un festival ubicado en el «hermano pequeño de un estadio», un Arena. Lo que para nosotros son pabellones, polideportivos, etc.

El Arena tenía capacidad para poco más de 10.000 personas, pero, convocadas por el programa de radio de Freed, acudieron más del doble. Error en la impresión de entradas, falsificaciones y colones (los que se cuelan) consiguieron que allí se liara la de San Quintín en bicicleta y que las autoridades cerraran el festi nada más empezar. De hecho, el primer grupo Paul «Hucklebuck» Williams solo tocó un tema. Aún no habían llegado las hordas del rock a los estadios, pero el camino ya estaba abierto.

El festival de Woodstock no fue en un estadio pero convocó a más de un millón de personas en tres días. Su réplica británica en la isla de Wigth y algunos escarceos más clavaron definitivamente la idea en los grupos de utilizar los mayores recintos posibles para conciertos. Bandas como Bon Jovi, los Rollins Stones, U2, Queen, Guns and Roses, Judas Priest y muchísimos más practican constantemente rock de estadios.

Tanto peso tuvieron los estadios en el rock que existe hasta un subgénero dedicado a temas construidos especialmente para grandes audiencias con ganas de corearlos junto al grupo. «Thunder» de AC/DC es el ejemplo más claro.

18
«Si lo sé, no vengo»

«Disfruto con mi ropa sobre el escenario.
No estás viendo un concierto, estás viendo un desfile de moda».
FREDDIE MERCURY

¿Cuántas veces hemos pensado: «Si lo sé, me quedo en casa»? Los rockeros salen al escenario sin saber lo que va a pasar, como cuando le entras a una chica en un bar. Y muchas veces pasa lo que no se esperan, que tiene que salir por patas (vaya, como cuando le entras a una chica en un bar). Para que después hablen de los toreros. Muchas veces es más fácil ponerse delante de un miura que salir a cantar sobre la madera delante de cien mil personas. O de cuatro.

Cuatro chavales fueron los que denunciaron a **Creed**, el grupo de Florida que quería ser Pearl Jam y acabaron siendo nada (su cantante vive en un camión hoy en día, así que no es una manera de hablar). Y lo de Pearl Jam no es una opinión propia; el bajista Brian Marshall fue expulsado de la banda por criticar a Pearl Jam en una emisora de radio. Creed dieron un concierto en Chicago a finales de 2002, con un pequeño problema. Que su cantante Scott Stapp se había bebido las bodegas Osborne enteras para entrar en calor. Cualquiera que haya bebido más de dos botellas de vino sabe lo complicado que puede ser cantar, bailar y lo que haga falta después de eso. Él también lo sabía, pero el público asistente lo descubrió esa misma noche. El «artista» fue incapaz de cantar dos frases de cualquiera de las canciones de su repertorio, salía del escenario durante largos periodos de tiempo y cuando volvía se

tiraba al suelo y se retorcía como si le doliera algo (¿la vergüenza quizá?). Habría sido algo parecido a una intervención del Cigala en *El hormiguero* si no fuera por la demanda de los asistentes. Al mes siguiente, la banda pidió disculpas, aunque no devolvió ni un duro del precio de las entradas, al estilo político corrupto, y un mes más tarde Stapp fue expulsado de la banda (y la banda expulsada del éxito). Un buen día para haberse quedado en casa viendo la tele, que ahí si te emborrachas no te ve nadie.

Limp Bizkit tuvieron la suerte, en pleno éxito de su rollo nu-metal-guay, de ser elegidos para dar un concierto con Metallica en su Sanitarium Tour. ¡Y casi terminan en el hospital! Fue salir el cantante a escena y el público empezó a abuchear. Siguieron tocando, y fue el momento de la lluvia de monedas y botellas (debía ser el juego de la gramola: meto una moneda y elijo otra canción). Con lo que a Fred Durst no se le ocurre otra cosa que ponerse a llamarles «mariquitas grandes» y a decirles eso de que si tenéis huevos subir aquí y os pego. A él le sobran huevos, porque había tíos de 2 metros 20 rodeando el escenario, pero al público no le faltaban. Así que el grupo salió por patas después de apenas media hora de concierto. Otro éxito en su carrera, que por otro lado nadie sabe hacia dónde va.

Nirvana eran el grupo más importante del mundo, allá por el 92. Pero no tenían superpoderes, aunque Krist Novoselic (sí, el que nadie recuerda) se pensaba que sí. Durante su actuación en los Premios MTV de ese año se pusieron a tocar «Lithium», Novoselic se pensó que eso era el circo de Ángel Cristo y lanzó el bajo al aire a ver si lo cogía al vuelo. Debió de medir mal, porque con lo que paró la caída libre del instrumento fue con su cabezota. Una brecha, y más puntos de los que sacamos en Eurovisión con Remedios Amaya.

El concierto de **U2** en Oslo en agosto de 1987 podría haber servido como anuncio de Zumosol. En su afán por llamar la atención sobre el escenario, el *show* comenzaba con un limón gigante saliendo del escenario y la banda dentro, como si fueran pepitas. A

partir de ahí, tocar «Lemon» era un monumento a la sutileza. Lo malo es que ese día algo pasó con la fruta, que el limón no se abrió, y Bono se quedó con los suyos haciendo de pulpa frutera.

Que no le gustes al público asistente es una cosa. Pero que no te aguanten ni las palomas es demasiado. Los **Kings Of Leon** salieron a darlo todo en el Verizon Amphitheatre de San Louis para demostrar por qué eran la banda más popular del momento, allá por el año 2010. Todo iba sobre ruedas, con muchos hipsters moviéndose de manera molona, hasta que durante la tercera canción del repertorio empezó a llover lo que por aquella zona se conoce como mierda de paloma. Se había colado una bandada para disfrutar del «Use Somedody» desde las barras de la estructura, y del gustirrinín se les aflojaron los esfínteres. Podéis pensar que no es motivo para parar un concierto, con la que tuvieron que soportar en Woodstock. Pero es que varios de esos proyectiles se colaron en la boca del bajista Jared Followill. ¿A que ahora se ve todo de un modo diferente?

Los **ZZ Top** se toman en serio sus conciertos. Aunque puede que no vean tres en un burro tras las gafas de sol y las barbas. Para la gira de presentación de su quinto álbum, *Tejas*, decidieron decorar todo el escenario con parafernalia tejana. Nada de pantalones vaqueros y botas, más bien búfalos, buitres y serpientes de cascabel como si no costaran.

Uno de los búfalos debía estar aburrido de escuchar por enésima vez el «Tush», o puede que descubriera al amor de su vida mezclado entre el público. El motivo no está del todo claro, pero el resultado sí que lo está. El búfalo se puso loco y empezó a montar su estampida personal por el escenario. Primero embistiendo los amplificadores (de ahí la sospecha de que no quería escuchar la canción). Como los barbudos seguían tocando como si nada, se lo pensó mejor y destrozó los terrarios de las serpientes de cascabel. ¡Ay, amigo, aquí sí que cambió la película! Los miembros del grupo hicieron el muy tejano juego de «maricón el último» y salieron pitando como Fermín Cacho. El público, otro tanto. Y los pobres

roadies se quedaron por el escenario pensando por qué no fueron a clase cuando enseñaron cómo cazar serpientes de cascabel sin que te manden al otro barrio de un mordisco.

Alice Cooper enfoca sus conciertos como un circo. Se ahorca, se decapita, saca a su amiga la Boa y presenta a sus amigos los payasos. Más o menos como el de Teresa Rabal. A pesar de múltiples accidentes, sigue con sus escenarios de pesadilla. Difícil elegir entre las historias que le han pasado sobre un escenario, pero es fácil destacar la siguiente por irrepetible. Vamos, que si lo haces aposta, no te sale. Podemos llamarla «La Fábula de la Boa y los Payasos», y así se hace más digerible. La pobre Boa estaba en su papel durante buena parte del *show* (lo que viene siendo no hacer nada especial, solo estar). Hasta que se sintió un pelín indispuesta, intentó aguantarse hasta el descanso, pero no pudo más. Empezó a cagarse por todo el escenario como si no hubiera un mañana. Nosotros no hemos olido nunca las deposiciones de una serpiente, pero a jazmín seguro que no se parecen. Alice no se enteró de nada, pero una tropa de payasos en el sentido literal, de los de cara pintada y pelo de panocha, lo vieron y corrieron a intentar recoger el desastre y taponar el culín de la serpiente. A los payasos les pasaba como a nosotros, que no sabían a qué olía eso. Pero lo descubrieron por la vía rápida. Empezaron a vomitar por todo el escenario y el público se puso a tocar palmas porque era lo más bizarro que habían visto en la vida. Por desgracia, esa fue una actuación única en la carrera de Alice Cooper. El público que va a sus conciertos hoy en día se fija más en la boa que en el resto del *show*, por si se va de vareta. Pero desde ese *show* creo que tiene tres comidas al día a base de arroz, para que le haga tapón.

Hay bandas que se reúnen y tienen más éxito que antes de separarse. Ese fue el caso de **Madness**, la banda británica de ska que volvió del limbo para el festival londinense de Madstock, en 1992. Cuando salieron al escenario, se encontraron con 45.000 personas esperando escuchar «Our House». Mientras ellos tocaban, los vecinos de los barrios cercanos al recinto empezaron a sufrir en

sus casas el fin del mundo en forma de terremoto. Los platos se caían y los muebles se movían de su sitio. No habían contado con lo que suponen casi 50.000 personas bailando ska al mismo tiempo. Ni ellos ni nadie. Ahora sabemos en qué se puede traducir ese baile. Un terremoto de 4,5 en la escala de Richter. Eso es lo que provocaron los asistentes al concierto. Temblores en las casas y, lo que es peor, movimientos subterráneos en el fondo de un lago cercano, provocando olas de dos metros. Tenedlo en cuenta si planeáis dar un concierto de ska cerca de un riachuelo.

Green Day tienen el honor de haber revivido el festival de Woodstock a su manera. Paz, amor y barro a toneladas. Al menos en lo que a lo tercero se refiere. Fueron invitados a tocar en el enésimo revival del mítico festival en 1994. Aunque los grupos eran diferentes, sí que consiguieron que lloviera sin parar, y se montó un barrizal memorable (lo llamaron Mudstock: *mud*=barro).

Cuando Green Day salieron a tocar, el público estaba un poco hasta las narices de tanta lluvia, barro y frío. Casi tenían más ganas de meterse en la cama que de un concierto de punk-rock. Y el grupo tuvo la mala suerte (o la mala leche) de comenzar el *show* con «Welcome to Paradise». Un paraíso para ellos, que estaban secos, calentitos y con sus chavalas esperándoles en los camerinos. A uno de los que estaban entre el público no le sentó muy bien la ironía del momento, y lanzó una bola de barro al escenario. Al cantante no se le ocurrió nada mejor que responder con un «si tenéis huevos, lanzadme otra, mamones». Cualquiera con dos dedos de frente sabe que los neoyorkinos tienen dos cosas: a Woody Allen y huevos. Empezaron a llover bolas de barro sobre el escenario en plan granizada, y en dos minutos estaba todo el equipo cubierto de lodo (tanto el técnico como el humano). Armstrong devolvió las bolas de barro y el público empezó a subirse al escenario sin intención de abrazar a sus ídolos. El grupo se piró a toda pastilla, y los tuvieron que sacar de allí en helicóptero. No sin antes hacer una parada en el Vitaldent del barrio para arreglar los dientes rotos del bajista, que no aguantaron demasiado bien las pelotas de barro.

Steven Tyler lleva su cuerpo al límite en todos los conciertos de Aerosmith. Se juega el tipo, a veces aunque no quiera. En 1977 tenían un concierto en Philapelphia para apoyar el lanzamiento del *Draw the Line*. Los gemelos tóxicos estaban listos para tocar la siguiente canción cuando alguien entre el público lanzó un *cherry bomb*, que aunque se traduzca como una bomba de cereza, de fruta no tiene ni el hueso. Es un petardazo de estos capaces de reventar una sandía. Steven no sabía ni dónde meterse, y Joe Perry creía que estaba tocando en Vietnam. Acabaron los dos con la cara quemada por la pólvora.

Al año siguiente, volvieron a la ciudad a dar otro concierto. Y a Steven le abrieron la cabeza con una botella voladora. Como para volver a Philadelphia.

No hizo falta que lanzaran nada para que Tyler se partiera en dos en Dakota del Sur en 2009. Cuando estaba finalizando el concierto, pegó uno de sus brincos estilo Van Damme, pisó mal y se machacó la cabeza, el cuello y el hombro mientras el público pensaba que estaba intentando hacer *break dance*. A pesar de la gravedad, el grupo solo canceló un concierto.

Gene Simmons tiene el carné oficial de escupefuegos. Pero pertenecer a UGT no te libra de sufrir accidentes sobre el escenario. Cuando comenzaba su andadura con los Kiss, allá por 1973, cuando llegó su momento dragón, se le fue la mano (o la saliva) y la llama subió tanto que le quemó parte de la melena. Y cualquiera que haya puesto un mechero delante de un bote de laca sabe cómo arde eso. Suerte que uno de los *roadies* estaba al tanto y apagó el incendio con una manta que había por allí. Esto le ha pasado en bastantes ocasiones más, así que no sabemos de qué está hecho el pelo de Simmons. Lo que sí podemos adivinar es que si en un concierto de Kiss veis a alguien con una manta entre bambalinas, no es por si a alguno de la banda le entra frío.

Una de las señas de identidad de **Pete Townshend** al tocar la guitarra en los Who es cuando hace el molinillo a lo loco. Y casi se convierte en el guitarrista manco por culpa de ese movimiento. En

un concierto de 1989, durante la parte más guitarrera del «Won't Get Fooled Again», se puso a hacer molinillos como si estuviera haciendo café, y en uno de esos la mano se le quedó enganchada entre las cuerdas de la guitarra. Ni dentro ni fuera, continuó tocando mientras intentaba liberarse. Sobra decir que lo consiguió, y que el público pensó que era un nuevo movimiento: ¿el cortaúñas, quizá?

Punto uno: **Frank Zappa** es un genio. Punto dos: los genios están locos. Y más locos están los fans de esos genios. Una semana después de que uno de sus fans quemara el Casino de Montreal con una bengala (originando el «Smoke on the Water»), durante un concierto en Londres un tipo se subió al escenario y tiró a Zappa al foso de los leones. Bueno, más bien al foso de la orquesta. El pobre se encontró con la laringe rota, traumatismo craneal y múltiples fracturas y heridas. El psicópata dice que lo hizo porque el artista le llevaba poniendo ojitos a su novia durante un buen rato. Desde el escenario no se ve tres en un burro, así que podía estar haciendo ojitos o cerrándolos para no quedarse ciego con los focos.

Una última muestra de los peligros que encierra un escenario es el trozo de culo que casi le arrancan a Lou Reed. Ofreciendo un concierto en Buffalo, en 1973, un fan enloquecido (y no de la emoción, ¡como una puta cabra!) saltó al escenario gritando: «¡Cuero, cuero!» y le mordió el culo al pobre Lou. No se llevó media nalga en la boca porque los Levi's son muy duros. Hay sospechas de que el loco había tomado algún tipo de droga alucinógena, pero nunca se ha llegado a probar. ¿Necesitan alguna evidencia, de verdad?

19

«Si la canto otra vez, me pego un tiro»

«Prefiero estar muerto que ser guay».
KURT KOBAIN

Cómo conseguir que una canción se convierta en un clásico es algo prácticamente inexplicable. Todas esas montañas de ordenadores y hojas de cálculo solo sirven para el pop; el rock es otra cosa. Si no tiene sentimiento (puedes llamarlo «huevos») o no disfruta de la suerte del momento oportuno, una canción perfecta sobre el papel se puede convertir en una cara B olvidable al instante.

Aunque a veces lo peor que le puede pasar a un grupo es tener un tema que todo el mundo quiera escuchar una y otra vez. Ese por el que vas a los conciertos y te quedas hasta los bises porque sabes que es imposible que no la toquen. En muchos casos, si por ellos fuera, no la tocarían nunca más. Pero el que paga es el que manda, que tontos no son. Así que tendrán que tocarla hasta el fin de los días, esa es su condena (¡quejicas!).

«Creep», de Radiohead

Esta fue la canción que puso a Radiohead en el candelero. Conectó inmediatamente con toda la tropa de adolescentes deprimidos y de la noche a la mañana se colaron en las listas, y les salieron cientos

de bolos. Y no una, sino dos veces. «Creep» fue *top ten* cuando se publicó, y de nuevo dieciéis años más tarde cuando el grupo publicó su *Greatest Hits*. Así que bueno es cantar lo que todos quieren oír cuando van a tu *show*. Pero hay un problemilla, que es que el cantante odia «Creep» con toda su alma. Sabe que mucha gente va a sus conciertos solamente para escuchar «Creep», probablemente porque parte de su repertorio no son más que sonidos y gritos, y hasta la ha rebautizado como «Crap» («basura»). No se cansa de repetir que cuando escribieron esa canción le vendieron su culo al demonio, y ahora es lo que les toca.

Cuando los fans piden a gritos «Creep» en sus conciertos, muchas veces Yorke los manda a tomar por culo y se acuerda de sus madres a voz en grito, pero sabe que la tiene que cantar (o si no puede que lo linchen en dos minutos).

Por si eso fuera poco, hasta han intentado que la toquen los teloneros, para ver si así no se la piden a ellos cuando salgan a tocar. ¿Ha tenido éxito esa iniciativa? El mismo que el disco de Jesulín de Ubrique.

Pinkerton, de Weezer

El segundo trabajo de Weezer fue acuchillado sin piedad por crítica y público en cuanto pisó las estanterías de las tiendas de discos. Pasaron de ser alabados a sinónimo de disco-basura. Tanto que su cantante, Rivers Cuomo, se escondió del mundo durante cinco años. Durante todo ese tiempo parece que la gente volvió a escuchar *Pinkerton*, y pasó de ser una mierda a lo mejor que se había hecho en décadas. Hasta la revista *Rolling Stone* rectificó su crítica del disco otorgándole cinco estrellas diez años después de su publicación.

Por todo esto, hasta hoy el cantante se sigue arrepintiendo de haber escrito todas y cada una de las canciones de ese disco y no soporta tocarlas en directo. Así lo declara: «Lo peor de mi vida es el

culto que la gente sigue teniendo por *Pinkerton*. Es un álbum enfermo, en el peor sentido de la palabra. No quiero tocar ni una de sus canciones y no quiero volver a escucharlo en la vida».

Así que ya sabéis, cuando estéis en un concierto de Weezer, gritad bien alto: «¡*Pin-ker-ton*, *Pin-ker-ton*!».

«Pinball Wizard», de The Who

Cuando The Who publicaron *Tommy*, sabían que estaban cambiando el rock, el mundo y el saldo de sus cuentas bancarias. Veinte millones de copias vendidas y una nominación al Oscar, con la secuencia memorable en la que Elton John pierde al *pinball* contra el protagonista. La canción que suena en esa secuencia es una de las más aclamadas en sus conciertos. Es el Mago del Pinball.

Si el tío que la escribió, Pete Townshend, dice que «es la canción más chapucera que he escrito en la vida», os podéis imaginar el cariño que le tiene. Nunca se pensó que se incluyera en el disco, solamente cobró vida porque Nik Cohn, el crítico musical más famoso de la época, era un flipado de las maquinitas, así que escribieron la canción y la escena para ver si así les daba cinco estrellas. Y surtió efecto. La primera opinión de Cohn fue que la ópera era una mierda, y en cuanto le dijeron que habría una canción sobre el *pinball*, la mierda pasó a ser «una obra maestra» (un tío con criterio, como podéis ver). Ahora, cada vez que tiene que tocarla en directo recuerda el motivo por el que la hizo y se le cae la cara de vergüenza.

«Cherry Pie», de Warrant

Nada simboliza mejor la melena ochentera que esta canción. Su contenido sexual es tan básico, que funciona en edades

comprendidas entre 13 y 78 años. En el vídeo, el cantante Jani Lane mueve la melena y pone caras todo el rato, y figura en el puesto 56 de la lista de VH1 de las mejores canciones de hard rock de la historia (esto da una idea de lo que es el hard rock para la VH1). Si fuera por Lane, esta canción nunca habría visto la luz.

Pero cuando les tocó repetir el éxito de su primer disco, *Dirty Rotten Filthy Stinking Rich*, se encontraron con que a la discográfica no le gustó ninguna de las canciones que habían grabado. O escribían un single para las radios, o podían volver a tocar en el Retiro. Con la mala leche que te pone eso, Lane se fue a su casa y escribió la letra de «Cherry Pie» en una caja de pizza, pensando que así la discográfica pensaría: «Vaya, no se lo ha tomado muy bien». ¡Error! Los ejecutivos vieron el potencial de la caja de pizza y se quedaron con la canción.

Por si no queda claro que no soportaba el tema que pagó su mansión, Jani lo dejó bien claro en una entrevista. «Odio esa canción, y encima se ha convertido en mi legado a la humanidad. Debería haberme pegado un tiro por haber escrito ese tema». Por suerte para él, no llegó a ver publicada su biografía (falleció en el 2011), porque se titula *The Cherry Pie Guy*.

«Stairway to Heaven», de Led Zeppelin

La «Escalera al cielo» figura en todos los *top five* de la historia del rock, hasta en el de las canciones más odiadas por sus compositores. Con esta frase de Robert Plant creo que se resume perfectamente su sentimiento ante Stairway: «Si pienso que tengo que cantar esa canción en cada concierto, me sale urticaria». Aunque Jimmy Page dice que esa canción define la esencia de la banda y fue el tema más radiado durante la década de los 70, para Plant es una penitencia. Se refiere a ella como «esa jodida canción de boda» y cree firmemente que es la peor de todo el repertorio de los Zeppelin.

Y esta es una de las razones por las que Led Zeppelin no han vuelto a tocar juntos ni por todo el dinero del mundo. Plant no la quiere cantar, y Page quiere tocar su solo de tres cuartos de hora en medio de la canción. Así que, o de repente le gusta (cosa poco probable), o nos conformaremos con los CD.

20
Bulos, pero muy chulos

«Que corte la cabeza a las muñecas no quiere decir que odie a los niños.
Solo odio a las muñecas».
ALICE COOPER

Hay leyendas dentro de cada grupo que han perdurado a lo largo de los años. Unas con motivo, pero otras los persiguen aunque sean una trola inventada por sabe dios quién. En nuestra labor de investigadores de lo oculto, a lo Mulder y Scully, nos hemos inflado a hacer indagaciones. Así que prepárate a descubrir lo que hay de cierto detrás de cada una de las leyendas urbanas del rock (y ahora es cuando sale uno con un machete y te lo clava).

La Montaña Rusa Asesina

Leyenda: el grito que se escucha en «Love Rollercoaster» de The Ohio Players es el de una modelo que apuñalaron en el estudio. Durante toda su carrera les persiguió esta acusación, y si fuera por más de uno, los habrían soltado en una reunión del Ku-Klux-Klan para que se los cargaran.

Verdad: el famoso grito que tantos escalofríos ha provocado es del teclista Billy Beck intentando cantar como una chica. Ya lo tuvo que hacer mal para que se pensaran que es el grito de Ester Cordet, la presunta modelo apuñalada que está vivita y coleando mientras se gasta la pasta de un millonario.

Esta noche en el aire hay alguien…

Leyenda: dice que Phil Collins escribió esta canción después de ver cómo se ahogaba un hombre. Phil estaba demasiado lejos para ayudar, pero en la orilla de la playa había otro hombre que podría haberlo salvado fácilmente. No movió ni un dedo, y tras un trabajo detectivesco de años, Collins localizó al individuo y lo invitó a un concierto suyo. En cuanto llegó, le puso un foco de luz y le cantó «In the Air Tonight» para humillarlo públicamente.

Verdad: ya podía ser cierta esa historia, pero no lo es. Si le sumamos que, como hemos dicho en otro capítulo, Collins metía frases que pegaban bien con la música, al hecho de que todo el disco *Face Value*, incluido ese tema, está compuesto durante una depresión del batería de Génesis mientras veía cómo su matrimonio se desintegraba, poco tiempo le quedaba para contratar un detective, a no ser que fuera para ver si pillaba a su esposa con otro.

Otro que muerde el polvo

Leyenda: durante décadas ha circulado la historia de que «Another One Bites the Dust» de Queen era un mensaje secreto para que sus fans fumaran marihuana hasta ponerse verdes. Hasta si pones el estribillo al revés, se escucha claramente a Freddie decir «*it's fun to smoke marihuana*» («es divertido fumar maría»).

Verdad: desde que a algún iluminado se le ocurrió poner un disco de los Beatles al revés aunque así se cargara la aguja del tocadiscos, se pueden encontrar historias de estas en casi todos los grupos. Con otros grupos puede colar, pero hay que ser bastante ingenuo para pensar que en los 80 Queen se pusieran a darle

vueltas al coco para aumentar el consumo de marihuana a nivel mundial.

Stevie Nicks chufla por detrás

Leyenda: la chica de Fleetwood Mack se daba tanta caña, y estaba tan acostumbrada a consumir cocaína en cantidades industriales, que como no le llegaba con la nariz, la aspiraba directamente por el recto.

Verdad: mejor no entrar en que la dirección del recto suele ser de salida, no de entrada. Aunque científicamente es posible, la pobre Stevie se ha pasado media vida desmintiéndolo, y preferimos creerla a ella que lo contrario. Por salud mental, sobre todo.

Cómic de Kiss mezclando tinta con la sangre del grupo

Leyenda: cuando la Marvel decidió sacar una linea de cómics en la que los miembros de Kiss luchaban contra todo lo malo que hay en el mundo, la banda apareció en las oficinas de la editorial con unos viales llenos de su sangre para que la mezclaran con la tinta destinada a imprimir la serie de viñetas.

Verdad: pues esta sí que es cierta. Entre concierto y concierto, se plantaron en las oficinas de Marvel para mezclar su sangre en la cubeta de tinta roja. Todo ante notario y bajo la atenta mirada del todopoderoso Stan Lee.

Mick Jagger y la tableta de chocolate

Leyenda: no tiene nada que ver con sus abdominales, sino con una barra de chocolatinas Mars. Durante una redada antidrogas, pillaron a morritos calientes comiéndose una de estas chocolatinas entre las piernas de Marianne Faithfull. Y días más tarde, la mujer de David Bowie pilló a su marido en pelotas en la cama con Mr. Jagger. De todo un poco.

Verdad: la policía los pilló en acción, pero no había Mars por ninguna parte (a lo mejor ya se la había comido). Y de su episodio con el Spider from Mars, su mujer ha detallado que los pilló en pelotas en la cama, pero no estaban haciendo nada. Otra que llegó tarde, me parece a mí.

Frank Zappa se come un zurullo

Leyenda: el experimental Frank Zappa retó sobre un escenario a su amigo el capitán Beefheart a ver quién hacía la cosa más asquerosa del mundo. El capitán se puso a cagar sobre la tarima. Solo había un modo de superarlo, así que Zappa cogió un puñado con la mano, y se lo zampó.

Verdad: aunque por todas partes aparecen fans que afirman «haberlo visto in situ», es mentira. No hay que olvidar que Zappa era abstemio y antidrogas, así que completamente sobrio es imposible que alguien haga esas cosas. Preguntado acerca de la leyenda que lo perseguía, declaró tranquilamente: «Nunca me he comido una mierda sobre el escenario. Lo más cerca que he estado de comer mierda fue en el buffet libre de un Holiday Inn en Carolina del Norte». Asunto zanjado.

Marilyn Manson se llega

Leyenda: por si no llegara con ponerse implantes mamarios, el anticristo superstar hizo que le quitaran las costillas flotantes para

poder practicarse autofelaciones sin ton ni son.

Verdad: preguntando a cirujanos de renombre, incluso al de Yola Berrocal, se llega a la conclusión de que nadie nunca ha realizado una operación de ese tipo. Aparte de las cicatrices que dejaría (y que Manson no tiene), ya puestos, sería mucho más útil quitarse una vértebra. Que la culpa de que no te llegues no es de las costillas, tonto.

A Rod Stewart le sacan un galón del culo

Leyenda: pero no un galón de los que luces en la chaqueta, sino de semen, que vienen a ser casi cuatro litros, para el que se lo esté preguntando. Tras un fiestón de los suyos, se dice que le tuvieron que hacer un lavado de estómago para sacarle todo eso.

Verdad: este es el típico caso de celos masculinos a un tío que se ha zumbado a catálogos enteros de modelos. Ese mismo rumor lo sacaron de Bon Jovi, Jeff Beck, Elton John… En este último no sabemos, pero en los otros es completamente falso. Un publicista al que despidió se tomó la revancha soltando este rumor a diestro y siniestro, y permaneció en el imaginario rockero hasta que a alguien le dio por preguntar a la parte implicada décadas más tarde. Con lo fácil que habría sido hacerlo antes, nos habríamos ahorrado un par de imágenes desagradables en nuestra cabeza.

Roy Orbison era ciego

Leyenda: aunque parezca mentira, muchísima gente lo pensaba y lo sigue pensando. Roy Orbison era ciego, y por eso siempre estaba con las gafas de sol al estilo Stevie Wonder.

Verdad: puede que no viera tres en un burro, pero ciego no era. Lo que era es un genio del *marketing*. En ruta para dar un concierto en Alabama, se dejó las gafas de ver en el avión, y solo tenía unas

de cristales ahumados para que no le molestara la luz. Al día siguiente abría para los Beatles en un tour europeo y, como no le daba tiempo a encargar otras gafas, se pasó toda la gira con las gafas tintadas. Para cuando encontró las gafas buenas, ya era demasiado tarde. Medio mundo lo había visto con gafas de sol, y ya eran como una marca de la casa. Así que se quedó con ellas, pero tras los cristales oscuros conservaba una mirada penetrante.

El día en que murió el rock

Leyenda: el avión en el que volaban Buddy Holly, Ritchie Valens y The Big Bopper se llamaba *American Pie*, y Don McLean lo utilizó para componer su famoso tema.

Verdad: el avión no tenía nombre, solo una matrícula (N3794N). Lo de *American Pie* se lo sacó Don MacLean de la manga pastelera, porque en aquella época estaba de moda decir: «Es más americano que un pastel de manzana».

Mamas the Atragantas

Leyenda: Mama Cass, de los Mamas and the Papas, se atragantó con un sándwich que se estaba zampando en la cama y se fue al otro barrio.

Verdad: Mama Cass falleció de problemas de sobrepeso, eso es verdad. Pero de un paro cardíaco provocado por la excesiva dieta y un poco de cocaína. Había perdido 35 kilos en menos de ocho meses y su cuerpo estaba demasiado débil. Durante años se soltó el bulo de que su muerte era a causa de la glotonería porque al lado de la mesilla de noche había medio sándwich, pero la autopsia no reveló ni una migaja en su organismo.

Michael Jackson es el dueño de las canciones de los Beatles

Leyenda: cuando no se gastaba millones en acuerdos extrajudiciales, el Rey del Pop se compró los derechos de las canciones de los Beatles, por una trillonada.

Verdad: Sí y no. Sí que las compró, pero no son suyas. Es sabido que Michael y Paul McCartney eran muy amigos. Y en una de esas, Jacko le pidió consejo para invertir los millones que se le acumulaban. Paul le aconsejó que comprara derechos de publicación de canciones, y se compró los derechos de publicación del catálogo de los Beatles, cosa que a Paul no le hizo ni pizca de gracia.

De cada dólar sacado por el uso de un tema de los Cuatro Fabulosos en cualquier medio, Michael se llevaba la mitad. Los Beatles no perdieron ni un euro, porque de ahí no les tocaba nada, así que el enfado de Paul no era muy justificado.

En 1995 los derechos volvieron a la Sony al fusionarse con la compañía de Jacko, y así todos contentos. Todos menos Paul.

Aquellos maravillosos años

Leyenda: toda la población mundial ha escuchado alguna vez que Marilyn Manson es el feo de la serie *Aquellos maravillosos años*.

Verdad: esta es una de esas que, aunque le pongas a la gente las pruebas en el morro, siguen diciendo lo mismo. Pues vamos con la aritmética de primero. El personaje se llama Paul Pfeiffer. Marilyn se llama Brian Warner. El actor que hace de Paul se llama Josh Saviano, como se ve en todos los capítulos de la serie. ¿Hace falta que continúe?

Ozzy *vs*. Batman

Leyenda: Ozzy Osbourne es peor que el Joker y el Pingüino juntos. Tiene la costumbre de comerse murciélagos vivos en cada concierto.

Verdad: mata un perro y te llaman mataperros. La única vez que se comió el murciélago fue porque iba tan puesto que pensó que era de plástico. Gracias al tentempié tuvo que ingresar en urgencias y pincharse todas las antirrábicas de enfermería. Así que no le quedaron ganas de más pinchos de murciélago.

Richards se cambia la sangre

Leyenda: entre desfase y desfase, Keith Richards se va a Suiza a hacerse transfusiones completas de sangre.

Verdad: Suiza es conocida por sus cuentas, sus chocolates, sus relojes… y porque nunca se mojan. Y no hay clínica en el mundo conocido que pueda sacar la sangre de una persona y meterle otra más limpia. El bulo lo soltaron en 1973, cuando el Stone fue a Suiza a hacerse un tratamiento de hemodiálisis para sus dañados riñones, y permanece vivo hasta el día de hoy. ¡Pero no es cierto!

¿Un tirito, Majestad?

Leyenda: los Beatles, en un homenaje a la rebeldía, se fumaron un porro en el palacio de Buckingham antes de que la reina los nombrara «Miembros del Imperio Británico».

Verdad: ¡ya les gustaría! El culpable de esta leyenda es el propio John Lennon, que se hizo el chulito al soltar a la prensa que para relajarse se habían rulado entre los cuatro un cigarrillo de la risa en los baños del palacio, pero no fue más que un cigarro

normalito. Lo desmintió el propio implicado Paul McCartney años más tarde, cuando ya no hacía falta ir de rebelde por la vida para llenarse los bolsillos.

La maldición de Jennings

Leyenda: Waylon Jennings lanzó una maldición contra Buddy Holly que provocó su muerte. Jennings tocaba el bajo en ese grupo, pero como Big Booper era más famoso, le cedió su plaza en el avión y a él le tocó ir en bus. Antes de partir, Buddy le dijo a Jennings: «Espero que tu autobús se quede calado», a lo que Jennings respondió: «Yo espero que vuestro avión se estrelle».

Verdad: obviamente, hay que tener mala leche para echarle la culpa del fatal accidente. De sobra probado que fue provocado por el mal tiempo y la poca pericia del piloto, el countryman Jennings ha tenido que aguantar la culpa y las represalias de los fans durante el resto de sus días.

Aerosmith casi vuela en el avión de la catástrofe de los Lynyrd

Leyenda: los que tenían que haber subido al avión que segó la vida de la mayoría de los miembros de Lynyrd Skynyrd eran los miembros de Aerosmith, pero tuvieron una especie de premonición y no volaron.

Verdad: esta es de las de *fifty-fifty*. Cierto que el jefe de operaciones de Aerosmith estuvo viendo y revisando el avión para comprarlo y utilizarlo de gira con sus chicos. Pero se encontró con la tripulación medio borracha, y un pequeño incendio en el motor sin que nadie hiciera demasiado por apagarlo. Ante semejante panorama, pasó olímpicamente de comprar el avión. Por desgracia,

el que lo usó para la gira de los Lynyrd no fue tan observador. Lo falso es la premonición de los miembros de Aerosmith, claro está.

Van Morrison compone basura

Leyenda: tras el éxito de «Bron Eyed Girl», Van Morrison compuso y grabó docenas de canciones de mierda para romper el contrato que le unía a la malvada viuda de su *manager*.

Verdad: pues aunque nos cueste creerlo, es de verdad de la buena. Le prohibieron actuar en Nueva York, con lo que eso supone para el bolsillo y para el ego. Y aunque consiguió que Warner comprara su contrato, todavía tenía que grabar treinta y seis canciones al año para la afligida viuda. Así que hizo lo que solo los artistas de verdad saben hacer. Compuso treinta canciones en un solo día y se las envió a la viuda. Os podéis imaginar el nivel de las composiciones. Letras sin sentido, estribillos sin melodía. Basura de la buena. Las llamadas «canciones de la venganza» jamás fueron publicadas, pero sirvieron para llenar el cupo. Las letras trataban sobre los anillos de los gusanos, sobre los habitantes de Dinamarca y hasta una sobre los cheques que cobraba de *royalties*. Alguno de esos temas se puede encontrar por YouTube, pero es bastante improbable que alguna vez se lleguen a escuchar sobre un escenario. (Mejor buscadlas por *revenge songs* que por basura de Van Morrison. Nunca se sabe lo que puede salir en la red).

La hija de Grace Slick es Dios

Leyenda: cuentan los mentideros de los hospitales americanos que la cantante de Jefferson Airplane le puso como nombre a su hija God (Dios).

Verdad: la propia Slick ya dijo que le comentó a una enfermera que su hija se iba a llamar Dios al ver que colgaba un crucifijo de su

cuello. Pero no era más que un bacile para aliviar la tensión preparto. Bien conocida por tomarse los tripis de dos en dos, como los *petit suisse*, la enfermera fue de las pocas que se la tomó en serio (y un buen puñado de periodistas). Su hija se llama China Kantner (con el apellido de su padre Paul). Otra cosa es cómo la llamen en casa a la hora de cenar.

21
«Déjate, que si la cosa se pone mala…»

«Solía hacer footing*, pero se me salían los cubitos de hielo del vaso».*
DAVID LEE ROTH

Los *rockstars* tienen todos los mismos miedos: «¿Y si la gente se olvida de mí?», «¿y si no vendo ni un disco?», «¿y si no viene nadie al concierto?», «¿y si no se me levanta y mañana se lo dice a todas sus amigas?».

Por todos estos «y si», y por muchos más que solo ellos saben, cada vez son más los que comienzan negocios paralelos, o mantienen en espera sus otros oficios, para cuando esta cosa rara de hacer música ya no les dé de comer.

Brian May

Sigue llenándose los bolsillos como guitarrista de Queen, ya sea con *royalties* o haciendo que Freddy se revuelva al escuchar cómo lo sustituye por un chaval salido de American Idol. Pero por si acaso un día se corta el grifo, Brian es astrofísico.

Este tío tiene un doctorado por el Imperial College of London, gracias a una tesis de fin de carrera bajo el título de «Un estudio sobre las velocidades radiales en el polvo de nube zodiacal» (parece el título de una canción de Pink Floyd).

Aunque no ejerce todo lo que les gustaría a sus alumnos, hace unos años coescribió *¡Bang! La historia completa del universo* y es secretario de la Universidad John Moores, en Liverpool. A poco que le paguen las dietas de todo eso, tiene un futuro fuera de la música bastante acomodado.

Roger Daltrey

Mientras aguarda a su enésimo Reunión Tour con los Who para llenarse los bolsillos, el intérprete de «My Generation» recoge los beneficios de su piscifactoría de truchas en el área de Sussex, Inglaterra.

Lo que empezó como una afición para relajarse tras dejarse los pulmones cantando himnos generacionales ha terminado por convertirse en una industria muy rentable.

The Lakedown Trout Fishery, que así se llama la «hacienda», consta de cuatro enormes lagos dentro de la propiedad de Mr. Daltrey. Y como él no puede pescarlas todas, cobra 30 euros por pescar dos truchas en ese «lugar paradisíaco» y 50 por la media docena. Estamos de oferta.

Greg Graffin

Con la mala leche que se gasta el cantante de Bad Religion, se hace difícil imaginarlo dando clases a sus alumnos de antropología sin tirarles el borrador a la cabeza.

Se sacó el título cuando ya estaba al frente de una de las bandas de punk-rock más importantes de finales de los 80. Y estuvo una buena temporada con la siguiente mecánica de trabajo: en cuanto ganaba con Bad Religion lo suficiente para poder estar seis meses en la UCLA sacándose la carrera, el grupo paraba y esperaban a que se quedara sin un duro para volver a hacer punk.

Consiguió el doctorado en Cornell con una tesis sobre el ateísmo y el naturalismo, y hasta el día de hoy sigue alternando los tour mundiales con sus clases en varias universidades americanas, impartiendo «Ciencias de la Tierra y el espacio» a todos los que quieran matricularse.

Cuando le dieron el «premio a toda una vida en humanismo cultural» por la Universidad de Harvard, Graffin recogió el premio con orgullo y tocó temas en acústico de Bad Religion. Parece que el punk y la ciencia no son incompatibles.

David Lovering

Frank Black disolvió a Los Pixies en los 90, y tardó once años en volverlos a reunir. Así que no es de extrañar que su batería, David Lovering, se buscara otro oficio para ir tirando mientras llegaba la ansiada reunión-reconciliación.

Estudió ingeniería electrónica, y ya antes de formar parte de los Pixies gastaba bromas a sus compañeros de trabajo en Radio Shack (una tienda de electrodomésticos) aprovechando sus conocimientos como si trabajara en *El hormiguero*. En una de ellas conectó la alarma de la tienda a la cadena del retrete y, cada vez que alguien la usaba, sonaba por todas partes.

Un día que no tenía nada mejor que hacer, fue a una convención de ilusionistas, y le gustó tanto que decidió convertirse en «El Phenomenalista Científico», uno de los magos del trío The Unholy Three, con actuaciones periódicas en The Magic Castle, uno de los clubes de magia más famosos de Hollywood, California. Y siempre que puede o le dejan, se saca un dinerito con sus *shows* a lo Tamariz, por si acaso.

Bruce Dickinson

La voz de Iron Maiden (con permiso de Paul Di'Anno y Blaze Bayley) siempre ha sabido como sacar rentabilidad a sus aficiones y pasatiempos.

En los 80, mientras estaba de gira con la banda, le dio por escribir. Y le salieron dos novelas que pronto de convirtieron en *best-sellers* (*Las aventuras de Lord Iffy Boatrace* y su secuela *La posición del misionero*).

Como todavía le quedaba tiempo libre (no sabemos de dónde lo saca), se le ocurrió aprender esgrima. No lo aprendió del todo mal, por lo visto, porque Dickinson ha llegado a quedar séptimo en competiciones internacionales.

Pero eso no da dinero a no ser que puedas empeñar la medalla de latón. Lo que sí que le reporta sus buenos dividendos es el título de piloto de aviación que se sacó en los 90. Empezó como capitán para Astraeus, una aerolínea con base en el Reino Unido. Lo ascendieron a director de *marketing*, pero como a Bruce lo que le gusta es volar, es el piloto oficial de la banda durante sus giras mundiales. Vuelo 666 al infierno. Así se lleva dos sueldos, que no es ninguna tontería.

Vince Neil

Con cuatro matrimonios, y otros tantos divorcios a sus espaldas, Mr. Vince «Mötley Crüe» Neil se ha quedado a verlas venir unas

cuantas veces. Así que el rubio de oro se aprovecha de los vicios de los tristes mortales para llenar su cuenta corriente antes de que se divorcie de nuevo. Si no tienes cuidado, te puedes dejar el sueldo del mes en una noche loca y que todo ese dinero vaya a los bolsillos de Vince Neil.

Empiezas tomándote una tapas en sus restaurantes (Tatuado Restaurante, Tres Rios Cantina y Vince Neil's Feelgood's Bar & Grill). Como allí no hay licor de hierbas, bajas la cena con unos chupitos de sus Tatuado Vodka y Tres Rios Cantina.

No solo de *grill* vive el hombre. Así que te gastas unos billetes en el nuevo Girls, Girls, Girls Club, donde las chicas lo enseñan todo y sigues bebiendo sus licores.

Puede que hayas ligado, o eso te crees, ¡pues hazlo inolvidable con un tatuaje! Eso sí, en cualquiera de los estudios Vince Neil Ink., que si no, no molan. La noche ha sido dura, y si ya no puedes con tu alma, toca irse a dormir. Pero ¿cómo vuelves a casa? Pues en avión. Cortesía de Vince Neil Aviation.

Viaje con nosotrooos… Directamente puedes darle un riñón a Vince y ver si puedes pagar todo lo que has gastado.

Charlie Watts

Charlie siempre ha sido el que parece que no quiere estar en los Rolling Stones. Aunque le hayan dado el título de «el hombre mejor vestido del mundo» (se lo dio un periódico londinense, que es como jugar en casa), sigue siendo un hombre de familia tranquilo que odia estar de gira y prefiere estar en su granja de Devonshire con su mujer de toda la vida.

No es porque le guste la huerta, jugar al *backgammon* o hablar del tiempo con sus vecinos. Es una granja de sementales, y allí cría y vende caballos árabes de pura sangre.

Dentro del mundillo semental de turbante, es más conocido por tener las mejores líneas de Egipto, Rusia y Polonia, que por tocar el

«Satisfaction» delante de millones de personas. Nada mal para un «aficionado» que tiene sobre la chimenea premios por haber criado varios campeones del mundo. Con todo eso podría empezar a componer la cara B de «Wild Horses». ¿Qué tal «Expensive Horses»?

Joe Perry

Sus discos en solitario acaban relegados al fondo de catálogo, pero sus giras con Aerosmith siempre alcanzan números de seis cifras. Cada gira puede ser la última, sobre todo por las continuas discusiones con su gemelo tóxico Steven Tyler, así que se ha estado buscando otras alternativas desde hace varios años.

Como la cría de caballos frisones en su rancho de Vermont no es suficiente para mantener su nivel de vida fuera del mundo de la música, Perry ha tenido que poner en marcha su propia compañía de comidas.

«Joe Perry's Rock Your World» es la línea de condimentos y guarradas varias del guitarrista, con delicias como el Mango Peach Tango y los macarrones con queso picantes al codillo. Aunque la salsa de cerveza Boneyard no tiene mala pinta, la verdad. El que quiera, que lo pruebe.

22
«No te puedo ver delante»

«Dave era bueno en Van Halen, sin duda. Pero es enfermizo que intente seguir siéndolo veinte años más tarde con una peluca».
SAMMY HAGAR

El rock es como todo. Siempre hay uno más guapo, uno más alto y otro con más pelo que tú. Así que le pones la cruz y te dedicas a llamarlo de todo menos guapo. Aunque los Rolling y los Beatles eran más colegas de lo que la prensa quería hacernos creer, Jagger le puso la cruz a McCartney cuando apareció en su fiesta de cumpleaños con el single de *Hey Jude/Revolver* debajo del brazo y le robó todo el protagonismo (aunque unos cantaran canciones de los otros, y estos otros las mismas de los unos). Otras rivalidades parecen de patio de colegio, y algunas más podrían acabar en la Tercera Guerra Mundial. Pero para nosotros, que las vemos desde la distancia, todas nos parecen divertidas. ¿O no es gracioso que a Ozzy le parezca un gilipollas David Coverdale durante una gira conjunta? Lo pilló tan atravesado que, al descubrir que Mr. Whitesnake marcaba su camino al camerino con cinta plateada pegada sobre el suelo, se la colocó de tal manera que Coverdale acabó en la sala de calderas.

Sammy Hagar *vs*. David Lee Roth

Nota número uno que a Roth parece que se la suda: Hagar fue boxeador antes que cantante, importante a la hora de liarte a palos con alguien. Aunque eso no le frena a la hora de enfrentarse al que fuera su sustituto tras su despido de Van Halen. Dave calienta el ambiente afirmando (con razón) que al menos él no ha tenido que cantar nada de Hagar en los conciertos de Van Halen, y Sammy se la devuelve con un: «Es un gilipollas. Se tiñe el pelo como si estuviera en los 80, y no es ni la mitad de cantante que yo». Se han retado a limar asperezas a puñetazos encima de un ring, pero parece que nunca encuentran hueco en sus apretadas agendas. La verdad es que se les va la fuerza por la boca.

Oasis *vs.* Blur

La rivalidad entre los dos estandartes del brit pop empezó como una coña de la prensa, pero no supieron frenarla a tiempo y casi desemboca en la Tercera Guerra Mundial. Todo empezó cuando «Country House» de Blur y «Roll With It» de Oasis aparecieron en las listas de ventas el mismo día. Los Blur ganaron la batalla, vendiendo 58.000 copias más que sus rivales, y como los Gallagher no son de los que se callan, cerraron la disputa deseando que sus competidores por el trono del brit pop «pillaran el sida y se murieran». La labor de la prensa en este caso fue cebar las diferencias entre unos y otros, como habían hecho décadas antes con los Rolling y los Beatles. Unos de Manchester (Oasis) y otros de Londres (Blur); unos hacen música para la clase media (Blur) y los otros para la trabajadora (Oasis), y así hasta el infinito. Como si aquí nos ponemos a decir que Serrat es para los catalanes y Sabina para los madrileños, y al resto que nos den.

Dave Mustaine *vs.* Metallica

La mala leche entre el primer guitarrista de Metallica y sus excompañeros de grupo se arrastra desde que tocaban juntos. Dave fue expulsado de la banda en el 83 por agredir a Lars Ulrich y a James Hetfield por dos motivos: alcohol y drogas. Y desde ese día, se la juró bien jurada.

Una vez fuera, Mustaine se dedicó a minimizar el talento y la aportación musical de cada miembro de Metallica, con la correspondiente respuesta de los de San Francisco cada vez que abría la bocaza. Ulrich afirma que se llevaba mal con el *frontman* de Megadeth porque la prensa así lo decía, y que a él le daba igual. Aunque en el documental *Some Kind of Monster* se sientan en el divan de un psiquiatra para limar asperezas con Mustaine y decirle cuánto daño psicológico les hizo despedirlo de la banda como a un perro. Aunque fueron bastante enrollados al hacerlo: se lo llevaron a la estación de autobuses y le sacaron un billete de solo ida para Los Ángeles.

Como el tiempo lo cura todo y los billetes verdes ayudan, se comportaron como buenos amigos para las giras del Big 4, en las que participaban Metallica, Megadeth, Slayer y Anthrax.

Paul McCartney *vs.* Michael Jackson

Aunque eran superguays y supercolegas cuando grabaron duetos para sendos discos («The Girl is Mine» para Michael y «Say, Say, Say» para McCartney), se cuidaron muy mucho de invitarlos a las mismas fiestas. El beatle lo bloqueó en Whatssap cuando le ganó en la puja por los derechos de publicación del catálogo de los Beatles, cosa que a Michael le daba bastante igual mientras siguieran llevando niños a su rancho de Neverland. Y corren rumores insistentes de que Paul le retiró la palabra definitivamente cuando Jacko cedió los derechos de «Revolution» para un anuncio de Nike. Pataletas de chiquillos.

Ray Davies *vs.* Dave Davies

Los hermanos se han llevado mal desde Caín y Abel. Bueno, aquí solo era Caín el puñetero, pero en el seno de los Kinks tanto montan montan tanto Ray como Dave. Se han llamado de todo sobre el escenario, en el estudio, en entrevistas... Ray le clavó a su hermano un tenedor en el pecho por robarle una patata frita del plato, y, aparte del tenedor, Dave lleva la espinita en el pecho de que su hermano nunca le ha dado el merecido crédito por sus contribuciones a la banda. Durante el entierro del bajista de los Kinks, en 2010, Ray se acercó a su hermano para convencerlo de tocar juntos por una millonada y se encontró con un «eres un narcisista asqueroso y pretencioso» como respuesta. Eso debe ser un no, creo yo.

Guns and Roses *vs.* Poison, Mötley Crüe, Nirvana y el mundo en general

Como Axl Rose siempre se ha creído Dios, se ha llevado mal con todo el mundo (empezando por sus propios compañeros de grupo). Sus movidas con otros grupos podrían convertirse en una nueva entrega de *Street Fighter* y nos quedaríamos cortos.

Round 1: Mötley Crüe. Un día cualquiera Izzy Stradlin se encaró con la mujer de Vince Neil y Axl retó públicamente al Mötley Crüe a un combate a puñetazos, con fecha y hora. Se lo pensó mejor y no apareció para dicho combate. Así que los Crüe se pasaron años llamándole mariquita y cosas peores. Aprovechaban cualquier ocasión para echarse mierda encima unos a otros, y a día de hoy Vince Neil sigue recordando que tienen una pelea pendiente. Viendo la panza que gastan ambos, podría ser de sumo.

Round 2: Poison. Con Poison se montó la película él solito por celos. Pero no de los labios de Brett Michaels, ni de los riffs de C. C.

DeVille. Axl tenía celos del nombre de la banda. Le gustaba para él, pero los Guns ya eran la banda más importante de los 80, así que no era plan de cambiarse el nombre y empezar de cero. Intentaba boicotearles los conciertos, y los miembros de Poison amenazaron a una de sus publicistas para que los dejara en paz. Axl buscaba un aliado en su particular guerra recordándole a Slash que no había entrado como guitarrista de Poison por sus pintas, pero a Slash se la sudaba olímpicamente.

Round 3: Nirvana. Todo comenzó una bonita tarde del 92, en los MTV Video Music Awards. Kurt estaba con su mujer y su hija de tres semanas, cuando pasó por allí Mr. Rose hecho todo un divo. Los grunges empezaron a vacilarle gritando: «Aaaaxl, Aaaaaxl, ¿quieres ser el padrino de mi niña?», y Axl se giró para decir: «O callas a tu puta o te haré besar el suelo». Con esta sencilla frase, Kobain le declaró la guerra de por vida porque representaba todo el rollo *macho man* que tanto odiaba. Pero el desprecio del líder de Guns and Roses tenía una razón de ser. Se declaró fan del *Nevermind* desde que salió al mercado, pero Kobain no le cogía el teléfono ni le devolvía las llamadas. Rechazó hacer gira con los Guns y les pegaba arponazos cada vez que un periodista encendía la grabadora. Para muestra, su respuesta ante una pregunta sobre Guns and Roses en el 92: «No gasto ni un segundo de mi tiempo con ese grupo. Obviamente son patéticos y sin talento. Antes creía que los grupos de pop eran lo peor, pero ahora miro a Guns and Roses y me parecen ofensivos. Escriben música de mierda». Ese odio enfermizo fue el pan nuestro de cada día en casa de los Kobain hasta que apretó el gatillo de la escopeta.

Axl, por su parte, echaba más leña al fuego gritando sobre el escenario en un concierto en Seattle: «Nirvana es mejor que se queden en casa drogándose con las golfas de sus mujeres que salir de gira con nosotros». Tal para cual.

Round 4: Dexter Holland de Offspring. Si hay una verdad universal, es que Axl Rose no tiene sentido del humor. Y Dexter Holland lo descubrió algo tarde. En el día de los inocentes de 2003

el de Offspring dijo a la prensa que su próximo disco se llamaría *Chinese Democrazy. You snooze, you loose*, en clara burla al disco en eterna preparación de Guns and Roses. Pues al día siguiente tenía un ejército de abogados enviados por el señor Rose a la puerta de su casa para demandarle por todo lo demandable.

Round 5: Scott Weiland y Velvet Revolver. Y en esto que Axl se entera de que sus antiguos compañeros están formando una banda con su odiado Slash. Así que agarra el teléfono y llama a la prensa para decir que Duff es un asqueroso y Weiland un fraude como cantante, como persona y como todo. Duff pasó del tema con elegancia y Weiland declaró con sencillez que «Axl es un hombrecillo que una vez pensó que era el rey, pero un rey sin su corte no es más que un recuerdo». Otros que no van a su cumpleaños.

Round 6: Bon Jovi. Axl dice que Bon Jovi le llamó mierdoso en un hotel en el 86 (no es rencoroso el chico, no), así que Steven Adler le dio con la baqueta en todo el morro. La verdad es que fue al revés (Axl insulta y Adler le da, eso no cambia), pero que nadie se lo diga o es capaz de tirar una bomba atómica. Este momento hizo que Bon Jovi cambiara el título de su mejor disco (*Slippery When Wet*), que inicialmente se iba a titular Guns and Roses. Ya es coincidencia.

Round 7: Eagles of Death Metal. La banda californiana fue elegida para acompañar a los renovados Guns and Roses en su gira de 2006, y no llegaron ni al final del primer concierto. Axl apareció a la media hora de comenzar e hizo uno de sus juegos de palabras llamando al grupo «Pigeons of shit metal» (palomas de metal de mierda). Al oír eso, Tommy Stinson, líder de la banda, soltó el socorrido «Fuck you», que sirve para todo, y se piró sin terminar el concierto. Mientras tanto, Axl le tiró el bajo intentando arrancarle la cabeza y echó a algunos miembros del público a patadas. A eso se le llama aprovechar el tiempo.

Round 8: Metallica y toda la ciudad de Montreal. Aquí ya vamos ampliando amistades, porque enfrentarse a toda una ciudad está al

alcance de pocos. Corría 1992, y fue la misma noche en la que la pirotecnia falló y James Hetfield se quemó el brazo. Los Guns compartían cartel con Metallica, y cuando se llevaron a Hetfield al hospital, Axl saltó al escenario para calmar los ánimos con un poco de rock and roll. Lo malo es que a los cinco minutos ya se estaba quejando del sonido y a los diez dijo que le dolía la garganta. El resultado es memorable: la gente de Montreal se queda sin los dos conciertos y queman las calles literalmente para quitarse la mala leche. Desde ese día, Hetfield se refería a los Guns como «ese tío con esos otros tíos», y Axl se la devolvía llamándole racista.

Round 9: Slash. El que se lleva la palma a la hora de recibir los odios de Axl Rose es su excompañero de grupo, Slash. El pelirrojo define al de la chistera como un «cáncer que había que remover» y opina que tenía que haberse ido al acabar la grabación de *Lies*. Slash es más tranquilo, teniendo en cuenta el motivo por el que dejó la banda. Este no es otro que la jugarreta de Axl de sustituir su guitarra por la de un amigo en la grabación de «Sympathy for the Devil» para la peli de *Entrevista con el vampiro*. Como no es rencoroso, solo está esperando a que Axl le pida disculpas por hacerlo y todos tan amigos. Lleva más de veinte años con esa espera.

Limp Bizkit *vs.* Creed

La verdad es que en este caso resulta complicado decidir quién tiene la razón, porque los dos son igual de imbéciles. Ambos grupos iniciaron una gira juntos, y Fred Durst echaba humo porque quería tocar después de Creed para no dar el concierto a la luz del día. No lo consiguió, así que se tomó su venganza. Limp Bizkit empezaron el concierto una hora y media tarde, y Durst le dedicó la última

canción a Scott Stapp, cantante de Creed. La dedicatoria fue un dulce «que te jodan», e inmediatamente tiró todos los micros entre el público para que no tuvieran micros con los que cantar. ¿A que os entran ganas de pegarle solo de pensarlo? Las mismas le entraron a Stapp, y lo citó para un combate de boxeo de esos en los que nunca aparece ninguno de los dos.

Courtney Love *vs.* Dave Grohl

La verdad es que la Viuda del Grunge es como Axl Rose pero en tía. Odia a todos los demás músicos, pero sobre todo a los que tocaban con su marido. Su guerra con Grohl viene de los tiempos de Nirvana, en los que apoyó públicamente la opinión de Kobain de que el batería tenía que irse del grupo después de publicar *In Utero*. La cosa pasó a mayores cuando no quiso estampar su firma para que los otros dos miembros de Nirvana pudieran publicar una caja con rarezas (y así llevar pan a la mesa). Es lo que tiene que el líder de una banda la palme y su viuda yonqui tenga el poder sobre su obra, que hace lo que le da la gana.

Por si no os queda claro lo vengativa que es la Love, dice cosas como esta: «Grohl ha estado robando dinero de mi hija durante años, y Kurt le tenía más asco que a cualquier otra persona en el mundo». Gracias, bonita.

Pero el otro no se queda corto. En cuanto Kurt desapareció de la foto, le echó la culpa de todo a su viuda por drogarse como locos a diario, la acusó de robar canciones de Nirvana para cantarlas con su grupo y de vez en cuando compone temas con Foo Fighters en los que habla de lo asquerosa que es la Love.

Gene Simmons *vs.* Santana

¿La lengua de Kiss contra el guitarrista chamán, con lo tranquilos que parecen? Y lo son, pero eso no quiere decir que no se soporten. Es la elegancia (o el acojone) que se adquiere al pasar de los 50.

Hace unos años, mientras escuchaba a su Dios Megatrón, Santana dijo sobre Simmons: «No es un músico, es un *entertainer*. Kiss es entretenimiento de Las Vegas y no saben lo que es la música». Esto lo dice un tío que hace duetos con Maná y el cantante de Matchbox 20. Simmons no movió ni una ceja para afirmar que «está harto de la gente como Santana, que se pone a dar un concierto mirándose la punta de los zapatos y cree que eso es rock». Yo le doy la razón al de Kiss, ¿y vosotros?

Tommy Lee *vs.* Kid Rock

Por el amor de una mujer, yo lo di todo sin creer… como decía Julio Iglesias. Así es la rivalidad entre estos dos, por una churri. Pero no una churri cualquiera, se untan el morro por Pamela Anderson, así que ya tienen todo mi apoyo. Tommy estuvo casado con Pamela, Kid también. Y los dos se divorciaron. Durante el divorcio del segundo, siempre según la versión de Kid Rock, Tommy empezó a enviarle mensajes llamándole «puta». Según la versión de Lee, fue Rock el que le enviaba emails a él diciéndole: «Te voy a patear los huevos». Los dos son supermaduros, como podéis ver. Con esos antecedentes coindicieron en unos Video Music Awards y se lio parda. Puñetazos volando entre uno y otro, y los dos a la calle. Ahora dicen que se llevan bien y que se han pedido disculpas, pero esa tregua solo durará hasta que Pamela se vuelva a liar con alguno de los dos.

Chris Robinson *vs.* Rich Robinson

Las peores discusiones siempre son las familiares. Y si encima son hermanos y pertenecientes al mismo grupo (ver si no el caso de los Davies), no puede acabar bien. Los Black Crowes estaban en lo más alto hasta que a Chris se le fue la mano con las drogas. Entonces les cancelaron giras con ZZ Top y Aerosmith, lo que llevó a la banda a una situación límite. Rich les dijo a los demás miembros del grupo que cualquiera que le diera drogas a su hermano se iba a la calle. Chris respondió con un «el que no me dé drogas se va a la puta calle». ¿Resultado?, pues todos a la calle. Si es que así no se puede ganar.

Keith Richards *vs.* Mick Jagger

Aunque lleven juntos más años que la orilla del río y se den abrazos en todos los conciertos, los Glimmer Twins de los Rolling también han tenido sus más y sus menos. En los 70 Richards estaba opositando para yonqui, mientras Jagger se codeaba con la *jet-set*. Cuando Richards se desintoxicó (es una manera de hablar) y quiso volver a tener algo de control sobre el rumbo creativo de la banda, se encontró con que Jagger ya lo controlaba todo, y no le hizo mucha gracia. Menos le hizo que Jagger intentara lanzar su carrera en solitario mientras la banda seguía en activo. Los Rolling se separaron durante tres años, y volvieron a reunirse, pero eso no quiere decir que no se suelten puyas a las primeras de cambio. En su autobiografía, Richards define así a su compañero de correrías: «Tiene la polla pequeña y necesita entrenadores para cantar y para bailar». Después le pidió disculpas, pero el libro está escrito y publicado.

Lennon *vs.* Dylan

Estos dos eran superamigos desde el inicio de sus carreras. Compartían limusina y canuto, con lo que une eso. Pero años más tarde, cuando Lennon se retiró para dedicarse a ser padre, y Dylan se hizo cristiano de la noche a la mañana, la cosa se empezó a torcer. Lennon definía a Bob Dylan como «ese músico mediocre con letras vergonzosas y patéticas». Dylan no le respondió por caridad cristiana, y Lennon grabó un tema para ponerle pingando, «Serve Yourself»; aunque no llegó a publicarse nunca.

23
«Seamos follamigos»

«Es fantástico ser rubia.
Esperan tan poco de ti que es más facil sorprender a la gente».
PAMELA ANDERSON

La leyenda del rock and roll no sería nada sin las *groupies*. Esas chicas que se acuestan con todo lo que lleve guitarra, melena o un buen micrófono. Ya puedes ser deforme o el más feo del barrio, que si estás en un grupo de rock, siempre habrá alguna chica dispuesta a acostarse contigo. Con esta perspectiva, es difícil pasar a la historia como «la que se acostó con toda la lista de los 40 Principales», pero hay algunas que hicieron méritos para ello.

Tawny Kitaen. Entre sus conquistas encontramos a Robbin Crosby (Ratt), John Taylor (Duran Duran), Tommy Lee (Mötley Crüe) y David Coverdale (Whitesnake). Con Coverdale es con el que más duró, lo suficiente para aparecer retozando en unos cuantos videoclips para envidia del resto de los mortales, porque la chica estaba de muy buen ver.

Roxana Shirazi. La chorboagenda de Roxana incluye los números y medidas de Nikki Sixx, Steven Adler, Matt Sorum y Dizzy Reed de Guns and Roses, Tracii Guns de L.A. Guns, The Rev de Avenged Sevenfold y el grupo Buckcherry al completo. Educada en Inglaterra en los mejores colegios, Roxana se acuesta con todo lo que huela a heavy metal, como podéis ver. Tanto que le ha dado para escribir un libro, *La última golfa viviente*, en el que además de

contar lo primero que le pasa por la cabeza, ilustra sus conquistas con fotos de su época de guarrilla. Se define como un apoyo espiritual para los grupos y cantantes.

Chris O'Dell. Esta es de las de pocos pero bien elegidos. *Groupie* oficial de Ringo Starr, Mick Jagger y Bob Dylan. Mientras trabajaba en Apple, la discográfica de los Beatles, intentó llevarse a la cama a Paul y a George sin conseguirlo, aunque del segundo al menos consiguió una canción («Miss O'Dell» habla precisamente de ella). Como Ringo era más feucho, o tenía otro tipo de estándares para las mujeres, fue el primero en caer. Jagger el siguiente, y Dylan se consoló con ella cuando su matrimonio con Sara se fue al garete.

Pamela Anderson. Hay *groupies* anónimas, y otras más conocidas que los propios rockeros. Este es el caso de la señorita Pamela, con un despiste a la hora de grabar vídeos eróticos con músicos y filtrarlos a la prensa que debería hacérselo mirar. Pamela se ha pasado por el arco del triunfo a lo mejor del hair metal (Vince Neil y Tommy Lee de los Mötley, Bret Michaels de Poison) y a lo más hortera del panorama musical (Kid Rock, Fred Durst de Limp Bizkit, Mark McGrath de Sugar Ray). El vídeo cachondo de su primera luna de miel con Tommy estaba en una caja fuerte hasta que se lo robaron, y a lo tonto a lo tonto se convirtió en uno de los vídeos para adultos más vendidos de la historia, con más de 600.000 hogares disfrutando de su paseo en barco y el mástil del batería.

Connie Hamzy. Connie no se movía de su casa. Esperaba a que cualquier grupo de rock diera un concierto en Little Rock, un pueblecito de Arkansas, para tirarse a todos los que tocaran un instrumento sobre el escenario. Y no se le daba demasiado mal. Pruebas de ello tienen Huey Lewis, Van Halen al completo (con los dos vocalistas), medio Fleetwood Mac, Gene Simmons y Paul Stanley de Kiss, Los ZZ Top, Chicago al completo, Don Henley

(Eagles) y The Allman Brothers Band. Cuando los grupos dejaron de pasar por su pueblo, dijo que Bill Clinton le había propuesto cosas guarras cuando era gobernador de Arkansas, pero como Clinton no es rockero, no es algo que nos interese demasiado. Lo que nos importa es la pinta de la chiquilla y las reveladoras frases que le dedican Grand Funk Railroad en su clásico «We're An American Band»: «La dulce Connie haciendo sus cosas tuvo todo el espectáculo, y eso es un hecho». Podemos imaginarlo perfectamente…

Bobbie Brown. La chica del vídeo de «Cherry Pie» no perdió el tiempo. Mientras salía con uno de los horteras de Nelson, rodó el famoso vídeo. Cambió a su novio por Jani Lane, el cantante de Warrant, aprovechando la coyuntura. Se casaron, tuvo a su hijo y se divorció en menos de dos años. Lo malo es que la racha no duró tanto (la matrimonial, que no la sexual), aunque por su almohada han pasado tipos tan variopintos como Tommy Lee (¿hay alguna con la que no se haya acostado Tommy?), Dave Navarro, Fred Durst y Jane Gordon de Orgy. No diferencia entre rockeros con éxito y rockeros de segunda división, y eso es de agradecer para estos últimos.

Devon Wilson. Devon fue considerada por todo el mundo como la *supergroupie* de los 60, unos años en los que las había a patadas. Pero sus méritos son numerosos. Puede dar fe de los méritos de Jimi Hendrix, Eric Clapton, Mick Jagger, Brian Jones, Miles Davis y Quincy Jones. Con Hendrix tuvo una relación llena de idas y venidas y estuvieron a punto de casarse, aunque declaraban llevar una relación «abierta». Devon se dedicaba a buscar otras churris para montar tríos y orgías con Jimi. En la fiesta del 27 cumpleaños del guitarra, se fue para zumbarse a Mick Jagger y, tras la muerte de su amor, se metió en una vida de excesos hasta que se lanzó al vacío desde el famoso hotel Chelsea de Nueva York, solo cinco meses después del fallecimiento de Hendrix.

Pamela Des Barres. Pamela ganó notoriedad dentro de las camas de los rockeros cuando se unió a la tropa de Frank Zappa. Se metió de lleno en la escena del Sunset Strip y formó parte de las GTOs, un grupo de *groupies* formado por el propio Zappa para diversas representaciones musicales. Por sus bajos se dejaban ver músicos tan diversos como Jim Morrison, Mick Jagger, Jimmy Page, Keith Moon, Gram Parsons y Nick St. Nicholas de Steppenwolf. Casi nada, no contemplaba acostarse con segundones.

Bebe Buell. Una *groupie* salida de la portada de *Playboy* (como otras tantas hoy en día), pero Bebe es mundialmente conocida por ser la madre de Liv Tyler. Aparte de sacarle el mojo a Steven Tyler, consiguió conocer muy de cerca a Mick Jagger, Rod Stewart, David Bowie, Jimmy Page, Elvis Costello y Todd Rundgren, entre otros. Siempre ha rechazado el término *groupies* y se define a sí misma como «una chica que ha tenido muchos novios rockeros». ¡Vamos, que es una *groupie* en toda regla!

24
«¡Cómo nos ponemos, oye!»

«Todos tenemos hábitos autodestructivos. El truco es encontrar cuatro o cinco que te gusten, y hacerlos a todas horas».
DAVID LEE ROTH

Sexo, drogas y rock and roll. Como el sexo es mejor practicarlo, y el rock and roll se inventó para escucharlo… vamos a ver qué rockeros se pueden llevar el premio a los mayores drogatas de la historia. La lucha está bastante reñida, porque cuando el camello llama a la puerta, aquí el más tonto es relojero. Unos viven para contarlo, y a otros se les fue la mano. Pero todos y cada uno deberían tener una plaza con su nombre en Medellín.

Keith Richards

El número uno, sobre todo porque está aquí para contarlo. Keith siempre ha estado a la cabeza de estas listas morbosas que se hacen entre colegas, llamadas «Gente que la palmará este año». Parece una apuesta segura, pero nadie ha ganado un euro apostando contra el Stone. Con la caña que se ha dado, nadie encuentra explicación a que nunca haya sufrido una sobredosis, y no es porque consuma poco; como él mismo opina, «es porque siempre me he metido lo mejor de lo mejor». Se ha pasado sus años

mozos con sus amigas la morfina, la heroína, su prima la cocaína y todo lo que acabe en -ina. Perdón, y con cenizas. Como siempre circulaba la leyenda de que se había esnifado las cenizas de su padre mezcladas con coca, un periodista se jugó el tipo preguntándole si eso era verdad. Pues a medias. Mr. Richards aclaró que no las mezcló con nada. Solo la ceniza por el tabique.

Otra de las secuelas que le ha dejado su adicción es un ligero retraso a la hora de percatarse de las cosas. Se pasó dos años creyendo que Johnny Depp era el camello de su hijo pequeño. Cuando lo veía por su casa, pensaba: «¿Qué le pasará a este chico, que viene mucho por aquí?». Hasta que una noche cenando, sin venir a cuento, soltó en voz alta: «¡Anda, el de las manos tijeras!». Normal que Depp lo usara como inspiración para componer el personaje de Jack Sparrow. Es que es para llevárselo a casa.

Jim Morrison

Uno de los tíos más excéntricos que ha pisado un escenario. Morrison era especialista en consumir todo lo que podía, subirse a la tarima para actuar y conseguir que el público acabara montando la de San Quintín. No nos extraña que el gobierno yanqui lo tuviera a la cabeza de la lista de músicos a los que vigilar y que la censura recaudara más con sus condenas que la SGAE en todo un año. La droga siempre lo llevaba al trullo. En el 67 fue el primer músico en ser arrestado sobre un escenario, porque antes lo habían pillado dándose el lote con una joven fan en las duchas del camerino. Como no le hacían ni puñetero caso al guardia, los roció con espray de pimienta (no es para aderezar la carne, pica en los ojos que te mueres). En otro de sus «viajes», en Miami, se desnudó delante de todo el mundo, y le dijo al público que hiciera lo mismo. Resultado: al calabozo, o dar un concierto gratis (eligió el calabozo).

Aunque el motivo oficial de su muerte, un 3 de julio, en la bañera de un hotel, fue por causas naturales, para ahorrarse la

autopsia, Morrison murió de sobredosis en los lavabos de un club parisino. Los dos camellos que le vendieron la droga se llevaron su cuerpo al hotel para que nadie hiciera preguntas. Y no las hicieron, porque el propietario del club tardó treinta años en confesar lo que había pasado realmente.

Ozzy Osbourne

Ozzy siempre tiene que ganar en todo. Cuando te levantas un domingo y les dices a los colegas: «¡Vaya pedo pillé anoche!», piensa que Ozzy te gana durmiendo. Porque cuando está despierto, es el acabose.

Si no se hubiera tomado todas las drogas del camerino, se habría dado cuenta de que el murciélago que le lanzaron en el concierto de Iowa del 82 no era de plástico, y no le habría arrancado la cabeza de un mordisco. En otro de sus «viajes» se hizo pis sobre El Álamo, y por ello le negaron la entrada a San Antonio durante más de diez años. Pero su historia durante el tour «Bark at the Moon» se lleva la palma: giraba con los Mötley de teloneros (ya hablaremos de ellos), y entre concierto y concierto se metían lo indecible. En una de esas, Ozzy y Nikki Sixx se retaron a ver quién la liaba más gorda. Sixx se metió una raya del tamaño de la carretera de Extremadura y no se le ocurrió otra cosa que decirle a Mr. Osbourne: «Supera eso». Lo superó esnifando una fila de hormigas que pasaban por allí, lo que se puede llamar una raya en movimiento. ¡Ahora es tu turno, supera eso!

Janis Joplin

Era una fiel amante del whisky, sobre todo si iba mezclado con las drogas que estuvieran de moda en aquel momento. Siempre agradeció su voz rota a los litros de Southern Comfort que se metía

entre pecho y espalda, pero la heroína y la coca eran sus dos mejores amigas. Una noche se enfrascó en una discusión sobre drogas con Jim Morrison, y la cosa se puso tan caliente que le acabó rompiendo una botella en la cabeza al líder de los Doors; eso sí, vacía.

Cuando pasó a engrosar las filas del «Club de los 27», el 4 de octubre de 1970, su cuerpo no era capaz de asimilar más whisky y heroína. Pero dejó bien claro en su testamento que el día de su entierro quería una gran fiesta «para despertarla». La hicieron, aunque no fue suficiente para que se levantara de su lecho.

John Lennon

El Beatle majo era un genio amante de todas las cosas divertidas de la vida. Como por ejemplo, las drogas. Mientras se buscaban las habichuelas por los garitos de Hamburgo, se inició en el uso de las anfetaminas para aguantar el tipo. Bob Dylan le descubrió el poder relajante de la marihuana en una fiesta post-Grammy (qué chiste más fácil), y Lennon no le hacía ascos a nada. Su amigo el LSD se cruzó en su vida en una cena en casa de su dentista. El matasanos echó ácido en el café, y todos a volar. Buena manera de quitarle el miedo al sacamuelas. Como no quería ser ejemplo para nadie, le dijo a un periodista que preguntó si le preocupaba que los fans copiaran su comportamiento, que el mejor modo de prevenirlo era que no escribieran ninguna de sus declaraciones sobre drogas.

Las drogas estaban presentes cuando declaró que los Beatles eran más populares que Jesucristo. Y no fue una buena idea. Gente quemando sus discos, el Ku Klux Klan poniéndole la X, radios sin los Beatles y un fan molesto por sus declaraciones que no paró hasta acabar con la vida de Lennon mientras salía de su apartamento en el edificio Dakota.

Keith Moon

El loco batería de los Who era un tío más de alcohol que de drogas. Lo que se traduce como dos litros de priva por cada diez gramos de coca. Se ganó el apodo de «Moon The Loom» («Moon el peligroso») por su afición a cargar los retretes de petardos de los gordos y hacerlos saltar por los aires. Destrozaba habitaciones de hotel como el que come pipas, y la banda tenía que alojarse en pueblos a las afueras de las ciudades donde daban los conciertos, porque los gerentes no los querían ver ni en pintura. Consumía todo lo que caía en sus manos, y después era incontrolable. Nadie en su sano juicio mete su Bentley en la piscina de un hotel. Durante uno de los conciertos de los Who estaba tan pasado que se desmayó sobre la batería casi diez veces. Hasta el punto que la banda buscó entre el público alguien que supiera tocar la batería para poder acabar el *show*. Moon era excesivo, por eso murió de una sobredosis al ingerir toda la caja de un medicamento que tomaba para combatir el alcoholismo. Se cumple lo de que «es peor el remedio que la enfermedad».

Steven Tyler

No vamos a entrar en cómo un tío tan feo puede tener una hija tan guapa (no hay respuesta a ese enigma), pero podríamos decir que estaba puesto cuando la engendró, eso sin lugar a dudas. Siempre se ha definido como un tío de coca, aunque no le hace ascos a nada. Heroína, LSD, peyote, mescalina, barbitúricos, da igual. Durante los primeros años de Aerosmith, pedía que en el *backstage* hubiera unas cuantas estanterías, para poder meterse la cocaína rápidamente sin tener que agacharse. Y un espejo de dos metros, para hacer las rayas más largas posibles. Ahora afirma estar rehabilitado, pero solo hace tres años que se cayó durante un

concierto por haber estado esnifando un medicamento contra el insomnio.

Iggy Pop

La Iguana de Detroit es todo pellejo. Se le conoce como el Padrino del Punk, y ese título no es algo que se regale. Sus meneos sobre el escenario siempre han estado inspirados en los serpenteos de Jim Morrison, y fue el primer loco que se lanzó encima del público durante un concierto. Cuando no estaba surfeando entre un mar de manos que se clavaban en su espalda, se pasaba las horas muertas en una casa llamada The Fun House, como su mítico disco, realizando su pasatiempo favorito: inyectarse heroína y lanzar la sangre que se quedaba en las jeringuillas contra la pared para ver si era capaz de pintar algo parecido a un cuadro. Debían de ser bonitos para el que entienda de eso, aunque nunca ha tenido la suerte de Pete Doherty, miembro de Babyshambles y ex de Kate Moss, que se sacó una pasta con el mismo método de acuarela.

Elton John

El señor de las gafas raras y los sombreros a juego, el inventor del rock del cocodrilo, era uno de los clientes asiduos al mítico Studio 54. Sir Elton ha reconocido varias veces que en sus años locos, que han sido casi todos, le daban episodios de epilepsia mientras se corría las juergas, lo que se traducía en que se desmayaba durante media hora y en cuanto abría el ojo se volvía a esnifar media mesa. No le daba demasiada vergüenza, porque para una de sus fiestas locas en Hollywood invitó a toda su familia. Tras meterse coca mezclada con válium, se puso a gritar que se moría, y se tiró desde la terraza del hotel a la piscina. Su abuela, sin despeinarse, dijo:

«Supongo que ahora tendremos que irnos a casa». Estos ingleses, es ver un balcón en un hotel y la lían.

Eric Clapton

El ligamodelos se ha ganado el apodo de «mano lenta» a la guitarra, pero no le serviría como mote drogota. En sus años mozos, las drogas cerca de Clapton eran un visto y no visto. Es un señor que canta una canción titulada «Cocaine», así que si eso no sirve de pista, apaga y vámonos. Era muy amigo de los Beatles, con lo que la parte alucinógena estaba siempre bien cubierta. Ha reconocido que en sus peores rachas se podía gastar 16.000 dólares a la semana en heroína y tiene el dudoso honor de haber dado un concierto entero tumbado en el escenario mientras el micro daba vueltas a su alrededor. Puede que las drogas tuvieran algo que ver.

Nikki Sixx

Cuando ves la pinta de sanote que se gasta el cerebro de los Mötley, se hace difícil creer que haya muerto más veces que el Jason de *Viernes 13*. Tantas que perdió la cuenta allá por el noventa y pico. En una ocasión, después de una sobredosis, estuvo muerto durante dos minutos en la parte trasera de una ambulancia. Tuvo la divina suerte de que el enfermero, de la mala leche que le entró solo de pensar que se quedaba sin discos nuevos de Mötley Crüe, se puso a golpearle. Así consiguió reanimarlo, aunque en cuanto llegaron al hospital Nikki se quitó los tubos y se volvió para casa a seguir metiéndose heroína. Para darle el toque romántico, una noche de San Valentín volvió a liarla, esta vez en casa de un camello que era fan de la banda y, al reconocerlo, se puso a pegarle golpes en el pecho. Como el pobre yonqui no había estudiado enfermería en la escuela nocturna, se le ocurrió revivirlo metiéndole

cubitos de hielo en los pantalones. Sorprendido por que no funcionara, le aplicó su particular versión de un masaje cardíaco. O lo que es lo mismo, con un bate de béisbol por todo el pecho a ver si así se levantaba. Al ver que Nikki no se movía ni un pelo, lo dejó tirado en un contenedor. El resultado fue que a las cuatro o cinco horas abrió un ojo, resucitó de entre la basura y se fue a conseguir más droga.

Duff McKagan

El bajista rubiales de los Guns and Roses ha saltado de grupo en grupo desde que se disolvió la banda del del pañuelo y el de la chistera. Del mismo modo que jugaba su particular juego de la oca: «Me meto coca, por la nariz o por la boca». Duff tiene el honor entre las estrellas del rock de haber conseguido que le reviente el páncreas en el *backstage* después de un concierto. Se bebía diez botellas al día, y aquello se fue hinchando hasta que hizo pop. ¿Por qué pensábais que Homer Simpson bebe cerveza Duff? Axl llamó a su bajista «Duff, el rey de la cerveza» durante unos premios MTV, y los creadores de la serie de dibujos pensaron que se merecía llevar su nombre.

De tanta tralla, su páncreas se dio la vuelta, y cuenta su experiencia como el que se cae dando un paseo en bici. «Tenía morfina en un brazo, y Librium en el otro para luchar contra el delírium trémens. Así que no se pasaba tan mal».

No sorprende que vuelva a ser amiguete de Axl. Probablemente no se acuerde de ninguna de las putadas del divo pelirrojo.

25
«¿Qué me pasa, doctor?»

«Tocar la batería me jode la espalda».
DON HENLEY, The Eagles

Los cientos de fotos que hemos visto de cada estrella de rock, los vídeos de sus actuaciones y las entrevistas capturadas por cámaras en las que la personalidad de artistas fluye nos ocultan deficiencias físicas no palpables a primera vista. Taras con las que la persona ha aprendido a vivir y el personaje a disfrazarse como ha podido.

Freddie Mercury, el divo más grande que jamás tuviera el rock, andaba más que acomplejado con su piñata. Neil Young arrastraba secuelas de polio desde la infancia. Al guitarrista de Black Sabbath Tony Iommi le falta la yema de un dedo y Keith Richards de los Rolling Stones también tuvo problemas parecidos. Pero por encima de estas «anomalías» han continuado su vida y su carrera, más que superándolas, comportándose como si no existieran. Al menos eso es lo que de ellos piensa el mundo.

La piñata de Freddie Mercury

A Freddie Mercury, la deslumbrante estrella, le sobraban cuatro dientes: tenía 36. Los piños que tenía de más empujaban a los otros hacia afuera. Vamos, que si en Inglaterra hubieran existido los bocatas tal y como aquí los comemos, en algunos casos con pan no necesariamente de la fecha, al cantante de Queen no se le hubiera resistido ninguno.

Mercury reconoció su superávit dental en alguna ocasión, pero pareció no darle importancia al asunto añadiendo que no tenía tiempo para dejar su «taza» en perfecto equilibrio. Pero la realidad parece ser otra: Mercury no quería someterse a ninguna intervención por miedo a que sus cuerdas vocales resultaran dañadas. La piñata del cantante de Queen condicionaba su vida cotidiana más de lo que parece. Para no dejar que la demasía de las piezas se viera, Mercury se tapaba la boca al reírse, y para paliar la visión de que el morro huía hacia delante, Freddie se dejó bigote. Se podría pensar sobre el mostacho que lo hizo dejándose llevar por la comunidad gay, pero qué va, parece ser que fue por los piños extras.

Los dos pares de piños que no tendrían que haber estado ahí no le afectaban a su manera de cantar, pero sí cuando hablaba, aunque se le entendía perfectamente. A nadie le queda la más mínima duda sobre su hedonismo cuando refiriéndose a sus piños concluyó: «En todo lo demás soy perfecto».

Neil Young y otros: la polio

Según sus propias palabras en su autobiografía, **Neil Young**, junto con otros muchos artistas, sufre secuelas de polio. Pero el superviviente a más de cinco décadas de rock pasando por formaciones, derivas musicales, épocas de gloria y tiempos más lineales en su carrera, no solo tuvo que sobrevivir a la polio en su adolescencia, también a la diabetes, la epilepsia y al divorcio de sus padres.

Neil debió hacer suyo aquello de «lo que no me mata me hace más fuerte» y lo debió aplicar a su carrera y a su vida. Young contrajo la polio cuando tenía 5 años. La enfermedad, erradicada en un 99 por ciento, según las autoridades sanitarias del mundo desde la década de los 80, no alcanzó solo al canadiense emigrado a California sino que hizo víctimas a más nombres notables del rock.

La preciosa cantautora Joni Mitchell, Judy Collins, Donovan y también el gran saxofonista de jazz **David Sanborn**. Dos años asistido por un pulmón de acero pasó Sanborn, consiguiendo así que el deprimente aparato supliera la actividad de sus músculos y él no muriera por asfixia. Después de superar la terrible época, a Sanborn le recomendaron que aprendiera a tocar un instrumento de viento y, por lo que se ve, el saxofonista nacido en Florida aceptó el consejo hasta el punto de que hoy día tiene veintitrés discos grabados a pleno pulmón.

Mientras América se inventaba a The Monkeys como réplica a los británicos The Beatles, Inglaterra se las maravillaba para hacer lo propio con el cantautor de rock más grande de la historia, o sea Bob Dylan. La industria musical británica necesitaba un Dylan a toda costa. Y si no había alguien que mezclara mensajes premonitorios de cambio mezclados con bohemia y surrealismo, sí al menos alguien que pudiera ocupar ese lugar, que pudiera ser un referente o casi un profeta como Dylan lo estaba siendo en el mundo.

Por eso apareció un cantante nacido en Glasgow llamado **Donovan**, pero el universo del inglés distaba mucho del de Dylan. Donovan pronto se adentró en los caminos de la psicodelia y ha trazado una línea musical en su carrera que va desde lo decididamente rock aunque con innegables aromas celtas, hasta trabajar con Rick Rubin, el productor genial más aguerrido de los últimos tiempos del rock, el rap y el metal. Con una carrera constante que va desde 1964 hasta hoy, Donovan se erige como uno de los personajes más que auténticos del rock, con una solidez envidiable, aunque su nombre no encabece los puestos top del ranking rock.

Quizá esta sobria reputación la adquiriera en función a la determinación de hacer algo con su vida y, como él mismo dice, «sentirme diferente» tras sufrir la envestida de la polio, lo cual le proporcionó un duro tratamiento y cojera de por vida y quizá también el estigma de ser diferente.

Parece que la polio ha hecho fuerte el carácter de varios nombres en el rock. **Judy Collins**, que contrajo la enfermedad a los 11 años, también sobrevivió a la tuberculosis y otra enfermedad de muy diferente origen: la bulimia. Judy, la morenaza del Village, la rebelde sin gloria aunque con reconocimiento, ha grabado catorce discos, ha participado en diez películas y ha publicado seis libros.

Por supuesto, el caso más evidente de grandes nombres del rock atacados por la polio, es el del fallecido **Ian Dury**. Este inglés bajito y enclenque sufrió que la polio le dejara «arrugados», como dicen los ingleses, un brazo y una pierna, lo que no le impidió para nada ser un tótem de «la movida» británica en el comienzo de los 80. Dury murió de cáncer en el año 2000, aunque la enfermedad no le impidió estar en activo en sus últimos años, y no solo no perdió actividad sino tampoco simpatía y por supuesto personalidad. Así lo contaban los empleados de la discográfica de Dury en España tras la que fue su última visita promocional a este país para la difusión de su disco *Mr. Love Pants.*

Tuvimos la oportunidad de ver en directo a Dury y además de entrevistarle. Arrastraba su cojera apoyándose en un bastón, lo cual no le desgastaba el humor ni saliendo a escena con un huevo frito colgando de su solapa o cantando en la radio más que a capela a voz ronca directamente el tema más sobresaliente del disco que le llevó a nuestro estudio: «Spasticus Autisticus».

La polio no impidió que aquel tipo se realizara. Comenzó en una escuela de Bellas Artes y convirtió en música el lema vital de una época: sexo, droga y rock and roll. Aunque al final de sus días quisiera darle otra significado a la frase mundialmente conocida: «¿Es así como quieres vivir, solo con eso?».

Pero independientemente de la moralina final de su existencia, Dury demostró al mundo que no solo los guaperas de ropa ceñida y perfectas melenas podían dominar un escenario.

Paul Stanley y su microtia

No sé qué aprendió en un campo para niños diabéticos al que fue con 10 años, pero lo que le enseñaron le ha valido para corretear a su aire por los escenarios de medio mundo y para tirar los tejos a pibones de mucho nivel en su programa de televisión.

Paul Stanley, de Kiss, nació con una irregularidad en una oreja que se llama microtia. La cosa es que la microtia te deforma la oreja, te la hace más pequeña. Dicen que lo disimuló dejándose crecer el pelo. ¿Y cuál es la profesión más lógica para un tipo con el pelo largo? Ahí le tenéis, uno de los iconos de la cultura americana, pasta para que vivan sus tataranietos y hasta es dueño de un equipo de fútbol americano, y todo, quizá, por dejarse el pelo largo.

Como cualquier persona, los hombres y mujeres del rock han adaptado sus circunstancias al papel que les ha tocado o, mejor aún, que han elegido en la vida, y, como seguimos viendo, hasta las taras más desfavorables no solo han sido superadas sino que les han sabido sacar partido, e incluso hacerles únicos.

El dedo de Keith Richards

Keith Richards, por un accidente infantil, perdió un trozo de dedo que quedó plano y afilado. Quizá lo impensable es que al viejo pirata le vino esta disfunción por ser caballero. Pues, según él mismo cuenta, a la edad de 9 años, jugando con una amiguita, apartó una losa que estorbaba y esta le cayó encima dejándole un dedo inservible para muchas actividades, pero no para convertirse en la guitarra más legendaria del rock.

Richards es uno de los más personales guitarristas de todos los tiempos y en eso hay que tener en cuenta que en el más de medio siglo de existencia del rock las técnicas y sonidos de la guitarra eléctrica evolucionaron a velocidad de vértigo. Pero el toque de Richards sigue siendo inequívoco, tanto en los discos como en los conciertos de los Stones. Richards declara abiertamente su uso de

la afinación abierta (las afinaciones abiertas son aquellas en las que todas las notas de las cuerdas al aire forman un acorde).

Tony Iommi sin dos dedos

Pero hay otro guitarrista inglés de primera generación que también superó un problema parecido. Es Tony Iommi, fundador junto con Ozzy Osbourne de un grupo mítico que anunció su canto del cisne para el año 2015: Black Sabbath.

El origen de Iommi, como el del 99 por ciento de los músicos británicos de aquella hornada, es de clase obrera. De hecho, antes de poder vivir de su guitarra, Iommi curraba en la industria metalúrgica y perdió parte de sus dos dedos. La derrota personal no podía ser más grande, pues ya despuntaba con su guitarra y la perspectiva de poder salir del mundo laboral en el que sobrevivía era un horizonte más que apetecible. Aquel accidente abortaba el diferente futuro que el rock le había prometido, solo que una vez más se demuestra que, como cualquier otro ser humano, los protas del rock tienen la cabeza para usarla y no solo para que crezcan sus melenas.

En esto, un benefactor anónimo le dio la clave al guitarrista. Según cuenta el mismo Ozzy Osbourne, cantante de la banda de Iommi, fue un compañero del metal (de la fábrica) el que le puso las pilas hablándole de un guitarrista gitano que tocaba sin los diez dedos porque había perdido algunos durante un incendio. Aquel *gipsy guitar man* tenía una reputación sólida en Francia y países cercanos como músico de jazz. Parece ser que Tony Iommi buscó discos de Django Reinhardt y a partir de ahí murió el obrero y renació el guitarrista.

Ozzy cuenta de un ingenioso y doméstico invento a base de cuellos de botellas de plástico que Iommi aplicó a sus dañados dedos. Solo que tuvo que volver a empezar desde cero porque la ortopedia casera le obligó a tocar de otra manera. En los discos de

Black Sabbath por supuesto que Iommi está más que sobresaliente, aunque donde más exalta su personalidad con la guitarra es en el álbum en solitario *Eternal Idol*.

En las grabaciones cumplía sobradamente su papel. El oscuro e inquietante sonido Black Sabbath emana sobre todo de la guitarra de Tony Iommi. Vaya, que además de tocar le da personalidad a la banda, pero cuando Tony Iommi se convierte en un guitarrista de élite es en directo. La sobriedad del tipo en escena le hace único. Y todo con menos «pinzas» que los demás guitarristas.

Keith Moon y otros: el tinnitus

Lógico que en el rock haya muchas afecciones de oídos. El tinnitus es un mal que provoca lo que casi podríamos llamar alucinaciones auditivas, porque causa sensación de zumbido cuando no hay ruido de ningún tipo; resulta más que normal en la vida de personas que tocan bajo una cascada de sonido. Miles de vatios en un escenario con una presión importante de decibelios han conseguido deteriorar los tímpanos de muchos grandes nombres del rock.

El fallecido batería de The Who, **Keith Moon**, el hombre fiesta acostumbrado a hacer explotar a base de petardos los tronos del señor roca que se iba encontrando en los hoteles, también lo hizo en una actuación en 1967 para un programa de la televisión. Una buena cantidad de pequeños explosivos fueron detonados en el final del tema «My Generation». El guitarrista Keith Moon andaba cerca. Y parece ser que desde entonces sufrió tinnitus o, al menos, a partir de ese momento la cosa fue a más, porque los Who, que en su momento eran los más heavy del lugar, tocaban muy alto en los 70, tanto así que en uno de sus conciertos de aquel tiempo se llegaron a recibir 120 decibelios a 40 metros del escenario.

Townshend arrastra desde entonces una sordera parcial y tinnitus, pero tampoco esto le paró, aunque le sensibilizó lo suficiente para poner sobre la mesa la pasta necesaria para que

echara a andar la organización HEARING (Earing Education and Awareness for Rockers), que, sin intención de beneficios, se dedica a la concienciación del peligro que significa estar expuesto a ruidos fuertes y constantes.

No solo el guitarrista de los Who tiene problemas con el tinnitus. **Phil Collins** tuvo que retirarse meditadamente de los escenarios en 2010 para que no se agudizara la enfermedad. Otros músicos que padecen tinnitus son Lars Ulrich, batería de Metallica, y Liam y Noel Gallagher (exOasis ambos). El tinnitus debe ser de lo poco que les une en esos momentos.

Vamos a situarnos. En el escenario de un concierto medio, por ejemplo del guitarrista español Rosendo, puede haber unos 10.000 vatios de sonido entre los monitores (altavoces situados en la base del escenario y dirigidos hacia los músicos para que estos puedan escuchar su propio sonido y además el de los otros miembros del grupo) y los propios amplificadores de cada una de las guitarras.

Los decibelios que pueden producirse en el escenario de un concierto rozan los 100. Como referencia, debemos decir que el umbral del dolor para un oído humano es de 140. Con lo cual el sufrimiento del sistema auditivo durante las dos horas de media que dura un concierto es importante.

Pero quizá esto sea lo más llevadero, lo menos nocivo; lo peor son los acoples. Los acoples son esos pitidos infernales que se producen cuando menos lo esperas dentro de un concierto. Normalmente esto ocurre cuando un micrófono capta su propio sonido; por ejemplo, alguien llama por teléfono a una emisora de radio, la llamada sale a antena, el receptor tiene un buen volumen y el auricular está cerca. Al enviar el teléfono el sonido que recibe del receptor se produce un encontronazo de las dos señales sonoras y eso, claro, produce un ruido que si al espectador le molesta, al músico que lo sufre directamente le puede causar daños irreparables y si esto se produce noche tras noche durante una gira las consecuencias se pueden imaginar.

En algún momento de la mitad de los 80 se comenzaron a utilizar otro tipo de escuchas para los músicos que se suben a un escenario. Es un complejo y caro sistema de auriculares personalizados, diminutos e inalámbricos que se meten directamente en la oreja y que permiten recibir todo el sonido que se produce en el escenario. Resulta menos aparatoso, aunque no todos los músicos se adaptan fácilmente a este sistema que les ofrece un sonido más personalizado de lo que ocurre en el concierto pero que los aísla del mundo.

Hay quien opta por utilizar los pequeños auriculares solo en uno de los oídos y así seguir estando en contacto con la realidad. Hay varios sistemas: Iem, In Ear. En definitiva, lo que aportan es un sonido en el escenario más controlado y un menor riesgo de pérdida de audición aguda. Pero todo tiene su lado chungo: si se produce un acople, dado que esos auriculares se alojan muy cerca del tímpano y no muy lejos del cerebro, su efecto sería mortal.

Steven Tyler: un vendaval

Hemos visto a Aerosmith como unas diez veces en directo, y su imparable cantante siempre consigue asombrar. Steven Tyler cuenta con 66 castañas, lo que no le impide estar constantemente en activo, tanto dentro del grupo como con su propia carrera en solitario.

Como buen *frotman*, Tyler es un vendaval en escena. Verle en directo lleva a veces a meditar sobre el neuroma de Morton. Esta es una enfermedad con resultados muy dolorosos que afecta a los nervios de los dedos del pie. Tras sufrir el ataque de «Morton», a Tyler se le contrajeron, retorcieron y apiñaron. Una de las teorías sobre lo que provoca la enfermedad es la de llevar calzado incómodo y acompañar esa mala costumbre con movimientos bruscos y además repetirlos con frecuencia.

Solo hay que ver cualquier vídeo de un concierto suyo para comprender cómo el mismo cantante hace que progrese la dolencia. Debe de ser un calvario aguantar dos horas y pico un concierto con este hándicap encima, pero por lo que se ve Tyler es un tipo duro y sobrepasa lo que le venga. En 2009 se cayó de un escenario en Dakota; se pegó tal talegazo que tuvo que ser trasladado en helicóptero al hospital. Se llevó un buen leñazo en la cabeza y en el cuello y se fracturó un hombro.

En Paraguay, en el hotel antes de un concierto en la capital del país, Tyler se cayó en la ducha, se hizo cortes en la oreja y en la cara y perdió dos piños. Ni esto ni la complicada superación de sus variadas adicciones le han vuelto a alejar de una frenética vida de *rockstar* que cultiva día a día.

En el programa que cada día hacemos El Pirata y su Banda en Rock FM desde las seis de la mañana, existe una sección que llamamos «Rock Master»; es una competición entre dos oyentes en la que tienen que responder a preguntas sobre personajes, historias, leyendas y actuaciones de rock. Alguien llamó y cuando le preguntamos si estaba nervioso respondió que sí; los nervios venían de hablar directamente conmigo después de llevar muchos años escuchándome en la radio. La respuesta fue: «Somos personas de carne y hueso y visitamos al señor roca sentados o en pie como todo el mundo». No es que, ni de lejos, nos quisiéramos equiparar a los astros del rock de los que os estamos hablando, pero lo cierto es que la condición de humanos, para bien y para mal, nos alcanza a todos. Y los problemas, taras, anomalías, enfermedades, secuelas de enfermedades o sencillamente diferencias anatómicas es algo que de una manera u otra es innato al ser humano, aunque algunos sean estrellas del rock.

La lista de afecciones que en mayor o menos grado invaden a músicos del rock sería interminable. **Axl Rose** recurre al litio, que es un medicamento utilizado para tratar trastornos bipolares. Pero no

es el único: Dee Dee Ramone, Brian Wilson (The Beach Boys), Kurt Cobain (Nirvana)... **Ray Davies** (The Kinks) no llegó tan lejos como Cobain (suicidándose) pero lo intentó tras la ruptura de su primer matrimonio; también tomó litio. **Sting** lo admitió públicamente y hasta hizo un tema al fármaco que le tranquilizaba («Lithium Sunset», de su quinto álbum *Mercury Falling*) y alguno más ha reconocido su trastorno bipolar, o se conoce por otras fuentes.

John Lennon era disléxico y **Jimi Hendrix** argumentó problemas en la espalda tras un salto en paracaídas para escaparse del ejército. La preciosa **Doro Pesch** sufrió una variante de la tuberculosis que casi la mata con 16 años. Pero el *show* debe continuar y los humanos del rock lo hacen a toda costa, hasta baterías con un solo brazo. **Rick Allen**, del grupo británico Def Leppard, conducía en la Nochevieja del 84 su Corvette con dirección a Sheffield, se «picó» con otro coche de alta cilindrada, se salió de la carretera y perdió un brazo en el accidente. Depresión-superación y Allen, con ayuda de algunos ingenieros, diseñó una batería que puede ser tocada con un solo brazo.

En una entrevista contaba sin la más mínima tristeza cómo se las ingeniaba. Se le veía suelto y seguro con el instrumento hecho a medida. Dos años y poco después del accidente, Rick volvió a los escenarios y a grabar. No lo haría tan mal en su primer disco grabado con un solo brazo, *Hysteria*, que vendió 20 millones de copias.

Bret Michaels es el cantante y líder de un grupo californiano lleno de *glamour* que triunfó en los 80, llamado Poison. Bret arrastra diabetes tipo 1 desde los 6 años; lo que come no se traduce en energía como ocurre a casi todo el mundo.

Del irrepetible **Frank Zappa** se dice que durante su niñez sufrió varias dolencias debido a la proximidad de su casa con un almacén de gas mostaza. Sinusitis, asma, dolores en los oídos y en la nariz. Finalmente, murió de cáncer de próstata en 1993, con 53 años. Nunca se sabrá si el injerto que un médico le hizo de bolitas de radio en sus narices tuvo algo que ver en esto, aunque, pensándolo bien, será lo primero que le pregunte al «Gran Wyoming» la próxima vez que le vea. Decimos esto porque todo el mundo sabe que el *showman* y presentador de televisión, además de médico, es, se podría decir, «super fan» de Zappa, hasta tal punto que siempre que puede se sube a un escenario a versionar al genio de Baltimore.

Que el gas mostaza influyera en la temprana muerte de Zappa es un misterio que nunca resolveremos, pero siguiendo la obra del músico sí que se ve claramente que repercutió en ella. La guerra bacteriológica y los enjuagues de la industria de defensa son, si no una constante, sí algo frecuente en sus discos.

Desde la polio al gas mostaza, el mundo del rock ha sufrido en carnes propias los mismos «dolores» que cualquier otro colectivo. Aunque no me dirás que no resulta curioso ver la diáspora de males que el conjunto de personalidades de esta cultura ha tenido que superar.

Están las cegueras de **Ray Charles** o **Stevie Wonder** (que poco tuvo que ver con el rock). A **José Feliciano** no se le identifica con el rock, pero sus versiones de temas de los Beatles y de The Doors fueron más que bendecidas por sus creadores. Además el portorriqueño colaboró con tres temas en el álbum *Rock and Roll* de John Lennon y en alguna ocasión compartió escenario con Jimi Hendrix. Resumiendo, el que haya colaborado con Julio Iglesias o Isabel Pantoja no hace que su relación con el rock haya sido solo

tangencial. José Feliciano no solo superó su ceguera sino que habitualmente la utiliza para mofarse de la gente y del mundo.

No tan popular era **Jeff Healey**, un músico canadiense que con un añito perdió la visión por culpa de un cáncer raro en la vista. Con 41 años navegó por el rock, el blues y el jazz, publicó una docena de discos en audio más otros cinco en directo y además actuó en la peli *Road House*, que aquí se tituló *De profesión duro*, en la que aparece tocando en directo interpretando un entrañable papel. Dentro de su legado consta un concierto benéfico tras su muerte para un fondo de investigación sobre la retinoblastoma, la dolencia que le quitó la vista con 11 meses y que también afectó a su hijo.

No tan fulminante para la vista fue lo que afectó a dos leyendas de los 70, **Edgar** y **Johnny Winter**, dos músicos con albinismo, pero una vez más nos encontramos que la falta de melanina en el iris no impidió a Johnny ser un nombre escrito más que en mayúsculas y a su hermano convertirse en un multi instrumentista que toca el piano y otros instrumentos con teclas, además del saxofón, la percusión y cantar.

Johnny Winter publicó más de treinta discos de rock y blues, pero desde nuestro punto de vista la grabación que hizo en directo en el Fillmore de Nueva York en el otoño de 1970 es de los discos cruciales de aquella década. El albinismo reduce de manera importante la visión, pero para los hermanos Winter eso no fue nunca una zancadilla a la hora de entrar en la historia.

En cualquier caso, la historia más demoledora que hemos encontrado en los últimos años ha sido la del guitarrista **Jason Becker**. Becker es uno de esos músicos de élite que surgieron en los 80 y que le dieron a la guitarra eléctrica un virtuosismo gigantesco.

El heavy metal fue el gran tsunami del rock y dejó en la orilla tendencias surgidas de él con muy diferentes marcas. Una de ellas fue la corriente neoclásica. Y Becker formó parte de aquello. Con solo 16 años, era la mitad de un dúo de guitarras que avergonzaron a miles de guitarristas asolados por el raudal, por la orgía de música

que emanaban de sus discos. Marty Friedman y Jason Becker crearon Cacophony y desde entonces la música no volvió a ser lo mismo. Nadie tiene por qué estar de acuerdo con nosotros, pero lo vemos así. Un par de años y un par de discos (sobre todo recomendamos el *Speed Metal Symphony*), no duró más la deslumbrante aventura de Cacophony.

Con un prestigio más que labrado, Becker publicó un álbum en solitario y después se enroló en la banda de David Lee Roth, el que fuera y volviera a ser cantante de Van Halen y que en aquellos tiempos preparaba su tercer disco en solitario y la consecuente gira. Roth buscó el apoyo de un diamante solo conocido en los círculos más elitistas del rock; por eso contrató a Jason Becker

Becker grabó el disco *A Little Aint'Enough*, aunque lo concluyó a duras penas porque se le diagnosticó la enfermedad de Lou Gehirg, lo que popularmente se conoce como ELA, que para empezar le permitiría vivir un máximo de cinco años. No fue así, no perdió la vida, pero sí, en el desarrollo degenerativo, el habla. Antes había perdido la capacidad de tocar la guitarra, por lo que componía con un teclado. Al principio lo usaba con las dos manos, luego con una y finalmente con los ojos.

Con el limitado movimiento de sus pupilas, enganchado al ordenador, compuso su álbum *Perspective*, en el que el guitarrista Michael Lee Firkins interpreta sus composiciones.

Y así transcurre su vida diaria junto a su familia, y mientras van sumándose discos a su carrera. Le dieron un máximo de cinco años de vida, ha sobrevivido más de 20 y no, no pudo salir de gira con David Lee Roth, solo que ¿cuántos seríamos capaces de andar su camino?

Esta no es una colección de héroes, pero sí de personas que supieron utilizar tretas y artimañas para pasar por encima de lo que la naturaleza transformó o hizo desaparecer. Jugarretas de la vida, no sin esfuerzo e instinto de superación, para seguir estando en el mundo, para seguir teniendo un hueco bajo el sol.

No tenemos ni idea de cómo se superan las deficiencias físicas de quienes se dedican a la agricultura o a la fontanería. Sí sabemos cómo se hace siendo un hombre/mujer del rock. Y creednos, no es muy difícil, solo hay que saber quién eres y lo que quieres. Ah, y sin olvidar que tú estás donde otros muchos que no tienen deficiencias físicas matarían por estar. En cualquier caso, que no se nos olvide que Beethoven era sordo.

26
Lo mejor de cada casa

«¿Por qué pasa siempre que las tías buenas no saben cantar?».
TOMMY LEE, Mötley Crüe

A estas alturas de la historia puede haber anécdotas que parecen imposibles, increíbles o inventadas. ¡Nada más lejos de la realidad! Las más raras vienen ahora. Y como todas, completamente ciertas (por mucho que alguno de sus protagonistas se empeñen en negarlas).

Para ser el cantante de un grupo con no más de un par de éxitos, **Chuck Negron** (Three Dog Night) se lo ha pasado como un enano. Aparte de una adicción a las drogas que le sacaba 2.000 dólares al día, otra a las camisas horteras y, la peor de todas, la adicción que le ha llevado a formar parte de los libros de historia y de anatomía: se zumbaba a todo lo que se movía. Puede parecer una exageración, pero si hubiera podido le habría dado lo suyo al gato de los chinos solo por cómo mueve el brazo. Su médico le advirtió que, si seguía con ese ritmo de fricción y de aspiración, corría el riesgo de que le explotara el pene. Si a ti o a mí nos dice eso el doctor, o cortamos por lo sano, o cambiamos de médico. Pero Negron simplemente salió de la consulta y buscó una chavala para darle cera al palitroque. Encontró una aspirante a Miss América y se la cameló para entrenarla en el arte de la pasarela. En plena faena, su pene reventó. A lo mejor es difícil de imaginar, pero el enfermero que tuvo que atenderlo lo describió como «una salchicha cuando la metes en el microondas». ¿A que ha quedado bien explicado? Más gráfico no se puede ser. Desde ese día Negron, cada vez que sale a

hacer un revival de sus grandes éxitos, carga la taleguilla hacia la izquierda. Y hacia la derecha también. Hacia todas partes.

Yes y **Def Leppard** comparten un honor. Los dos son los únicos grupos que han recibido una crítica a su disco con una palabra. Puede que por pocas ganas de trabajar del periodista o porque los discos no daban para más que eso. El caso es que la revista *Melody Maker* definió el *Tales from Topographic Oceans* de Yes con un completísimo «NO». Bonito juego de palabras entre el nombre del grupo y la conclusión YES-NO, y a otra cosa. Más elaborada fue la crítica de *Yeah!*, el disco de versiones de Def Leppard en la *NME*. Un extenso, completo y sesudo «NAH!» es lo que consiguieron sacar los Leppard de la redacción de la revista. ¿Quién quiere ser crítico musical? Pues a ponerse a la cola.

Black Sabbath descubrieron a las duras los peligros que tiene encargar cosas de la banda a un familiar. Sobre todo si el familiar es el suegro del cantante y encima chochea un poco. Al señor se le ocurrió que la banda debería decorar el escenario de sus conciertos con Stonehenge, esas piedras en medio del campo que hay en Inglaterra y que dicen que son más viejas que la tos. Como llevárselas podía suponer un problema, se le ocurrió construir unas a escala. Apuntó las medidas en un papel y se las dio a otro *manager*, que era el que curraba de verdad. El suegro de Ozzy cometió el error de apuntar 15 metros de altura, y no 15 pies, que es lo que se usa por allí. Y el otro tuvo el fallo de no preguntar. Resultado, unos pedrosos de 15 metros imposibles de transportar, de meter por ninguna puerta y de colocar en ningún escenario. Podían haber abierto una cantera con el aparato.

Keith Moon estaba loco como una cabra. Salvaje es poco para su manera de hacer las cosas. Por eso resulta tan sorprendente el motivo oculto por el que consiguió ser el batería de los Who. Al comenzar a montar el grupo, pasaron por toda una serie de baterías malos malísimos, que parecía que estaban tocando el tambor en *Curro Jiménez*. Estaban dando un concierto con uno de esos virtuosos y había un chaval de 18 años mirándolos entre el público

(sí, era Moon). Un pelín harto del sonido de los tambores, se subió al escenario y le preguntó educadamente al músico si sería tan amable de cederle el asiento para tocar un momento. Los miembros de la banda se quedaron impresionados por la corrección del lenguaje y las maneras del chaval a la hora de pedirlo (lo normal habría sido un «muévete, paquete»). Así que le dejaron probar. Los pedales empezaron a volar, y la piel de los bombos reventó al poco tiempo de lo fuerte que le daba. Así que lanzó la batería destrozada al público. Eso fue más que suficiente para que Townshend y Daltrey se dieran cuenta de que ya tenían nuevo batería, aparte de tener que comprar otro instrumento.

Axl Rose se ha pasado más años retirado que en activo. Las pocas veces que salía de su mansión era como cuando la hija de la Pantoja cumplió la mayoría de edad. La gente guay se moría por invitarlo a sus saraos, aunque no sabían muy bien dónde se metían. La movida que tuvo con el dueño de la marca de ropa Tommy se puede contar como un chiste, aunque solo tiene gracia para los que no estábamos allí. Esto son Axl Rose y Tommy Hilfiger que entran a un bar y está de cumpleaños Rosario Dawson (la que sale desnuda en *Alexander* y sale desnuda en *Trance*; la que sale desnuda, vamos). Axl ve que una copa se va a caer al suelo y, como parece que las paga él, coge el vaso. El vaso era de la novia de Tommy, que cuando lo ve le pega un puñetazo en el morro por robar el vaso (este sí las pagaba, o tendría miedo de que le echara burundanga en el vaso a su chavala). Axl hace pucheros y se va por donde ha venido. El Tommy en la vida la vio más gorda, y no lo digo por el tamaño de la cintura de Rose. En otros tiempos, Axl le habría arrancado la médula y se la habría bebido en un *bloody mary*. O quizás en otros mundos, porque la imagen que nos hacemos de nuestros ídolos no siempre es la real.

Slash, su excompañero de fatigas, también tiene su historia. Aunque no sea de peleas, sobre todo porque si le lanzas un puñetazo corres el riesgo de que el puño se te quede enredado en una maraña de pelos negros. Tiene el honor, o si no se lo damos

inmediatamente, de ser el único rockero que ha inventado su propio emoticono. En la época de las redes sociales, se le ocurrió publicar un tuit en el que recomendaba la peli *Pain & Gain* (*Dolor y dinero*, con The Rock y Mark Wahlberg) y, como había que llenar caracteres, se puso a pulsar teclas medio a lo loco, tal que así: iiii];)', y a pulsar el Enter. En cuanto lo publicó, se apartó el flequillo y giró la cabeza hacia la izquierda. Podéis hacer lo mismo, así se distingue lo que bien podría ser Slash con su chistera fumando un piti (o cuatro íes con un corchete y cerrar paréntesis tras un punto y coma). Tan satisfecho quedó de su obra, que siempre que quiere firmar algo en twitter de lo que se siente orgulloso, utiliza ese mismo emoticono. ¡Cómo molo! **iiii];)'**

Alice Cooper es un mundo en sí mismo. De corredor de campo a través, a estrella del rock, para pasar las horas muertas jugando al golf. Aparte de sus muchas aventuras encima y debajo de un escenario, puede contar que fue niñera de una estrella de Hollywood. Cuando estaba grabando sus maquetas en Toronto, se sacaba unos dólares cuidando al hijo de la señora Reeves, a la sazón madre de Keanu Reeves. No soy capaz de imaginarme cómo se lo montó Alice para pasar la entrevista y conseguir el empleo, aunque esto puede explicar que Keanu se haya quedado en *Matrix* para siempre.

También acarrea desde hace más de cuarenta años la frustración de que le rechazaran un tema para una peli de James Bond. Escribió una canción titulada «El hombre de la pistola de oro» para la película del mismo título. A pesar de que el título ya fue un punto a su favor, la rechazaron porque era un poco arriesgado para la época decir que la nueva canción de Bond, James Bond era del tío que salía con serpientes y se decapitaba en el escenario. Razón no les faltaba. Tuvo más suerte para quitarse su espina con el cine al rodar en Torrelodones *Monster Dog*. Si queréis escucharlo hablar en español no dejéis de verla. No sabía lo que decía, pero se le ve muy metido en el papel de una estrella del rock que llega a un

pueblo y se encuentra con una especie de hombre lobo que se lo quiere comer.

A los **Van Halen**, como a otros muchos, había que pillarlos en su momento, no de mayores que les da por hacer yoga y beber batidos energéticos. Igual que a Pamela Anderson había que pillarla cuando corría a 1 km por hora por la playa, no ahora que parece salida de *Los crímenes del museo de cera*. Era pasar por cualquier parte, y el grupo de Diamond Dave (lo siento por Hagar y Cherone) traía la fiesta asegurada.

La KISW, una emisora de Seattle de esas con nombre raro, estaba celebrando su décimo aniversario, y Van Halen estaban en la ciudad para dar un concierto. Preguntaron al promotor si el grupo podía pasarse para una entrevista antes del concierto, sin muchas esperanzas. Este tipo de cosas son para una banda como decirle a un torero que se siente en *Sálvame Deluxe* antes de una corrida. Pero a última hora no debían tener nada mejor que hacer, que los músicos aparecieron con sus limusinas en la puerta de la emisora. ¡Y montaron la fiesta más salvaje que se recuerda por aquella parte! Del interior del coche empezaron a salir chicas y más chicas, botellas de champán y hasta una enorme tarta de cumpleaños. Roth entró en directo en todos los programas como si nada, y hasta grabó anuncios para la emisora. Los estudios quedaron hechos un desastre, pero a nadie le importó. Fueron horas de fiesta y anécdotas inolvidables. E igual que llegaron, se fueron a dar el concierto esa misma noche. ¡Puro rock and roll! Es lo que tiene ser la banda cuyo cantante felicita de este modo San Valentín.

Oasis también invitaron a un pizzero a quedarse a una de sus fiestas posconcierto, pero esa no la cuento porque los Gallagher no son molones.

Los **White Stripes**, cuando todavía eran dos y se restregaban entre bambalinas, tuvieron el honor de dar el concierto más corto de la historia. Y digo honor porque lo hicieron así a propósito. El 16 de julio de 2007 se dieron una vuelta por Newfoundland, en Canadá. La sala abarrotada, todos esperando ver tocar a su grupo favorito. Se

apagan las luces, se enciende un foco y Jack toca una nota. Meg da un porrazo al tambor y a los cimbales. Todos como locos, y Mr. White suelta: «Bueno, ahora ya hemos tocado oficialmente en todas las provincias de Canadá». Hasta ahí duró el bolo. Se bajaron y se fueron a dar un voltio. Pero volvieron unas horas más tarde para dar un concierto de verdad (seguro que los lugareños con hachas y machetes buscándolos por las calles ayudaron a que dieran un concierto de verdad).

La calidad ante todo. No es el eslogan de un supermercado, es lo que tenían por bandera los miembros de la **Creedence**. Tuvieron la suerte de tocar en el mítico festival de Woodstock, y los asistentes la misma fortuna de disfrutar de su música. Pero los Fogerty no quedaron nada contentos con su actuación. Les tocó después de Grateful Dead, con todo el público puesto de ácido hasta las cejas. Y no se gustaron nada de nada, aunque nadie lo recuerde gracias al puestazo general. Intentaron que no quedaran pruebas de su aportación, prohibiendo el uso de su concierto para cualquier tipo de promoción posterior al festival. Ni en la banda sonora, ni en la peli, ni en nada. Como la promotora se pasaba sus demandas por el forro (normal cuando tienes un contrato firmado que te da derecho a hacer lo que quieras) se aseguraron el anonimato pidiendo unos *royalties* que ni Julio Iglesias. Haciendo la cuenta de la vieja, el grupo se llevaba casi toda la ganancia de la venta de los discos, así que no se les incluyó en nada posterior al mítico barrizal. Eso sí, hasta 2009, que sacaron una edición 40 aniversario de esas que te dejan el bolsillo temblando, en la que ya se puede ver una parte de la actuación de la CCR. O de repente vieron que no había salido tan mal, o hacía falta dinero. Vosotros elegís.

Neil Young y los **Lynyrd Skynyrd** estaban siempre a la gresca. Unos por fachas y el otro por liberal. Todo empezó cuando Young publicó su «Southern Man», un tema contra los sureñis y su papel en la esclavitud americana. Los Skynyrd, sureños de pro, tardaron unos años en sacar su réplica, la archiconocida «Sweet Home Alabama», para dejar claro que la gente del sur molaba y que Young

no era bienvenido por aquellos lares. Corrieron ríos de tinta, y si por alguno fuera, de la sangre de Neil Young, canadiense al que las tradiciones americanas se la sudaban bastante, la verdad. La prensa y el público querían verlos limar sus asperezas a palos. Aunque pocos sabían que estas no eran tantas. Young era el músico favorito de Ronnie Van Zant, y tras su muerte existe el rumor de que quiso que lo enterraran vistiendo la camiseta de Young, la misma que usa en la portada de su último disco. Y Young ha declarado innumerables veces que prefiere tocar el tema de los Lynyrd que su propio «Southern Man». Lo del entierro nunca ha sido confirmado.

Otros se llevan como hermanos, sobre todo porque lo son. **Malcolm** y **Angus Young** nunca han tenido celos profesionales, algo que deberían haber aprendido los hermanos de Oasis. Malcolm era el que solía tocar los solos de guitarra, hasta que un día le dijo a su hermano que era mejor que los tocara él. No porque uno tocara mejor que el otro, ni el otro mejor que el uno. La razón era que Malcolm se dio cuenta de que mientras tocaba el solo no le quedaba la mano libre para beber.

El archifamoso *manager* de los Sex Pistols, **Malcolm McLaren**, tenía un método bastante peculiar para fomentar la creatividad de su grupo. Les decía unas palabras para que se pusieran a darles vueltas hasta componer una canción. Un día les dijo: «Haced una canción con *submission*» (sumisión), esperando que volvieran con un tema sobre esposas, ataduras y máscaras de cuero. Los punkis volvieron con una canción sobre la misión de un submarino, solo para darle en el morro. ¿Sub-mission?

Estos métodos peculiares de composición también los seguían, a su manera, los **Guns and Roses**. Se ponían hasta arriba, y al día siguiente escuchaban lo que habían grabado. De una de esas surgió la preciosa «Patience». La única pega es que en la grabación se escuchaba a Axl vomitando por el estudio. Así que le tocó volver a grabar su parte con otro tipo de gorgoritos.

Bob Dylan no tuvo siempre en mente ser el pionero del folk, del rock y de los sombreros feos. En su anuario de instituto escribe bien claro que el sueño de su vida, cuando sea un poco más mayor, es tocar en el grupo de Little Richard. ¿Cuánto habría durado? Se admiten apuestas.

Si alguna vez te pasas por Los Ángeles y tienes la suerte de encontrar la casa de **Jon Bon Jovi**, corre a tocar al timbre. Es poco probable que te abra la puerta, pero fliparás cuando veas que la campana del timbre toca el «You Give Love a Bad Name». Eso sí que es amor por uno mismo.

Mötley Crüe comenzaron su conquista mundial atravesando Canadá, que es lo que les quedaba más cerca desde los USA. Pero tuvieron que recular el mismo día. En el 82, cuando comenzaban la gira, los de aduanas les dieron el alto y les confiscaron la mitad de lo que llevaban. Pensaréis que eran drogas, dildos o cosas por el estilo. Pues lo que les confiscaron fue toda la ropa de Vince Neil, porque llevaba pinchos y tachuelas que podían convertirse en «armas mortales».

Un día cualquiera, los **Misfits**, el grupo con el logo-calavera más conocido de la historia, estaban de gira, y se fueron a un McDonalds a meterse unos Happy Meals entre pecho y espalda. El batería, Arthur Googy, quería comerse otra hamburguesa con queso. La banda tenía el dinero contado, así que no le dejaron que se la comiera. ¿Qué hizo Arthur? Dejar la banda inmediatamente.

Un poco radical, pero no tanto como Frank Infante, el segundo guitarrista de **Blondie**, que demandó a sus compañeros de grupo porque cuando se iban de fiesta nunca le invitaban. Este tuvo más suerte, porque ganó la demanda y le tuvieron que pagar una pasta, aparte de seguir tocando con la banda. Eso sí, cuando se volvieron a reunir, no se acordaron de llamarlo. Y Debbie Harry se negó en rotundo a que se le nombrara cuando admitieron al grupo en el Rock and Roll Hall of Fame. Rencorosa.

Poca gente sabe que casi todas las guitarras del virtuoso **Yngwie Malmsteen** llevan el logo de Ferrari grabado en la parte de

atrás y que una de las mayores aficiones de su competidor **Steve Vai** es la cría de abejas. Las cuida como si fueran sus hijas y vende pequeños botes de miel con fines benéficos. Una actividad bastante segura para alguien que se ha pasado media vida pensando que era el anticristo por haber nacido el 6/6/60.

Bob Dylan flipó tanto con la versión que hizo Jimi Hendrix de su «All Along the Watchtower», que en sus conciertos tocaba la versión de Hendrix en lugar de la suya propia. Se justificaba diciendo que así le hacía un homenaje cada vez que la tocaba, pero la verdad es que sabía que la versión era mucho mejor que la original.

Dentro de las alucinantes historias maritales de **James** «**Sex Machine**» **Brown**, se lleva el premio gordo la protagonizada por su mujer Adrienne Rodríguez cuando en 1988 se dio cuenta de que debía un pastizal en multas de aparcamiento. Se presentó ante las autoridades exigiendo que se las anularan todas por inmunidad diplomática. Su marido es el «embajador del soul», y eso para ella era poco más o menos que estar aforado.

Los compañeros de grupo de **Sid Vicious** en los Sex Pistols no tenían demasiado aprecio por su manera de tocar el bajo. En cuanto podían se lo desenchufaban del ampli, porque preferían tocar sin bajo que como lo tocaba él. Y lo tenía bastante claro. Una vez le confesó a Lemmy que no era capaz de tocar el bajo por muchas ganas que le pusiera. ¿Sabéis que le respondió el *motherfucker*? «Lo sé».

Y si queréis saber cómo llegó a llamarse Sid Vicious aunque en su pasaporte figurara Simon John Ritchie, se lo robó al hámster de Johnny Rotten. Era un bichito suave y gracioso, pero el zumbado de Sid siempre decía «Sid es un vicioso» cada vez que le mordisqueaba los dedos.

Alice Cooper y Salvador Dalí eran tan fan el uno del otro como el otro del uno. Hasta el punto de que Dalí hizo un holograma titulado *Primer cromo-holograma cilíndrico retrato del cerebro de Alice Cooper*, en el que el músico sale con joyas valoradas en más

de un millón de dólares sujetando una Venus de Milo como si fuera su micrófono. Añade una escultura en chocolate del cerebro de Alice cubierto con hormigas, y tienes la obra entera. Tal para cual.

Led Zeppelin eran transcendentales, pero también unos chicos prácticos y previsores. Cuando publicaron *Houses of the Holy* se plantearon hasta última hora que la portada fuera una serie de pasos con números para que la gente supiera cómo se baila el D'yer Mak'er.

Mick Jones tocaba la guitarra con los Clash, y habría hecho cualquier cosa con tal de no volver a su anterior trabajo. Sin duda, el peor trabajo del mundo. Jones se dedicaba a abrir cartas dirigidas al gobierno británico por si llevaban una bomba dentro.

Cuando a **Elvis** se le empezaba a ir la pinza se propuso convertirse en una especie de James Bond al servicio de la Presidencia. En el 71 pidió reunirse con John Edgar Hoover, director del FBI, para trabajar como agente encubierto y perseguir a los rockeros subversivos que influían en el comportamiento de los jóvenes americanos. Los primeros de su lista de gente a encerrar eran los Beatles, aunque Hoover rechazó su ofrecimiento con elegancia (con un elegante «este tío está zumbado»).

Y los mismos **Beatles** tuvieron un momento Marlon Brando cuando se les puso entre ceja y ceja que se tenían que comprar una isla para desaparecer. Planearon un viaje a Grecia para buscar un islote y crear la Beatle-utopía. Con cuatro casas y un estudio-sala de juegos en el centro. También harían casas para sus familiares más cercanos, y nada más. La idea fue de Lennon, por supuesto, y el motivo era que así no sufrirían el asqueroso clima británico, aunque a Paul le seducía más la posibilidad de que ahí nadie les prohibiría fumar marihuana.

La cosa iba totalmente en serio, tanto que un contacto griego les consiguió inmunidad en el país en todo lo referente a drogas, a cambio de un par de fotos con el ministro de Turismo. En cuanto se les pasó el pedo, desecharon la idea de comprarse la isla y se fueron a sus casas.

Les hacían falta buenos consejeros. Por eso en cuanto abrieron la primera tienda Apple (chúpate esa, Steve Jobs), el empleado más importante era un tipo llamado Caleb Ashburton-Dunning, asistente y futurólogo. Como el tío afirmaba leer los posos del café y adivinar el porvenir, le hacían caso en todo lo que decía. Hasta que un día le dijo a Lennon que tenía que dejar a Yoko Ono y volver con su antigua churri. En ese momento perdió la gracia, y lo echaron a la puñetera calle.

¿Y qué me decís de **Hulk Hogan**? Sí, el Hulkster, el del bigote rubio y la lucha libre. El señor ha intentado por activa y por pasiva convertirse en una *rockstar*, en dos ocasiones. Una con Metallica, cuando despidieron a Jason Newsted, y otra con los Rolling cuando Bill Wyman se fue a su casa. Confiando en su talento como bajista, grabó unas demos y las envió a ambos grupos para que se dieran cuenta de que Hulk era el candidato perfecto para ese puesto. Aún está esperando respuesta por las dos partes, pero como es muy positivo, todos los días mira su buzón para ver si ha sido aceptado.

Dentro de las confesiones vergonzantes entra esta de **Meat Loaf**, aunque a él le parezca de lo más normal. Hace poco reveló en un programa de televisión que se inyectaba su propia orina para luchar contra las alergias. Y lo pinta como una modernez al matizar que en las fiestas de Hollywood los famosetes se mean por vasos y jarrones y después se intercambian tragos. Si esa es la cura, prefiero estornudar hasta que reviente.

Neil Young no estornudó demasiado en el último concierto de The Band, el mítico The Last Waltz. Solo esnifó. Hasta tal punto que cuando salió a tocar «Helpless» llevaba un trozo de coca perfectamente visible saliendo de su fosa nasal izquierda (parece un diagnóstico de *CSI*, lo sé). Todo el mundo tocaba palmas hasta que Robbie Robertson lo vio en el vídeo. Como en el 76 no había muchos ordenadores, tuvo que borrar las pruebas con un Rotoscopio, y le salió la fiesta por unos cuantos miles de dólares. Robbie siempre lo recuerda como «la cocaína más cara que he

comprado», y si te fijas en el concierto se ven restos y sombras por la nariz del amigo Young.

Esta historia es de las que te hace gracia si te la cuentan, pero no tanta si la has vivido en primera persona. Si alguno de vosotros tuvo la suerte de tomarse una cerveza con los **Ramones**, es bastante probable que hayáis bebido el pis de Johnny o de Marky. Una broma privada que tenían entre ellos era mear dentro de botellines y dárselos a beber a la gente que no formaba parte del grupo.

Vince Neil es pionero en un truco infalible para que no te pillen cuando has echado una canita al aire. Cuenta que en sus años locos (que viene siendo hasta ayer), cuando le ponía los cuernos a alguna de sus mujeres o novias, al terminar el acto se iba a comer unos burritos de huevo con la susodicha y metía el pene dentro del burrito. Pensaréis que lo hacía por gusto, pero nada de eso. Dice que era para eliminar rastros. Si al llegar a casa la parienta le decía que le olía el pichín a huevo, siempre podía decir que se le había caído un burrito en los pantalones. Hay que tener huevos, en los dos sentidos.

Sting hace coros en el «Money For Nothing» de Dire Straits, cosa que no le pega mucho. Pero menos pega que **Steve Ray Vaughan** sea el guitarrista el «Let's Dance» de David Bowie, y las dos son completamente ciertas. **Bowie**, el hombre que siguió una dieta compuesta solamente de leche, cocaína y pimientos. Por si os estáis preguntando si la dieta era efectiva, durante esos meses guardaba su propio pis en botellas, y las metía en la nevera para que «los hechizeros no pudieran robarlas». Vosotros mismos.

Otro que guardó cosas fue Anthony Kiedis, de Red Hot Chili Peppers. En una de sus primeras giras, y con la visión comercial que se necesita para esto del rock and roll, se afeitó todo el vello púbico, lo metió en una bolsa y lo colgó en el stand de camisetas del grupo con un cartel: «Vello púbico de Anthony: 20 dólares». No vendió ni un pelo, pero el público se pasó todo el concierto imaginando cómo estaba eso debajo de los pantalones.

Ninguno de nosotros seríamos «Born to be Wild» si la iniciativa de Peter Fonda hubiese tenido éxito. El actor le pidió a **Bob Dylan** que compusiera un tema para *Easy Rider* y el «genio» de Dylan agarró una servilleta y escribió «La balada de Easy Rider», que empezaba tal que así: «El río fluye hacia el mar, donde vaya el río quiero ir yo, fluye, río, fluye». Cuando Fonda acabó de leerlo, se lo pensó un pelín mejor, y pasó de que su amigo le hiciera la canción principal de la película.

Parece de coña, pero es completamente cierta.

27
Asaltacunas

«Voy a ir al infierno. Y estaré allí tocando el piano».
JERRY LEE LEWIS

Cruzar la frontera de los 18 años para abajo ha sido frecuente en el rock.

Te bajas de un escenario. El baño de multitud ha durado como dos horas. El público ha estado coreando los temas que compusiste en Dios sabe qué circunstancias. Ha habido aplausos constantes, has visto cómo todo el auditorio ha vibrado con tu música.

En algunos casos, varias piezas de ropa interior de chica han volado hasta el escenario y has visto hasta donde te dejaron los focos las expresiones de adulación y entrega de las fans de las primeras filas. Además te vas a llevar un dinero cuando bajes del escenario. Todo esto te infla el ego más que a los neumáticos de tu deportivo. Y en ese estado, ¿le vas a pedir la documentación a una chica a la que querrías devorar para comprobar que tiene la edad permitida?

Es difícil hilar tan fino, ser tan precavido, con lo cual pasas de todo y no te lo piensas. En algunos casos, suponemos que en la inmensa mayoría y de los que no tenemos noticias, el romance no trasciende más allá de lo que experimentaron quienes lo vivieron, pero en otros la cosa ha llegado mucho más lejos, hasta el punto de engordar la más que pintoresca historia del rock.

Músicos que tuvieron un lío con chicas menores y que se ganaron el calificativo de «asaltacunas» son varios, pero sin

quebrantar la ley la diferencia de edad entre un tipo del rock y su pareja femenina a veces es más que notable.

Yo mismo solo he tenido parejas con dieciocho años menos que yo. No sé si eso me hace comprender mejor a quienes trabajan en mi mismo universo. Aunque, claro, los ceros de su cuenta nada tengan que ver con los rojos de la mía.

La última aventura que se le conoce a Mick Jagger fue con una chica de 27 años cuando él ya era técnicamente bisabuelo y marcaba 70 tacos. Esto fue pocos meses después de que se suicidara la que había sido su novia durante trece años. En una interpretación exagerada de aquel viejo refrán «mancha de mora con otra mora se quita», el cantante de los Rolling Stones recomponía su situación sentimental con una bailarina de ballet; había 43 años de diferencia en la pareja. Esto socialmente puede ser aceptado como una excentricidad más por parte de un tipo que lleva cincuenta años dando carnaza informativa tanto a los medios de rock como a los de información general. Vamos, que de Jagger se puede esperar cualquier cosa.

«Mick no cambiará nunca» declaraba la hermana de su difunta novia. Habría que añadir que esta frase hecha venida de la que fuera «cuñada» de Mick era lo más suave de sus comentarios hacia el cantante. Pero también hay que decir que fueron hechos después que su difunta hermana la desheredara totalmente y dejara sus bienes al líder de los Stones. Que Jagger se enrolle con una chica mucho más joven que él me aleja del meollo de este capítulo. Y el meollo son los tipos del rock que tuvieron algún lío con menores cruzando hacia abajo la barrera de los 18.

Chuck Berry

El que peor parado ha salido de estas movidas ha sido Chuck Berry. El hombre que cuenta con el reconocimiento de todos, posiblemente el que de verdad inventara el circo del rock, también fue pionero en

tener problemas venidos por sus líos con una chica muy joven. Berry siempre fue un currante y un emprendedor y lo que sacó de su música lo invirtió en negocios más tangibles y también en propiedades inmobiliarias. En su propia ciudad, San Louis, montó un garito en el que blancos y negros tomaban sus tragos y se lo pasaban bien sin movidas entre ellos. El club se llamaba The Bastand's y funcionaba bien.

En esto, Berry se va a tocar a una ciudad de Texas, Juárez, y allí conoce a una chica apache que le asegura que tiene 21 años. No hay que ser muy listo para interpretar que Berry y la india tuvieron un lío. Esto no hubiera tenido trascendencia, solo que suponemos que el músico querría que aquello continuara y propuso a la chica que se fuera a currar al Bastand's de San Luis. La chica se fue con Berry y no mucho después fue detenida por haberse integrado en el colectivo laboral más antiguo de la historia. Consecuencias: el creador de «Johnny B. Good» al trullo.

Janice Norine Escalanti, aquella chica de ascendencia piel roja, pasaría a la historia por ser una de las primeras mujeres en complicarle la vida a una estrella del rock. Chuck Berry pasó como unos tres años a la sombra, a la sombra de un penal de San Louis donde fue condenado por hacer que una mujer traspasara la frontera del estado con fines inmorales; por taxista de lumis, vaya.

Mientras Chuck boxeaba y hacía música en la cárcel, los grupos británicos invadían América, grupos que en su mayoría habían mamado toneladas de la música de Chuck Berry. No es de extrañar que el guitarrista, cantante, compositor y creador del paso de la oca (bailecito sobre una pierna perpendicular al público mientras toca la guitarra; por cierto, Angus, ¿eso lo haces tú, no?) saliera del maco con el humor cambiado, aunque con ganas de dar batalla en el rock and roll, porque contra las leyes de los blancos ya vio que no era posible. Los comentarios del juez que le condenó tenían una carga racista tan grande que sirvieron de presión a la defensa para que la condena del negrito de la guitarra fuera rebajada.

«My Sharona»

La cárcel no ha sido siempre el destino final de las relaciones de músicos del rock con chicas menores. Más bien, suponemos, debe de haber sido un porcentaje mínimo. Y también es cierto que muchas relaciones con desequilibrio de edad dieron parejas estables, con historias de final más o menos feliz.

Un cantante nacido y criado en el estado de Michigan, afincado en California, Doug Fieger, grabó discos con bandas que no fueron más allá de una explosión inicial, produjo discos para grupos con los que nada tenía que ver, se integró brevemente en una banda progresiva alemana y así hasta que encontró su sitio bajo el sol. Lo hizo en un grupo llamado The Knack, junto con el guitarrista Berton Averre.

El único tema de este grupo que consigue mantenerse vivo tiene una singular historia detrás. Fieger entró un día en una tienda de discos de Los Ángeles, donde trabajaba una más que atractiva muchacha llamada Sharona, una morena de 17 años que vuelve loco al cantante. Fieger conquista a la chica componiendo un tema que encaja perfectamente con un *riff* de guitarra creado anteriormente por el guitarrista del grupo Berton Averre; finalmente el tema lo hacen llamar «My Sharona».

Doug tenía 25 años, solo ocho más que la chavala, y el romance dura tres años. Después, la pareja se deshace. Doug muere los 57 años en la ciudad donde nació el romance y hoy día Sharona Alperin es la propietaria de una agencia inmobiliaria que tiene como marca el título de aquella canción, que, por cierto, en su momento estuvo seis semanas seguidas en lo más alto de las listas y fue uno de los más grandes éxitos de 1979.

Aunque la historia de amor no duró mucho, Doug y Sharona siguieron siendo amigos y ella lo visitaba con frecuencia en sus últimos meses, hasta que llegó el final.

Little Richard

Los recuerdos que conservan los *rockstars* sobre las adolescentes que pasaron en algún momento por su vida son profundos. «La Loca» Little Richard, aquel negrito de Georgia que empezó a meterle plumas y bisutería al rock and roll, y que después protagonizaría una de las más sonadas conversiones religiosas del rock, hablaba así de Audrey Robinson, una adolescente que después se convertiría en bailarina exótica con el nombre de Lee Angel, con la que Richard compartió mansión en una zona rica de Los Ángeles: «Angel era una amante maravillosa, haría cualquier cosa que me excitara, incluyendo tener relaciones con otros hombres mientras yo miraba. Yo la amaba y ella me amaba, ella era como un imán».

Definitivo: las chicas jóvenes dejan huella.

Keith Richards

Placer aunque también pesadillas han sido las menores para los músicos de rock que alcanzaron la fama. Keith Richards, el guitarrista de los Rolling Stones, describe en su autobiografía cómo el pánico le atenazó muchas veces, sobre todo al principio, cuando el ascenso a la fama por parte del grupo londinense ya era un hecho. Richards cuenta cómo se quedó atrapado entre un grupo numeroso de adolescentes, crías que se morían por algo diferente en la Inglaterra de comienzos de los 60. Cuenta cómo casi le matan. «Oleada criminal e imparable de lujuria»: así es como califica el viejo lobo del rock a la actitud desbordada de aquellas chiquillas que formaban la sección femenina de la stonemanía.

Richards se describe a sí mismo como comprensivo, amable, hospitalario y casi papaíto en unas circunstancias en las que varias

fans esperaron horas y horas delante de su hotel, tratando de conseguir un contacto directo físico o visual con sus ídolos. Richards narra que después de recibirlas, proveerlas de toallas e invitarlas a café «bautizado con bourbon», pidió un taxi para que las devolviera a casa.

No me extraña en absoluto que el pirata de los Rolling actuara así; lo que me falta en ese tramo de su biografía es saber cuántas veces otras chicas pertenecientes a aquella misma oleada de fans amanecieron en su hotel.

Syd Barrett

«Good Morning Little School Girl» y «Sweet Sixteen» son solo dos títulos ilustrativos de temas de rock obviamente inspirados en adolescentes. Pero ha habido otros temas no tan explícitos que también han tenido la misma fuente creadora.

Syd Barrett, el que fuera fundador de Pink Floyd, el hombre que hiciera nacer una de las bandas más especiales en la historia del rock, también recibió inspiración generada inconscientemente por una chica menor. «See Emily Play» es un tema de los Floyd que significó el segundo single de aquella banda psicodélica que se abría camino en el rock británico de la segunda mitad de los 60.

El tema, que más tarde se incluyó en el álbum debut de Pink Floyd *The Piper at the Gates of Dawn*, fue considerado por el Salón de la Fama del Rock and Roll como uno de los quinientos temas que dieron forma al rock.

Syd Barrett consumía LSD en dosis cada vez más altas por aquellos tiempos, lo cual le llevaría a la salida del grupo, a la autodestrucción mental y física y finalmente a la muerte, aunque no necesariamente por este orden. Las alucinaciones producidas por el ácido lisérgico, junto al talento desbordado del guitarrista, produjeron grandes capítulos en la historia de los Floyd, y uno de ellos fue este tema, «See Emily Play».

Según Barrett, después de un concierto en el norte del país, una mañana, tras haber dormido bajo las estrellas, vio a una niña caminando y bailando desnuda en el bosque. Verdad o no, el tema es una hermosa pieza que rezuma el psicodelismo ingenuo de la época, aunque tamizado con fragancias pop.

Jerry Lee Lewis

La cárcel no ha sido la peor pesadilla para los pioneros del rock and roll cuyas andanzas con menores les hicieron pasar momentos duros. Jerry Lee Lewis, la gran bola de fuego, también llamado The Killer, no se ha significado por su adversión a pasar por la vicaría, qué va. Lo ha hecho en siete ocasiones. La última en 2012, esta vez con la mujer de un primo suyo, lo cual no generó más que lógicas movidas familiares y un descojono general en el periodismo rock. Esto ocurrió cuando el músico contaba con 76 años y, más allá de la atención que trajo la noticia, el mundo dejó que la pareja comiera perdices.

Pero no fue siempre así en los matrimonios del Killer. En 1957 Lewis acudía por tercera vez al altar. Con los dos patitos (22 años) el pionero del rock and roll da el «sí quiero» a su prima de 13 años Myra Gale Browm. La chica era hija del contrabajista de su banda y, aunque se casaron en secreto, nada oculto debía de haber en su

círculo más próximo. Tiempo de vino y rosas en la pareja, hasta que unos meses después Jerry Lee Lewis se va de gira a las inglaterras y en el mismo aeropuerto de Heathrow el músico entra en el pajar y se clava la aguja.

El único reportero que acudió a recibirle se entera allí mismo del matrimonio. Uno: con su prima. Dos: de catorce años.

¿Quién coño va a hablar de rock and roll teniendo un escándalo de ese calibre? Recordemos que era 1958 y aunque Inglaterra era otro mundo muy distinto al nuestro (allí no tenían a Paquito), el conservadurismo imperante sacaba sus garras. Tras propagarse la noticia, se anularon 34 de los 38 conciertos previstos y en alguno de ellos se tuvo que comer las lindezas que los espectadores le propinaban.

No sé si el término «asaltacunas» tendrá traducción, también ignoro si existía en aquel tiempo, pero de haber sido así, de ahí para arriba fueron los «elogios» que la gran bola de fuego se habría llevado del reino de su majestad.

Vale que Inglaterra para los ingleses, aunque cancelar 34 bolos a unos 10.000 dólares por noche no debe ser para hacer una fiesta. Pero peor fue la vuelta a casa. Lo de la jovencita, por muy casada que estuviera, se propagó a la gran América y las emisoras de radio vetaron los discos del rockero. Es aquí donde debo añadir aquello de que «en todas partes cuecen habas».

Residiendo a *full time* en la lista negra de las radios, comenzaron los negros tiempos para el pianista, que casi desaparece de la escena musical. Su compañía discográfica le jugó una horrible baza haciendo circular una entrevista manipulada con declaraciones sobre el asunto.

Aunque siguió grabando, sus conciertos pasaron de facturar 10.000 dólares por noche a 250 y de tocar en recintos de los de sacar pecho pasó a hacerlo en pequeños clubes y cantinas. Incluso se planteó el editar discos bajo pseudónimo, pero la forma tan personal de tocar el piano le descubrió y el invento no coló.

Poco a poco fue resurgiendo hasta convertirse en lo que hoy es: una de las leyendas con más brillo en la historia del rock and roll. Pero supongo que en aquellos tiempos se arrepentiría más de una vez de no haber buscado una chica de más edad.

Bill Wyman

Hoy en día Mandy Smith es una madurita de las que hacen volver la cabeza, pero había que verla con 16 años: la chica era irresistible. La portada de su single «Victim of Pleasure», con hebras de su rubia melena saliendo de una de esas gorras abombadas británicas, liberando una mirada de oculto temor (justo lo que se espera de una adolescente), se paseó por toda Europa captando atenciones al primer golpe de vista.

Mandy Smith fue, como decimos, esa jovencita irresistible que hizo perder la cabeza al exRolling Bill Wyman. Mandy se iba de marcha con su hermana Nicola a lugares de postín en Londres con la idea de conocer famosos y conseguir ser modelo. La irresistible «nueva Lolita» se puso el mundo por montera y se echó a rodar como las piedras de las que venía su novio.

Parece ser que la familia de la criatura tragaba con la relación y, aunque hubiera broncas, el vendaval se paraba cuando la niña aseguraba que acabarían casándose. Y así fue. Lo hicieron cuando ella tenía 18 años, y el fragor de la batalla había pasado.

Mandy apareció en espectáculos y programas de televisión británicos, ejerció de modelo y por supuesto cantó. Consiguió varios premios, aunque nada que ver con el Nobel, el Oscar o los Grammy.

La revista alemana *Palomitas* la erigió como la segunda cantante más atractiva. Más adelante, en el 95, quedó la nº 72 de entre las 100 mujeres más atractivas del mundo según la publicación para hombres *FHM*. Pero el gran logro de la preciosa Mandy Smith es haber sido elegida Trasero del Año en Gran

Bretaña. Esto ocurrió en el 94, cuando ya estaba definitivamente divorciada de Wyman.

El hecho de que una niña, por muy crecidita que estuviera, tuviera un rollo con un Rolling Stones a finales de los 80 ya no era carnaza para la prensa sensacionalista sino para la del corazón. Los escándalos de décadas pasadas con drogas y chicas a cargo de los Rolling estaban asumidísimos. Por esto y por la complacencia familiar de la chica, Wyman debió dormir tranquilo mientras duró el romance. El único incordio para el bajista fue su propia novia. Según cuenta, acordaron casarse por teléfono y, cuando la criatura arrancó el compromiso al músico, ella aceleró la fecha: «Nos casaremos cuanto antes, este verano cuando vuelvas a Inglaterra».

Bill Wyman aceptó y Mandy se lo dijo a todo ser humano que se cruzara en su camino, empezando por su compañía de discos. Paparazzis volando al Caribe, y no pocos. Los Stones estaban en la isla de Monserrat grabando el que sería su siguiente disco *Steel Wheels* y, para no tener que aguantar persecuciones y agobios, aparcaron la grabación un par de días, que Wyman aprovechó para parar los pies a la prensa.

A la vuelta se casaron; fueron todos los Stones con sus parejas. El matrimonio viajó de luna de miel a Vence, en la Provenza. Poco más de un año y medio después, la pareja se separaba, y tras unos meses Bill Wyman dejaba su sitio en los Rolling Stones.

Jimmy Page

Resistir la tentación de lolitas revoloteando y con ganas de fiesta privada no es fácil. Y no es que los músicos lo hicieran en absoluto, pero también hay que reconocer que se lo ponían en bandeja.

Sable Starr fue proclamada como la reina de las *groupies*; *groupie* es la persona que busca intimidad emocional y sexual con un músico (al principio esta definición finalizaba con la palabra

«famoso», pero como ahora hay tantísimos grupos en el mundo, esa palabra sobra).

El radio de acción de Sable era el circuito rock de la ciudad de Los Ángeles y su época la década de los 70. A ella y a su hermana Corel las llamaban «las niñas», es fácil imaginar por qué; a las dos las buscaban los músicos cuando llegaban a Los Ángeles. Con 14 años comenzó su carrera y en pocos meses había cosechado buenos ejemplares para su currículo; a saber: los cuatro miembros de Led Zeppelin, David Bowie, Mick Jagger, Rod Stewart, Marc Bolan y Alice Cooper, entre otros. Con 16 años y después de haber llegado a la cima del ambiente *groupie*, se fugó de casa con el guitarrista de los New York Dolls, Johnny Thunders.

Pero no fue la única *groupie* menor que pasaría a la historia. Compañera de correrías de Sable fue Lori Maddox, una preciosa criatura morena de pelo ensortijado, grandes ojos y labios sugerentes. Se dice de Lori que perdió su virginidad en un trío con David y Angela Bowie.

Jimmy Page vio unas fotos de la chica y la siguiente vez que aterrizó en Los Ángeles, el guitarrista de Led Zeppelin no paró hasta conseguirla. Lo intentó y lo volvió a intentar hasta que su obsesión le llevó a pagar a su *manager* para que, literalmente, la secuestrara y la llevara a su hotel.

El síndrome de Estocolmo debió de ser grande para la morena, que pasó dieciocho meses con el guitarrista. Jimmy se superó a sí mismo y en ese tiempo hizo más virguerías para ocultarla en los hoteles de las que hacía con la guitarra. A todo esto, la madre, encantada, llegó a decir que Jimmy le parecía un caballero.

Y es que la complicidad de las familias ha sido vital para que algunos *rockstars* no hayan pasado por problemas más gordos.

Ted Nugent/Steven Tyler: tutores legales

Para evitar situaciones más que incómodas, Ted Nugent, el fiera de Detroit, el guitarrista que come carne cruda, el número uno de los reaccionarios y fachas en el rock, se las apañó con la familia de una preciosa hawaiana llamada Pele Massa para que le concediera la tutoría legal de la chica y así no tener que pasar por sonrojos y dificultades cuando le acompaña de hotel en hotel durante la gira. Las leyes americanas no les permitían casarse: él tenía 30 años y ella 17. El mismo Ted Nugent debió ser el que le dio la idea de «la custodia legal» a Steven Tyler, el cantante de Aerosmith.

Este se enrolló con una chica a la que en su biografía llama Annie Oral. Casi se casa con ella, pero no llegó tan lejos. Según cuenta el propio Tyler, fue a dormir un par de noches a casa de la chica y a los padres les cayó tan bien que le dieron los papeles para que el cantante no tuviera líos con la ley al sacarla del estado.

Jamás diré yo que los músicos de rock en aquella época eran unos angelitos; ahora la historia es muy diferente. Por supuesto que habrá líos de cama con menores, pero el entorno es distinto. Por ejemplo, hace dos décadas Iron Maiden tuvo la ocurrencia de que fans de la banda subieran al escenario durante uno de los más populares temas del grupo para cantar el estribillo de una canción.

En un concierto en Madrid alguien me vino para que intercediera ante el grupo inglés. Un chico que había sufrido un accidente y estaba en silla de ruedas quería tener ese momento de gloria cantando con ellos. Hablé con el *tour manager* y su respuesta es que no podía ser porque no tenían incluido en el seguro sillas de ruedas. Si las grandes bandas se la cogen con papel de fumar hasta esos límites, qué cuidados no tendrán a la hora de que una menor llegue hasta la habitación de un músico y una denuncia a la mañana siguiente pueda parar la gira.

Por supuesto, hay otro circuito menor en el rock con conciertos en salas más pequeñas en las que el contacto es más posible y la proximidad entre grupos y seguidoras es más cercana. Quizá sea más fácil en ese entorno que historias como las que estoy contando

se produzcan; bueno, de hecho se producen, solo que ahora tienen menos trascendencia.

Janis, Tina, Marianne

Pero también está el otro lado, el de las chicas. Las chicas que llegaron a tener un estatus en el rock y que no miraron jamás su fecha de nacimiento a la hora de tener un lío con quien quisieron. No me refiero a *groupies* ni a muchachas con el corazón fulminado por algún guitarrista, cantante o batería. Hablo de nombres de mujeres con peso en la historia del rock, como Janis Joplin, Tina Turner o Marianne Faithfull.

Una descendiente de aristócratas que fue novia de dos Rolling Stones además de otras celebridades del rock y que ha conseguido su propio estatus en esa industria confiesa en su biografía que «era una chica abierta a todo» cuando frecuentaba míticos clubs londinenses como el Marquee o el Ronnie Scott. La moda, el zen, Nietzsche, las drogas psicodélicas y por supuesto el rock and roll constituían un mundo distinto que calaba en una nueva generación.

Los coetáneos londinenses de Marianne estaban creando a sabiendas un nuevo epicentro para el planeta. Un universo que a nosotros nos quedaba más lejos que la galaxia Casiopea. Aquí estábamos comiéndonos a toneladas los efectos de la dictadura de Paquito. Pero a dos horas de avión había otro mundo. Un mundo en el que una angelical criatura rubia, apellidada Faithfull, conoce al cantante de los Rolling Stones con 17 años. Jagger se enamoró de la chica y ella comenzó a inyectarse heroína y a tirarse a todo lo que tuviera algo colgando en el arco del triunfo.

Tina Turner, ese ciclón sobre el escenario, ese bombón de chocolate negro, esa voz que todos identificamos sin la mínima duda, la mujer que no tuvo problemas en contar al mundo los maltratos sufridos, ni tampoco en sacarles partido, esa artista inteligente que dosificó su carrera con un cálculo envidiable, conoció

a su mentor, marido y opresor con 17 años en el club Manhattan de San Louis. Pero su primer hijo no lo tendría con él. Tres meses antes de cumplir los 19 dio a luz a Craig, que nació del noviazgo de la cantante con uno de los chicos de la banda de Ike Turner, que en aquellos tiempos se llamaba Kings of Rhythm. Esto fue antes de emparejarse con el hombre que la auparía en el negocio del rock and roll y que golpe a golpe conseguiría hacer de Tina una de las mujeres más fuertes y decididas de su época.

Ni Sherlock Holmes al frente de toda la legión de detectives infalibles que han hecho historia en la literatura serían capaces, trabajando en equipo, de dar con el día en el que Janis Joplin perdió su honra. Aunque tan preciado momento parece situarse con una Janis de 15 años en Port Arthur, la comunidad en la que la voz única, irrepetible y fascinante de mujer en el rock moldeaba su personalidad y sus maneras de vivir.

Aquella chica que vestía tejanos y camperas, que dejaba enmarañar su melena, que asistía a clases extras de redacción, que escuchaba discos de Leadbelly y que no se cortaba a la hora de responder a los tontos de su entorno con lindezas del tipo «paletos y gilipollas», a la vez que les ofrecía una buena ostia si seguían agobiándola. Aquella Janis que con 14 o 15 años se movía por los pocos garitos de Port Arthur, en los que máquinas de discos y clubes de moteros daban una mínima pincelada de distinción a una población más que carca.

Por allí surgieron los primeros amores de la Joplin y por allí y por entonces dejó de ser niña. Después vendría su traslado a California, con el consentimiento, apoyo y dinero de sus padres.

Todo lo demás ya es historia, una historia diferente a la de Janice Escalanti, Sharona Alperin, Lee Angel y las demás «heroínas» de este capítulo.

Gary Glitter

Para mí, el más significativo de los casos de *rockstar* con problemas por haber tenido líos con menores ha sido sin duda el del británico Gary Glitter.

Glitter tuvo un sonado impacto en los 70 con un tema llamado «Rock and Roll». Básicamente, el tema era una potente base de ritmo con la voz del cantante apareciendo poco más que en los estribillos interpretando el título del tema. El ritmo machacón que llevaba le abrió las puertas de las pistas de baile y así cubrió dos frentes del negocio de la música, el de las discotecas de la época y el del rock.

Trajes blancos con pedrería reluciente era su imagen. Algo así como una evocación cutre de la última etapa de Elvis. Con remixes del tema y con otros cuantos discos siempre de imitación a sí mismo, Glitter consiguió sobrevivir en las siguientes décadas, aunque siempre con problemas de relaciones desajustadas de edad. Hasta que al final sus problemas fueron realmente importantes al ser denunciado por prácticas sexuales con menores en Asia.

Posiblemente, uno de los delitos más deleznables que puedan existir lo cometió reiteradamente Glitter en países donde un puñado de dinero occidental puede llenar los estómagos de toda una familia durante un buen periodo de tiempo. Glitter utilizó su estatus para conseguir la carne fresca de niñas asiáticas.

Las autoridades lo deportaron y, tras un rosario de países que no le dieron asilo, finalmente recaló en Londres, donde le destaparon sus andanzas con menores junto a un fallecido disc jockey de la BBC.

Historias diferentes de chicas diferentes con el punto de unión de que empezaron jovencitas el camino del amor, aun a costa de que a sus compañeros de viaje algún día alguien les llamara «asaltacunas».

28
Rock en El Vaticano

«El Vaticano te quita el aliento».
JOE ELLIOT, Def Leppard

Hemos visto conciertos en todas partes: en campos de patatas convertidos en recintos, en prados donde habitualmente pastan vacas, en estructuras de diseño y arquitectura de vanguardia, en rancios teatros, en iglesias desacralizadas, en la arena de la playa mientras Scorpions daba un concierto dentro de una de las plataformas en las que se reparan los barcos, en tugurios, casas de cultura, casas ocupadas, pero nunca en El Vaticano. Seguimos teniendo pendiente esa experiencia.

Es de suponer que no lo tenemos fácil, pues de rock precisamente no hay muchos conciertos en el epicentro de la cristiandad. Aunque estuvimos a punto de hacerlo en diciembre de 2014, solo que el ritmo de vida que nos impone el programa de radio que hacemos cada mañana en Rock FM y, ¿por qué no decirlo?, la pasta que significaba un fin de semana en Roma en diciembre no

resultaba rentable, pero sí estuvimos cerca. ¿Quién iba a tocar allí? Patti Smith.

Patti Smith fue uno de los vendavales del rock en los 70. Su aureola de consumidora de drogas duras (aunque en entrevistas de la época ella manifestara que era demasiado frágil para consumir esas sustancias), sus supuestos flirteos con músicos de rock y los primeros versos añadidos en una versión a un tema de Van Morrison la convirtieron directamente en un totem.

Debutó con un álbum llamado *Horses*, toda una llamada de atención para la época. El disco se abría con una versión musicalmente casi calcada (pero muy diferente en la letra) a la original que Van Morrison había grabado con su primer grupo Them allá por 1964. Once años después, el rock había cambiado más que los precios de la gasolina. Además de buenos músicos, discos y temas, se necesitaban artistas de fuerte personalidad, de una impactante imagen. Y en esto aparece Patti Smith, una simple foto en blanco y negro con una chica delgada y una camisa blanca.

El álbum se abría con unos acordes de guitarra que sostenían una voz desdeñosa cantando: «Jesús murió por los pecados de alguien, pero no por los míos». Una reacción impensable caía del cielo al complejo de culpabilidad que la humanidad entera arrastra desde hace 2.000 años. Aquellos versos rebeldes hacia uno de los dogmas más fornidos de la Iglesia católica hacían comenzar una leyenda.

Todo el desmadre neoyorquino atribuido a la vida de Patti se acaba cuando la delgaducha cantante se une sentimentalmente al guitarrista Fred Sonic Smith. Se retiran del mundanal ruido, se van a Michigan y se dedican a la familia, la poesía y la música. Tuvieron dos hijos y entre ambos hicieron parir el álbum *Dream of Life*.

Tras la muerte de Fred, Patti volvió a la escena convertida en una respetable mujer de rock con actitudes humanistas, progresistas y espirituales. Cedida por El Vaticano, circuló una foto que captaba un pequeño encuentro de Patti Smith con el papa Francisco en uno de los muchos acercamientos del papa a la gente. Desde entonces,

la poetisa y cantante neoyorquina comenzó a proclamar a los cuatro vientos su deseo de cantar en El Vaticano. Y lo hizo el 13 de diciembre de 2014 en el tradicional espectáculo musical navideño de la sede vaticana. Este encuentro de artistas se hace en el Auditorium Conciliazione, que sí, está en terrenos de la sede católica pero que no forma parte de los salones frecuentados por el papa. Cierto que Patti encabezaba el cartel de los artistas que actuarían ese día. Junto a la americana aparecía el productor y DJ francés Bob Sinclair, un colaborador de Steve Edwars, un cantante americano que no conozco de nada y una lista interminable de cantantes italianas. Por cierto, que se esperaba la presencia de sor Cristina, la monja que se hizo famosa versionando a Madonna, pero no estuvo.

Con ese cartel y con lo torpe que somos comprando billetes por internet y con los precios para el festival benéfico, que iban desde los 75 hasta los 250 euros en «poltrona numerata», desistimos de estar allí.

Pero Patti Smith sí estuvo. Los medios atribuyeron el concierto de Smith a una invitación personal del papa a la que ha sido denominada «madrina del punk». Hubo sectores en contra por considerar a Patti Smith blasfema. Ella respondió que aquellos versos que la crucificaban los grabó con veintitantos años. Suponemos que la comprensión del papa hizo posible el concierto.

Poeta, icono feminista, nombre histórico en el rock… Patti Smith, a sus 66 años, mantiene una actividad en la que se funde su trabajo con su actitud. Actitud de buen rollito cósmico y terrestre. Y aquí en la tierra, sin Francisco presente pero con cardenales y con cámaras de televisión, cantó el «People Have the Power» para un papa que esperemos que no se lleve dos tiros después de la que está liando.

Pero El Vaticano no es la primera vez que abre sus puertas al rock, o al menos a personajes colindantes. B. B. King, el hombre que ha llevado el blues a las cotas más altas de popularidad y reconocimiento, también pasó por El Vaticano. Fue en un concierto

de Navidad en 1997. King tocó blues para Juan Pablo II. Jamás los negritos que recogían algodón en el delta del Mississippi pudieron pensar que alguien nacido de los suyos tocaría sus cánticos al Santo Padre. No solo tocó blues, le regaló su guitarra, la famosa *Lucille*.

No fue la primera *Lucille*, aquella que B. B. King rescató de un edificio en llamas (que se habían producido a consecuencia de una pelea entre dos hombres por una mujer llamada Lucille). Desde entonces, el capo del blues llamó así a todas sus guitarras, pero parece ser que la que le regaló llevaba con el músico más de medio siglo y en aquella Navidad el músico se convirtió en Baltasar y le regaló al pontífice algo con lo que muchos mortales hubieran soñado.

La fascinación de B. B. King por el liderazgo espiritual y humano del papa polaco era tan grande que llegó a decir de él que representaba una luz para todos. Eso lo dijo a la prensa como tres años después, cuando el negrito maravilloso volvió a Italia para una serie de conciertos. En aquellas declaraciones dijo que personas cercanas al papa le habían contado que algunas veces el sucesor de Pedro había tocado algunas notas con su guitarra.

Aquel fue un concierto muy ecléctico: los portugueses Madredeus, la actriz italiana Monica Vitti, la banda irlandesa de los hermanos Corr (qué guapas eran las tres chicas), un estándar de la música italiana, Massimo Ranieri, una soprano búlgara, la histórica francesa Mireille Mathieu, un grupo folclórico chileno y alguien más.

El concierto se hizo con fines benéficos y evangelizantes, pues con el dinero recaudado se pretendían construir cincuenta nuevas iglesias en la periferia de Roma. Tras el emotivo festival, en una breve recepción papal, B. B. King le entregó a Juan Pablo II la guitarra con un simple: «Feliz Navidad y muchas gracias».

La idea de que el blues era música del diablo porque Robert Johnson, uno de los hombres que dio origen al blues, había vendido su alma al diablo en un cruce de caminos, quedaba fulminada al recibir el papa aquel maravilloso instrumento bautizado como

Lucille. Posiblemente, este simple acto del músico de color haya sido el momento de máximo acercamiento entre la cultura de la música eléctrica y el líder de la cristiandad.

Karol Wojtyla, en su labor apostólica de acercar a Cristo a todos los confines de la tierra y a todo ser humano, no tuvo demasiados remilgos en convivir con el rock o al menos con el rock cercano a la Iglesia. En Sídney (Australia), la tierra de AC/DC, se pudo ver a Juan Pablo II meciéndose a ritmo de rock and roll junto a un coro juvenil y a otros mandatarios eclesiásticos en noviembre de 1986. También lo hizo en su tierra, Polonia, el 21 de mayo de 1995.

Creyentes o no, lo que todos tenemos en la retina con respecto al papa polaco es su esfuerzo por romper barreras, y las tuvo que romper incluso con el que fuera su sucesor, Benedicto XVI, en aquellos tiempos aún cardenal Ratzinger, cuando se opuso a un concierto de Bob Dylan, que no fue en El Vaticano sino en Bolonia, en un congreso eucarístico.

Dylan había vivido en pecado con Joan Baez, había tenido problemas con la heroína, fue uno de los profetas de la contracultura y, lo peor, había sido judío. En su larga andadura, Dylan ha cultivado casi todos los caminos: la música popular, el blues, el country, el rock, la música folk irlandesa y el Evangelio.

En 1970 Dylan dejó de ser el judío errante para convertirse en el cristiano de la gira eterna. Bajo el paradigma de su nueva fe nos llegó el álbum *Slow Train Coming*, donde venía una de las canciones más comerciales de Dylan en toda su historia, un reggae con letra inspirada en el Génesis, en la que el compositor deja su interpretación de cómo Adán fue dando nombre a cada uno de los animales.

Dylan proclamó su conversión en el 70, con lo cual, cuando surgió la posibilidad de participar en el concierto de Polonia, ya llevaba veintisiete años de cristiano por derecho. Debió pensarlo así Wojtyla porque finalmente el concierto se hizo. Las crónicas cuentan que 300.000 personas se reunieron y también que Dylan cantó

«Llamando a las puertas del cielo», más que apropiado para la ocasión. Hay que reconocer que Dylan lo tuvo a huevo.

El viejo cowboy de voz polvorienta, como alguien le llamó, había sufrido una fuerte afección cardíaca que nos tuvo en vilo. Se repuso, fue a Bolonia y cantó para el papa lo que él mismo había hecho unos meses antes (llamar a las puertas del cielo).

No tan sonada como las de Patti Smith, Bob Dylan o B. B. King fue la actuación de The Sun. Una banda que se había movido en el territorio del punk y que, como todas, había seguido el duro proceso de la supervivencia. Siete discos en estudio marcaban su historia hasta el 2010. Como máximo galardón en su currículo, un rosario de conciertos teloneando a grupos de más nivel venidos de fuera: los suavemente tenebrosos The Cure, los endulcorados Muse, los históricos Misfits, Nofx, Pennywise y hasta los españoles Ska-P compartieron escenarios italianos con un grupo que en aquel tiempo se hacían llamar Sun Eats Hours.

Una fuerte crisis interna surge en el grupo en los últimos años de la primera década del siglo XXI. La crisis se supera con la conversión al cristianismo del grupo, que canta en italiano. El título de su primer álbum con el nuevo sentido y el nuevo nombre lo deja todo claro: *Espíritu al Sol*. Prueba más que superada para que tuvieran el acceso a la Santa Sede.

The Sun pasaron a la historia el 6 de febrero de 2012 en el Aula Magna de la Universidad de Lumsa en Roma, a unos cuantos pasos de El Vaticano. El cuarteto abrió por primera vez la asamblea plenaria del pontificio Consejo para la Cultura, tocando ante cardenales y obispos de la curia romana. No todos aplaudieron el concierto, pero sí se les veía contentos. A los que no demostraron su emoción se les excusó diciendo que «sencillamente, por edad, no era su estilo». En el otro lado estaban los que consideraron el concierto «muy estimulante».

Las puertas de El Vaticano están abiertas al rock, aunque solo sea de visita. Mientras Bon Jovi se preparaba en Londres para dar uno de los más importantes conciertos de su gira «Porque

Podemos» en Hyde Park, el que había sido su guitarrista y fundador se hacía fotos con su hija en El Vaticano y las colgó en Twitter. Sambora, expulsado del grupo por problemas con el alcohol, es posible que estuviera buscando la redención.

La redención está llegando al rock. *L'Osservatore Romano* expresaba su perdón a John Lennon veintiocho años después de su muerte, por aquello que dijo en el 66 de que los Beatles eran más famosos que Jesucristo: «Suena solo como un alarde de un joven inglés de clase trabajadora que enfrentó un inesperado éxito». Vamos, que a Lennon se le había ido la olla y por eso lo dijo, pero que no hay que darle importancia. Una actitud condescendiente que lleva en sí una buena carga de perdón, y el perdón es una de las claves de la fe cristiana.

A estas alturas de la vida y de la historia, aún nos resulta llamativo el que El Vaticano, el papa, los cardenales o el sentir cristiano tenga simpatías por el rock. Pero me da la impresión de que debemos ir acostumbrándonos hasta que sea tan habitual como las mentiras de Rajoy.

Necesitaríamos un libro muy gordo para enumerar las posiciones cercanas y lejanas de la fe de Cristo con el rock y solo llegaríamos a una conclusión: hay tantos satánicos en el rock como los hay en los fontaneros, los policías y los médicos, y en el rock hay tantos creyentes como los hay en las azafatas, carteros o ingenieros aeronáuticos.

Al hombre, al género humano, le gusta complicarse la vida, darle muchas vueltas a las cosas, entretenerse con lo que sea. Marianne Faithfull, la novia de Jagger y de Richards, decía en su autobiografía: «¿Mick Jagger adorador de satán? Si acaso del satén». Por eso, porque quizá todo se simplifique con el tiempo, es por lo que nos encontramos con que el cardenal Gianfranco Ravasi, ministro de Cultura de El Vaticano, rindiera tributo a Lou Reed cuando el cantante murió. Lo hizo utilizando una de las más conocidas canciones del de Nueva York: «Perfect Day».

Y por si fuera poco, a Francisco le entrevistan en *The Rolling Stone* (edición americana), la revista de rock y de izquierdas más longeva de América, que manda a un redactor a El Vaticano para que entreviste al pontífice argentino. Vale que en la portada de la envidiable publicación hayan salido Obama o Bush, pero las que yo guardo en mi colección tienen en su escaparate a Mick Jagger, Axl Rose o Steven Tyler. En absoluto representantes de la vida monacal.

29
Rock en el palacio

«No suelo ser la persona más diplomática».
ROGER DALTREY, The Who

La soprano Nellie Melba en 1927 y la pianista Myra Hess en 1941 fueron las primeras mujeres venidas del mundo de la música que fueron condecoradas con la Orden del Imperio Británico. Bueno, una cantante de ópera y una pianista de nivel no chirrían tanto en palacio recibiendo medallitas. Pero otra cosa son los Beatles.

Los cuatro de Liverpool entraron en la Real Orden en 1965. Al imperio no le quedaban más narices que asumir la que los chicos de provincia habían liado en el mundo. El asunto es que el rock llegó a palacio, seamos serios. Le tuvo que tocar bien las pelotas a todos los «pelotas» reales tener que admitir en el club a aquellos muchachos que sin cortarse un pelo (nunca mejor dicho) vacilaron a la familia real británica en el Royal Variety Performance de 1963.

El Royal Albert Hall es un recio teatro londinense en el que el rock ha escrito varias páginas de su historia. El solemne edificio siempre estuvo abierto al rock y no solo para artistas en el escenario. En el reducido club de personajes ingleses con pasta que tienen su palco privado en el teatro está el guitarrista Jimmy Page, o al menos estaba la última vez que estuvimos allí. «Para nuestra próxima actuación quisiéramos solicitarle su ayuda. El público de los asientos baratos puede aplaudir y el resto simplemente agite las joyas», así marcaba diferencias John Lennon en el Albert Hall aquel 4 de noviembre de 1963 antes de tocar el «Twist and Shout».

El que The Beatles acudieran a aquella gala había levantado más que polvo en Inglaterra. A los chicos se les acusaba de lo de siempre, más o menos de vendidos, con lo cual la banda tenía que reaccionar. Tocaron dos de sus clásicos del momento y después Paul McCartney, como que un poquito nervioso, presentó «Till There Was You», una pieza con más azúcar que los barcos que iban de Cuba a la URSS. Después de aquello tenían que meterle caña. Eso sí, sin acritud, con simpatía y con una sonrisa en la boca y además con un encogimiento de cabeza propio de chicos traviesos.

La sonrisa real no se heló en el palco, pero uno de los brazos reales se movió. Un par de años después se dijo que los Beatles fumaron porros en palacio. Al fin y al cabo estaban en casa y la pasta que llevaban al imperio hacía que se les aceptara alguna jugada así.

Mucho más peligroso fue para los Beatles no ir a palacio el 24 de junio de 1966, comienzo de su gira asiática. El 3 de julio llegan a Manila y ahí está Imelda, la mujer del presidente. Pintamonas como pocas, a la chica de los mil pares de zapatos le da por recibir en palacio a los chicos famosos de la música. El grupo pasa, dicen que a esa hora estarán tocando. Dan el concierto, 80.000 filipinos se lo pasan en grande y al día siguiente se lía parda. En el periódico se informa del plante y el patriotismo sale a flote.

El promotor local les dice que ese agravio a la primera dama le da derecho a no pagarles. En el hotel donde estaban y en la embajada británica se reciben amenazas de bomba. En el aeropuerto, para largarles de allí cuanto antes, les piden impuestos por tocar y les hacen ir a pata hasta el avión. En el trayecto, un número más que respetable de filipinos cabreados les dicen de todo menos guapos, les escupen, les bambolean. Las crónicas de rock hablan de que Ringo se chupó un buen izquierdazo que lo llevó al suelo. También dicen las crónicas que los otros tres Beatles llegaron al avión escondidos tras un grupo de monjas. Después de aquello, el hijo de los Marcos se proclamaría fan de los Rolling Stones.

Sex Pistols no pudieron ir nunca a palacio y no sería porque no hablaran de la reina en sus temas, incluso la sacaron en portada en sus discos. Pero qué va, porque, claro, una cosa es que te digan que agites las joyas para meter bulla y otra que denominen a tu imperio fascista, aunque luego te deseen que Dios te salve, todo dentro de la misma canción.

Con lo cual los Pistols tocaron en el Támesis, que no era suelo inglés, mientras el Jubileo de la Reina se desarrollaba. A palacio no fueron, pero ¿para qué? Si de aquel barco sobre el Támesis salieron más calentitos que si hubieran disfrutado de la calefacción de Buckingham.

Ajenos al punk, los miembros de la familia real británica han seguido manteniendo su contacto con el rock, en algunos casos directamente. Lady Di, la princesa del pueblo (no veas cómo le gustaba salir en la tele haciendo caridades; eso sí, sin una arruga en el vestido, no sea que los pijos británicos se le suban a las barbas), asidua a conciertos, recibió varios homenajes musicales tras su marcha de este mundo vía túnel parisino.

Algunos sonados como el de Elton John, que cambió sobre la marcha la letra de un tema dedicado a Marilyn Monroe en su origen («Candle in the Wind», del álbum *Goodbye Yellow Brick Road*), considerado por muchos como el mejor disco del cantante de las gafas. La nueva versión, además de cumplir perfectamente el papel que se buscaba, consiguió vender 33 millones de copias en el mundo.

Hubo otros homenajes musicales a Lady Di, no tan sonados, pero ahí estaban. Palo Seco, grupo podríamos llamar punk de Alcalá de Henares (podríamos llamarlos punk y muchas más cosas), también hizo su homenaje a la princesa. En su disco no todo el monte es orégano. Hay un tema que lleva por título el nombre de la popular princesa. El tema tiene piano, como el de Elton John, aunque las voces no son tan melodiosas como la del cantante inglés, pero volvamos a Buckingham. La Orden del Imperio Británico no ha dejado de admitir desde los Beatles a músicos de rock. El

citado Elton John, David Gilmour (Pink Floyd), Sting, Eric Clapton, Van Morrison, Rod Stewart, Robert Plant y Jimmy Page (Led Zeppelin), Mark Kopfler (Dire Straits), Joe Cocker, Bono (U2), Mick Jagger (Rolling Stones). Seguro que alguno se me escapa, aunque también hay alguien a quien se le escapa el nombramiento.

Pobre Ozzy. Una fan australiana del hombre comemurciélagos comenzó una campaña en la red en la que se recogían firmas para que Ozzy fuera nombrado caballero. Más de veinte mil «garabatos» electrónicos se reunieron, lo cual no ha sido suficiente para que la reina le dé con la espada en el hombro a Ozzy. No sé mucho de cuál es el criterio para nombrar a alguien caballero y menos de cuál para no nombrarle, pero es posible que las «bisagras» cuenten. Porque digo yo: imaginémonos que a Ozzy le metan en la orden. Va a palacio. Se pone de rodillas. Le dan con la espada (que no le den muy fuerte que se nos desencaja) y después… no se puede levantar. Menudo lío. Va a ser por eso por lo que a Ozzy no le nombraron caballero, porque méritos tiene y más que muchos.

Cuando le contaron a Ozzy lo de esta cruzada en la red, comentó que claro que se sentía muy halagado, que si le nombraran se pondría muy contento, añadió que su mujer más (no le gusta pintar la mona a Sharon), pero que si finalmente no se la concedían que no se enfadaría. «Al fin y al cabo, cuando empecé en la música, nunca pensé en ir más allá de los límites de Aston».

Aston, en Birmingham, es su pueblo, y sí, sí ha ido más allá, mucho más allá. Cerrando el asunto, si no le hacen caballero, al menos sí habrá estado en palacio. Porque en Buckingham Palace estuvo, acompañado de otros que sí eran caballeros, como Brian May.

Junto a las columnas que soportan la enorme estructura, leones reales con guitarras eléctricas, marcan la solemnidad del concierto. Toda una orquesta suena apoyando los acordes que llegarán desde otro lugar. Doce mil personas asombradas comienzan a saborear el concierto, acomodadas en los jardines de palacio; muchas más lo

vieron en pantallas instaladas en otros puntos de Londres; también muchos lo estaban viendo por televisión.

Toda la orquesta trabaja, pero lo que más la percusión y los metales, como siempre en las fanfarrias. Perfectamente fundidos aparecen los acordes de una guitarra eléctrica. Llega desde el techo de Buckingham. Es Brian May. Su figura se recorta sobre el cielo de Londres mientras desgrana los acordes del himno nacional inglés. Hubo momentos majestuosos en la carrera de May, pero ninguno como este. Las entradas se habían vendido por sorteo y quienes las consiguieron vivían el momento casi en éxtasis.

Rock en palacio. En la cima del palacio, el guitarrista de «La Reina» tocaba para la reina. Fue el 3 de junio de 2002, era el Jubileo de Oro de Isabel II, así comenzaba el Party at The Palace, pero solo era eso, el comienzo. Una buena representación del rock que hizo grande al Reino Unido estaba allí. Paul McCartney puso la de los Beatles. Pero además estaba casi toda la vieja guardia: Cocker, Ray Davis, Clapton y el comemurciélagos Ozzy Osbourne, quien dijo que aquel concierto era el mejor momento de su carrera. Aquel día también brillaron los Rolling Stones, aunque solo lo hicieron por su ausencia.

Jubileo de la Reina, nombramiento de caballeros. El peldaño más alto de la nobleza británica nunca le puso mala cara al rock.

Tampoco otras realezas europeas. La sueca, por ejemplo. El rey Gustavo de Suecia cada año preside la ceremonia de entrega del premio Polar de la música. Algo así como el Nobel.

En 2014 lo recibió Chuck Berry, pero antes se lo llevaron Patty Smith, Pink Floyd, Ray Charles, Bob Dylan, Bruce Springsteen y entre otros Led Zeppelin. Lo del cuarteto inglés es paradójico. *In Through the Out Door* fue el último disco real del grupo del «muchísimo amor». Después vendría *Coda*, un álbum de retales. Pero la última vez que los cuatro músicos bregaron en un estudio fue para parir el disco donde venía «South Bound Suarez». Aquella grabación con portada en sepia en la que alguien quema un papel en la barra de un viejo bar. La última obra de la banda que cambió el

rock se hizo en Estocolmo, en los Polar Studios. Veintisiete años después…

Durante el siglo XIX se llamaba el Palacio Presidencial, hasta que llegó Teodoro (Roosevelt) y le dijo al Congreso de Estados Unidos que oficialmente se le llamara la Casa Blanca, pero hasta entonces era el palacio y a ese palacio también llegó el rock. La cronología de artistas que pisaron la Casa Blanca, ¿cómo no?, nos lleva a Elvis Presley.

A finales de 1970 el rey apareció en la residencia presidencial. Llegó con un regalo para Nixon, con un discurso más que conservador y con la oferta al presidente de luchar contra la droga. Quizá no fuera el más adecuado, pero Nixon le recibió por la tarde.

También estuvo George Harrison, almorzando con Gerald Ford. Pero el primero en tocar en el edificio fue Lou Reed. En 1998, durante el mandato de Clinton, el que fuera líder de la Velvet Underground acudió a la residencia del presi a petición del mandatario checo Vaclav Havel. Tras el concierto, el cantante de Nueva York se sentía muy orgulloso de haber sido el primero del colectivo rock en tocar tras los muros presidenciales, pero también se quejaba de lo coñazos que se pusieron los del servicio secreto con el volumen, y eso que el concierto fue casi acústico.

No por el volumen, porque no tocaron, pero sí por su leyenda de destrozahoteles, Obama lo primero que hizo cuando llegó Led Zeppelin a la Casa Blanca fue pedirles que no la destrozaran. Los tres supervivientes del grupo inglés habían acudido a recoger el premio que les otorgó el Centro Kennedy. El presidente de color habló de «saqueo de habitaciones de hotel y saqueo generalizado» antes de elogiarles de verdad. Obama ensalzó la manera como ayudaron a superar la angustia adolescente de toda una generación con sus discos.

Jeff Beck, Lenny Kravitz y Robert de Niro estaban presentes. Suponemos que rieron los chascarrillos del presidente sobre la leyenda negra del grupo del «Perro Negro» y también imaginamos que los músicos acabarían hartos de que el presidente no parara de

recordarles que había agentes en cada rincón para que no se cargaran, por ejemplo, retratos sagrados de la historia americana.

Quien sí cantó y además no se llevó rapapolvo fue Paul McCartney; solo elogios. Antes de que el de Liverpool tocara alguien dijo: «Sir Paul, usted ha escrito alguna de las canciones más bellas escuchadas por los seres humanos de este mundo», toma ya cursilería máxima para una noche de verano en Washington.

El beatle correspondió y además dio en la diana. ¿Cómo se llama la primera dama de América? Michelle. Pues esa fue la canción que Paul recogió del repertorio de los Beatles. Acertado sí, pero pelota también.

Lo que resulta curioso es que el propio Obama haya sido el más reciente personaje tocando rock en vivo en el más famoso edificio americano. En junio de 2012 reunieron a público y *celebrities* para ensalzar los logros conseguidos por la cultura de color. El ala este de la Casa Blanca se llenó de blues aquella noche. Mick Jagger estuvo allí, B. B. King también, Allman Brothers y algunos más. El guiño que se esperaba es que el presi cantara, y cantó, no mucho, pero sí algunas estrofas del «Sweet Home Chicago».

Tomemos nota del dato, pues es posible que cuando deje el poder surja en el mundo la BBB, o sea la Barak Blues Band. Esto no es ninguna tontería: a Obama le gusta cantar; algo menos de un año antes lo hizo junto a Willie Nelson y John Fogerty en un homenaje a las Fuerzas Armadas. Aquella noche tocaron «On the Road Again» de Canned Heat.

Que yo sepa, el rock en directo nunca llegó a palacio en este país, a no ser que Ramoncín se llevara una guitarra cuando iba a la Moncloa a visitar a Felipe González. Lo que se decía en la época era que jugaban al futbolín, pero de tocar nada de nada; eso sí, efectivamente, en los tiempos de Felipe sí acudieron gentes del rock al palacio. El más insigne Mick Jagger. El cantante de los Stones fue a la Moncloa el día antes de su primer concierto en Madrid, aquel mítico concierto en el que empezó a llover cuando salía la banda al escenario. Según las crónicas de la prensa de la época, charlaron

en francés, se intercambiaron regalitos y poco más. Felipe quedó con Jagger en ir al concierto, pero según las mismas crónicas finalmente no estuvo.

Otro presidente socialista, Zapatero, poco después de ser proclamado, recibió en 2004 a artistas de diferentes disciplinas. Recuerdo que había mucho cantante melódico y hortera en aquella recepción, y como único personaje del rock nacional estaba Txus di Fellatio, batería y locomotora de Mago de Oz.

Cuenta el músico que tuvo la oportunidad de charlar personalmente con el presidente durante unos minutos. Zapatero le confesó que sus hijas escuchaban con frecuencia un tema de su grupo. El batería pensó que sería el más popular de Mago de Oz, «Fiesta pagana», y el presidente le respondió: «¡Qué va! “Polla dura no cree en Dios”».

Tendremos que vivir con ello, con que el rock no llegue a palacio por estos lares. Quizá esto cambie con las nuevas generaciones reales. Porque amigos en el rock tienen los nuevos reyes.

En el Parque de las Avenidas de Madrid, más concretamente en la calle Baviera, hay un bar de rock con pocos metros pero con mucho sabor. Se llama Rowland. Lleva abierto desde no se sabe cuánto y es uno de esos sitios en los que se está a gusto sin saber por qué. Beatles, Stones, Hendrix, Marley y muchísimos más están en plantilla, tanto decorando las paredes como sonando por los bafles.

El Rowland es un lugar pequeño que rebosa cada fin de semana de gente tranquila que bebe, liga y ríe con los amigos. Mientras que del equipo sale constantemente puro rock. Temas grandes de grandes nombres elegidos siempre con gusto. Chufli pone copas en el Rowland. Nano también y además hace relaciones públicas porque para eso es el jefe.

Nunca hay movidas, siempre buen rollo. Una noche, la Policía Nacional visita el local, hace identificarse a algunos clientes y le pide a Nano los papeles. Papeles que habitualmente es la Municipal

quien los solicita, lo cual les resulta extraño. Después de la leve inspección se marchan. Tanto a la clientela como al staff del local les choca; pocos meses después, se diluye el misterio. Se había tomado una copa allí la futura reina de España.

En aquella noche del Rowland aún era Letizia Ortiz. Ni oficial ni oficiosamente se sabía nada de aquella chica guapa que como tantas otras se acercó a aquel bar de rock porque un amigo la llevó. El amigo es Daniel Blanco, compañero de estudios de Letizia en el Maeztu y motor de un par de bandas madrileñas: Garaje de Willie y Canalla Club. Grupos de esos que se mueven en el underground y que consiguen a base de honestidad una corte de seguidores que les respaldan en cada concierto. Grupos que, por supuesto, aspiran a lo más alto, pero que buscan más que nada la inmediatez del rock caliente y bien hecho en pequeños escenarios como por ejemplo el de la sala Sirocco.

Y, teniendo esos amigos, ¿no habrá algún rincón en La Zarzuela para que por fin aquí también haya rock en palacio?

30
La pela es la pela

«La raíz de todos los males es el dinero. No tener el suficiente».
GENE SIMMONS, Kiss

Todos los años aparecen cifras y rankings que le quitan romanticismo al rock. Informaciones que dicen quiénes son los grupos que más pasta recaudaron con sus giras y cuánto consiguieron. No sé cómo lo hacen, pero cada vez que los Rolling Stones salen de gira, se ponen a la cabeza.

En el rock, para los grandes, la pasta viene por todas partes. Las giras es lo que más dinero da; luego están los discos, los derechos de autor, la publicidad y además el gran invento: el *merchandising*. Lo que empezó con camisetas se fue expandiendo hasta un interminable catálogo en el que puedes comprar desde preservativos hasta ataúdes. Kiss, la gran máquina de hacer dinero con lo que sea, tiene más de 3.000 artículos en su «merchan». Todo este chorro de dinero da para mucho y los *rockstars* lo gastan, lo invierten o ambas cosas.

Es curioso ver cómo encauzan su pasta los prebostes del rock. A Mick Jagger le da por el cine. Jagger ya estaba haciendo que los Stones rodaran, pero seguía asistiendo a una escuela de negocios en Londres. Aprovechó bien las clases porque el cantante, cuando baja del escenario, enchufa la máquina de hacer dinero; claro que, como dicen en mi pueblo, «con buen bolo bien se jode».

Con la pasta que generan los Stones es fácil hacer buenas inversiones e inventar negocios. Los cálculos que aparecen en internet sobre la fortuna de Jagger son muy diferentes, y además

¿qué importa? Un tipo que lleva más de cincuenta años en el circo del rock, sin parar de currar, toreando a Hacienda desde el principio y con chorros de pasta que aparecen como si fueran un jacuzzi de dólares. Jagger resulta bastante escurridizo a la hora de que se le calcule la pasta que tiene. Él mismo dice que no es un hombre de negocios, que de vez en cuando, cada cuatro o cinco años, alguien le dice que se le ha acabado la pasta y añade que entonces va y hace un poco más; de dinero, claro. Pero yo creo que no es así; Jagger no solo dirige los negocios de los Stones, sino también los suyos, y se le dan mejor que a su fallecida novia, la diseñadora L'Wren Scott, que contrajo más «trampas» que en *Humor amarillo* con su negocio de moda. Jagger arrimó pasta a su chica, lo cual primero no la libró del suicidio y, segundo, se lo devolvió dejándole una buena herencia al cantante como cuento en otro capítulo. Parte de esa pasta la está empleando Mick en crear una beca para gente joven que estudie diseño y moda.

Volvamos a los negocios visibles y/o conocidos de Jagger. Ahí está la productora de cine Jagged Films. Compañía que ha puesto en pantallas cuatro o cinco cintas, pero ninguna de ellas se ha comido muchos roscos. La que más *Enigma*. Últimamente le ha dado por el cine musical, y ha producido un biopic, que se dice ahora, una peli biográfica sobre una de las grandes influencias del cantante: James Brown. De hecho se dice que los primeros pases de baile sobre un escenario Mick los copió del cantante al que ahora ensalza en la pantalla. También es dueño de los derechos de *El último tren a Memphis*, otra biografía, la de Elvis.

Al cantante de los Rolling Stones lo del cine le viene de lejos, de 1968, cuando fue uno de los protas en la película *Performance*, que por cierto era durita de digerir, solo que poner pasta fatiga menos que dar la cara ante la cámara, y ahora Jagger sigue tirando de chequera para producir series para la HBO con su viejo amigo Martin Scorsese.

Otro de los negocios que se le atribuyen a Mick es una empresa de apuestas de *cricket online*. El ojo para los «bisnes» por parte de

Jagger no se cierra nunca. Con 71 años está inventando otro filón: un Mercedes con las luces apagadas apareció por una entrada secreta, en julio de 2014, al museo interactivo de Abba en Estocolmo. ¿Quién salió del coche? Mick Jagger haciendo miles de fotos y preguntas. ¿Souvenires? Seguro que no. La visita dejó impresionado a Bjorn Ulvaeus, el guitarrista que fue miembro del cuarteto sueco, pero a mí me genera un par de pregunas: si los números salen, ¿cuánto tardará en abrirse el museo Rolling Stones?

El otro morritos del rock, Steven Tyler, que por cierto es padre de Liv, la morenaza que aparecía en los vídeos de Aerosmith y que tiene papeles estelares en pelis como *Armagedón* y en tres de las entregas del *Señor de los Anillos*, la actriz que se come la cámara, lleva una carrera de veintisiete pelis. Ahora continúa su profesión en series televisivas de nivel. No sería nada raro que, al menos al principio, «papá» morritos haya puesto pasta para que hija «morritos de flipar» haya despegado; si es así, inversión bien hecha, porque ahora la niña ya se vale y bien por sí sola.

Papá cantante hace bien los deberes de inversión-ayuda a los cachorros, a las cachorras más bien. En 2011 el cantante debuta como diseñador de ropa y crea la línea Andrew Charles. Creaciones inspiradas en el mundo del rock que por supuesto luce el *rockstar*. Los grandes almacenes Macy's avalan el negocio, y para difundir los modelitos de chica, ¿quién mejor que la pequeña de la saga? Y ahí aparece la demoledora Chelsy Tyler luciendo la ropa que diseña el «viejo». El impacto de la nueva modelo fue grande; al poco YMG, la talentosa agencia de modelos que tiene en su nómina a Miranda Kerr, entre otras, la fichaba.

Lo de los trapitos por parte de Tyler padre no deja de ser una acción más para llevar dinerito a casa, porque la aventura inversionista por la que destaca Tyler es por las motos. Stephen es un primo lejano del cantante; en realidad, llevan el mismo apellido, ya que Tyler es la adaptación al inglés de Tallarico. El primo del morritos americano comenzó en 2001 a construir motos personalizadas y, seis años después, con la pasta y la imagen del

«bocazas» de Aerosmith, fundan Dirico Motorcycles. Una marca de motos muy de carretera con ciertos aires Harley y que no tiene demasiados modelos en sus catálogos pero que se basa más en su fabricación artesanal. «Componentes de la edad moderna reunidos con la habilidad del viejo mundo» es lo que venden en su publicidad. Algunas unidades de Dirico Motorcycles han sido compradas por el Ejército de los Estados Unidos.

«Mi madre, que sobrevivió a los nazis, me enseñó que si uno está vivo, con eso ya va ganando». Es la teoría básica de la supervivencia emitida por uno de los más grandes fabricantes de dinero en el rock: Gene Simmons, el bajista de Kiss, el que en escena se maquilla de demonio, el colíder del grupo más popular de América, es uno de los grandes generadores de pasta en el universo del rock. La cita que abre este párrafo venía precedida de unas declaraciones del músico en las que confesaba que fracasa constantemente en lo que toca a «bisnes», pero que no importa porque al día siguiente empieza algo nuevo.

El «merchan» de Kiss es casi infinito, tiene de todo, comenzando por camisetas y acabando por ataúdes de 4.000 dólares. Dimebag Darrel, el que fuera guitarrista de Pantera, fue enterrado con uno de ellos donado por Simmons, que además acudió al funeral.

Que yo recuerde, ha habido dos modelos de coches en el catálogo de Kiss: primero fue un modelo Ford en los 90, que entre otros extras llevaba incorporado un bafle en el espacio de la guantera para que el copiloto pudiera enchufar una guitarra directamente; el otro modelo es un Mini que ahora mismo se mantiene en catálogo.

Las camisetas y otros productos Kiss han invadido las tiendas de otra enorme marca del *merchandising*, la del Hard Rock Café, y dentro de la línea de productos de la multinacional está la subfranquicia Kiss Café. La imaginación para los negocios del bajista nacido en Israel no tiene límite.

En Las Vegas hay un campo de golf propiedad de Kiss y de Simmons. Individualmente Gene es la imagen de Frank's Energy Drink, pero hay mucho más. En 2010 el tipo que diseñó un bajo con forma de hacha que utiliza en sus conciertos promocionó un producto asegurador para gente de nivelazo. Artistas, deportistas e inversores de todo tipo. Personas con patrimonio mayor de 20 millones de dólares que recibían ofertas de pólizas de la firma Cool Springs, que contrató a Simons para promocionarlas.

Por supuesto que también ha diseñado ropa o lo han hecho otros por él y el músico puso la cara, pero lo cierto es que ahí está la Money Bag Stelwar, que lleva como distintivo una bolsa de dinero.

Tan lince es para los negocios y tan reconocido está por ello que baja de un escenario y se mete en un aula para dar clases magistrales en más que refutadas escuelas de negocios inglesas, para que los estudiantes aprendan a construir marcas de millones de dólares. Además de aleccionar en los grandes negocios, también imparte doctrina sobre cuáles deben ser los primeros pasos para conseguir una fortuna.

¿Cómo un tipo así no se iba a meter en la televisión? Hay que tocar todos los palos en los que de la gran América se pueda sacar pasta, y Simmons es accionista de No Good televisión, en la que tuvo su propio *show*, que por cierto era penoso.

Y si hay que dar un paseo por el Caribe mejor ganando dinero. El crucero *Kiss* surca todos los octubres las aguas del cinematografiado mar, llevando diversión, turismo y rock en directo. «Si uno trabaja hace dinero», dice el bajista, y añade: «De lo contrario, vete pensando en lavar los platos». En esa línea de trabajo rentable Gene Simmons ha escrito un libro sobre cómo triunfar en los negocios: se titula *Yo S.A.* y el núcleo central es la filosofía propia del músico acerca del empeño personal. Simmons compara la vida empresarial con la naturaleza y el mundo animal: «Si te enfrentas a un oso yérguete, levanta y agita los brazos, grita». Habrá que meditar sobre ello.

Tengo que reconocer que, de todos los negocios de un tipo al que he podido entrevistar dos veces y que cobra por hacerse fotos (afortunadamente no fue mi caso), son los lavaderos de coches atendidos por chicas en bikini lo que más me llama la atención. De los seguros a la ropa, pasando por los miles de artículos de su *merchandising.* ¿Y cómo no está el fútbol en su línea de negocios? Claro que lo está. En 2013 lo hicieron. Paul Stanley, el guitarrista de Kiss, junto a Doc McGee, *manager* de la banda, y por supuesto el bajista maquillado de diablo, forman parte del grupo de inversionistas del equipo de fútbol americano L.A. Kiss. Está en la AFL, siglas que corresponden a la liga de fútbol Arena, y no es que jueguen en la playa sino que lo hacen en polideportivos y a estos locales en el mundo anglosajón se les llama como lo que hay en los relojes antiguos y en las playas.

Por supuesto que le han dado su propio color y firma al equipo de fútbol americano profesional. Los abonos para la temporada no son muy caros, quienes los compran van gratis a conciertos de Kiss en Los Ángeles y, por supuesto, el espectáculo antes y durante es más explosivo. Porque al igual que en sus conciertos hay fuego, pero también animadoras que provocan erupciones de braguetas, y como guinda invitan a sus colegas del rock a que se dejen ver en los preliminares. L.A. Kiss no finalizó con mucho brillo su primera temporada, pero Simmons y los suyos siguen apostando por el equipo.

Lo del *rockstar* comprando clubes no es nuevo en Inglaterra y Estados Unidos; los *rockstars* nacionales a lo más que pueden aspirar en los estadios es a tocar. Aquí las inversiones de nuestros músicos conocidos son más modestas. Txus di Fellatio, de Mago de Oz, puso una tienda de artículos heavies en el centro de Madrid que tuvo que cerrar. A Miguel Ríos en el mundillo se le conoce como «el panadero», porque fue uno de los propietarios de una panificadora allá en los 70. Johnny Cifuentes de Burning es el dueño de un más que agradable club de rock en Aluche que se llama El Cocodrilo, y Armando de Castro de Barón Rojo ha sido dueño de un taxi.

Pero por otras latitudes lo de que hombres del rock quieran ser dueños totales o en parte de clubes deportivos es más frecuente, aunque no lo consigan. Esto le pasó a Jon Bon Jovi, que cuando Ralph Wilson murió quiso comprar su equipo de fútbol americano: los Búfalo Bills. La intención del cantante era la de trasladar el equipo a Toronto. Esto no cayó nada bien en la afición local.

Se fundó una asociación, la llamaron «Doce Hombres Trueno»; la primera acción que impulsaron fue conseguir que en los bares y restaurantes de la zona no pusieran música de Bon Jovi, ni en solitario ni con su grupo, y además distribuyeron un cartel en el que dejaban muy claro que en la ciudad de Búfalo no era querido ni vivo ni muerto.

Lo tuvieron fácil al hacer el cartel; solo tuvieron que acordarse del tema «Wanted Dead or Alive» del álbum *Slippery when Wet*. El clamor popular pudo más que las intenciones y la pasta del cantante y su inmersión como accionista en el mundo del deporte se pararon en seco, al menos de momento.

Lo que sale a flote de cómo mueven sus dineros los nombres gordos del rock no llega a ser ni la punta del iceberg, pero todo lo anterior resulta, cuando menos, curioso. Xavier Valiño, en su libro *El gran circo del rock*, asegura que la obra más planetaria de Pink Floyd se debió a la necesidad del grupo de recuperar la pasta que habían perdido en una empresa de monopatines.

Aunque los detalles se han llevado en secreto durante varios meses, el proyecto «La puerta del infierno» salió a la luz en septiembre de 2014, y ¿qué es? Pues económicamente una asociación del viejo, malo y simpático Ozzi Osbourne con uno de los gigantes mundiales del entretenimiento universal y empresarialmente un parque temático con mucho horror basado en las leyendas de «comemurciélagos».

El aura infernal, oscura y tenebrosa de Ozzi le viene en primer lugar del grupo en el que se aupó, Black Sabbath, y después de sus andanzas en los escenarios, cuando en realidad es un borrachín que entra y sale de alcohólicos anónimos y que, aunque se pasa

dieciocho pueblos con la parienta, esta le aguanta porque el cantante ya está mayor y porque la marca Ozzi sigue generando *money*.

La influencia del rock en los mercados de consumo directo se deja ver en cualquier dirección. Jimmy Page, guitarrista de Led Zeppelin, apoya con su presencia el lanzamiento en septiembre de 2014 de una colección de pañuelos para el cuello del diseñador inglés Paul Smith, quien realmente poco tuvo que diseñar porque solo eran estampaciones de las portadas de los cinco primeros discos del cuarteto inglés. Debió solamente diseñar el tamaño (un metro y medio) y el precio (de esto mejor no hablar; además, ¿para qué?). Solo se vendían en las tiendas del diseñador y ya no se ofrecen. Habrán volado teniendo en cuenta que únicamente se fabricaron cincuenta unidades de cada pañuelo.

Jimmy Page se hizo responsable del legado de Led Zeppelin: reediciones de discos, remezclas, cajas y cofres de lujo con los álbumes del grupo. Lo único que no ha conseguido es reunir a los músicos, que quedan para una gira mundial. Pero, mientras, si unas libras llegan por la vía de los pañuelos, buenas son. Que no se me olvide, Ñako Martínez, corresponsal del magazine *La Heavy* en Londres, asistió al sarao en el que se presentaban los pañuelos y dijo que, aunque estuvo el guitarrista, no hubo mucho rock en aquella tarde londinense.

Lo de que muchos grandes grupos respaldan una marca de cerveza con su nombre no es nuevo: Iron Maiden, AC/DC, Metallica, Status Quo, Motor Head y en España Héroes del Silencio. Pero que músicos de heavy diseñen colonias… El disidente de Judas Priest, K. K. Downing, que había sido guitarrista del grupo durante 41 años, lanzó en la Navidad del 2014 una fragancia llamada «Metal para hombres». Downing dijo al presentarla que en el mercado de perfumes faltaba algo con olor a rock and roll.

Estas cosas las hacen los músicos sin pensar en los demás; el guitarrista nunca tuvo en cuenta que Shakira podría interesarse por el invento y ponerlo ella misma en marcha. Así los mortales de a pie

hemos tenido que sufrir durante las Navidades del 2014 el asedio publicitario de la colombiana queriéndonos vender una colonia de marca Rock.

Algunos de los casos que estamos viendo dejan traslucir que la pasta extra surge de aficiones o simpatías que los *rockstars* tienen por algo. Esto ocurre también con Bruce Dickinson. El cantante del grupo inglés Iron Maiden se hizo piloto de aviones en Florida. Fue aumentando sus experiencias en el aire hasta conseguir un nivel de altos vuelos. Para la historia del rock queda el haber pilotado un Boeing 757 por todo el globo durante la gira «Somewhere Back in Time World Tour». El cantante manejaba el avión bautizado como Ed Force One, tomando prestado el nombre del avión presidencial americano y adaptándolo al de la mascota de la banda, Eddi.

Dickinson, que es un polifacético de cuidado (equipo olímpico inglés de esgrima, novelas, guiones, presentador de radio y televisión, empresario de artículos de esgrima, impulsor de la fórmula de la cerveza de The Tropper…), fue mucho más allá en el terreno aeronáutico y no solo pilota aviones sino que primero los repara y después los fabrica.

A finales de 2011 puso en marcha Cardiff Aviación LTD, un negocio de reparación y mantenimiento de aviones instalado en Gales. Tuvo apoyo de las instituciones y en poco tiempo daba trabajo a setenta personas, aunque las intenciones del cantante era llegar a mil empleados en dieciocho meses. Dickinson, además de emprendedor, es imaginativo, aunque en este caso mejor se le podría calificar como retrovisionario. Me explico: en marzo de 2014 Hybrid Air Vehicles, de la que Dickinson es accionista, presentaba su Hav 304 Airlander: un dirigible.

Los dirigibles hoy en día son aparatos curiosos que solo transportan marcas publicitarias y cámaras que envían imágenes en alguna transmisión televisiva. Los pobres dirigibles, los zeppelines, cayeron en picado cuando el *Hinderburg* lo hizo, arrastrando con él un trozo de la gloria nazi en aquel momento, cuando ardió sobre el cielo de Nueva Jersey en 1937 matando a 36 personas.

El proyecto de la empresa de la que Dickinson es accionista trae una innovación definitiva: estará inflado con helio en lugar de nitrógeno. La idea de recuperar los dirigibles no solo parte del cantante de Iron Maiden, la NASA también está en ello. Dickinson, en la presentación del aparato, resaltó que es un 70 por ciento más verde que cualquier avión y ocho metros más largo que cualquier aeronave construida. También habló de su autonomía: más de tres semanas sin tocar tierra. El nuevo Zeppelin puede cruzar el Atlántico a casi 150 km/hora. Si el invento de Bruce y compañía (nunca mejor dicho) sale adelante, nuevas perspectivas se abren para el transporte aéreo y el turismo. Los ingleses, que tienen más guasa de lo que parece, ya han hecho chistes: «IRON MAIDEN PILOTARÁ A LED ZEPPELIN».

En las antípodas de tanta iniciativa empresarial está otro músico de rock que saca dinero de algo que también vuela: las abejas. Steve Vai, el guitarrista que marcó con su virtuosismo un antes y un después en las técnicas de la guitarra eléctrica, es un tipo tranquilo que a los 19 años impresionó a Frank Zappa tanto que salió de gira con él. Ese fue el comienzo de una carrera que le llevó a lo más alto, haciendo que su nombre deslumbrara dentro de la élite de los guitarristas del rock de toda la historia. La imagen de Vai se hizo más que popular cuando apareció en la peli *Cruce de caminos*, en la que el músico caía en un duelo de guitarras frente al chico que hizo las primeras pelis de la saga *Kárate kid*.

Steve Vai es vegetariano y practicante de la meditación trascendental, y cuida personalmente varias colmenas que producen una miel totalmente orgánica con reconocimiento internacional. Los frutos de la comercialización de la miel van a parar a Make A Noise Fundation, una organización sin ánimo de lucro que proporciona conocimientos e instrumentos a estudiantes de música sin medios.

A mí este círculo me resulta más que curioso: pasta del rock para producir miel que produce pasta para el rock.

Notas

* *Dando la nota*, Ediciones Cúbicas, 1998. En la actualidad Sherpa y Carolina escriben otro libro que se publicará en breve.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Juan Pablo Ordúñez de la Fuente, 2015
© Javier Alonso Broco, 2015
© La Esfera de los Libros, S.L., 2015
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Fotografías de interior: cuadernillo en color y páginas 25, 83, 176, 185 y 233, Domingo J. Casas
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015
ISBN: 978-84-9970-406-9 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.